

Primo Levi

La tregua



EINAUDI TASCABILI

PRIMO LEVI

La tregua

Título de la edición original: *La tregua*

La primera edición en castellano de esta obra se publicó
en la colección *Literatura* en 1988

Primera edición en esta colección: noviembre de 2001
Segunda edición: diciembre de 2005

El Aleph Editores
Peu de la Creu, 4, 08001 Barcelona
correu@grup62.com
www.grup62.com

Fotocompuesto en Víctor Igual, S. L.
Impreso en Novagráfik, S. L.,
Pol. Ind. Foinvasa,
Vivaldi, 5, 08110 Montcada i Reixac.
ISBN: 84-7669-458-X
Depósito legal: B. 41.049-2005

Soñábamos en las noches feroces

Sueños densos y violentos

Soñados con el alma y con el cuerpo:

Volver; comer, contar lo sucedido. Hasta que se oía breve sofocada

La orden del amanecer: «Wstawa»;

Y el corazón se nos hacía pedazos.

Ahora hemos vuelto a casa,

Tenemos el vientre ahíto,

Hemos terminado de contar nuestra historia.

Ya es hora. Pronto escucharemos de nuevo

La orden extranjera: «Wstawa».

11 de enero de 1946

El deshielo

En los primeros días de enero de 1945, bajo el empuje del Ejército Rojo, ya cercano, los alemanes habían evacuado apresuradamente la cuenca minera silesiana. Mientras en otras partes, en circunstancias análogas, no habían dudado en destruir a sangre y fuego los Lager con todos sus ocupantes, en el distrito de Auschwitz actuaron de distinta manera: órdenes superiores (a lo que parece dictadas personalmente por Hitler) imponían la «recuperación», costase lo que costase, de todos los hombres que pudiesen ser capaces de trabajar. Por ello, todos los prisioneros sanos fueron evacuados, en condiciones espantosas, hacia Buchenwald y Mauthausen, mientras los enfermos fueron abandonados a su destino. Varios indicios permiten deducir la primera intención alemana de no dejar ni un hombre vivo en los campos de concentración, pero un violento ataque aéreo nocturno, y la rapidez del avance ruso, indujeron a los alemanes a cambiar de opinión, y a emprender la huida dejando incompletos su deber y su obra.

En la enfermería del Lager de Buna-Monowitz habíamos quedado ochocientos. Cerca de quinientos murieron de sus dolencias, de hambre y de frío, antes de que llegasen los rusos, y otros doscientos, a pesar de los cuidados recibidos, durante los días inmediatamente posteriores.

La primera patrulla rusa avistó el campo hacia mediodía del 27 de enero de 1945. Charles y yo fuimos los primeros en divisarla: estábamos llevando a la fosa común el cadáver de Sómogyi, el primer muerto de nuestros compañeros de habitación. Volcamos la camilla sobre la nieve sucia, porque la fosa estaba llena ya y no había otra sepultura: Charles se quitó el gorro, saludando a los vivos y los muertos.

Eran cuatro soldados jóvenes a caballo, que avanzaban cautelosamente, metralleta en mano, a lo largo de la carretera que limitaba el campo. Cuando llegaron a las alambradas se pararon a mirar, intercambiando palabras breves y tímidas, y lanzando miradas llenas de extraño embarazo a los cadáveres descompuestos, a los barracones destruidos y a los pocos vivos que allí estábamos.

Nos parecían asombrosamente corpóreos y reales, suspendidos (la carretera estaba más en alto que el campo) sobre sus enormes caballos, entre el gris de la nieve y el gris del cielo, inmóviles bajo las oleadas de viento húmedo y amenazador del deshielo.

Nos parecía, y era así, que la nada llena de muerte en que dábamos vueltas desde hacía diez días había encontrado su centro

sólido, un núcleo de condensación: cuatro hombres armados, pero no armados contra nosotros; cuatro mensajeros de paz, de rostro rudo e infantil bajo los pesados cascos de pieles.

No nos saludaban, no sonreían; parecían oprimidos, más aún que por la compasión, por una timidez confusa que les sellaba la boca y les clavaba la mirada sobre aquel espectáculo funesto. Era la misma vergüenza que conocíamos tan bien, la que nos invadía después de las selecciones, y cada vez que teníamos que asistir o soportar un ultraje: la vergüenza que los alemanes no conocían, la que siente el justo ante la culpa cometida por otro, que le pesa por su misma existencia, porque ha sido introducida irrevocablemente en el mundo de las cosas que existen, y porque su buena voluntad ha sido nula o insuficiente, y no ha sido capaz de contrarrestarla.

Así, la hora de la libertad sonó para nosotros grave y difícil, y nos llenó el ánimo a la vez de gozo y de un doloroso sentimiento de pudor que nos movía a querer lavar nuestras conciencias y nuestras memorias de la suciedad que había en ellas: y de pena, porque sentíamos que aquello no podía suceder; que nunca ya podría suceder nada tan bueno y tan puro como borrar nuestro pasado, y que las señales de las ofensas se quedarían en nosotros para siempre, en los recuerdos de quienes las vivieron, y en los lugares donde sucedieron, y en los relatos que haríamos de ellas. Pues —y éste es el terrible privilegio de nuestra generación y de mi pueblo— nadie ha podido comprender mejor la naturaleza incurable de la ofensa, que se extiende como una epidemia. Es una necedad pensar que la justicia humana pueda borrarla. Es una fuente de mal inagotable: destroza el alma y el cuerpo de los afectados, los apaga y los hace abyectos; reverdece en infamia sobre los opresores, se perpetúa en odio en los supervivientes, y pulula de mil maneras, contra la voluntad misma de todos, como sed de venganza, como quebrantamiento de la moral, como negación, como cansancio, como renuncia.

Estas cosas, confusas entonces, y advertidas por la mayoría sólo como una súbita oleada de cansancio moral, acompañaron nuestro gozo por ser liberados. Por ello, pocos de nosotros corrimos al encuentro de los salvadores, pocos caímos de rodillas. Charles y yo nos quedamos en pie junto al hoyo desbordante de miembros lívidos mientras los demás tiraban las alambradas; luego volvimos con la camilla vacía a llevar la noticia a nuestros compañeros.

Durante el resto del día no sucedió nada, cosa que no nos sorprendió y a la que estábamos acostumbrados hacía mucho tiempo. En nuestra habitación la litera del muerto Sómogyi fue ocupada inmediatamente por el viejo Thylle, ante la visible repulsión de mis dos amigos franceses.

Thylle, por lo que yo sabía entonces, era un «triángulo rojo», un

prisionero político alemán, y era uno de los ancianos del Lager; como tal había pertenecido por derecho propio a la aristocracia del campo, no había trabajado manualmente (al menos en los últimos años) y había recibido alimentos y ropas de su casa. Por estas razones, los «políticos» alemanes eran raramente huéspedes de la enfermería, en donde por otra parte gozaban de varios privilegios: el primero de ellos, el de escapar a las selecciones. Como en el momento de la liberación era él el único, había sido investido por los SS que huían, del cargo de jefe de barracón del Block 20, del que formaban parte, también, además de nuestra sala de enfermos altamente contagiosos, la sección de TBC y la sección de disentería.

Como era alemán, se había tomado muy en serio aquel precario nombramiento. Durante los diez días que mediaron entre la partida de los alemanes y la llegada de los rusos, mientras cada uno libraba su última batalla contra el hambre, el hielo y la enfermedad, Thylle había hecho diligentes inspecciones de su recientísimo feudo, controlando el estado de los suelos y de las escudillas y el número de las mantas (una por huésped, vivo o muerto). En una de sus visitas a nuestra habitación había hasta elogiado a Arthur por el orden y la limpieza que había sabido mantener; Arthur, que no entendía alemán, y mucho menos el dialecto sajón de Thylle, le había contestado «viejo asqueroso» y «puta de los boches»; a pesar de ello Thylle, desde aquel día en adelante, con evidente abuso de autoridad, había cogido la costumbre de venirse todas las tardes a nuestra habitación para servirse del cómodo retrete que teníamos instalado allí, el único en todo el campo que se limpiaba regularmente, y el único situado en la proximidad de una estufa.

Hasta aquel día el viejo Thylle había sido para mí un extraño, y por ello un enemigo; además, un poderoso, y por ello un enemigo peligroso. Para la gente como yo, es decir, para la mayoría del Lager, no había más matices: durante el larguísimo año transcurrido en el Lager yo no había tenido ni curiosidad ni ocasión de indagar en las complejas estructuras de la jerarquía del campo. El tenebroso edificio de los poderosos malvados estaba por encima de nosotros, y nosotros mirábamos al suelo. Y sin embargo fue este Thylle, viejo militante endurecido por cien luchas por su partido y dentro de su partido, y petrificado por diez años de vida feroz y ambigua en el Lager, el compañero y el confidente de mi primera noche de libertad.

Durante todo el día habíamos tenido demasiado que hacer para tener tiempo de comentar el acontecimiento que, sin embargo, sentíamos marcaba el punto crucial de toda nuestra vida; y tal vez inconscientemente lo habíamos buscado, el quehacer, precisamente con el fin de no tener tiempo, porque frente a la libertad nos sentíamos desvanecidos, vacíos, atrofiados, incapaces de desempeñar

nuestro papel.

Pero llegó la noche, los compañeros enfermos se durmieron, también Charles y Arthur se quedaron dormidos con el sueño de la inocencia, porque estaban en el Lager hacía solamente un mes y todavía no habían absorbido todo su veneno: solo yo, aunque agotado, no podía dormirme, por el mismo cansancio y por la enfermedad. Tenía doloridos todos los miembros, la sangre me golpeaba convulsamente en la cabeza, y me sentía invadido por la fiebre. Pero no era eso sólo: como si hubiese caído un dique, precisamente en aquel momento en que todas las amenazas parecían desaparecer, en que la esperanza de un retorno a la vida dejaba de ser una locura, me sentía vencido por un dolor nuevo y más vasto, antes sepultado y relegado fuera de los límites de la conciencia por otros dolores más urgentes: era el dolor del exilio, de la casa lejana, de la soledad, de los amigos perdidos, de la juventud perdida, y de la multitud de cadáveres que había a mi alrededor.

Durante el año que había estado en Buna había visto desaparecer a las cuatro quintas partes de mis compañeros, pero no había sentido nunca la presencia concreta, el asedio de la muerte, su hálito sórdido a un paso, al otro lado de la ventana, en la litera de al lado, en mis propias venas. Yacía, así, en un duermevela enfermo y lleno de pensamientos funestos.

Pero pronto me di cuenta de que alguien más velaba. A la respiración pesada de los durmientes se sobreponía a ratos una inhalación ronca e irregular, interrumpida por golpes de tos y por gemidos y suspiros sofocados. Thylle lloraba, con fatigoso y desvergonzado llanto de viejo, insoportable como la desnudez senil. Tal vez se dio cuenta, en la oscuridad, de algún movimiento mío; y la soledad que hasta aquel día ambos, por diversos motivos, habíamos buscado, debía de pesarle tanto como a mí, porque en mitad de la noche me preguntó: «¿Estás despierto?», y sin esperar respuesta se encaramó con gran trabajo hasta mi litera, y se sentó autoritario junto a mí.

No era fácil entenderse con él; no sólo por motivos de idioma sino también porque los pensamientos que teníamos en el pecho durante aquella larga noche eran desmesurados, maravillosos y terribles, pero sobre todo confusos. Le dije que sentía nostalgia; y él, que había dejado de llorar, «¡diez años!», me dijo, «¡diez años!»: y después de diez años de silencio, con un hilo de voz estridente, grotesco y solemne a un tiempo, se puso a cantar la *Internacional* dejándome turbado, desconfiado y conmovido.

La mañana nos trajo las primeras señales de libertad. Llegaron (evidentemente mandados por los rusos) una veintena de civiles

polacos, hombres y mujeres, que con escasísimo entusiasmo empezaron a moverse para poner orden y limpieza entre los barracones y llevarse los cadáveres. Hacia mediodía llegó un niño asustado que arrastraba una vaca por el cabezal: nos dio a entender que era para nosotros y que nos la mandaban los rusos, luego abandonó el animal y salió huyendo como quien lleva el diablo. Imposible decir cómo el pobre animal fue muerto en pocos minutos, vaciadas sus entrañas, descuartizado, y cómo sus despojos se esparcieron por todos los rincones del campo donde anidaban los supervivientes.

A partir del día siguiente vimos dar vueltas por el campo a más muchachas polacas, pálidas de compasión y de asco: limpiaban a los enfermos y les curaban las heridas lo mejor que podían. También encendieron una hoguera enorme en medio del campo, que alimentaban con los pedazos de los barracones derrumbados, y sobre la que hacían una sopa en recipientes improvisados. Por fin, al tercer día se vio entrar en el campo una carreta de cuatro ruedas guiada festivamente por Yankel, un Häftling: era un joven judío ruso, puede que el único ruso entre los supervivientes y, como tal, se había encontrado naturalmente revestido de la función de intérprete y de oficial de enlace con los mandos soviéticos. Entre sonoros trallazos anunció que estaba encargado de llevar al Lager central de Auschwitz —transformado en un hospital gigante— a todos los que quedábamos vivos, en grupos pequeños de treinta o cuarenta al día, empezando por los enfermos más graves.

Mientras tanto había empezado el deshielo que temíamos hacía tantos días y a medida que la nieve iba desapareciendo el campo se convertía en una sucia ciénaga. Los cadáveres y las inmundicias hacían irrespirable el aire nebuloso y blando. Y la muerte no había dejado de atacar: morían a decenas los enfermos en sus literas frías, y morían acá y allá, por las carreteras fangosas, como fulminados, los supervivientes más ávidos que, siguiendo ciegamente los impulsos imperiosos de nuestra antigua hambre, se habían atracado con las raciones de carne que los rusos, que seguían enzarzados en combate en frentes no lejanos, nos hacían llegar al campo irregularmente: unas veces poco, otras nada, otras en una abundancia disparatada.

Pero de todo cuanto ocurría a mi alrededor yo no me daba cuenta más que de manera intermitente y confusa. Parecía que el cansancio y la enfermedad como bestias feroces y viles, hubiesen estado en acecho al momento en que me despojaba de toda defensa para echárseme encima. Yacía en un torpor febril, consciente sólo a medias, fraternalmente asistido por Charles, atormentado por la sed y por agudos dolores en las articulaciones. No había médicos ni medicinas. Me dolía también la garganta y tenía media cara hinchada: la piel se

me había puesto roja y rugosa, y me ardía como si me hubiese quemado; tal vez sufría de muchas enfermedades a la vez. Cuando me llegó la hora de subir a la carreta de Yankel ya no podía tenerme en pie.

Me alzaron al carro Charles y Arthur, junto con una carga de moribundos de los que no me sentía muy distinto. Lloviznaba, y el cielo estaba bajo y oscuro. Mientras el lento paso de los caballos de Yankel me arrastraba hacia la lejanísima libertad, desfilaron por última vez ante mis ojos los barracones donde había sufrido y había madurado, la plaza de la Lista en la que se erguían ahora, una cosa al lado de la otra, la horca y un gigantesco árbol de Navidad, y la puerta de la esclavitud sobre la que, ya inútiles, se leían aún las tres palabras sarcásticas: *«Arbeit Macht Frei»*, «El trabajo nos hace libres».

El Campo Grande

En Buna no se sabía nada del Campo Grande de Auschwitz propiamente dicho: los Häftlinge transferidos al campo eran pocos, no eran locuaces (ningún Häftling lo era), ni se les creía fácilmente.

Cuando el carro de Yankel cruzó su famoso umbral nos quedamos pasmados. Buna-Monowitz, con sus doce mil habitantes, era una aldea a su lado: aquella en la que entrábamos era una metrópolis inmensa. Nada de «Blocks» de madera de un piso sino innumerables edificios tétricos, cuadrados, de piedra gris, de tres plantas, todos iguales; entre ellos se extendían carreteras pavimentadas, rectilíneas y perpendiculares, que se perdían a la vista. Y todo estaba desierto, silencioso, aplastado por el cielo bajo, lleno de fango y de lluvia y de abandono.

Aquí también, como a cada revuelta de nuestro tan largo itinerario, nos sorprendió ser recibidos con un baño cuando de tantas otras cosas teníamos necesidad. Pero aquél no fue un baño de humillación, un baño grotesco-demoníaco-sacro, un baño de misa negra como el que había sellado nuestro descenso al universo concentracionario, y tampoco un baño funcional, antiséptico, altamente tecnificado, como aquel de nuestro paso, muchos meses más tarde, a manos americanas: sino un baño a la manera rusa, a medida humana, extemporáneo y aproximado.

No intento poner en duda que un baño, para quienes estábamos en aquellas condiciones, fuese una cosa oportuna: era incluso necesario y fue bien recibido. Pero en aquél, y en cada una de las tres memorables purificaciones por las que pasamos, era fácil advertir, tras el plano concreto y literal, una gran sombra simbólica, el deseo inconfesado por parte de las nuevas autoridades que una vez tras otra nos absorbían en su esfera, de despojarnos de los vestigios de nuestra vida anterior, de hacer de nosotros hombres nuevos, conformes a sus modelos, de imponernos su marca.

Nos bajaron del carro dos brazos robustos de dos enfermeras soviéticas: *«Po malu, po malu!»* («¡despacio, despacio!»); fueron las primeras palabras rusas que oí. Eran dos muchachas enérgicas y expertas. Nos llevaron a una de las instalaciones del campo que se habían arreglado provisionalmente, nos desnudaron, nos hicieron señales de que nos echásemos en las traviesas de madera que cubrían el suelo y, con manos compasivas pero sin demasiados miramientos, nos enjabonaron, restregaron, nos dieron masajes y nos secaron de la cabeza a los pies.

La operación se hizo rápida y limpiamente con todos nosotros,

con la excepción de alguna protesta moralístico-jacobina de Arthur, que se proclamaba «libre citoyen», y en cuyo subconsciente el contacto de aquellas manos femeninas sobre la piel desnuda entraba en conflicto con tabúes ancestrales. Pero surgió un gran obstáculo cuando le llegó el turno al último del grupo.

Ninguno de nosotros sabía quién era, porque no estaba en condiciones de hablar. Era una larva, un hombrecillo calvo, nudoso como una vid, esquelético, acartonado por una horrible contracción de los músculos: lo habían bajado del carro como a un fardo, como a un bloque inanimado, y ahora estaba echado en el suelo de lado, encorvado y rígido, en una desesperada posición defensiva, con las rodillas apretadas contra la frente, los codos contra los flancos y los puños cerrados contra los hombros. Las enfermeras rusas, perplejas, intentaron en vano estirarlo y echarlo de espaldas, mientras él lanzaba gritos agudos de ratón: por lo demás, era un empeño inútil, sus miembros cedían elásticamente a la fuerza, pero apenas cesada ésta se disparaban a su posición inicial. Entonces tomaron partido, y se lo llevaron a la ducha tal como estaba; y siguiendo las órdenes precisas que tenían lo lavaron lo mejor que pudieron haciendo entrar a la fuerza el jabón y la esponja en el enredo leñoso de aquel cuerpo; por fin, lo enjuagaron concienzudamente echándole encima un par de cubos de agua tibia.

Charles y yo, desnudos y humeantes, asistíamos a la escena con compasión y horror. Al extender uno de los brazos se vio por un instante el número tatuado: era un 200.000, uno de los Vosgos *«Bon Dieu, c'est un français!»*, dijo Charles, y se dio la vuelta en silencio contra la pared.

Nos dieron camisa y calzoncillos y nos llevaron al barbero ruso para que, por última vez en nuestra ruta, nos pelasen al cero. El barbero era un gigante moreno, de ojos salvajes y vivaces: ejercía su oficio con una violencia temeraria y, por razones que me eran desconocidas, llevaba una metralleta en bandolera. «Italiano Mussolini», me dijo torvamente, y a los dos franceses: «Fransé Laval»; demostrando de cuán poco sirven las ideas generales para la comprensión de los casos particulares.

Allí nos separamos: Charles y Arthur, entonces curados y relativamente con buena salud, se reunieron con el grupo de los franceses, y desaparecieron de mi horizonte. Yo, enfermo, fui llevado a la enfermería, sumariamente reconocido y relegado inmediatamente a un nuevo «Pabellón de infecciosos».

La enfermería lo era en la intención, y además porque efectivamente rebosaba de enfermos (ya que los alemanes que huían habían dejado en Monowitz, Auschwitz y Birkenau sólo a los enfermos

más graves, y todos ellos habían sido reunidos por los rusos en el Campo Grande): no era, ni podía ser, un sitio donde se curase a la gente, porque los médicos, que en su mayoría estaban enfermos, eran sólo unas cuantas decenas, las medicinas y el material sanitario faltaban por completo, y las tres cuartas partes de los por lo menos cinco mil huéspedes que tenía el campo estaban necesitados de cuidados.

El lugar al que fui asignado era una sala enorme y oscura, llena hasta el techo de sufrimiento y lamentos. Para los ochocientos enfermos sólo había un médico de guardia, y ninguna enfermera: eran los mismos enfermos quienes debían proveer a sus necesidades más urgentes, y a las de los que estaban más graves. Pasé allí una sola noche, que recuerdo como una pesadilla; por la mañana, los cadáveres de las literas, o de bruces sobre el suelo, se contaban por docenas.

Al día siguiente me llevaron a un local más pequeño, en el que sólo había veinte literas: en una de ellas estuve durante tres o cuatro días, acosado por una fiebre altísima, sólo consciente a intervalos, incapaz de comer y atormentado por una sed atroz.

Al quinto día la fiebre había desaparecido: me sentía ligero como una nube, hambriento y helado, pero sentía la cabeza vacía, los ojos y las orejas como afinados por el forzado ayuno, y estaba en condiciones de reanudar mi contacto con el mundo.

En el curso de aquellos pocos días había ocurrido a mi alrededor un cambio muy aparente. La guadaña había segado por última vez, se había hecho el último ajuste de cuentas: los moribundos habían muerto, en los demás la vida volvía otra vez a correr tumultuosamente. Del otro lado de las ventanas, aunque estuviese nevando copiosamente, las funestas carreteras del campo no estaban ya desiertas sino que hervían en un bullicioso ir y venir de gente, confuso y ruidoso, que parecía un fin en sí mismo. Hasta entrada la noche se oían resonar gritos alegres e iracundos, llamadas, canciones. A pesar de ello mi atención, y la de mis vecinos de cama, pocas veces podía eludir la presencia obsesiva, la mortal fuerza de afirmación del que entre nosotros era el más pequeño e inerme, del más inocente: de un niño, Hurbinek.

Hurbinek no era nadie, un hijo de la muerte, un hijo de Auschwitz. Parecía tener unos tres años, nadie sabía nada de él, no sabía hablar y no tenía nombre: aquel curioso nombre de Hurbinek se lo habíamos dado nosotros, puede que hubiera sido una de las mujeres que había interpretado con aquellas sílabas alguno de los sonidos inarticulados que el pequeño emitía de vez en cuando. Estaba paralítico de medio cuerpo y tenía las piernas atrofiadas, delgadas como hilos; pero los ojos, perdidos en la cara triangular y hundida, asaeteaban atrozmente a los vivos, llenos de preguntas, de

afirmaciones, del deseo de desencadenarse, de romper la tumba de su mutismo. La palabra que le faltaba y que nadie se había preocupado de enseñarle, la necesidad de la palabra, apremiaba desde su mirada con una urgencia explosiva: era una mirada salvaje y humana a la vez, una mirada madura que nos juzgaba y que ninguno de nosotros se atrevía a afrontar, de tan cargada como estaba de fuerza y de dolor.

Ninguno, excepto Henek: era mi vecino de cama, un muchacho húngaro robusto y florido, de quince años. Henek se pasaba junto a la cuna de Hurbinek la mitad del día. Era maternal más que paternal: es bastante probable que, si aquella convivencia precaria que teníamos hubiese durado más de un mes, Henek hubiese enseñado a hablar a Hurbinek; seguro que mejor que las muchachas polacas, demasiado tiernas y demasiado vanas, que lo mareaban con caricias y besos pero que rehuían su intimidad.

Henek, tranquilo y testarudo, se sentaba junto a la pequeña esfinge, inmune al triste poder que emanaba; le llevaba de comer, le arreglaba las mantas, lo limpiaba con hábiles manos que no sentían repugnancia; y le hablaba, naturalmente en húngaro, con voz lenta y paciente. Una semana más tarde, Henek anunció con seriedad, pero sin sombra de presunción, que Hurbinek «había dicho una palabra». ¿Qué palabra? No lo sabía, una palabra difícil, que no era húngara: algo parecido a «mass-klo», «matisklo». En la noche aguzamos el oído: era verdad, desde el rincón de Hurbinek nos llegaba de vez en cuando un sonido, una palabra. No siempre era exactamente igual, en realidad, pero era una palabra articulada con toda seguridad; o, mejor dicho, palabras articuladas ligeramente diferentes entre sí, variaciones experimentales en torno a un tema, a una raíz, tal vez a un nombre.

Hurbinek siguió con sus experimentos obstinados mientras tuvo vida. En los días siguientes todos los escuchamos en silencio, ansiosos por comprenderlo, entre nosotros había gente que hablaba todas las lenguas de Europa: pero la palabra de Hurbinek se quedó en el secreto. No, no era un mensaje, no era una revelación: puede que fuese su nombre, si alguna vez le había tocado uno en suerte; puede (según nuestras hipótesis) que quisiese decir «comer», o «pan»; o tal vez «carne» en bohemio, como sostenía con buenos argumentos uno de nosotros que conocía esa lengua.

Hurbinek, que tenía tres años y probablemente había nacido en Auschwitz, y nunca había visto un árbol; Hurbinek, que había luchado como un hombre, hasta el último suspiro, por conquistar su entrada en el mundo de los hombres, del cual un poder bestial lo había exiliado; Hurbinek, el sinnombre, cuyo minúsculo antebrazo había sido firmado con el tatuaje de Auschwitz; Hurbinek murió en los primeros días de marzo de 1945, libre pero no redimido. Nada queda de él: el testimonio de su existencia son estas palabras mías.

Henek era un buen amigo, y una fuente continua de sorpresas. Su nombre era también convencional, como el de Hurbinek: su verdadero nombre, que era König, había sido transformado en Henek por las dos muchachas polacas que, aunque por lo menos diez años mayores que él, experimentaban por Henek una simpatía ambigua que pronto se convirtió en deseo manifiesto.

Henek-König, en nuestro microcosmos de desdicha, era el único que no estaba enfermo ni convaleciente sino que, por el contrario, gozaba de una salud espléndida de cuerpo y de espíritu. Era pequeño de estatura y de aspecto dulce, pero tenía unos músculos de atleta; afectuoso y servicial con Hurbinek y con nosotros, albergaba sin embargo instintos plácidamente sanguinarios. El Lager, trampa mortal, «molino de huesos» para los demás, había sido para él una buena escuela: en pocos meses lo había convertido en un joven carnívoro, veloz, sagaz, feroz y prudente.

Durante las largas horas que pasamos juntos me contó lo esencial de su breve vida. Había nacido y había vivido en una fábrica, en Transilvania, en medio del bosque, junto a la frontera rumana. Se iba muchas veces al bosque con su padre, los domingos, los dos armados. ¿Por qué armados? ¿Para cazar? Sí, también para cazar; pero también para dispararle a los rumanos. ¿Y por qué les disparaban a los rumanos? Porque son rumanos, me explicó Henek, con una sencillez pasmosa. También ellos, de vez en cuando, nos disparaban.

Lo habían cogido preso y lo habían deportado a Auschwitz con toda su familia. A los demás los habían matado en seguida: él les había declarado a los SS que tenía dieciocho años y era albañil, cuando tenía catorce y era estudiante. Así había ingresado en Birkenau: pero en Birkenau, al revés, había insistido en su verdadera edad, le habían asignado al Block de los niños y, como era mayor y más robusto, se había convertido en su Kapo. Los niños, en Birkenau, eran aves de paso: después de unos días se los transfería al Block de los experimentos, o directamente a la cámara de gas. Henek había comprendido la situación rápidamente, y como buen Kapo se había «organizado», había establecido una sólida relación con un influyente Häftling húngaro, y había sobrevivido hasta la liberación. Cuando se hacían las selecciones en el Block de los niños quien elegía era él. ¿No sentía remordimientos? No: ¿por qué? ¿Es que había otra manera de sobrevivir?

En la evacuación del Lager, prudentemente, se había escondido; por la ventanilla de una cantina había visto a los alemanes desmantelar a toda prisa los fabulosos almacenes de Auschwitz, y había observado cómo, en el desbarajuste de la partida, habían dejado caer en la carretera gran cantidad de alimentos enlatados. No se

habían entretenido en recogerlos sino que habían intentado destruirlos pasando por encima de ellos con las cadenas de sus tanques. Muchas latas se habían hundido en el fango y la nieve sin romperse: por la noche, Henek había salido con un saco y había reunido un fantástico tesoro de latas, deformadas, aplastadas, pero llenas: de carne, de manteca, de fruta, de vitaminas. No se lo había dicho a nadie, naturalmente: me lo decía a mí porque era su vecino de cama, y podía servirle de vigilante. En efecto, como Henek se pasaba muchas horas dando vueltas por el Lager, en ocupaciones misteriosas, mientras yo estaba imposibilitado para moverme, mi trabajo de guardia le fue muy útil. Tenía confianza en mí: colocó el saco debajo de mi cama, y durante los días siguientes me correspondió con una justa retribución en especies, autorizándome a coger las raciones de mantenimiento que considerase apropiadas, en cantidad y calidad, para mi condición de enfermo y a la clase de mis servicios.

No era Hurbinek el único niño. Había más, en condiciones de salud relativamente buenas: habían formado un pequeño «club», muy restringido y reservado, en el cual la intrusión de los adultos era a todas luces mal recibida. Eran animalillos salvajes y juiciosos, que hablaban entre sí en lenguas que yo no comprendía. El miembro más autorizado del clan no tenía más de cinco años, y se llamaba Peter Pavel.

Peter Pavel no hablaba con nadie y no necesitaba a nadie. Era un hermoso niño rubio y robusto, de cara inteligente e impasible. Por la mañana se bajaba de la litera, que estaba en la tercera fila, con movimientos lentos pero seguros, iba a las duchas a llenar de agua su escudilla y se lavaba meticulosamente. Luego desaparecía durante toda la jornada, haciendo sólo una breve aparición a mediodía para llevarse el potaje en la escudilla. Volvía a cenar; comía, se iba otra vez, volvía poco después con un orinal, lo ponía en la esquina detrás de la estufa, se sentaba en él unos pocos minutos, volvía a irse con el orinal, entraba sin él, se encaramaba despacio a su sitio, arreglaba puntillosamente las mantas y la almohada, y se dormía hasta la mañana siguiente sin cambiar de postura.

Pocos días después de mi llegada vi con desasosiego aparecer una cara conocida; la silueta patética y desagradable del Kleine Kiepura, la mascota de Buna-Monowitz. Todos los de Buna lo conocían: era el más joven de los prisioneros, no tenía más que doce años. Todo en él era irregular, empezando por su presencia en el Lager, donde lo normal era que los niños no entrasen vivos: nadie sabía cómo o por qué había sido admitido él, pero al mismo tiempo todos lo sabíamos hasta la saciedad. Irregular era también su posición, puesto que no iba a trabajar sino que vivía en semiclausura en el Block de los

funcionarios; llamativamente irregular era, en fin, su aspecto.

Había crecido demasiado y mal: del cuerpo achatado y corto le salían unos brazos y unas piernas larguísimos, de araña; y debajo de la cara pálida, no sin cierta gracia infantil, salía hacia adelante una enorme mandíbula, más prominente que la nariz. El Kleine Kiepura era el ayudante y protegido del Lager-Kapo, el Kapo de todos los Kapos.

Nadie lo quería, salvo su protector. A la sombra de la autoridad, bien comido y vestido, exento de trabajo, había llevado hasta el último día una existencia ambigua y frívola de favorito, entretejida de chismes, delaciones y afectos distorsionados: su nombre, espero que sin razón, se susurraba siempre en los casos más clamorosos de denuncias anónimas a la Sección política y a los SS. Por eso todos le temíamos y le huíamos.

Ahora el Lager-Kapo, destituido de todo poder, marchaba hacia occidente, y el Kleine Kiepura, convaleciente de una ligera enfermedad, había seguido nuestro destino. Le dieron cama y escudilla y entró en nuestro limbo. Henek y yo le dirigimos unas pocas y cautas palabras, porque experimentábamos hacia él una desconfianza y una compasión hostiles; pero casi ni nos contestó. Se estuvo callado dos días seguidos: se quedaba en la litera todo encogido, la mirada fija en el vacío y los puños apretados contra el pecho. Luego, empezó a hablar de repente: y echamos de menos su silencio. El Kleine Kiepura hablaba solo, como en sueños: y soñaba que había hecho carrera, que se había convertido en un Kapo. No se sabía si era locura o si era un juego pueril y siniestro: sin tregua, desde lo alto de una litera junto al techo, el chico cantaba y silbaba las marchas de Buna, los ritmos brutales que habían escondido nuestros pasos cansados todas las mañanas y todas las tardes; y vociferaba en alemán órdenes imperiosas a una multitud de esclavos inexistentes.

—¡A levantarse, puercos!, ¿lo habéis oído? Haced las camas, de prisa, limpiaos los zapatos. Reunión general, revisión de los piojos, revisión de los pies. ¡Enseñad los pies, carroñas! Otra vez sucio, tú, saco de m...; ten cuidado que no estoy para juegos. Te pesco una vez más y te vas al crematorio. —Y luego gritando a la manera de los militares alemanes—: En fila, cubiertos, alineados. Abajo el coleto: al paso, seguir la música. Las manos en la costura del pantalón. —Y luego, después de una pausa, con voz arrogante y chillona—: Esto no es un sanatorio. Es un Lager alemán, se llama Auschwitz y no se sale más que por la Chimenea. Si te gusta, bien; si no te gusta no tienes más que ir a tocar el cable de alta tensión.

El Kleine Kiepura desapareció pocos días después, con gran alivio de todos. En medio de nosotros, débiles y enfermos, pero llenos de alegría tímida y temblorosa de la libertad recuperada, su presencia

ofendía como la de un cadáver, y la compasión que suscitaba en nosotros estaba mezclada de horror. En vano intentamos arrancarlo de su delirio: la infección del Lager le había afectado demasiado. Las dos muchachas polacas, que desempeñaban (en realidad bastante mal) las funciones de enfermeras, se llamaban Hanka y Jadzia. Hanka era una ex Kapo, como se podía deducir por su cabellera que no había sido afeitada, y aún con mayor seguridad por sus maneras imperiosas. No debía tener más de veinticuatro años: era de mediana estatura, de piel olivácea y de rasgos duros y ordinarios. En aquella atmósfera de purgatorio, llena de sufrimientos pesados y presentes, de esperanzas y de compasión, se pasaba los días delante del espejo, o limándose las uñas de las manos y los pies, o pavoneándose ante el irónico e indiferente Henek.

Era, o se consideraba, de más alto rango que Jadzia; pero la verdad es que hacía falta bien poco para ganar en autoridad a una criatura tan insignificante. Jadzia era una muchacha pequeña y tímida, de tez de un rojizo enfermizo; pero su envoltorio de carne anémica estaba atormentado, herido desde su interior, agitado por una secreta y continua tempestad. Tenía ganas, deseo, necesidad insoslayable de un hombre, de cualquier hombre, de prisa, de todos los hombres. Todo macho que aparecía en su radio de acción la atraía, pesadamente, como la calamita atrae al hierro. Jadzia se quedaba mirándolo con ojos encandilados y atónitos, se ponía de pie en su rincón, iba hacia él con paso inseguro de sonámbula, se arrimaba a él; si el hombre se alejaba, lo seguía a distancia, en silencio algunos metros, luego volvía, con los ojos bajos, a su inercia; si el hombre la esperaba, Jadzia lo envolvía, se lo incorporaba, tomaba posesión de él, con los movimientos ciegos, mudos, trémulos, lentos, pero seguros que manifiestan las amebas bajo el microscopio.

Su objetivo primero y principal era, naturalmente, Henek: pero Henek no la quería, la escarnecía, la insultaba. Aunque, como chico práctico que era, no se había desentendido del asunto y había avisado a Noah, su gran amigo.

Noah no vivía en nuestra sala, y en realidad no vivía en ningún sitio sino en todos. Era un hombre nómada y libre, feliz con el aire que respiraba y con la tierra que pisaba. Era el Scheissminister de la Auschwitz libre, el ministro de las letrinas y los pozos negros: pero a pesar de este oficio evacuatorio (que, por otra parte, había asumido voluntariamente) no había en él nada de sucio, o si algo había, estaba sobrepasado y bordado por el ímpetu de su vigor vital. Noah era un pantagruel jovencísimo, fuerte como un caballo, voraz y salaz. Como Jadzia deseaba a todos los hombres, así Noah deseaba a todas las mujeres: pero mientras la tenue Jadzia se limitaba a tender a su alrededor sus inconsistentes redes, como un molusco de roca, Noah,

pájaro de alto vuelo, surcaba de la mañana a la noche todas las calles del campo subido en su carro repugnante, restallando la fusta y cantando a voz en grito: el carro se paraba delante de la entrada de cada Block y, mientras sus subordinados, sucios y fétidos, desempeñaban entre blasfemias su inmundo trabajo, Noah se iba por las salas de las mujeres como un príncipe de Oriente, vestido con una chaqueta extravagante y variopinta, llena de remiendos y de alamares. Sus citas de amor parecían huracanes. Era el amigo de todos los hombres y el amante de todas las mujeres. El diluvio había pasado: en el cielo negro de Auschwitz, Noah veía brillar el arco iris, y el mundo era suyo, para repoblarlo.

Eran Vitta, o Eran Vita, como la llamaban todos, amaba, por el contrario, a todos los seres humanos con un amor fraternal. Frau Vita, de cuerpo deshecho y dulce rostro claro, era una joven viuda de Trieste, medio judía, superviviente de Birkenau. Pasaba muchas horas junto a mi cama, hablándome de mil cosas al mismo tiempo, con volubilidad triestina, riéndose y llorando: tenía buena salud, pero estaba profundamente herida, llagada por cuanto había sufrido y visto en un año de Lager, y en aquellos últimos días horribles. La habían «asignado» al transporte de los cadáveres, de los pedazos de cadáveres, de miserables despojos anónimos, y aquellas últimas imágenes le pesaban encima como una montaña: quería exorcizarlas, limpiarse de ellas arrojándose de cabeza en una actividad tumultuosa. Era la única que se ocupaba de los enfermos y de los niños; lo hacía con una compasión frenética y, cuando le quedaba tiempo, fregaba los pisos y limpiaba los cristales con una furia salvaje, enjuagaba fragorosamente las escudillas y los vasos, corría por las salas para llevar recados verdaderos o fingidos; luego volvía sin aliento, y se sentaba jadeante en mi litera, con los ojos húmedos, hambrienta de conversación, de confidencias, de calor humano. Por la noche, cuando todos los trabajos diarios se habían terminado, incapaz de soportar la soledad, daba un salto fuera de su yacija y bailaba sola, entre cama y cama, a la música de sus mismas canciones, apretando cariñosamente contra su pecho a un hombre imaginario.

Fue Eran Vita quien le cerró los ojos a André y a Antoine. Eran dos jóvenes campesinos de los Vosgos, ambos compañeros míos en los diez días de interregno, ambos enfermos de difteria. Me parecía conocerlos hacía siglos. Con extraño paralelismo fueron atacados simultáneamente por una especie de disentería que pronto se reveló gravísima, de origen tuberculoso; y en pocos días la balanza de su destino perdió el equilibrio. Eran vecinos de cama, no se quejaban, aguantaban los cólicos atroces con los dientes apretados, sin comprender su mortal naturaleza, hablaban sólo entre sí, tímidamente, y no pedían ayuda a nadie. André fue el primero en irse,

mientras hablaba, en mitad de una frase, como se apaga una vela. Tardaron dos días en venir a llevárselo; los niños venían a mirarlo con una curiosidad pasmada, luego seguían jugando en su rincón.

Antoine se quedó silencioso y solo, encerrado en una espera que lo transfiguraba. Su estado de nutrición era aceptable, pero en dos días sufrió una metamorfosis impresionante, como si lo estuviese chupando su vecino. Entre Frau Vita y yo logramos, luego de muchas tentativas infructuosas, hacer venir a un médico: le pregunté, en alemán, si se podía hacer algo, si había alguna esperanza, y le pedí que no me contestase en francés. Me contestó en yiddish, con una frase breve que no entendí: entonces me la tradujo en alemán: «Sein Kamerad ruft ihn», su amigo lo llama. Antoine siguió su llamada aquella misma noche. No tenía todavía veinte años y habían estado en el Lager sólo un mes.

Por fin llegó Olga, una noche llena de silencio, a llevarme las funestas noticias del campo de Birkenau, y del destino de las mujeres que habían sido transportadas conmigo. Hacía muchos días que la esperaba: no la conocía en persona pero Frau Vita, que a pesar de las prohibiciones sanitarias se relacionaba también con los enfermos de las demás secciones, en busca de penas que aliviar y de coloquios apasionados, nos había informado de nuestras presencias respectivas, y había organizado el encuentro ilícito, a mitad de la noche, mientras todos dormían.

Olga era una partisana judía croata que, en 1944 se había refugiado en la región de Asti con su familia, y que había sido internada; perteneció, pues, a aquella oleada de varios millares de judíos extranjeros que habían encontrado asilo, y una paz breve, en la paradójica Italia de aquellos años, oficialmente antisemita. Era una mujer de gran inteligencia y cultura, fuerte, guapa, y consciente; deportada a Birkenau, era la única de su familia que había sobrevivido.

Hablaba italiano perfectamente; por gratitud y por temperamento se había hecho amiga en seguida de las italianas del campo y, sobre todo, de las que habían sido deportadas con mi convoy. Me contó su historia con la mirada en tierra, a la luz de una vela. La furtiva luz sólo sustraía a las tinieblas su rostro, acentuando sus arrugas precoces y convirtiéndolo en una máscara trágica. Tenía la cabeza oculta con un pañuelo: en determinado momento se lo desató y la máscara se volvió macabra como una calavera. El cráneo de Olga estaba desnudo: sólo lo cubría una leve pelusa gris.

Habían muerto todos. Todos los niños y todos los viejos, inmediatamente. De las quinientas cincuenta personas a quienes había perdido el rastro al ingresar en el Lager, sólo veintinueve habían sido admitidas en el campo de Birkenau: de ellas, sólo cinco habían

sobrevivido. Vanda había ido a la cámara de gas, plenamente consciente, en el mes de octubre: ella misma, Olga, le había proporcionado dos pastillas de somnífero, pero no eran suficientes.

El griego

Hacia fines de febrero, después de un mes de cama, me sentía si no curado sí en estado estacionario. Tenía la clara impresión de que mientras no me pusiese en posición vertical, mientras no metiese los pies dentro de los zapatos, no encontraría la salud y las fuerzas. Por eso, en uno de los raros días de visita del médico, le pedí que me diese de alta. El médico me reconoció, o hizo que me reconocía; comprobó que la desescamación de la escarlatina había terminado; me dijo que por su parte podía irme; me recomendó, absurdamente, que no me expusiese al cansancio ni al frío, y me deseó buena suerte.

Entonces me hice unos botines cortando un trozo de manta, me apoderé de todas las chaquetas y calzones que pude encontrar por allí (ya que otros indumentos no se encontraban), me despedí de Frau Vita y de Henek, y me fui.

Me tenía mal en pie. Apenas salí me encontré con un oficial soviético que estaba junto a la puerta: me hizo una foto y me regaló cinco cigarrillos. Poco más adelante no pude escaparme de otro individuo, vestido de civil, que estaba buscando hombres para remover la nieve; me capturó, sordo a mis protestas, me dio una pala y me agregó a una brigada de limpieza.

Le ofrecí los cinco cigarrillos pero los rechazó con asco. Era un ex Kapo y, naturalmente, continuaba en servicio: ¿quién, si no, conseguiría obligar a remover la nieve a gente como nosotros? Traté de removerla, pero me fue materialmente imposible. Si hubiese podido dar la vuelta a la esquina nadie me hubiese visto, pero lo esencial era librarse de la pala: venderla habría estado bien pero no sabía a quién, y llevármela, aunque fuesen pocos pasos, era peligroso. No había nieve bastante para enterrarla. Por fin la tiré dentro de una cantina, por la ventanilla, y me sentí libre.

Entré en un Block: había un guardia, un húngaro viejo que no quería dejarme entrar, pero los cigarrillos lo convencieron. Dentro hacía calor, estaba lleno de humo y ruido, y de caras desconocidas; pero por la noche el potaje me lo dieron a mí también. Esperaba poder tener unos días de descanso para acostumbrarme poco a poco a la vida activa, pero no sabía que había elegido mal. A la mañana siguiente me encontré metido en un transporte ruso hacia un misterioso campo de descanso.

No puedo decir que recuerde exactamente cuándo y cómo surgió de la nada mi conocimiento del griego. En aquellos lugares y en aquellos días, poco después de pasar el frente, un viento de altura

soplaba sobre la faz de la tierra: el mundo, a nuestro alrededor, parecía haber vuelto al caos primigenio y rebullía de ejemplares humanos imperfectos, defectuosos, anormales; y cada uno de ellos se agitaba, con movimientos ciegos o deliberados, en afanosa búsqueda de su propio lugar, de su propia esfera, como se dice poéticamente de las partículas de los cuatro elementos en la cosmogonía de los antiguos.

Arrastrado yo también por el torbellino me encontré, pues, en una gélida noche, muchas horas antes del alba, después de una copiosa nevada, montado en una carreta militar de caballos, junto a una decena de compañeros a quienes no conocía. El frío era intenso: el cielo, densamente estrellado, se iba aclarando por levante prometiendo una de aquellas maravillosas auroras de llanura a las que, en el tiempo de nuestra esclavitud, asistíamos largamente en la plaza de la Lista del Lager.

Nuestro guía y escolta era un soldado ruso. Iba sentado al pescante, cantando a las estrellas a voz en cuello, y dirigiéndose de vez en cuando a los caballos de aquella manera suya extrañamente afectuosa, con inflexiones amables y largas frases moduladas. Le habíamos preguntado sobre nuestro destino, naturalmente, pero sin sacarle nada comprensible, excepto que, según parecía por ciertos bufidos rítmicos y por el movimiento de los codos que plegaba al modo de una biela, su misión debía de limitarse a llevarnos a una estación de ferrocarril.

Así fue, en efecto. Al salir el sol, la carreta se paró al pie de un terraplén: por encima pasaba la vía, interrumpida y desplazada a lo largo de unos cincuenta metros por un bombardeo reciente. El soldado nos indicó uno de los dos ramales, nos ayudó a bajar del carro (y era necesario: el viaje había durado casi dos horas, el carro era pequeño y muchos de nosotros, por la posición incómoda y el frío penetrante, estábamos entorpecidos de tal manera que no podíamos movernos), se despidió con joviales palabras incomprensibles, hizo volverse a los caballos y se fue cantando dulcemente.

El sol, recién salido, había desaparecido detrás de un velo de calígima; desde lo alto del terraplén de la vía no se veía más que una llanura desierta y sin límites, sepultada bajo la nieve, sin un tejado, sin un árbol.

Como he dicho éramos una decena. Había un «Reichsdeutscher» que, como otros muchos alemanes «arios», después de la liberación había adoptado modales relativamente corteses y francamente ambiguos (ésta era una metamorfosis divertida que ya había observado en otros; a veces progresivamente, a veces en pocos minutos, a la primera comparecencia de los nuevos amos de la estrella roja sobre cuyos anchos rostros era fácil leer la tendencia a no hilar

muy fino). Había dos hermanos, judíos vieneses, altos y delgados, de unos cincuenta años, silenciosos y cautos como todos los antiguos Häftlinge; un oficial del ejército regular yugoslavo, que parecía no haber conseguido aún sacudirse de encima la apatía y la inercia del Lager, y nos miraba con ojos vacuos. Había una especie de despojo humano, de edad indefinida, que hablaba consigo mismo en yiddish sin parar: uno de los muchos a quienes la vida feroz del campo había deshecho a medias, dejándolos luego sobrevivir envueltos (o tal vez protegidos) por una espesa coraza de insensibilidad o de abierta locura. Y estaba, finalmente, el griego, al que el destino iba a unirme en una inolvidable semana de vagabundeo.

Se llamaba Mordo Nahum, y a primera vista no se destacaba en él nada notable, excepto los zapatos (de piel, casi nuevos, de modelo elegante: un verdadero portento en aquel tiempo y lugar), y el saco que llevaba al hombro, que era de bulto conspicuo y de peso en correspondencia, como yo mismo hube de constatar en los días siguientes. Además de su lengua hablaba español (como todos los judíos de Salónica), francés, un italiano trabajoso pero de buen acento, y supe después que turco, búlgaro y un poco de albanés. Tenía cuarenta años, era de estatura más bien alta pero andaba inclinado, con la cabeza echada hacia adelante como los miopes. De pelo pelirrojo y piel rojiza tenía grandes ojos descoloridos y acuosos, y una gran nariz curva; lo que le daba interés era su aspecto a la vez rapaz e impedido, como de pájaro nocturno sorprendido por la luz, o de pez de presa fuera de su elemento natural.

Estaba convaleciente de una enfermedad indeterminada que le había dado fiebres altísimas, agotadoras; aun entonces, en las primeras noches de viaje, caía de vez en cuando en un estado de postración, con escalofríos y delirios. Sin sentirnos particularmente atraídos el uno por el otro nos aproximábamos por las dos lenguas que teníamos en común y por el hecho, muy digno de tener en cuenta en aquellas circunstancias, de ser los dos únicos mediterráneos en el pequeño grupo.

La espera era interminable; teníamos hambre y frío, y estábamos obligados a estar de pie o a echarnos en la nieve porque no se veía por ninguna parte ni un techo ni un refugio. Debía de ser aproximadamente mediodía cuando, anunciada desde lejos por el jadeo y el humo, se tendió hacia nosotros la mano de la civilización bajo la especie de un mísero convoy de tres o cuatro vagones de mercancías, arrastrados por una pequeña locomotora de esas que en sus tiempos normales sirven para maniobrar los vagones dentro de la estación.

El convoy se paró delante de nosotros, al final del trozo interrumpido. Bajaron algunos campesinos polacos de los que no

conseguimos sacar ninguna información sensata: nos miraban con expresión cerrada y nos evitaban como si fuésemos apestados. Lo éramos en realidad, y tal en sentido estricto, y de todas maneras nuestro aspecto no debía ser agradable: pero de los primeros «civiles» con que nos encontrábamos después de nuestra liberación habíamos esperado una acogida más cordial. Subimos todos a uno de los vagones, y el trenecillo partió de nuevo en sentido inverso, empujado y ya no arrastrado por la locomotora de juguete.

A la parada siguiente subieron dos campesinas quienes, superadas su desconfianza inicial y la dificultad del lenguaje, nos proporcionaron algunos datos geográficos importantes, y una noticia que, de ser cierta, a nosotros nos parecía desastrosa.

La interrupción de las vías no estaba lejos de una localidad llamada Neu Berun, donde en otro tiempo comenzaba una desviación hacia Auschwitz que había sido destruida. Las dos líneas que partían de la interrupción conducían la una a Katowice (al oeste), la otra a Cracovia (al este). Ambas localidades distaban de Neu Berun unos sesenta kilómetros, lo cual, en las condiciones espantosas en que la guerra había dejado la línea, significaba al menos dos días de viaje, con un número impreciso de paradas y de trasbordos. El convoy en que estábamos se dirigía a Cracovia: a Cracovia los rusos habían estado enviando hasta hacía pocos días un número enorme de ex prisioneros y, para entonces, todos los cuarteles, las escuelas, los hospitales, los conventos, desbordaban de gente en un estado de necesidad extrema. Las mismas calles de Cracovia, según nuestras informadoras, hervían de hombres y mujeres de todas las razas que, en un abrir los ojos, se habían convertido en contrabandistas, en mercaderes clandestinos, y hasta en ladrones y bandidos.

Ya hacía varios días que los ex prisioneros estaban siendo concentrados en otros campos, en los alrededores de Katowice: las dos mujeres estaban muy sorprendidas de encontrarnos en camino a Cracovia donde, decían, hasta la guarnición rusa padecía escasez. Después de oír nuestra historia se consultaron brevemente y luego se declararon convencidas de que aquello debía ser un error de nuestro acompañante, el carretero ruso, quien, poco conocedor del país, nos había conducido a la línea del este en lugar de la del oeste.

La noticia nos sumió en un lío de dudas y angustias. Habíamos confiado en un viaje corto, y seguro hacia un campo dispuesto a recibirnos, hacia un sucedáneo aceptable de nuestra casa; y esta esperanza formaba parte de una esperanza mucho mayor, la esperanza en un mundo recto y justo, milagrosamente restablecido sobre sus cimientos naturales luego de una eternidad de convulsiones, de errores y de desastres, luego del tiempo de nuestra larga paciencia. Era una esperanza ingenua, como todas las que descansan sobre

separaciones demasiado claras entre el mal y el bien, entre el pasado y el futuro: pero de ella vivíamos. Aquel primer fallo —y los otros inevitables, pequeños y grandes, que siguieron— fue para muchos de nosotros una ocasión de sufrimiento, tanto más sensible cuanto era menos prevista: porque no se está soñando durante años, durante decenios, en un mundo mejor sin imaginárselo perfecto.

Y sin embargo había ocurrido algo que sólo algunos poquísimos sabios de nosotros había previsto. La libertad, la improbable, imposible libertad, tan lejana de Auschwitz que sólo en sueños osábamos esperarla, había llegado: y no nos había llevado a la Tierra Prometida. Estaba a nuestro alrededor, pero en forma de una despiadada llanura desierta. Nos esperaban más pruebas, más fatigas, más hambres, más hielos, más miedo.

Yo no había comido nada en veinticuatro horas. Íbamos sentados en el suelo de madera del vagón, apoyados unos contra otros para guarecernos del frío; las vías estaban sueltas, y a cada vaivén nuestras cabezas, poco estables sobre el cuello, se golpeaban contra las tablas de la pared. Me sentía extenuado, no sólo físicamente: como un atleta que ha estado corriendo durante horas enteras, agotando todas sus reservas —primero las naturales y luego las que se destilan, las que se crean de la nada en los momentos de extrema necesidad— y llega a la meta; y en el momento en que, exhausto, se deja caer en tierra, lo obligan a ponerse de pie brutalmente, y a echarse a correr otra vez, en la oscuridad, hacia otra meta que no sabe a qué distancia está. Pensaba cosas amargas: que la naturaleza raramente concede indemnizaciones, y tampoco la sociedad humana, que es lenta y tímida en alejarse de los grandes esquemas de la naturaleza; que conquista representa, en la historia del pensamiento humano, el llegar a ver en la naturaleza no un modelo para seguir sino un bloque informe por esculpir, o un enemigo a quien oponerse.

El tren avanzaba lentamente. Al atardecer aparecieron pueblos oscuros, de aspecto abandonado; luego se hizo noche total, atrozmente gélida, sin luz en el cielo ni en la tierra. Sólo las sacudidas del vagón nos impedían sumirnos en un sueño que con el frío hubiese sido mortal. Después de interminables horas de viaje, serían las tres de la mañana cuando nos detuvimos en una estacioncita desordenada y oscura. El griego deliraba: de los demás, unos por miedo, otros por pura inercia, otros por la esperanza de que el tren se pusiese en marcha pronto, ninguno quiso bajar del vagón. Yo bajé, y di vueltas por aquella oscuridad, con mi minúsculo equipaje, hasta que vi una ventanita encendida. Era la cabina del telégrafo, atestada de gente: había una estufa encendida. Entré, temerosamente, como un perro sin amo, pronto a desaparecer al primer gesto amenazador, pero nadie se

fijó en mí. Me tiré al suelo y me dormí inmediatamente, como se aprende a dormir en el Lager.

Me desperté unas horas más tarde, al amanecer. La cabina estaba vacía. El telegrafista me vio alzar la cabeza y me puso al lado, en el suelo, una rebanada gigantesca de pan y queso. Estaba aturdido (además de paralizado a medias por el frío y el sueño) y me temo no haberle dado las gracias. Me eché la comida al estómago y salí al aire libre: el tren no se había movido. En el vagón, mis compañeros yacían entumecidos; al verme me hicieron sitio, todos menos el yugoslavo, que en vano intentó moverse. El hielo y la inmovilidad le habían paralizado las piernas; cuando se las tocaba gritaba y gemía. Tuvimos que darle masajes y luego irle moviendo los miembros con cuidado, como se hace para poner en marcha un mecanismo oxidado.

Todos habíamos pasado una noche terrible. Puede que la peor de todo el exilio. Hablé con el griego: estuvimos de acuerdo en la necesidad de establecer una alianza para escapar por cualquier medio a otra noche de hielo, a la cual sentíamos que no podríamos sobrevivir.

Creo que el griego, gracias a mi escapada nocturna, supervaloró mis cualidades de *«débrouillard et démerdard»*, como elegantemente decíamos entonces. En lo que a mí respecta, confieso que principalmente tuve en cuenta su abultado saco, y su condición de salonita que, como todo el mundo sabía en Auschwitz, equivalía a una garantía de refinadas habilidades mercantiles, y de capacidad para superar todas las circunstancias. La simpatía, por las dos partes, la estima, por una de ellas, llegaron más tarde.

El tren se puso en marcha, y a paso tortuoso y vago nos llevó a un lugar llamado Szczakowa. Allí, la Cruz Roja polaca había establecido un servicio maravilloso de comida caliente: se distribuía un potaje bastante sustancioso, a cualquier hora del día y de la noche, a quienquiera que se presentase allí. Un milagro con que ninguno de nosotros nos hubiésemos atrevido a soñar en nuestros más audaces sueños: en cierto modo, el revés del Lager. No me acuerdo de lo que hicieron mis compañeros: yo me mostré tan voraz que las monjas polacas, acostumbradas a la clientela famélica que tenían, se hacían cruces.

Salimos otra vez por la tarde temprano. Hacía sol. Nuestro pobre tren se paró al atardecer por una avería: a lo lejos se veían, rojizos, los campanarios de Cracovia. El griego y yo bajamos del vagón, y fuimos a preguntarle al maquinista, que estaba en medio de la nieve, muy atareado y sucio, luchando con largos chorros de vapor que salían de no sé qué tubo roto. «Maschína kaputt», nos contestó lapidariamente. Ya no éramos siervos, no éramos protegidos, habíamos escapado a la tutela. Sonaba para nosotros la hora de la prueba.

El griego, confortado por el potaje caliente de Szczakowa, se sentía en forma. «¿Nos vamos?» «Vámonos.» Así abandonamos el tren y a nuestros perplejos compañeros, que no volveríamos a ver, y nos encaminamos a pie a la problemática búsqueda de la Sociedad Civil.

Ante su perentoria petición yo había cargado con el famoso saco. «¡Pero es tuyo!», había intentado protestar en vano. «Precisamente porque es mío. Yo lo he organizado y tú lo llevas. Es la división del trabajo. También tú le sacarás partido». Así nos pusimos en marcha, él delante y yo detrás, sobre la nieve compacta de una carretera periférica; el sol se había Puesto ya.

Ya he hablado de los zapatos del griego; en cuanto a mí, calzaba un curioso calzado que en Italia sólo he visto llevar a los curas, de piel finísima, hasta la pantorrilla, sin cordones, con dos hebillas grandes y dos piezas laterales de tejido elástico que debían garantizar su adherencia perfecta a la pierna. Llevaba puestos cuatro pares de pantalones de tela de Häftling, una camisa de algodón y una chaqueta a rayas. Era todo. Mi equipaje consistía en una manta y en una caja de cartón, ahora vacía, en donde había guardado unos pedazos de pan: cosas todas que el griego consideraba con manifiesto desprecio y enfado.

Nos habíamos equivocado mucho sobre la distancia que nos separaba de Cracovia: tuvimos que recorrer por lo menos siete kilómetros. Después de veinte minutos de camino mis zapatos estaban deshechos: la suela de uno se había despegado y la del otro estaba descosiéndose. El griego había guardado hasta entonces un silencio lleno de malos presagios: cuando me vio dejar el fardo y sentarme en un mojón me dijo:

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco —le contesté.

—¿Qué oficio tienes? —Soy químico.

—Pues lo que eres es un estúpido —me dijo tranquilamente—. No tener zapatos es de estúpidos.

El griego era un gran tipo. Pocas veces en mi vida he sentido que me lanzasen a la cabeza una sabiduría tan concreta. Era poco lo que podía replicarle. La validez de su argumento era palpable, evidente: en mis pies aquellos dos amasijos informes, y en los suyos aquellas dos maravillas resplandecientes. No podía justificarme. Había dejado de ser esclavo: pero a los pocos pasos en el camino de la liberación, heme aquí sentado en un mojón, torpe e inútil como la locomotora averiada que acabábamos de abandonar. ¿Es que merecía la libertad? El griego parecía dudarlo.

—... pero tenía la escarlatina, fiebre, estaba en la enfermería: el almacén de zapatos estaba muy lejos, estaba prohibido acercarse, y

decían que los polacos lo habían saqueado. ¿Y no era natural que pensase que los rusos nos los iban a suministrar?

—Palabras —me dijo el griego—. Todos las dicen. Yo tenía cuarenta de fiebre y no sabía si era de día o de noche: pero una cosa sabía, que necesitaba zapatos y otras cosas; así que me levanté, y fui hasta el almacén para considerar la situación. Y delante de la puerta había un ruso con metralleta: pero yo quería los zapatos, di la vuelta al edificio, rompí una ventana y entré. Así encontré los zapatos, el saco y todo lo que hay en el saco, que más adelante nos será útil. Esto es previsión; lo tuyo es estupidez y no saber cómo son las cosas.

—Ahora eres tú quien habla demasiado —dije yo—. Me habré equivocado pero ahora de lo que se trata es de llegar a Cracovia antes de la noche, con zapatos o sin ellos. —Y mientras lo decía me estaba esforzando, con los dedos entumecidos, en unir al menos provisionalmente las suelas de la piel con unos pedazos de alambre que había encontrado en la carretera.

—Déjalo, así no arreglas nada. —Me tendió dos trozos de tela fuerte que había sacado del hato y me enseñó a envolver a la vez los zapatos y los pies para poder andar mejor. Luego proseguimos en silencio.

La periferia de Cracovia era miserable y sin carácter. Las calles estaban completamente desiertas: los escaparates de las tiendas vacíos, todas las puertas y ventanas cerradas a cal y canto o derruidas. Llegamos al comienzo de una línea de tranvía; yo dudaba, porque no podíamos pagar el billete, pero el griego dijo: «Vamos a subir y luego veremos». El vagón estaba vacío; después de un cuarto de hora llegó el conductor y no el cobrador (otra vez tenía razón el griego; y como se verá tuvo razón en todas las aventuras siguientes excepto en una); partimos y durante el trayecto descubrimos con alegría que uno de los pasajeros que había subido en el intervalo era un militar francés; nos explicó que estaba hospedado en un antiguo convento por delante del cual iba a pasar el tranvía poco después; a la parada siguiente nos encontraríamos con un cuartel requisado por los rusos y lleno de militares italianos. El corazón me daba saltos: había encontrado un hogar.

En realidad no fue tan sencillo. El centinela polaco que estaba de guardia lo primero que hizo fue decirnos que nos fuésemos de allí. «¿Adónde?». «¿Y a mí qué me importa? Fuera de aquí, a cualquier sitio». Después de mucho insistir y rogar llegamos a convencerlo de que avisase a un coronel italiano de quien evidentemente dependían las decisiones sobre la admisión de más huéspedes. No era fácil, nos explicó éste: el cuartel estaba ya hasta los topes, la comida estaba racionada; que yo fuese italiano, podía creerlo, pero no era militar; y mi compañero era griego y no era posible meterlo con los ex

combatientes de Grecia y Albania: sería ocasión de riñas y de peleas. Yo rebatí sus argumentos con mis palabras más elocuentes y con lágrimas reales en los ojos: prometí que solamente nos quedaríamos una noche (y para mí pensaba: una vez dentro...), y que el griego hablaba bien italiano y además abriría la boca lo menos posible. Mis argumentos eran poco convincentes y lo sabía: pero el griego sabía cómo funcionaban todos los ejércitos del mundo y, mientras yo hablaba, él iba hurgando en el saco que colgaba de mis hombros. En determinado momento me empujó a un lado y, en silencio, puso bajo las narices del cancerbero una deslumbrante lata de «Pork», adornada por etiquetas multicolores y fútiles instrucciones en seis idiomas sobre la manera apropiada de tratar su contenido. Así conquistamos una cama y un techo en Cracovia.

Era ya de noche. Al contrario de lo que el coronel nos había dicho, en el interior del cuartel reinaba la más suntuosa abundancia: había estufas encendidas, velas y lámparas de carburo, comida y bebida, y paja para dormir encima. Los italianos estaban distribuidos en salas de diez o doce, pero nosotros en Monowitz éramos dos por metro cúbico. Llevaban puestos buenos uniformes militares, chaquetas guateadas, muchos tenían reloj de pulsera, todos el pelo reluciente de brillantina; eran ruidosos, alegres y amables, y nos colmaron de atenciones. En cuanto al griego, por poco lo levantaron en triunfo. ¡Un griego! ¡Ha llegado un griego! La noticia corrió de sala en sala y en breve se reunió una multitud gozosa en torno a mi severo socio. Aquellos supervivientes de la más benigna ocupación militar que la historia recuerda, hablaban griego —algunos con facilidad: evocaban con pintoresca fantasía lugares y hechos, con un caballeresco reconocimiento tácito del valor desesperado del país invadido—. Pero había algo más que les facilitaba el camino: mi griego no era un griego corriente, era visiblemente un maestro, una autoridad, un supergriego. En pocos minutos de conversación había realizado un prodigio, había creado un clima.

Tenía la preparación adecuada: hablaba italiano, y (lo que es más importante, y no les ocurre a muchos italianos) sabía de qué hablan los italianos. Me dejó pasmado: se mostró experto en mujeres y en *tagliatelle*, en Juventus y en música lírica, en guerra y en blenorragia, en vino y en estraperlo, en motocicletas y en estratagemas. Mordo Nahum, tan lacónico conmigo, se convirtió en seguida en el alma de la velada. Me daba cuenta de que su elocuencia, su afortunado esfuerzo de *captatio benevolentiae* no procedían tan sólo de consideraciones oportunísticas. Él también había estado en la campaña de Grecia, con el grado de sargento: de la otra parte del frente, como es lógico, pero este particular en aquel momento a nadie parecía importarle. Había

estado en Tepeleni, también muchos de los italianos habían estado allí; como ellos había pasado frío, hambre, fango y bombardeos y, al final, como ellos, había sido capturado por los alemanes. Era un colega, un camarada.

Contaba curiosas historias de guerra: después de haber hundido un puente los alemanes, se había encontrado con seis soldados registrando el primer piso de una villa abandonada, en busca de provisiones y había oído ruidos sospechosos en el piso de abajo: había bajado cautelosamente por las escaleras, metralleta en ristre, y se había encontrado con un sargento italiano que, con seis soldados, estaba haciendo en el piso bajo lo mismo que él. El italiano, a su vez, había empuñado la metralleta, pero él le había hecho observar que en aquellas condiciones disparar habría sido algo particularmente carente de sentido, que se encontraban ambos, griegos e italianos, en el mismo puchero y que no veía por qué no podían concluir una pequeña paz separada local y seguir con las investigaciones en sus respectivos territorios de ocupación: propuesta a la cual el italiano había accedido rápidamente.

También para mí fue una revelación. Sabía que no era más que un mercader algo tramposo, experto en engaños y carente de escrúpulos, egoísta y frío: y sin embargo advertía cómo florecía en él, propiciado por la simpatía del auditorio, un calor nuevo, una humanidad insospechada, singular pero auténtica, rica en promesas.

Ya entrada la noche, surgía de alguna parte nada menos que una botella de vino. Fue el golpe de gracia: por lo que a mí respecta, todo naufragó celestialmente en una cálida niebla purpúrea, y a duras penas conseguí arrastrarme hasta la yacija de paja que los italianos, con cuidado maternal, nos habían preparado en una esquina al griego y a mí.

Apenas despuntaba el día cuando el griego me despertó. ¡Ah, desengaño! ¿En dónde estaba el jovial invitado de la noche anterior? El griego que tenía delante era duro, secreto, taciturno. «Levántate», me dijo con un tono que no admitía réplica, «ponte los zapatos, coge el saco y vámonos».

—¿Adónde vamos?

—A trabajar. Al mercado. ¿Te parece bonito que te mantengan los demás?

Era un argumento que yo rechazaba de plano. Además de cómodo, me parecía muy natural que alguien me mantuviese, y también bonito. Me había parecido bonita, exaltante, la demostración de solidaridad nacional, y más aún de espontánea humanidad, de la noche anterior. Además, lleno como estaba de conmiseración por mí mismo, me parecía justo, hermoso, que la gente, por fin, experimentase compasión por mí. Y además no tenía zapatos, estaba

enfermo, tenía fiebre, estaba cansado; y en resumen, por los clavos de Cristo, ¿qué demonios tenía yo que hacer en un mercado?

Le expuse todas estas consideraciones, obvias para mí. Pero *«c'est pas des raisons d'homme»*, me contestó secamente: tuve que darme cuenta de que había infringido uno de sus importantes principios morales, que estaba seriamente escandalizado, que sobre aquel punto no estaba dispuesto a transigir ni a discutir. Todos los códigos morales son, por definición, rígidos: no admiten matices, ni compromisos, ni se influencian recíprocamente. Se toman o se dejan en bloque. Ésta es una de las principales razones por las que el hombre es gregario, y busca más o menos conscientemente la proximidad no ya de su prójimo en general sino tan sólo de quien participa de las mismas profundas convicciones (o de su carencia de tales convicciones). Me di cuenta, con estupor y amargura, de que éste era el caso de Mordo Nahum: era un hombre de convicciones profundas y, por si fuera poco, muy alejadas de las mías. Todos sabemos lo desagradable que es tener relaciones de negocios, y más aún, convivir, con un adversario ideológico.

El fundamento de su ética era el trabajo, que sentía como un deber sagrado pero que entendía en un sentido muy amplio. Trabajo era todo aquello (y tan sólo aquello) que proporciona ganancias sin limitar la libertad. Su concepto del trabajo abarcaba por consiguiente además de algunas actividades lícitas, el contrabando, el hurto y la estafa (el robo no, no era violento). Pero consideraba reprobables, porque eran humillantes, todas las actividades que no suponen iniciativa ni riesgo, o que presuponen disciplina y jerarquía: cualquier relación propia de un empleado, cualquier participación en un trabajo que, aunque estuviese bien retribuido, asimilaba, en bloque, al «trabajo servil». Pero no era trabajo servil labrar la tierra de uno, ni vender antigüedades falsas a los turistas en el puerto.

Por lo que se refiere a las actividades más elevadas del espíritu, al trabajo de creación, no tardé en darme cuenta de que el griego hacía muchos distingos. Se trataba de juicios delicados, que había que emitir caso por caso: era lícito, por ejemplo, buscar el éxito en sí mismo, aunque fuese vendiendo cuadros falsos o subliteratura, o perjudicando al prójimo de cualquiera otra manera; era reprobable la obstinación en seguir una vocación que no aportase ganancias; pecaminoso retirarse del mundo para dedicarse a la contemplación; pero lícita, y aun digna de encomio, la vía de quien se dedique a meditar y lograr la sabiduría siempre que no piense que la sociedad debe alimentarlo: porque la sabiduría es también una mercancía, y puede y debe ser intercambiada.

Como Mordo Nahum no era tonto se daba cuenta claramente de que estos principios suyos podían no ser compartidos por los

individuos de otras procedencias y educaciones, por ejemplo los de mi clase; pero estaba profundamente convencido de su verdad y ambicionaba ponerla en práctica para demostrarme su validez general.

En conclusión, mi intención de quedarme tranquilamente allí esperando que los rusos me diesen de comer tenía que parecerle detestable; porque era «un pan que no me había ganado», porque suponía una relación de sometimiento; y porque cualquier forma de orden, de estructura, a él le parecía sospechosa, ya resultase en un panecillo al día ya en un sobre con el sueldo del mes.

Así las cosas, seguí al griego al mercado; no tanto porque me hubiesen convencido sus argumentos como por inercia y curiosidad. La noche anterior, mientras yo navegaba ya en un mar de vapores vinosos, él se había informado diligentemente sobre la situación, las costumbres, los precios, la oferta y la demanda del mercado libre de Cracovia, y el deber lo reclamaba.

Partimos, él con el saco (que llevaba yo), yo metido en mis deshechos zapatos en virtud de los cuales cada paso era un problema. El mercado de Cracovia había florecido como fenómeno espontáneo inmediatamente después del paso del frente y, en pocos días, había ocupado un barrio entero. Se vendía y se compraba de todo y toda la ciudad se encaminaba allí: los burgueses vendían muebles, libros, cuadros, vestidos y platería; campesinas embutidas en sus mejores galas ofrecían carne, huevos, pollos, queso; niños y niñas, con la nariz y las mejillas rojas por el viento helado, buscaban compradores de las raciones de tabaco que la administración militar soviética distribuía con una munificencia extravagante (trescientos gramos al mes a todo el mundo, incluidos los lactantes).

Me encontré, con alegría, un pequeño grupo de compatriotas: gente despierta, tres soldados y una chica, joviales y manirrotos, que en aquellos días estaban haciendo un gran negocio con una especie de buñuelos calientes que confeccionaban con extraños ingredientes en un portal un poco alejado.

Luego de una primera visita de inspección, el griego se decidió por las camisas. ¿No éramos socios? Pues bien, él contribuía con el capital y la experiencia mercantil; yo, con mi (escaso) conocimiento del alemán y con el trabajo material. «Vete, da una vuelta por todos los puestos donde venden camisas, pregunta cuánto cuestan, contesta que es muy caro, luego vienes y me cuentas. No llames mucho la atención». Me plegué de mala gana a hacer aquella encuesta de mercado: llevaba dentro de mí un hambre y un frío de años, inercia, y a la vez curiosidad, aturdimiento y un nuevo y sabroso gusto por trabar conversación con la gente, por establecer relaciones humanas, por derrochar en pompas mi libertad sin confines. Pero el griego,

detrás de mis interlocutores, me vigilaba con ojos severos: date prisa, por todos los santos, el tiempo es oro, y los negocios son los negocios.

Volví de mi inspección con algunos precios de muestra —de los que el griego tomó nota mentalmente— y con un buen número de nociones filológicas aproximadas: que camisa se dice algo así como «kosciúla»; que los numerales polacos se parecen a los griegos; que «cuánto cuesta» y «qué hora es» se dice más o menos «ile kostúie» y «ktura gogína»; una desinencia de genitivo en «-ego» que me aclaró el sentido de algunas expresiones polacas muchas veces oídas en el Lager; y otros retazos de información que me llenaban de una alegría tonta y pueril.

El griego hacía sus cálculos. Una camisa podía venderse entre cincuenta y cien zloty; un huevo costaba cinco o seis zloty; con diez zloty, según los italianos de los buñuelos, podía comerse sopa y guiso en el comedor de caridad, detrás de la catedral. El griego decidió vender sólo una de las tres camisas que tenía y comer en aquel comedor; lo que sobrase lo invertiríamos en huevos. Luego veríamos lo que hacíamos.

Me entregó, entonces, la camisa y me ordenó que la mostrase y que gritase: «Una camisa, señores, una camisa». Por lo que se refiere a «camisa» estaba ya documentado; en cuanto a «señores», me pareció que la forma correcta era «Panowie», palabras que había oído usar hacía unos minutos a mis competidores e interpreté como el vocativo plural de «Pan», señor. Sobre este último término no tenía dudas: se encuentra en un diálogo de los más importantes de *Los hermanos Karamazov*. Incluso debía de ser el vocablo correcto porque varios clientes se dirigieron a mí en polaco, haciéndome preguntas incomprensibles sobre la camisa. Me sentí embarazado: el griego intervino con autoridad, me empujó a un lado y se encargó directamente de la transacción, que fue larga y laboriosa pero que concluyó felizmente. A petición del comprador, el cambio de propiedad tuvo lugar no en la plaza pública sino en un portal.

Setenta zloty, equivalentes a siete comidas o a una docena de huevos. No sé el griego: yo, desde hacía catorce meses no disponía de tal cantidad de género alimenticio junto. Pero ¿disponía ahora? No estaba muy claro: el griego se había embolsado aquella suma en silencio, y en toda su actitud daba a entender que la administración de las ganancias pensaba llevarla él.

Seguimos dando vueltas por los puestos de las vendedoras de huevos, donde nos enteramos de que por el mismo precio podíamos comprarlos cocidos y crudos. Compramos seis, para cenar; el griego procedió a su compra con extremada prolijidad, escogiendo los más gordos después de minuciosas comparaciones y después de mucha perplejidad y dudas, totalmente insensible a la mirada crítica de la

vendedora.

El comedor de caridad estaba, pues, detrás de la catedral: nos tocaba decidir cuál de las muchas y hermosas iglesias de Cracovia sería la catedral. ¿A quién preguntárselo, y cómo? Pasaba un cura: le preguntaría a un cura. Pero aquel cura, joven y de aspecto benigno, no entendía ni francés ni alemán; por lo cual, por primera y única vez en mi vida desde que salí de las aulas, saqué algún fruto de mis años de estudios clásicos entablando en latín la conversación más extravagante y descabellada. De la petición primera de información (*Pater optime, ubi est mensa pauperorum?*) vinimos confusamente a hablar de todo, de que yo era judío, del Lager *(«castra»*? Lager mejor, cualquiera lo entendía), de Italia, de la imprudencia de hablar alemán en público (que comprendería mejor poco después, por experiencia directa), y de muchas otras cosas a las que el inusitado ropaje de aquella lengua daba un curioso sabor de pasado indefinido.

Me había olvidado del hambre y del frío, tan verdad es que la necesidad de relaciones humanas hay que incluirla entre las necesidades más elementales. También me había olvidado del griego; pero él no me había olvidado a mí y apareció en seguida interrumpiendo sin piedad mi conversación. No es que él rechazase las relaciones humanas y no comprendiese su valor (como había demostrado la noche antes en el cuartel); pero eran propias de otros momentos, festivos, incidentales, no debían mezclarse con el asunto serio y duro que es el trabajo cotidiano. Ante mis débiles protestas sólo me respondió con una mirada torva. Echamos a andar; el griego fue callado durante un rato largo, después, con un juicio concluyente sobre mi colaboración, me dijo con tono pensativo: *«Je n'ai pas encore compris si tu es idiot ou fainéant».*

Con la ayuda de las preciosas indicaciones del cura llegamos al comedor de caridad, lugar muy deprimente pero caliente y lleno de olores voluptuosos. El griego pidió dos sopas y una única ración de judías con tocino: era el castigo por el modo inconveniente y vano en que me había conducido aquella mañana. Estaba furioso; pero después de haberse engullido la sopa se ablandó sensiblemente, hasta el punto de dejarme más de una cuarta parte de sus judías. Afuera había empezado a nevar, y soplaba un viento salvaje. Fuese por compasión por mi ropa en jirones o por despreocupación por el reglamento, el personal del comedor nos dejó tranquilos durante buena parte de la tarde, que pasamos meditando y haciendo planes para el futuro. El griego parecía haber entrado en otra luna: puede que le hubiese vuelto la fiebre, o puede que, después de los bien llevados negocios de la mañana, se sintiese de vacaciones. También estaba en vena benévolamente pedagógica; a medida que pasaban las horas el tono de su conversación iba suavizándose poco a poco y, al mismo tiempo, iba

cambiando la relación que nos unía: de amo-esclavo a las doce a patrono-asalariado a la una, a maestro-discípulo a las dos, a hermano mayor-hermano menor a las tres. La conversación recayó sobre mis zapatos, que ninguno de los dos, por razones evidentes, podía olvidar. Me explicó que no tener zapatos es una falta muy grave. Cuando hay guerra, hay que pensar en dos cosas antes que nada: en primer lugar en los zapatos, en segundo, en la comida; y no viceversa como cree el vulgo: porque quien tiene zapatos puede salir en busca de comida, mientras lo inverso no es verdad. «Pero la guerra ha terminado», objeté; y pensaba que había terminado, como muchos durante aquellos meses de tregua, en un sentido mucho más universal de cuanto hoy osamos creer. «Siempre estamos en guerra», fue la respuesta memorable de Mordo Nahum.

Es bien sabido que nadie nace con un decálogo en el cuerpo, y que cada uno se hace el suyo andando y con hechos consumados, según el patrón de sus experiencias, o de las ajenas asimilables a las propias; por lo cual, el universo moral de cada uno, interpretado rectamente, viene a identificarse con la suma de sus experiencias precedentes y representa, por consiguiente, una forma compendiada de su biografía. La biografía de mi griego era lineal: la de un hombre fuerte y frío, solitario y lógico, que se había movido desde su infancia entre las mallas rígidas de una sociedad mercantil. Era (o había sido) accesible también a otras cosas: no era indiferente al cielo o al mar de su tierra, a los placeres de la casa o la familia, a las controversias dialécticas; pero había sido impulsado a rechazar todo esto hasta los márgenes de su jornada y de su vida, para que no perturbase lo que él llamaba el *«travail d'homme»*. Su vida había sido una guerra, y consideraba vil y ciego a quien rechazase este su universo de hierro. El Lager había llegado para los dos: yo lo había percibido como una catástrofe monstruosa, una anomalía ignominiosa en mi historia y en la historia del mundo; él, como una confirmación triste de cosas ya sabidas: «Siempre estamos en guerra», el hombre es un lobo para el hombre: una historia antigua. De sus dos años en Auschwitz no me habló jamás.

Me habló, y con elocuencia, de sus múltiples actividades en Salónica, de las partidas de mercancías compradas, vendidas, contrabandeadas por el mar o por la noche a través de la frontera búlgara; de los fraudes vergonzosamente sufridos y de los gloriosamente perpetrados; y, finalmente, de las horas alegres y serenas pasadas a orillas de su golfo, después de la jornada de trabajo, con los colegas comerciantes, en aquellos cafés sobre palafitos que me describía con una complacencia desacostumbrada, y de las largas conversaciones que tenían allí. ¿Qué tipo de conversaciones? De dinero, aduanas, alquileres, por supuesto; pero también de otras cosas.

Lo que hay que entender por «conocimiento», por «espíritu», por «justicia», por «verdad». Lo que es el hilo tenue que une el alma al cuerpo, cómo se establece al nacer y se desata al morir. Qué es la libertad, y cómo se concilia el conflicto entre la libertad del espíritu y el destino. Qué hay después de la muerte, también: y otros grandes temas griegos. Pero todas estas cosas por las tardes, claro, con las transacciones terminadas, alrededor de una mesa con café, o vino y aceitunas, lúcido juego de intelecto entre hombres activos incluso en el descanso: sin pasión.

Por qué el griego me contó estas cosas, por qué se confesó conmigo, todavía no lo veo claro. Tal vez ante mí, tan distinto, tan extranjero, se sentía solo y su narración era un monólogo.

Salimos del comedor ya de noche, y volvimos al cuartel de los italianos: luego de mucho insistir habíamos conseguido del coronel italiano que era el jefe el permiso de pernoctar una vez más en el cuartel, sólo otra vez. Nada de rancho, y que no llamásemos mucho la atención, no quería líos con los rusos. Por la mañana teníamos que irnos. Cenamos dos huevos por cabeza, de los comprados por la mañana, y reservamos los dos que quedaban para el desayuno. Después de los sucesos del día me sentía muy «disminuido» en relación con el griego. Cuando llegamos a los huevos le pregunté si sabía distinguir un huevo crudo de uno cocido sin romperlos (se le da rápidas vueltas al huevo, por ejemplo, encima de una mesa; si está cocido gira mucho tiempo, si está crudo se para en seguida): era una pequeña habilidad de la cual yo estaba orgulloso; esperaba que el griego no la conociese y poder rehabilitarme un poco a sus ojos, aunque fuese mínimamente.

Pero el griego me miró con sus ojos fríos de serpiente sabia: «¿Por quién me tomas? ¿Crees que me chupo el dedo? ¿Te crees que nunca he comerciado en huevos? ¡Ven aquí, dime algún producto en que yo no haya comerciado!»

Tuve que batirme en retirada. El episodio, sin ninguna importancia, lo recordaría muchos meses más tarde, en pleno verano, en el corazón de la Rusia Blanca, con ocasión del que fue mi tercer y último encuentro con Mordo Nahum.

Nos fuimos a la mañana siguiente, al amanecer (este relato está plagado de amaneceres gélidos), hacia Katowice: nos habían confirmado la existencia allí de varios centros de reunión de italianos, franceses, griegos, etcétera, dispersos. Katowice no dista de Cracovia más que unos ochenta kilómetros: poco más de una hora de tren en tiempo normal. Pero en aquellos días no había veinte kilómetros de vías sin trasbordos, muchos puentes estaban destruidos y, por el pésimo estado de las líneas, los trenes marchaban durante el día con

extrema lentitud y por la noche se detenían. Fue un viaje laberíntico, que duró tres días, con paradas nocturnas en lugares extrañamente alejados de la conjunción entre los dos extremos: un viaje de hielo y de hambre, que el primer día nos condujo a un lugar llamado Trzebinia. Aquí, el tren se paró, y yo bajé al andén para desentumecer las piernas entorpecidas por el frío. Puede que estuviese entre los primeros vestidos de «cebra» que aparecieron en aquel pueblo llamado Trzebinia: me encontré de repente en medio de un nutrido círculo de curiosos que me mareaban a preguntas en polaco. Contesté lo mejor que pude en alemán; y del grupo de obreros y campesinas se destacó un señor con sombrero de fieltro, lentes y un portafolio de piel en la mano: un abogado.

Era polaco, hablaba bien francés y alemán, era una persona muy educada y bondadosa: en resumen, reunía todos los requisitos para que yo, por fin, después del larguísimo año de esclavitud y silencio, viese en él al mensajero, al portavoz del mundo civilizado: el primero que encontré.

Sentía una avalancha de cosas urgentes que quería decir al mundo civilizado: cosas mías pero de todos, cosas sangrientas, cosas que me parecía que tendrían que sacudir todas las conciencias en sus cimientos. En realidad el abogado era cortés y bondadoso: me hacía preguntas y yo hablaba vertiginosamente de aquellas experiencias mías tan recientes, de la cercana Auschwitz que, sin embargo, todos parecían desconocer, de la hecatombe a la que sólo yo había escapado, de todo. El abogado traducía para el público. Pero aunque yo no sé polaco sé cómo se dice «judío» y cómo se dice «político»; y en seguida me di cuenta de que la traducción de mi relato, aunque a mi favor, no era fiel. El abogado les decía que yo era un prisionero político italiano, no un judío italiano.

Le pedí cuenta de ello, estupefacto y ofendido. Me contestó, confuso: *«C'est mieux pour vous. La guerre n'est pas finie»*. Las palabras del griego.

Sentí que la cálida oleada de estar libre, de ser un hombre entre hombres, de sentirme vivo, se alejaba de mí. De repente me encontré viejo, exangüe, cansado más allá de cualquier límite humano: la guerra no ha terminado, siempre estamos en guerra. Mis oyentes se iban unos detrás de otros: debían de haber comprendido. Una cosa así había soñado yo, todos la habíamos soñado, en las noches de Auschwitz: hablar y no ser escuchados, encontrar la libertad y estar solos. En resumen, me quedé solo con el abogado; pocos minutos después también él se fue, excusándose cortésmente. Me recomendó, como lo había hecho el cura, que no hablase en alemán; a las preguntas que le hice contestó vagamente: «Polonia es un país desdichado». Me deseó buena suerte y me ofreció dinero, que rechacé:

parecía conmovido.

La locomotora silbaba anunciando la partida. Volví a subirme al vagón de mercancías, donde me esperaba el griego, pero no le conté el episodio.

No fue la única parada: siguieron otras y, en una de ellas, por la tarde, nos dimos cuenta de que Szczakowa, el pueblo del potaje caliente, no estaba lejos. Estaba algo hacia el norte, y nosotros teníamos que ir hacia el oeste, pero como en Szczakowa había potaje caliente para todos, y nosotros no teníamos más proyecto que quitarnos el hambre, ¿por qué no ir a Szczakowa? Por lo tanto, bajamos, esperamos a que pasase un tren apropiado y nos presentamos un montón de veces al puesto de la Cruz Roja; me imagino que las monjas polacas me reconocieron fácilmente, y que todavía se acordarán de mí.

Al caer la noche, nos dispusimos a dormir en el suelo en medio de la sala de espera, ya que todos los puestos próximos a las paredes estaban ocupados. Puede que compadecido o intrigado por mi ropaje, llegó después de unas horas un gendarme polaco, mostachudo, rubicundo y corpulento; en vano me interrogó en su lengua; contesté con la primera frase que se aprende de cualquier lengua desconocida: es decir, *«nie rozumien po polsku»*, «no entiendo polaco». Añadí en alemán que era italiano, y que hablaba un poco de alemán. A lo cual, ¡milagro!, el gendarme me empezó a hablar en italiano.

Hablaba un italiano horroroso, gutural y aspirado, punteado con blasfemias extrañísimas. Lo había aprendido, y esto lo explica todo, en un valle de la región bergamasca, donde había trabajado de minero unos años. También él, y fue el tercero, me dijo que no hablase alemán. Le pregunté por qué: me contestó con un gesto elocuente, pasándose el índice y el corazón, como un cuchillo, entre el mentón y la laringe, y añadiendo alegremente: «Esta noche, a todos los alemanes kaputt».

Era, ciertamente, una exageración, y, en todo caso, una opinión esperanzada: pero efectivamente, al día siguiente nos cruzamos con un largo tren de vagones de mercancías, cerrados por fuera; se dirigía hacia el este y por los ventanillos se veían muchas caras humanas que buscaban aire. Este espectáculo, tan evocador, me suscitó un revoltijo de sentimientos confusos y contrapuestos que todavía hoy me sería difícil desentrañar.

El gendarme, muy amablemente, nos propuso al griego y a mí que pasásemos el resto de la noche resguardados del frío en la celda de la comisaría; aceptamos encantados y nos despertamos entrada la mañana, en aquel insólito ambiente, después de un sueño reparador.

Salimos de Szczakowa al día siguiente para hacer la última etapa del viaje. Llegamos a Katowice sin más incidentes, y allí era verdad

que existía un campo de reunión para italianos y otro para griegos. Nos separamos sin muchas palabras: sin embargo, en el momento de despedirnos sentí, de manera fugaz pero cierta, que una oleada de recóndita amistad brotaba de mis adentros, teñida a la vez por un leve sentimiento de gratitud, desprecio, respeto, animosidad, curiosidad y nostalgia por separarme de él para siempre.

Sin embargo, lo volví a ver: en dos ocasiones. Lo vi en mayo, en los días gloriosos y turbulentos del final de la guerra, cuando todos los griegos de Katowice, un centenar, hombres y mujeres, desfilaron cantando por delante de nuestro campo hacia la estación: se iban a su patria, a su casa. A la cabeza de la columna iba él, Mordo Nahum, señor de los griegos, y llevaba el estandarte blanco y celeste: pero lo dejó cuando me vio, salió de la fila para despedirse de mí (un poco irónicamente, porque él se iba y yo me quedaba: pero era justo, me explicó, porque Grecia pertenecía a las Naciones Unidas), y con un gesto insólito extrajo de su famoso saco un regalo: un par de pantalones, de los que se usaban en Auschwitz en los últimos meses, es decir, con un gran «ventanal» en el anca izquierda, cerrado con un remiendo de tela a rayas. Luego, desapareció.

Pero debía reaparecer otra vez, muchos meses más tarde, en el más increíble de los decorados y la más inesperada de las encarnaciones.

Katowice

El campo de refugiados de Katowice, que me acogió hambriento y cansado después de la semana de peregrinación con el griego, estaba situado en un pequeño altozano en un suburbio de la ciudad llamado Bogucice. En su momento había sido un minúsculo Lager alemán y había albergado a los mineros-esclavos asignados a una mina de carbón que había en las cercanías. Estaba formado por una docena de barracones de ladrillos, de dimensiones reducidas y un solo piso: tenía todavía la doble muralla de alambre de púas, ya puramente simbólica. La puerta estaba vigilada por un soldado soviético, de aspecto somnoliento y haragán; del lado opuesto se abría en la alambrada un gran hueco por donde se podía salir sin tener siquiera que inclinarse: el mando ruso parecía no preocuparse por ello en absoluto. Las cocinas, el comedor, la enfermería, los lavabos estaban fuera del recinto de modo que la puerta era un lugar de continuo ir y venir.

El centinela era un mongol gigantesco de unos cincuenta años, armado de metralleta y bayoneta, con enormes manos nudosas, grises bigotes colgantes a lo Stalin y ojos de fuego: Pero su aspecto feroz y bárbaro era totalmente incongruente con sus inocuas prerrogativas. Nadie se acercaba a él nunca, y por eso se moría de aburrimiento. Su comportamiento con relación a quien entraba o salía era imprevisible: a veces pretendía que le enseñasen el «propusk», es decir, el pase; otras sólo preguntaba el nombre; otras, pedía un poco de tabaco o incluso no decía nada. Por el contrario, otros días rechazaba a todos furiosamente, pero no tenía nada que objetar si los veía salir por el agujero del fondo, que estaba bien a la vista. Cuando hacía frío abandonaba tranquilamente su puesto de guardia, se metía en una de las habitaciones donde viese humear bien una chimenea, arrojaba la metralleta en un catre, encendía la pipa y ofrecía vodka si tenía y si no tenía lo pedía, blasfemando desconsolado si no se lo daban. A veces le daba directamente la metralleta al primero de nosotros que se le acercaba y con gestos y gritos nos hacía comprender que debíamos ir a sustituirlo al puesto de guardia; luego se adormilaba junto a la estufa.

Cuando llegué allí con Mordo Nahum, el campo estaba ocupado por una población muy promiscua de unas cuatrocientas personas. Había franceses, italianos, holandeses, griegos, checos, húngaros y de otros lugares: algunos habían sido trabajadores civiles de la Organización Todt: otros, militares prisioneros; y había otros que eran ex Häftlinge. Había también un centenar de mujeres.

En realidad, la organización del campo estaba en gran parte confiada a la iniciativa privada o de los grupos: pero oficialmente el

campo estaba subordinado a una Kommandantur soviética, que era el ejemplar más pintoresco de campamento gitano que pueda imaginarse. Había un capitán, Iván Antonovi Egorov, un hombrecillo ya mayor, de aspecto rústico y poco amigable; tres «tenientes veteranos»; un sargento, atlético y jovial; una docena de gente del país (entre los cuales estaba el bigotudo centinela de que he hablado antes); un cabo; una «doktorka»; un médico, Pjotr Grigorjevi Dancenko, jovencísimo, gran bebedor, fumador, enamoradizo y despreocupado; una enfermera, Marja Fjodorovna Prima, que pronto se hizo amiga mía; y una multitud indefinida de muchachas fuertes como encinas, no se sabía si militares o militarizadas o auxiliares o civiles o diletantes. Tenían misiones diversas e indefinidas: lavanderas, cocineras, dactilógrafas, secretarias, camareras, novias por temporadas de éste o aquél, prometidas intermitentes, mujeres, hijas.

La caravana vivía en buena armonía sin horario ni reglamento en las proximidades del campo, acampada en los locales de una escuela primaria abandonada. El único que se ocupaba de nosotros era el cabo, que parecía ser el de mayor autoridad, aunque no de mayor rango, de todo el mando. Por otra parte, todas sus relaciones jerárquicas eran indescifrables: se relacionaban entre sí con sencillez amistosa, como una gran familia provisional, sin formalismos militares; a veces estallaban riñas furibundas y peleas, también entre oficiales y soldados, pero se terminaban rápidamente sin consecuencias disciplinarias y sin rencores, como si no hubiese pasado nada.

La guerra estaba a punto de terminar, la larguísima guerra que había devastado a su país; para ellos ya había terminado. Era la gran tregua: pues todavía no había empezado la dura estación que debía seguir, ni se había pronunciado todavía la nefasta denominación de guerra fría. Estaban alegres, tristes y cansados, y se consolaban con la comida y con el vino, como los compañeros de Ulises después de haber arrastrado sus naves fuera del agua. Y, sin embargo, bajo las apariencias desaliñadas y anárquicas, era fácil distinguir entre ellos, en todos aquellos rostros rudos y abiertos, a los buenos soldados del Ejército— Rojo, a los hombres valientes de la Rusia antigua y nueva, mansos en la paz y atroces en la guerra, fuertes por una disciplina interior nacida de su concordia, de su amor mutuo y de su amor a su patria; una disciplina mucho más fuerte, precisamente porque era interior, que la disciplina mecánica y servil de los alemanes. Era fácil comprender, viviendo entre ellos, por qué era aquélla y no ésta la que había prevalecido. Uno de los almacenes del campo estaba habitado sólo por italianos, casi todos trabajadores civiles que se habían trasladado a Alemania más o menos voluntariamente. Eran albañiles y mineros, mayores, gente tranquila, sobria, laboriosa y de ánimo

amable.

El jefe de los italianos, a quien tuve que dirigirme para que se hiciese cargo de mí, era, por el contrario, muy diferente. El contable Rovi había llegado a ser jefe de campo no por una elección de sus subordinados ni por investidura de los rusos sino autonómicamente: porque, siendo un individuo de cualidades morales e intelectuales más bien pobres, poseía en grado muy notable la virtud que, en todos los climas, es la más necesaria para la conquista del poder, es decir, el amor por el poder.

Contemplar el comportamiento de quien actúa no de acuerdo con la razón sino según sus impulsos más profundos, es un espectáculo de interés extraordinario, semejante al que disfruta el naturalista que estudia las actividades de un animal de instintos complejos. Rovi había conquistado su cargo actuando con la misma espontaneidad atávica con que la araña teje su tela; porque como la araña sin la tela, Rovi sin su cargo no podía vivir. Había empezado a tejer en seguida: era verdaderamente un necio, y no sabía palabra de alemán ni de ruso, pero desde el primer día se había asegurado los servicios de un intérprete, y se había presentado ceremoniosamente al mando soviético en calidad de plenipotenciario de los intereses de los italianos. Había organizado una oficina, con letreros (escritos a mano, en hermosos caracteres con ringorrangos), sellos, lapiceros de varios colores y un registro; y no siendo coronel, ni siquiera militar, había colgado de su puerta un cartel llamativo: «Puesto de mando italiano — Coronel Rovi»; se había rodeado de una pequeña corte de marmitones, escribientes, sacristanes, espías, mensajeros y bravucones, a los que remuneraba en especie, con víveres sustraídos a la ración de la comunidad y liberándolos de todos los trabajos de interés comunitario. Sus cortesanos, que como siempre sucede eran mucho peores que él, se preocupaban de que (aun por la fuerza, lo que raramente era necesario) se cumpliesen sus órdenes, lo servían, le llevaban informaciones y lo adulaban intensamente.

Con sorprendente clarividencia, que es como decir por un procedimiento mental altamente complejo y misterioso, había comprendido la importancia, y aun la necesidad, de tener un uniforme, ya que tenía que tratar con gente uniformada. Se había inventado uno al que no le faltaba imaginación, bastante teatral, con un par de botas soviéticas, una gorra de ferroviario polaco, chaqueta y pantalones que no sé dónde había encontrado que parecían de estameña, y puede que lo fuesen: había encargado que le cosieran galones en la pechera, hebras doradas en la gorra, grecas e insignias en las bocamangas, y llevaba el pecho lleno de medallas.

Aparte de todo, no era un tirano, ni siquiera un mal administrador. Tenía el buen sentido de contener las vejaciones, las

extorsiones y los abusos dentro de límites moderados, y tenía por el papeleo una vocación innegable. Ahora bien, como aquellos rusos eran curiosamente sensibles a la fascinación de los papeles (cuyo posible significado racional no habían llegado a comprender), y parecía que amaban la burocracia con ese amor platónico y espiritual que no llega a la posesión y no aspira a ella, Rovi era tolerado con benevolencia, cuando no realmente estimado, en los ambientes de la Kommandantur. Además, estaba unido al capitán Egorov por un paradójico e imposible vínculo de simpatía entre misántropos: tanto el uno como el otro eran individuos tristes, compungidos, asqueados y dispépticos, y en medio de la euforia general buscaban el aislamiento.

En el campo de Bogucice me encontré con Leonardo, ya de médico acreditado y asediado por una clientela poco adinerada pero numerosa: venía, como yo, de Buna, y había llegado a Katowice pocas semanas antes, siguiendo caminos menos intrincados que los míos. Entre los Häftlinge de Buna los médicos abundaban y muy pocos (prácticamente sólo los que dominaban el alemán o eran habilísimos en el arte de sobrevivir) habían podido hacerse reconocer como tales por el médico jefe de los SS. Por lo cual Leonardo no había disfrutado de ningún privilegio: había soportado los trabajos manuales más duros y había sobrevivido su año de Lager de manera extremadamente precaria. Soportaba mal el cansancio y el hielo, y había tenido que pasar por la enfermería infinitas veces, con edemas en los pies, heridas infectadas y consunción general. Tres veces, en tres selecciones de enfermería, había sido elegido para morir en las cámaras de gas, y las tres veces había escapado por la solidaridad de los colegas que tenían el mando. Y tenía sobre todo, además de buena suerte, otra virtud esencial en aquellos lugares: una capacidad ilimitada de aguante, un valor silencioso que no era connatural ni religioso ni trascendente, sino deliberado y había logrado una hora tras otra, una paciencia viril que lo sostenía milagrosamente en el límite del colapso.

La enfermería de Bogucice se había instalado en la misma escuela que albergaba a la Jefatura rusa, en dos salitas bastante limpias. Había sido creada de la nada por Marja Fjodorovna: Marja era una enfermera militar, cuarentona, que parecía un gato montés con sus ojos oblicuos y agrestes, la nariz corta con agujeros horizontales, y movimientos ágiles y silenciosos. Por lo demás, era de una tierra salvaje: había nacido en el corazón de Siberia.

Marja era una mujer enérgica, brusca, desordenada y decidida. Encontraba medicamentos en parte por las normales vías administrativas, cogiéndolos de los depósitos militares soviéticos, en parte a través de los múltiples canales del mercado negro, y también (y era así en la mayor parte de los casos) tomando parte activamente en el saqueo de los almacenes de los ex Lager alemanes y de las

enfermerías y las farmacias alemanas abandonadas, las provisiones de las cuales eran, a su vez, fruto de saqueos anteriores que los alemanes habían llevado a cabo en todos los países de Europa. Por ello, todos los días, la enfermería de Bogucice recibía suministros que no tenían un plan ni un método: centenas de cajas de especialidades farmacéuticas con etiquetas e instrucciones sobre su uso en todas las lenguas, que tenían que ser agrupadas y catalogadas para el caso de que fueran necesarias.

Entre las cosas que yo había aprendido en Auschwitz, una de las más importantes era que a toda costa hay que evitar ser «un cualquiera». Todos los caminos están cerrados a los que parecen unos inútiles, todos están abiertos a los que ejercen alguna función, aun la más insignificante. Por ello, después de haber hablado con Leonardo, me presenté a Marja y le propuse mis servicios como farmacéutico políglota.

Marja Fjodorovna me examinó con mirada penetrante y experta en sopesar machos. ¿Era «doktor»? Sí, lo era, mantuve, ayudado por el equívoco de la fuerte confusión lingüística: la siberiana, en realidad, no hablaba alemán, pero (sin ser judía) sabía un poco de yiddish, aprendido Dios sabe dónde. No tenía un aspecto ni muy profesional ni muy atractivo, pero para estar en una rebotica tal vez podía servir: Maria se sacó del bolsillo un pedazo de papel mal doblado y me preguntó cómo me llamaba.

Cuando a «Levi» añadí «Primo» se iluminaron sus ojos verdes, primero sospechosos, luego interrogadores y, por fin, benévolos. Pero éramos casi parientes, me explicó. Yo «Primo» y ella «Prima»: Prima era su apellido, su «familia», Marja Fjodorovna Prima. Muy bien, podía darme trabajo. ¿Zapatos y traje? Pues no era un asunto fácil, hablaría con Egorov y con otros conocidos, quizá pudiera encontrarse algo. Garabateó mi nombre en el pedazo de papel, y al día siguiente me entregó solemnemente el «propusk», un pase de aspecto casero que me autorizaba a entrar y salir del campo a cualquier hora del día y de la noche.

Vivía en una sala con ocho obreros italianos, y todas las mañanas iba a la enfermería para cumplir mi tarea. Marja Fjodorovna me entregaba centenas de cajas variopintas para que las clasificase y me hacía pequeños regalos amistosos: cajitas de glucosa (muy de agradecer); pastillas de regaliz y de menta; cordones de zapatos; a veces un paquetito de sal o de polvo para budines. Una tarde me invitó a tomar el té en su habitación y advertí que en la pared encima de su cama había ocho fotografías de hombres con uniforme: eran casi todos retratos de caras conocidas, es decir, de soldados y oficiales de la Kommandantur. Marja los llamaba a todos familiarmente por el

nombre, y hablaba de ellos con sencillez afectuosa: hacía ya tantos años que los conocía, y habían hecho toda la guerra juntos.

Después de algunos días, como el trabajo de farmacéutico me dejaba mucho tiempo libre, Leonardo me llamó para que lo ayudase en el ambulatorio. La intención de los rusos era que éste se utilizase solamente para los huéspedes del campo de Bogucice: en realidad, como los cuidados eran gratuitos y no requerían ninguna formalidad, se presentaban allí en busca de reconocimiento o medicamentos también los militares rusos, civiles de Katowice, gente de paso, mendigos, y personajes dudosos que no querían vérselas con las autoridades.

Ni Marja ni el doctor Dancenko encontraban ningún reparo que oponer a este estado de cosas (Dancenko nunca tenía nada que oponer a nada, no se ocupaba más que de cortejar a las muchachas con los divertidos gestos de un gran duque de opereta y, por las mañanas temprano cuando venía donde nosotros estábamos para hacer una rápida inspección, estaba ya borracho y contentísimo); pero, sin embargo, unas semanas después Marja me llamó y con aire muy oficial me comunicó que «por órdenes de Moscú» era necesario que la actividad del ambulatorio se sometiese a un control minucioso. Para ello yo tenía que llevar un registro y apuntar en él todas las noches el nombre y la edad de los pacientes, su enfermedad, y la calidad y cantidad de las medicinas suministradas o recetadas.

En sí mismo el asunto era sensato; pero era necesario ponerse de acuerdo en algunos detalles prácticos, de los que hablé con Marja. Por ejemplo: ¿cómo comprobaríamos la identidad de los pacientes? Pero a Marja le pareció una objeción sin importancia, «Moscú» no la pondría en duda. Emergió una dificultad más grave: ¿en qué lengua llevaríamos el registro? Ni en italiano ni en francés ni en alemán, que ni Marja ni Dancenko sabían. Entonces, ¿en ruso? No, ruso no sabía yo. Marja se quedó pensativa y perpleja, luego se iluminó y exclamó: «¡Galina!», Galina podía resolver la situación.

Galina era una de las chicas agregadas a la Kommandantur: sabía alemán y podía dictarle los interrogatorios en alemán, que ella traduciría al ruso inmediatamente. Marja mandó inmediatamente llamar a Galina (la autoridad de Marja, aunque de naturaleza no bien definida, parecía grande) y así tuvo comienzo nuestra colaboración.

Galina tenía dieciocho años, y era de Kazatin, en Ucrania. Era morena, alegre y graciosa: tenía una cara inteligente de rasgos sensibles y menudos, y entre todas sus compañeras era la única que vestía con cierta elegancia, y que tenía hombros, manos y pies de unas dimensiones aceptables. Hablaba alemán discretamente: con su ayuda los famosos interrogatorios iban saliendo con gran esfuerzo tarde tras tarde, con un trozo de lápiz, en un cuaderno de papel grisáceo que

Marja me había entregado como una reliquia. ¿Cómo se dice «asma» en alemán? ¿Y «clavícula»? ¿Y «dislocación»? ¿Y cómo se dicen estos términos en ruso? A cada escollo léxico estábamos obligados a detenernos, presa de dudas, y a recurrir a complicadas gesticulaciones que terminaban en risas cascabeleantes de Galina.

Mucho más raramente mías. Frente a Galina me sentía débil, enfermo y sucio; era dolorosamente consciente de mi aspecto miserable, de mi barba mal afeitada, de mis ropas de Auschwitz; era agudamente consciente de la mirada de Galina, todavía casi infantil, en la que un poco de compasión estaba mezclada con una clara repugnancia.

Sin embargo, después de unas semanas de trabajo común se había establecido entre nosotros una atmósfera de tenue confianza recíproca. Galina me dio a entender que el asunto de los interrogatorios no era tan serio, que Marja Fjodorovna era «una vieja loca» y se contentaba con que las hojas se le entregasen de cualquier manera con tal de que estuviesen cubiertas de escritura, y que el doctor Dancenko estaba ocupado en otros asuntos muy diferentes (que Galina conocía con maravillosa abundancia de detalles) con Anna, con Tanja, con Vassilissa, y que se preocupaba por los interrogatorios «como por las nieves de antaño». Así, el tiempo dedicado a los tristes dioses burocráticos fue disminuyendo, y Galina aprovechaba los intervalos para contarme su historia, poco a poco, a retazos.

Hacía dos años, en plena guerra, en el Cáucaso, donde se había refugiado con su familia, había sido reclutada por aquella misma Kommandantur; reclutada de la manera más sencilla, que es lo mismo que ser detenida en la calle y llevada al cuartel general para escribir unas cartas a máquina. Había ido y se había quedado allí; no había logrado liberarse (o más probablemente, pensaba yo, ni siquiera lo había intentado). La Kommandantur se había convertido en su verdadera familia: había recorrido con ella decenas de millares de kilómetros, por la retaguardia convulsa y a lo largo del frente sin confines, de Crimea a Finlandia. No tenía uniforme, ni denominación ni graduación: pero era útil a sus compañeros combatientes, era su amiga, y por eso los seguía, porque estaban en guerra y todos debían cumplir con su deber; y además el mundo era ancho y variado y es hermoso recorrerlo cuando se es joven y no se tienen preocupaciones.

Preocupaciones Galina no las tenía, ni sombra de ellas. Se la veía por las mañanas yendo al lavabo, con un saco de ropa interior sobre la cabeza y cantando como una alondra; o en las oficinas del cuartel general, descalza, escribiendo a máquina como un tornado; o los domingos paseando por las murallas, del brazo de un soldado, nunca el mismo; o por las tardes en el balcón, románticamente extasiada, mientras un suspirante belga, desenfrenado, la rondaba con la

guitarra. Era una chica campesina, despierta, ingenua, un tanto coqueta, muy vivaz, no especialmente culta, no particularmente seria; pero en ella se sentía obrar la misma virtud, la misma dignidad de sus compañeros-amigos-novios, la dignidad de quien trabaja y sabe por qué, de quien combate y sabe que tiene razón, de quien tiene la vida por delante.

A mediados de mayo, pocos días después del fin de la guerra, vino a decirme adiós. Se iba: le habían dicho que podía volverse a casa. ¿Tenía el salvoconducto? ¿Tenía dinero para el tren? «No», me contestó riendo, «njé nada, no hay necesidad, siempre puede una pasarse sin esas cosas». Y desapareció, sorbida por la vacuidad del espacio ruso, por los caminos de su país sin fronteras, dejando tras de sí un olor áspero a tierra, a juventud, a alegría.

Yo tenía también otras ocupaciones: ayudar a Leonardo en el ambulatorio, naturalmente; y ayudar a Leonardo en la lucha cotidiana contra los piojos.

Este último servicio era necesario en aquellas tierras y en aquellos tiempos en que el tabardillo serpenteaba endémico y mortal. El encargo era poco atractivo: teníamos que recorrer todos los barracones y decirle a todo el mundo que se desnudase de medio cuerpo para arriba y nos enseñase la camisa, en cuyos pliegues y costuras los piojos suelen hacer sus nidos y poner huevos. Ese tipo de piojos tienen una manchita roja en el dorso: según una broma que repetían incansablemente nuestros pacientes, si se la observase con una lupa apropiada se vería que estaba formada por una diminuta hoz y un martillo.

Decían también que eran la «infantería» mientras que las pulgas eran «la artillería», los mosquitos «la aviación», las chinches «los paracaidistas» y las cucarachas «los zapadores». En ruso se llaman «vsi»: me lo enseñó Marja, que me había entregado otro fascículo en el que tenía que poner el nombre y el número de los piojosos del día, y subrayar en rojo a los reincidentes.

Los reincidentes eran raros, con la única excepción notable del Ferrari. El Ferrari, a cuyo apellido se añadía el artículo porque era milanés, era un portento de inercia. Formaba parte de un grupito de criminales comunes, que habían sido detenidos en San Vittore, a quienes en 1944 los alemanes habían dado a elegir entre las cárceles italianas y los trabajos forzados en Alemania, y habían elegido lo último. Eran unos cuarenta, casi todos ladrones o buscones: formaban un microcosmos cerrado, variopinto y turbulento, perpetua fuente de complicaciones para los jefes rusos y para el contable Rovi.

Pero el Ferrari era tratado por sus colegas con un desprecio evidente y por consiguiente se encontraba relegado a una soledad

forzada. Era un hombrecillo de unos cuarenta años, delgado y amarillento, casi calvo, de expresión ausente. Se pasaba los días echado en su jergón y era un lector infatigable. Leía todo lo que le caía en las manos: periódicos y libros italianos, franceses, alemanes, polacos. Cada dos o tres días, cuando pasaba haciendo la inspección, me decía: «He terminado ya el libro. ¿Puedes prestarme otro? Pero que no sea ruso, sabes que el ruso no lo entiendo bien». Y no era un políglota, era prácticamente analfabeto. Pero «leía» todos los libros, de la primera línea a la última, identificando con satisfacción cada letra, pronunciándola a flor de labio, y reconstruyendo trabajosamente las palabras, cuyo significado no le interesaba. Con eso tenía suficiente: lo mismo que en distintos niveles, los hay que experimentan placer al resolver crucigramas, integrar ecuaciones diferenciales o calcular las órbitas de los asteroides.

Era, por consiguiente, un individuo especial: y me lo confirmó su historia, que me contó de muy buena gana y que recojo aquí.

—Durante muchos años fui a la escuela de ladrones de Loreto. Tenían un maniquí con campanillas y una cartera en el bolsillo: había que sacarla sin que sonasen las campanillas y yo nunca pude hacerlo. Y no me dieron nunca licencia para robar: me ponían a hacer la guardia. He hecho la guardia dos años. Se gana poco y uno se arriesga: no es un buen trabajo.

»Pensando y pensando un buen día pensé que, sin licencia o con ella, si quería ganarme el pan tenía que hacerlo por mi cuenta.

»Eran tiempos de guerra, de despoblación, de contrabando, de montones de gente en los tranvías. Fue en el 2, en Porta Ludovica, porque por aquella parte nadie me conocía. A mi lado había una con un bolso grande; en el bolsillo del abrigo, se notaba al tacto, llevaba la cartera. Preparé el sacaño, despacito...

Tengo que abrir aquí un paréntesis técnico. El sacaño, me explicó el Ferrari, es un instrumento de precisión que se obtiene partiendo en dos la hoja de una maquinilla de afeitar. Se usa para cortar los bolsos y los bolsillos, por lo que debe ser muy afilado. También sirve a veces para acuchillar, en los lances de honor; y, por eso, de los acuchillados se dice también que los han «sacañado».

»... despacito, despacito, y empecé a cortar el bolsillo. Casi había terminado cuando una mujer, no la del bolsillo, entiendes, sino otra, se puso a gritar «Al ladrón, al ladrón». A ella no le estaba haciendo nada, no me conocía, y ni siquiera conocía a la del bolsillo. Ni siquiera era de la policía, era una con la que no iba nada. Pues el hecho es que el tranvía se paró, me pescaron, fui a dar a San Vittore, de allí a Alemania, y de Alemania aquí. ¿Lo ves? Mira lo que puede pasar por tomar ciertas iniciativas.

Desde entonces, el Ferrari no había vuelto a tomar iniciativas. Era

el más sumiso y el más dócil de mis pacientes: se desnudaba en seguida y sin protestar, enseñaba la camisa con los inevitables piojos, y a la mañana siguiente se sometía a la desinfección sin adoptar aires de príncipe ofendido. Pero al día siguiente los piojos, no se sabe por qué, allí estaban otra vez. Él era así: ya no tomaba iniciativas, no hacía resistencia ni a los piojos.

Mi actividad profesional me proporcionaba al menos dos ventajas: el «propusk» y una mejor alimentación.

La cocina del campo de Bogucice la verdad es que no era escasa: nos asignaban la ración militar rusa, que consistía en un kilo de pan, dos sopas diarias, una «kasa» (que es como un cocido con carne, tocino, maíz y otras verduras), y un té a la rusa, diluido, abundante y azucarado. Pero Leonardo y yo teníamos que remediar los estragos provocados por un año de Lager: teníamos siempre un hambre incontrolada, en buena parte psicológica, y la ración no nos bastaba.

Marja nos había autorizado a comer la comida del mediodía en la enfermería. La cocina de la enfermería la llevaban dos «maquisardes» parisinas, obreras ya de edad, supervivientes del Lager ellas también, donde habían perdido a sus maridos; eran mujeres taciturnas y llenas de dolor, sobre cuyos rostros prematuramente envejecidos los sufrimientos pasados y los recientes aparecían dominados y contenidos por la enérgica conciencia moral de los combatientes políticos.

Una, Simone, nos servía la mesa. Nos ponía primero sopa una vez y luego otra. Después me miraba, como con aprensión: *«Vous répétez, jeune homme?»*, yo asentía tímidamente, avergonzado de aquella voracidad de animal que tenía. Bajo la mirada severa de Simone raramente me atrevía a «répéter» la cuarta vez.

En cuanto al «propusk», era más bien un signo de distinción social que una ventaja específica: en realidad cualquiera podía perfectamente salir por el agujero de la alambrada y marcharse a la ciudad tan libre como un pájaro. Así hacían por ejemplo muchos de los ladrones, para irse a ejercer su arte en Katowice, y aún más lejos: no volvían, o volvían al campo varios días después, muchas veces contando cualquier otra hazaña, ante la indiferencia general.

Con todo, el «propusk» permitía dirigirse a Katowice evitando la larga vuelta entre el fango que circundaba el campo. Con la recuperación de las fuerzas y con el buen tiempo también yo sentía cada vez más viva la tentación de lanzarme al descubrimiento de la ciudad desconocida. ¿De qué servía haber sido liberados si seguíamos pasando los días dentro del marco de una alambrada? Además, la población de Katowice nos miraba con simpatía, y se nos había concedido entrada libre en los tranvías y en los cines.

Una noche hablé de ello con Cesare e hicimos un plan general

para los días siguientes en el que queríamos unir lo útil con lo agradable, es decir, los negocios con el vagabundeo.

Cesare

Había conocido a Cesare en los últimos días del Lager, pero era otro Cesare. En el campo de Buna abandonado por los alemanes, la sala de infecciosos, donde los dos franceses y yo habíamos logrado sobrevivir e instaurar un principio de orden, suponía una isla de relativo bienestar: en la división de al lado, la división de los disentéricos, la muerte triunfaba sin obstáculos.

A través de las paredes de madera, a pocos centímetros de mi cabeza, oía hablar en italiano. Una tarde, poniendo en juego las pocas energías que me quedaban, me había decidido a ir a ver quién vivía todavía allá adentro. Había recorrido el pasillo oscuro y helado, había abierto la puerta, y me había encontrado sumido en el reino del horror.

Había un centenar de literas: la mitad por lo menos estaban ocupadas por cadáveres tiesos del frío. Sólo dos o tres velas rompían la oscuridad: las paredes y el techo se perdían en las tinieblas y parecía que se estaba entrando en una cueva enorme. No había ninguna clase de calefacción, si exceptuábamos los alientos infecciosos de los cincuenta enfermos que aún vivían. A pesar del hielo, el hedor de las heces y de los muertos era tan intenso que cortaba el aliento, y había que violentar los pulmones para obligarlos a recibir aquel aire corrompido.

Y, sin embargo, había cincuenta que seguían vivos. Estaban acurrucados bajo las mantas; algunos gemían o gritaban, otros se bajaban trabajosamente de las literas para evacuar en el suelo. Llamaban a alguien, rezaban, insultaban, imploraban ayuda en todas las lenguas de Europa.

Me arrastré a tientas por uno de los pasadizos que se abrían entre las literas de tres pisos, tropezando y tambaleándome en la oscuridad sobre estratos de excrementos helados. Al oírme, los gritos se redoblaban: manos ganchudas salían de entre las mantas, me cogían por la ropa, me tocaban, frías, la cara, intentaban cerrarme el paso. Por fin llegué hasta el tabique divisorio al fondo del pasadizo, y encontré lo que buscaba. Había dos italianos en una litera, abrazados en un ovillo para defenderse del hielo: Cesare y Marcello.

Conocía bien a Marcello: era de Cannaregio, el *ghetto* antiquísimo de Venecia, había estado en Fossoli conmigo, y había pasado a Breno en el vagón contiguo al mío. Era sano y fuerte y, hasta las últimas semanas de Lager, había aguantado bien, soportando valientemente el hambre y el cansancio: pero el frío del invierno lo había vencido. No hablaba ya, y yo, a la luz de la cerilla que encendí, pude reconocerlo

apenas: una cara amarilla y negra por la barba, todo nariz y dientes; los ojos brillantes y dilatados por el delirio, fijos en el vacío. Poco podía hacerse por él.

A Cesare apenas lo conocía, ya que había llegado a Buna desde Birkenau unos meses antes. Me pidió agua antes que comida: agua, porque hacía cuatro días que no bebía, y la fiebre lo quemaba, y la disentería lo vaciaba. Se la llevé, junto con las sobras de nuestra sopa: y no sabía que estaba echando las bases de una larga y singular amistad.

Su capacidad de recuperación debía ser extraordinaria, pues lo encontré en el campo de Bogucice dos meses después, no sólo restablecido sino casi rozagante, y despierto como un grillo; y sin embargo había sobrevivido a una aventura más que había sometido a duras pruebas las naturales cualidades de su ingenio, consolidadas en la terrible escuela del Lager.

Después de la llegada de los rusos, también él había sido cuidado en Auschwitz y como su enfermedad no era grave, y su naturaleza robusta, se había puesto bien en seguida; incluso un poco demasiado pronto. Hacia mediados de marzo, los ejércitos alemanes derrotados se habían concentrado en los alrededores de Breslavia, y habían intentado una última y desesperada contraofensiva en dirección de la cuenca minera silesiana. Los rusos habían sido cogidos por sorpresa: tal vez sobrevalorando la iniciativa del adversario se habían apresurado a preparar una línea defensiva. Necesitaban una larga trinchera antitanques que atravesase el valle del Oder, entre Oppeln y Gleiwitz: los brazos escaseaban, la obra era colosal, la necesidad urgente, y los rusos proveyeron a todo ello según sus hábitos, de manera extremadamente expeditiva y sumaria.

Una mañana, hacia las nueve, los ejércitos rusos habían bloqueado inesperadamente algunas de las calles de Katowice. En Katowice, como en toda Polonia, faltaban hombres: la población masculina en edad de trabajo había desaparecido, prisionera en Alemania y en Rusia, dispersa con las bandas de partisanos, asesinada en el campo de batalla, en los bombardeos, en las represalias, en los Lager, en los *ghettos*. Polonia era un país de luto, un país de viejos y de viudas. A las nueve de la mañana no había en las calles más que mujeres: amas de casa con la bolsa o la carretilla en busca de víveres o de carbón por tiendas y mercados. Los rusos las habían puesto en filas de cuatro en cuatro con la bolsa y todo, las habían llevado a la estación y expedido a Gleiwitz.

Al mismo tiempo, cinco o seis días antes de que llegase yo con el griego, habían rodeado de repente el campo de Bogucice: daban gritos como caníbales y disparaban tiros al aire para atemorizar a quien intentase disentir. Habían hecho callar sin muchos miramientos a sus

pacíficos colegas de la Kommandantur, que habían intentado oponerse tímidamente, habían entrado en el campo metralleta en ristre y habían obligado a todos a salir de los barracones.

En la explanada central del campo se había desarrollado, luego, una especie de versión caricaturesca de las selecciones alemanas. Versión mucho menos sangrienta porque se trataba de ir a trabajar y no a la muerte; pero, por otra parte, mucho más caótica y extemporánea.

Mientras tanto, algunos soldados iban por los barracones a sacar de su nido a los renuentes, y los perseguían luego en una carrera loca, como en un gran juego del escondite; otros se habían puesto a la puerta, y examinaban uno por uno a los hombres y a las mujeres que iban siéndoles presentados por los cazadores, o que se presentaban ellos mismos espontáneamente. El pronunciamiento de si «bolnoj» y «zdorovyj» (enfermo o sano) era pronunciado colegialmente, por aclamación, no sin disputas ruidosas en los casos poco claros. Los «bolnoj» podían volverse a los barracones; los «zdorovyj» se ponían en fila delante de la alambrada.

Cesare había sido de los primeros en comprender lo que pasaba («en dilucidar el movimiento», decía él), se había comportado con una agudeza loable y por un pelo no había conseguido escabullirse: se había escondido en la leñera, un sitio en que nadie había pensado, y se había quedado allí hasta el final de la caza, callado y quieto bajo los troncos que se había echado encima con un cesto. Y hete aquí que un chamarilero cualquiera, buscando un refugio, había llegado a meterse allí adentro llevándose detrás un ruso que lo perseguía. A Cesare le habían pescado, y declarado sano: por pura represalia, porque había salido de entre la leña como un Cristo, o mejor, como un lisiado retrasado, que habría conmovido a una piedra: todo tembloroso, con babas en la boca, andaba torcido, bamboleándose, arrastrando una pierna, con los ojos bizcos y excitados. Pero lo habían añadido a la fila de los sanos, pocos segundos después, en una fulmínea inversión de su táctica, había intentado echar a correr, y volver al campo por el agujero del fondo. Pero lo habían alcanzado, se había ganado una bofetada y una patada en las canillas y se había resignado a la derrota.

Los rusos los habían llevado hasta más allá de Gleiwitz a pie, más de treinta kilómetros; allí los habían repartido como mejor pudieron en cuadras y henares, y les habían dado una vida de perros. Comer poco, y dieciséis horas diarias de pala y pico, al sol o a la lluvia, con el ruso siempre allí apuntándoles con la metralleta: los hombres en la trinchera, y las mujeres (las del campo y las polacas que se habían encontrado por el camino) pelando patatas, guisando y limpiando.

Era duro; pero a Cesare, más que el trabajo y el hambre le dolía el

fracaso. ¡Que lo hubiesen atrapado así, como a un principiante, a él que había sido tahúr en la Porta Portese! Todo el Trastévere se hubiese reído. Tenía que rehabilitarse.

Trabajó tres días; al cuarto, cambió el pan por dos cigarros. Uno se lo comió; el otro lo dejó macerar en agua y se lo puso debajo del sobaco por la noche. Al día siguiente estaba listo para que lo viese el médico: tenía todo lo que hacía falta, fiebre de caballo, cólicos horrorosos, vértigos, vómitos. Le mandaron acostarse, estuvo en la cama hasta que se le pasó la intoxicación, luego, de noche, se escurrió como una anguila y se volvió a Bogucice en pequeñas etapas, con la conciencia tranquila. Pude conseguir que lo metiesen en mi habitación y ya no nos separamos hasta el viaje de retorno.

—Aquí va a haber baile —dijo Cesare poniéndose los calzones con gesto sombrío cuando, pocos días después de su vuelta, la tranquilidad nocturna del campo se rompió dramáticamente. Aquello era el fin del mundo, una explosión: los soldados rusos corrían de arriba abajo por el pasillo, daban golpes contra las puertas con la culata de la metralleta rugiendo órdenes conminatorias e incomprensibles; poco después llegó el estado mayor, Marja con bigudíes, Egorov y Dancenko a medio vestir, seguidos por el contable Rovi asustado y somnoliento pero con uniforme de gala. Teníamos que levantarnos y vestirnos, rápido. ¿Por qué? ¿Volvían los alemanes? ¿Nos llevaban a otro sitio? Nadie sabía nada.

Por fin conseguimos detener a Marja. No, los alemanes no habían roto el frente, pero la situación era muy grave. «Inspektsija»: aquella misma mañana llegaba un general, de Moscú, a inspeccionar el campo. Toda la Kommandantur era presa del pánico y la desesperación, en un estado de ánimo de *dies irae*.

El intérprete de Rovi galopaba de sala en sala vociferando órdenes y contraórdenes. Aparecieron escobas, trapos, cubos; habían movilizado a todos, había que limpiar los cristales, hacer desaparecer los montones de basura, barrer los suelos, sacar brillo a las manillas, quitar las telarañas. Todos se pusieron a trabajar, entre bostezos y maldiciones. Dieron las dos, las tres, las cuatro.

Hacia el amanecer se empezó a oír la palabra «ubornaja»: la letrina del campo planteaba, en efecto, un grave problema.

Era un edificio de ladrillos, situado en pleno centro del campo precisamente, amplio, muy llamativo, que era imposible esconder o disfrazar. Hacía meses que nadie se ocupaba de su limpieza y cuidado: en el interior, el suelo estaba cubierto por un palmo de porquerías estancadas, hasta tal punto que habíamos echado en ellas piedras grandes y ladrillos y, para entrar, teníamos que saltar de uno en otro, en precario equilibrio. Por las puertas y las grietas de los muros los

líquidos pútridos se vertían al exterior formando un arroyuelo fétido que atravesaba el campo y se perdía en el valle por entre los prados.

El capitán Egorov, que sudaba sangre y había perdido la cabeza por completo, escogió un grupo de diez hombres entre nosotros y los mandó al lugar con escobas y cubos de lejía, y con el encargo de limpiar aquello. Pero un niño podía entender que diez hombres, aun provistos de los instrumentos apropiados y no sólo de escobas, tendrían que emplear por lo menos una semana; y en cuanto a la lejía, ni todos los perfumes de Arabia habrían bastado para purificar aquel lugar. No es raro que del choque de dos necesidades resulten decisiones insensatas cuando lo más sabio sería dejar que el dilema se resolviese por su propio peso. Una hora después (cuando todo el campo zumbaba como una colmena desasosegada) el equipo recibió orden de volver y vimos llegar a todos los doce integrantes de la jefatura llevando maderas, clavos, martillos, y carretes de alambre espinoso. En un abrir y cerrar de ojos todas las puertas y ventanas de la escandalosa letrina estuvieron cerradas, atravesadas por tablones, selladas con tablas de abeto de tres dedos de espesor, y todas las paredes hasta el techo fueron cubiertas por un ovillo inextricable de alambre espinoso. El honor estaba a salvo: el inspector más diligente no habría podido materialmente meter allí las narices.

Llegó mediodía, llegó la noche, y no había rastros del general. A la mañana siguiente se hablaba ya un poco menos de él; al tercer día no se hablaba nada en absoluto, los rusos de la Kommandantur habían vuelto a su habitual y benigna incuria y negligencia, se habían desclavado dos tablas de la puerta trasera de la letrina y todo había seguido su ritmo acostumbrado.

Unas semanas más tarde llegó un inspector; vino a inspeccionar la marcha del campo y más exactamente de las cocinas, y no era un general sino un capitán, que llevaba un brazalete con la sigla NKVD, de fama un tanto siniestra. Llegó, y debió de encontrar particularmente agradable el recinto, o las chicas de la Kommandantur, o el aire de la Alta Silesia, o la proximidad de los cocineros italianos: porque ya no se fue, y se quedó inspeccionando la cocina diariamente hasta junio, cuando nos fuimos, sin ejercitar aparentemente ninguna otra actividad útil.

La cocina, llevada por un bárbaro cocinero bergamasco y un número impreciso de ayudantes voluntarios gordos y lúcidos, estaba situada inmediatamente fuera del recinto, y estaba constituida por un gran barracón que llenaban casi por completo las dos enormes marmitas que descansaban sobre hornillos de cemento. Se entraba allí subiendo dos escalones, y había muerto.

El inspector hizo su primera visita con mucha dignidad y seriedad, tomando notas en un cuaderno. Era un judío de unos treinta

años, altísimo y descoyuntado, con bello rostro ascético a lo Don Quijote. Pero el segundo día había sacado no sé de dónde una motocicleta y se enamoró de ella de tal manera que ya nunca se vio al uno sin la otra.

La ceremonia de la inspección se convirtió en un espectáculo público, al que asistían cada vez en mayor número los habitantes de Katowice. El inspector llegaba como una tromba hacia las once: frenaba de golpe con un estrépito horrendo y, apoyándose en la rueda anterior, hacía dar a la posterior un giro de un cuarto de círculo. Sin pararse, se lanzaba hacia la cocina con la cabeza agachada, como un toro que embiste; subía los dos escalones con brincos temerosos; describía dos 8 apresurados, con el tubo de escape abierto, alrededor de las marmitas; volaba de nuevo escalones abajo, saludaba militarmente al público con una sonrisa radiante, se curvaba sobre el manillar, y desaparecía envuelto en una nube de humo glauco y de estrépito.

El juego continuó sin tropiezos durante varias semanas; luego, un día no aparecieron ni la moto ni el capitán. Éste estaba en el hospital con una pierna rota; aquélla en las manos amorosas de un cenáculo de aficionados italianos. Pero pronto se los volvió a ver en circulación: el capitán había mandado adaptar una mesita al cuadro y tenía apoyada sobre ella la pierna enyesada, en posición horizontal. Su rostro de noble palidez había alcanzado una felicidad extática; así aparejado, reasumió con ímpetu apenas disminuido sus cotidianas inspecciones.

Sólo cuando llegó abril se derritieron las últimas nieves y el sol tenue secó el fango polaco, empezamos a sentirnos verdaderamente libres. Cesare había ido ya varias veces a la ciudad, e insistía en que lo siguiera en sus expediciones: me decidí, al fin, a superar mi inercia, y salimos juntos una espléndida mañana primaveral.

Por iniciativa de Cesare, que estaba interesado en el experimento, no salimos por el agujero de la alambrada. Salí yo primero por la puerta grande; el centinela me preguntó que cómo me llamaba, después me pidió el pase y se lo enseñé. Lo examinó: el nombre era el mío. Doblé la esquina y a través de la alambrada le di a Cesare el trocito de cartón. El centinela le preguntó cómo se llamaba; Cesare contestó «Primo Levi». Le pidió el pase: efectivamente, aquél era su nombre, y Cesare salió de manera completamente legal. No es que a Cesare le preocupe mucho la legalidad, pero le gusta la elegancia, el virtuosismo, tomar el pelo al prójimo sin hacerlo sufrir.

Entramos en Katowice alegres como chicos en vacaciones, pero nuestro humor despreocupado se daba a bofetadas a cada momento con el escenario por el que íbamos avanzando. A cada paso nos topábamos con los vestigios de la tragedia desmesurada que nos había rozado y no nos había destruido por puro milagro. Tumbas en todas

las encrucijadas, tumbas mudas y apresuradas, sin cruces pero coronadas por la estrella roja, de los militares soviéticos muertos en combate. Un inmenso cementerio de guerra en un parque de la ciudad, cruces y estrellas mezcladas, y casi todas con la misma fecha: la fecha de la batalla por las calles, o puede que del último exterminio de los alemanes. En mitad de la calle principal, tres, cuatro carros de combate alemanes, de apariencia intacta, transformados en trofeos o en monumentos: la prolongación imaginaria del cañón de uno de ellos estaba frente a un enorme agujero en mitad de la fachada de la casa de enfrente: el monstruo había caído destruyendo. Ruinas por todas partes, esqueletos de cemento, vigas de madera carbonizada, barracones de chapa, gente harapienta, con aspecto salvaje y famélico. En los cruces importantes, las indicaciones de las calles fijadas por los rusos y curiosamente opuestas a la nitidez y la precisión prefabricada de las análogas indicaciones alemanas que habíamos visto antes, y a las americanas que veríamos después: rudas tablas de madera grisácea con los nombres garabateados a mano, con betún, en desiguales caracteres cirílicos; Gleiwitz, Cracovia, Czenstochowa: o, como el nombre era demasiado largo, «Czenstoch» sobre una tabla, y luego «owa» en otra más pequeña clavada debajo.

Y, a pesar de todo, la ciudad estaba viva después de los años de pesadilla de la ocupación nazi y del huracán del paso del frente. Muchas tiendas y cafés estaban abiertos; realmente exuberante el mercado libre; funcionaban los tranvías, los pozos de carbón, las escuelas, los cines. Aquel primer día, como entre los dos no teníamos un céntimo, nos contentamos con una vuelta de reconocimiento. Después de algunas horas de andar en aquel aire mordiente, nuestra hambre crónica se había agudizado: «Ven conmigo», me dijo Cesare, «vamos a comer».

Me llevó al mercado, al ala donde estaban los puestos de fruta. Bajo los ojos malevolentes de la vendedora cogió del primer puesto una fresa, sólo una pero muy gorda, la masticó despacio, con aire de conocedor, luego sacudió la cabeza: «Nié ddobre», dijo severamente. (Es polaco —me explicó— quiere decir que no están buenas). Pasó al puesto siguiente y repitió la escena; y así en todos hasta el último. «Bueno, ¿a qué esperas?, me dijo luego con cínico orgullo, «si tienes hambre no tienes más que hacer lo que yo».

No era precisamente con la técnica de las fresas como podríamos prosperar: Cesare había entendido la situación, y era que aquél era el momento de dedicarse al comercio.

Me explicó lo que pensaba: como era amigo mío no me pedía nada, si quería podía ir al mercado con él, echarle una mano si quería y aprender el oficio, pero era indispensable que él encontrase un verdadero socio, que dispusiese de un pequeño capital inicial y de

cierta experiencia. Y la verdad es que lo había encontrado ya, un tal Giacomantonio con cara de galeote, viejo amigo suyo de San Lorenzo. La manera de asociación era muy sencilla: Giacomantonio compraría, él vendería y se dividirían por igual las ganancias.

¿Comprar qué? De todo, me dijo: cualquier cosa que se pudiera. Cesare, aunque tuviese poco más de veinte años, se gloriaba de una experiencia mercantil sorprendente, parangonable a la del griego. Pero, superadas las analogías superficiales, me di cuenta en seguida de que entre el griego y él había un abismo. Cesare estaba lleno de calor humano, siempre, en todos los momentos de su vida, y no sólo en horas de asueto como Mordo Nahum. Para Cesare, el «trabajo» era unas veces una necesidad desagradable, otras una divertida ocasión de encontrarse con gente, y no una obsesión gélida, ni una afirmación satánica de sí mismo. Uno era libre, otro esclavo de sí mismo; uno avaro y razonable, otro pródigo y lleno de inspiración. El griego era un lobo solitario, en guerra eterna contra todos, viejo antes de tiempo, encerrado en el círculo de su ambición siniestra; Cesare era un hijo del sol, un amigo de todo el mundo, no conocía el odio ni el desprecio, era variable como el cielo, divertido, astuto e ingenuo, temerario y cauto, muy ignorante, muy inocente y muy cortés.

En el arreglo con Giacomantonio yo no quise entrar, pero acepté de buena gana la invitación de Cesare de acompañarlo algunas veces al mercado, como aprendiz, intérprete y acarreador de mercancía. Lo acepté no sólo por amistad y por escapar al aburrimiento del campo sino, sobre todo, porque presenciar las empresas de Cesare, aun las más modestas y triviales, constituía una experiencia única, un espectáculo vivo y lleno de afirmación que me reconciliaba con el mundo, y volvía a encender en mí la alegría vital que Auschwitz había extinguido.

Un carácter como el de Cesare es una virtud en sí mismo, en sentido absoluto; basta para conferir nobleza a un hombre, para hacer olvidar muchos otros defectos secundarios, para salvar su alma. Pero al mismo tiempo y, en un terreno más práctico, es una ayuda preciosa para quien pretenda ejercer el comercio en la plaza pública: porque al atractivo de Cesare nadie era insensible, ni los rusos de la jefatura, ni los diversos compañeros del campo, ni los habitantes de Katowice que frecuentaban el mercado. Ahora bien, según las duras leyes del comercio, lo que es ventajoso a quien vende es desventajoso a quien compra, y viceversa.

Abril iba llegando a su fin y el sol era ya caliente y directo cuando Cesare vino a buscarme a la salida del ambulatorio. Su patibulario socio había dado una serie de golpes magníficos: había comprado por cincuenta zloty una pluma estilográfica que no escribía, un cronómetro y una camisa de lana en estado decente. Este

Giacomantonio, con olfato experto de investigador, había tenido la excelente idea de ponerse en acecho en la estación de Katowice, en espera de los convoyes rusos que volvían de Alemania: aquellos soldados, ya desmovilizados y en camino a casa, eran los negociantes más facilones que uno podía desear. Estaban llenos de alegría, de despreocupación y de objetos productos del botín, no conocían las cotizaciones locales y tenían necesidad de dinero.

Por otra parte, valía la pena pasar unas horas en la estación aun sin ninguna finalidad utilitaria, sólo por asistir al extraordinario espectáculo del Ejército Rojo que volvía a su patria: espectáculo a un tiempo épico y solemne como una migración bíblica, y agitanado y variopinto como un viaje de saltimbanquis. Se detenían en Katowice larguísimos convoyes de vagones de carga destinados al transporte de los soldados: estaban preparados para viajar durante meses, tal vez hasta e Pacífico, y hospedaban sin ningún orden y por millares, a militares y a civiles, a hombres y a mujeres, a ex prisioneros y a alemanes que eran ahora prisioneros; y además mercancías, muebles, ganado, máquinas desmontadas, víveres, material bélico, escombros. Eran verdaderos pueblos ambulantes: algunos vagones iban ocupados por lo que parecía un núcleo familiar, uno o dos pares de camas matrimoniales, un armario de luna, una estufa, una radio, sillas y mesas. De un vagón a otro iban tendidos cables eléctricos que procedían del primer vagón, en el que había un generador; servían para el alumbrado y, al mismo tiempo, para tender la ropa interior (que se ensuciaba de carbonilla). Cuando, por las mañanas, se descorrían las puertas, en el fondo de aquellos interiores domésticos aparecían hombres y mujeres a medio vestir, con largas caras somnolientas: miraban a su alrededor trastornados, sin saber bien en qué punto del mundo se encontraban, luego bajaban a lavarse con el agua helada de las bombas hidráulicas, y daban vueltas ofreciendo tabaco y hojas del *Pravda* para liar cigarrillos.

Me fui, pues, al mercado con Cesare, que se proponía revender (tal vez a los mismos rusos) los tres objetos arriba descritos. El mercado ya había perdido su carácter primitivo de feria de las miserias humanas. El racionamiento se había abolido, o más bien había caído en desuso; del rico campo de los alrededores llegaban los carros de los campesinos con quintales de manteca y de queso, huevos, pollos, legumbres, azúcar, fruta, mantequilla; era un jardín de tentaciones, un desafío cruel a nuestra hambre obsesiva y a nuestra falta de dinero, incitación imperiosa a buscarlo.

Cesare vendió la pluma al primer intento por veinte zloty, sin regateo; no tenía ninguna necesidad de intérprete: hablaba sólo italiano, o más bien dialecto romano, o más bien la jerga del *ghetto* de Roma, constelado de vocablos judíos distorsionados. La verdad es que

no podía hacer otra cosa, porque no sabía más lenguas, pero, sin que él lo sospechase, esta ignorancia le favorecía muchísimo. Cesare «jugaba en su campo», para decirlo en términos deportivos, y sus clientes, por el contrario, atentos a interpretar su conversación incomprensible y sus gestos nunca vistos, se veían privados de la necesaria capacidad de concentración; si hacían contraofertas, Cesare no las entendía, o fingía testarudamente no entenderlas.

El arte del charlatán no está tan difundido como yo creía: el público polaco parecía desconocerlo y se sentía fascinado por él. Y además Cesare era un histrión de gran categoría: hacía ondear la camisa al sol teniéndola cogida por el cuello (debajo del cuello tenía un agujero, pero Cesare la tenía cogida precisamente por donde estaba el agujero) y proclamaba sus virtudes con elocuencia torrencial, con digresiones y divagaciones inéditas y sin sentido, apostrofando de vez en cuando a uno o a otro del público con diminutivos obscenos que se inventaba sobre la marcha.

Se interrumpió de repente (conocía por instinto el valor oratorio de la pausa), besó la camisa con amor y, luego, con voz decidida y a la vez conmovida, como si se le arrancase el corazón al separarse de ella y le indujesen a ello sólo el amor al prójimo: «Tú, barrigón», dijo, «¿cuánto me darías por este bocadito?».

El barrigón se quedó sin saber qué decir. Miraba el «bocadito» con deseo y con el rabillo del ojo miraba a un lado y a otro entre temeroso y deseoso de que algún otro hiciese la primera oferta. Luego, dudando, avanzó hacia él, tendió una mano insegura y farfulló algo así como «pingísci». Cesare retiró la camisa y la apretó contra su pecho como si hubiera visto un áspid. «¿Qué ha dicho ése?», me preguntó, como si temiese haber recibido un insulto mortal; pero era una pregunta retórica, porque reconocía (o adivinaba) los numerales polacos mucho más rápidamente que yo.

—Estás loco —dijo, después, autoritario, poniéndose el índice en la sien y moviéndolo como si fuese un barreno. El público rumoreaba y se reía, poniéndose visiblemente de lado del extranjero llegado de los últimos confines del mundo a realizar portentos en sus plazas. El barrigón estaba con la boca abierta, balanceándose como un oso sobre un pie y sobre el otro—. Duferík —siguió Cesare despiadadamente (quería decir «verrückt»); y, para mayor claridad, añadió—: Du meschuge. —Estalló una tempestad de risas salvajes: esto lo habían entendido todos. «Meschuge» es una palabra hebraica que sobrevive en el yiddish y, por consiguiente, se la comprende universalmente en toda Europa central y oriental: quiere decir «loco» pero implica además una locura estúpida, triste, pasmada y lunática.

El barrigón se rascaba la cabeza y se tiraba de los pantalones, lleno de embarazo. «Sto», dijo luego, para pacificar las cosas, «Sto

zlotych, cien zloty».

La oferta era buena. Cesare, algo más calmado, se dirigió al barrigón de hombre a hombre, con voz persuasiva, como para convencerlo de alguna involuntaria pero grave trasgresión cometida. Le habló largamente, con el corazón en la mano, con emoción y confianza, diciéndole: «¿Ves?, ¿te das cuenta?, ¿no estás de acuerdo?

—Sto zlotych —repitió él, testarudo.

—¡Éste parece de Capurzio! —me dijo Cesare. Luego, como acometido por un cansancio repentino, y en un intento extremo de llegar a un acuerdo, le puso la mano en el hombro y le dijo maternalmente—: Mira. Mira, compadre. No me has entendido bien. Vamos a ponernos de acuerdo. Me das esto (y le dibujó 150 con el dedo sobre la panza), me das Sto Pingisciu, y te la pongo en la grupa. ¿Te parece?

El barrigón resoplaba y decía que no con la cabeza, con la mirada baja; pero el ojo clínico de Cesare había captado ya la señal de la capitulación: un movimiento imperceptible de la mano hacia el bolsillo posterior de los pantalones.

—¡Anda, vamos, llévate esta «pignonze»! —lo urgió Cesare, para no dejar que se desinflase el globo. Las «pignonze» (la palabra polaca, de grafía tan complicada pero de fonética tan curiosamente nuestra, nos fascinaba a Cesare y a mí) fueron por fin cazadas y la camisa colocada; pero inmediatamente Cesare me arrancó con energía de mi estática admiración.

—Compadre, vamos a largarnos, antes de que se huelan el agujero. —Así, por miedo de que el cliente descubriese el agujero demasiado pronto, nos largamos (o sea, desaparecimos), renunciando a colocar el invendible cronómetro. Fuimos con digna lentitud hasta la esquina más cercana, luego le dimos esquinazo con la mayor rapidez que nos permitían nuestras fuerzas, y regresamos al campo por caminos poco transitados.

Victory Day

La vida en el campo de Bogucice —ambulatorio y mercado, relaciones humanas rudimentarias con los rusos, los polacos, y demás, rápidos cambios del hambre al vientre ahíto, esperanzas de retorno y desilusiones, esperas e incertidumbres, cuartel y picardías—, como una forma incompleta de vida militar en un ambiente provisional y extranjero, suscitaba en mí desasosiego, nostalgia y, sobre todo, aburrimiento. Y sin embargo se adaptaba a las costumbres, al carácter y a las aspiraciones de Cesare.

En Bogucice, Cesare florecía, visiblemente, de día en día, como un árbol por el que sube la savia primaveral. Ya tenía en el mercado un puesto fijo y una clientela fija, que él mismo había suscitado de la nada: la Bigotuda, la Huesuda, el Birlador, Lujuria de Vía, Franquestein, una chica maciza que él llamaba Er Tribunal, y otros pocos. En el campo, gozaba de un prestigio indiscutible: con Giacomantonio había reñido, pero había otros muchos que le confiaban mercancía para que la vendiese, sin contrato, con confianza absoluta, de manera que no le faltaba dinero.

Una noche desapareció: ni se presentó en el campo a cenar ni en el dormitorio más tarde. Naturalmente no lo denunciamos al Rovi, y mucho menos a los rusos, para no crear complicaciones; pero cuando la ausencia se prolongó por tres días y tres noches, aun yo, que por naturaleza no soy muy aprensivo, y mucho menos con relación a Cesare, empecé a experimentar una ligera inquietud.

Cesare volvió al amanecer del cuarto día, desmejorado e híspido como un gato que vuelve de un aquelarre por los tejados. Tenía los ojos hundidos y en su fondo le relampagueaba una luz fiera: «Dejadme en paz», dijo nada más entrar, sin que nadie le hubiera preguntado nada y con la mayoría todavía roncando. Se arrojó sobre el jergón, con un cansancio extremo; pero después de unos minutos, no pudiendo aguantar la presión de las novedades que le bailaban dentro, vino junto a mí, que acababa de despertarme. Ronco y torvo, como si hubiese estado tres noches en danza con las brujas, me dijo: «Ahora sí. Me he situado. Me he echado una pagninca».

La noticia no me entusiasmó demasiado. Es verdad que no era el primero: ya había otros italianos, especialmente los militares, que se habían echado una novia en la ciudad: porque «pagninca» es exactamente igual que «señorita», e igualmente deformado en la fonética.

No era una empresa muy difícil, porque los hombres escaseaban en Polonia y había muchos italianos «situados», empujados no sólo por

el mito amatorio nacional sino también por una necesidad más profunda y seria, la nostalgia de un hogar, de cariño. Como consecuencia, en algunos casos el cónyuge difunto o lejano había sustituido no sólo en el corazón y en la cama de la mujer sino en todas sus demás posesiones, y se veía a italianos bajar con los polacos al pozo de la mina para llevar «a casa» el sobre con la paga, atender el mostrador en las tiendas, y extrañas familias domingueras paseando decentemente por las murallas, el italiano llevando a la polaca del brazo y a un niño demasiado rubio de la mano.

Pero, me precisó Cesare, su caso era distinto (todos son distintos siempre, pensaba yo bostezando). Su pagninca era guapísima, núbil, elegante, limpia, enamorada de él, y además ahorradora. También conocía muy bien la aguja de marear; tenía un solo defecto, y es que hablaba polaco. Por eso, si yo era amigo suyo tenía que ayudarle.

Yo no estaba en condiciones de ayudarle mucho, le expliqué cansadamente. En primer lugar, no sabía más de treinta palabras en polaco; en segundo, de la terminología sentimental que necesitaba estaba totalmente ayuno; en tercer lugar, no estaba en estado de ánimo para seguirlo. Pero Cesare no cejó: puede que la chica entendiese el alemán. Él se había trazado un programa muy definido; por lo cual, que le hiciese el sacrosanto favor de no obstruírselo, y que le explicase bien cómo se dice en alemán esto, y aquello y lo de más allá.

Cesare sobrevaloraba mis conocimientos lingüísticos. Las cosas que quería que le dijese no se enseñan en ningún curso de alemán, y mucho menos había podido aprenderlas en Auschwitz; y además se trataba de cuestiones sutiles y peculiares, hasta el punto de que todavía tengo la duda de que puedan existir en alguna lengua fuera del italiano y el francés.

Le expuse estas dudas, pero Cesare me miró despechado. Era sabotaje, estaba clarísimo: le tenía envidia. Volvió a ponerse los zapatos y se fue imprecando a los muertos. Volvió después del mediodía, y me puso delante un diccionario de bolsillo italiano-alemán, comprado en el mercado por veinte zloty. «Aquí está todo», me dijo, con aire de quien no admite más discusiones ni cavilaciones. Claro que no estaba todo: faltaba incluso lo esencial, eso que una misteriosa convención elimina del universo del papel impreso; era dinero malgastado. Cesare se fue otra vez, desilusionado de la cultura, de la amistad y hasta del papel impreso.

Desde entonces, no aparecía en el campo más que de vez en cuando: la pagninca proveía generosamente a todas sus necesidades. A finales de abril desapareció por una semana entera. Pero aquél no era un fin de abril cualquiera: era el memorable fin de abril de 1945.

No estábamos en condiciones de entender los periódicos polacos:

pero el tamaño de los titulares, que aumentaba de día en día, los nombres que se leían en ellos, el aire mismo que se respiraba por las calles y en la Kommandantur, nos indicaban que la victoria estaba próxima. Leíamos «Viena», «Coblenza», «Reno», «Bolonia»; luego, con entusiasmo conmovido «Turín» y «Milán». Por fin, «Mussolini» con caracteres enormes, seguido de un espantoso e indescifrable participio pasado; y, por último, en tinta roja y ocupando media página, el anuncio definitivo, críptico y exultante: «BERLIN UPADL!».

El 30 de abril, Leonardo, yo, y los pocos más que poseíamos un pase, fuimos convocados por el capitán Egorov: con un curioso aire socarrón y embarazado que no le conocíamos, nos dijo por medio del intérprete que teníamos que devolverle el pase: al día siguiente nos darían otro nuevo. Naturalmente, no se lo creíamos, pero tuvimos que darle la tarjetita. La medida nos pareció absurda y hasta un poco ofensiva, y acrecentó en nosotros el ansia y la expectación; pero al día siguiente entendimos lo que pasaba.

El día siguiente era el 1º de mayo; el 3 de mayo se celebraba no sé qué fiesta polaca; el 8 de mayo la guerra terminó. La noticia, aunque había sido esperada largo tiempo, estalló como una tempestad: durante ocho días, el campo, la Kommandantur, Bogucice, Katowice, toda Polonia y todo el Ejército Rojo, se sumieron en un paroxismo de entusiasmo delirante. La Unión Soviética es un país gigantesco, y en su corazón alberga fermentos gigantes: entre los cuales se encuentra una capacidad homérica de alegría y de abandono, una vitalidad primordial, un talento pagano, incontaminado, para las manifestaciones sacras, las bacanales corales.

La atmósfera que nos rodeaba se hizo tórrida en pocas horas. Había rusos por todas partes, que salían como hormigas del hormiguero: se abrazaban como si todos se conociesen, cantaban, lanzaban alaridos; aunque no se sostuviesen sobre sus piernas la mayor parte de ellos, bailaban unos con otros y apretaban en sus abrazos a cualquiera que se encontrasen por la calle. Disparaban al aire: y a veces no al aire: tuvieron que llevar a la enfermería a un soldadito aún imberbe, un «parajutist», atravesado por una bala desde el abdomen a la espina dorsal. Milagrosamente, el disparo no había interesado ningún órgano vital: el soldado-niño estuvo tres días en la cama, soportó las curas con tranquilidad, mirándonos con unos ojos vírgenes como el mar; luego, una noche, mientras por la calle pasaba una banda de camaradas suyos en plena fiesta, saltó de debajo de las mantas totalmente vestido con uniforme y botas y, como buen paracaidista, bajo la mirada de los demás enfermos, se lanzó limpiamente a la calle desde la ventana del primer piso.

Los vestigios, ya tenues, de disciplina militar, desaparecieron. Ante la puerta del campo, el centinela, la noche del 1º de mayo,

roncaba borracho y echado en el suelo, con la metralleta al hombro: luego desapareció. Era inútil dirigirse a la Kommandantur para algún asunto urgente: la persona encargada no estaba, o estaba en la cama durmiendo la mona, u ocupada en misteriosos y febriles preparativos en el gimnasio de la escuela. Era una gran suerte que la cocina y la enfermería estuviesen en manos de italianos.

La naturaleza de aquellos preparativos la supimos pronto. Estaban organizando una gran fiesta para el día del final de la guerra: una representación teatral con coros, danzas y recitaciones, que los rusos nos ofrecían a los huéspedes del campo. A los italianos: porque durante aquel tiempo y, como consecuencia de complicados desplazamientos de las demás nacionalidades, habíamos quedado en Bogucice los italianos en gran mayoría, en realidad, casi nosotros solos, con algunos franceses y griegos.

Cesare volvió entre nosotros en uno de aquellos días tumultuosos. Estaba en un estado mucho peor que el de la primera vez que volvió: lleno de barro hasta la cabeza, la ropa desgarrada, demudado y con una tortícolis monstruosa. Llevaba en la mano una botella de vodka, llena y sin abrir, y su primera preocupación fue la de buscar a su alrededor otra botella vacía; luego, hosco y fúnebre, hizo un ingenioso embudo con un trozo de cartón, pasó el vodka de una botella a la otra, rompió la botella en pedacitos, recogió los cascos en un envoltorio y, con gran secreto, se fue a enterrarlo en un agujero al fondo del campo.

Le había ocurrido una desgracia. Una noche, cuando volvía del mercado a casa de su chica, se había encontrado allí a un ruso: había visto en el vestíbulo su capote, con el cinturón y la funda del revólver, y una botella. Había cogido la botella, a título de indemnización parcial y, prudentemente, se había largado; pero el ruso parece que había salido tras él, tal vez por la botella, tal vez impulsado por celos retroactivos.

Aquí, su relato se hacía más oscuro y menos verosímil. Había tratado en vano de escapar y en breve se había convencido de que todo el Ejército Rojo le pisaba los talones. Había terminado en el Luna Park, pero también allí había seguido la caza, durante toda la noche. Las últimas horas las había pasado en acecho bajo la tarima de la pista de baile, mientras toda Polonia bailaba sobre su cabeza: pero la botella no la había soltado porque representaba todo cuanto le había quedado de una semana de amor. Había destruido el recipiente original por prudencia, e insistió en que el contenido fuese consumido inmediatamente por nosotros, sus íntimos amigos. Fueron unos tragos melancólicos y taciturnos.

Llegó el 8 de mayo: día de exultación para los rusos, de vigilia desconfiada para los polacos, de alegría entreverada de nostalgia

profunda para nosotros. Desde aquel día en adelante, el hecho era que nuestros hogares no nos estaban ya prohibidos, ya no había ningún frente de guerra que nos separase de ellos, ningún obstáculo concreto, sólo papeles y oficinas; sentimos que debíamos ser repatriados inmediatamente, y todo momento pasado en el exilio nos pesaba como el plomo; todavía nos pesaba más la carencia absoluta de noticias de Italia. Pero acudimos en masa a la representación de los rusos, y acertamos.

El teatro lo habían improvisado en el gimnasio de la escuela; todo había sido improvisado: los actores, los asientos, el coro, el programa, las luces, el telón. Llamativamente improvisado era el frac que vestía el presentador: el capitán Egorov en persona.

Egorov apareció en el proscenio borracho perdido, metido en unos pantalones enormes cuya cintura le llegaba a los sobacos, mientras los faldones barrían el pavimento. Era presa de una tristeza alcohólica desconsolada, y anunciaba con voz sepulcral los diversos números cómicos o patrióticos del programa, entre sollozos sonoros y estallidos de llanto. Su equilibrio era vacilante: en los momentos cruciales se aferraba al micrófono; entonces el clamor del público se cortaba de repente, como cuando un acróbata salta del trapecio en el vacío.

Todos aparecieron en el escenario: la Kommandantur completa. Marja de directora del coro, que era magnífico como todos los coros rusos, y cantó *Moscvá mojà* (Mi Moscú) con un ímpetu y una armonía maravillosos, y con evidente sinceridad. Galina se exhibió sola, con traje circasiano y botas, en una vertiginosa danza en la que reveló dotes atléticas fantásticas e insospechadas: fue colmada de aplausos, que agradeció al público conmovida, con innumerables reverencias barrocas, la cara colorada como un tomate y los ojos brillantes de lágrimas. No fueron menos el doctor Dancenko y el mongol de los mostachos, los cuales, a pesar de estar llenos de vodka, ejecutaron en pareja una de esas endiabladas danzas rusas en las que dan saltos y vueltas sobre los talones como una peonza.

Siguió una singular imitación de la *Titina* de Charlie Chaplin, representado por una de las floridas muchachas de la Kommandantur, de seno y grupa exuberantes, pero meticulosamente fiel al modelo en lo que se refiere al bombín, los bigotes, los zapatones y el bastoncillo. Y, para terminar, anunciado por Egorov con voz lacrimosa, y saludado por todos los rusos con un salvaje alarido de aprobación, apareció en escena Vanka Vstanka.

Qué es Vanka Vstanka no podría decirlo con exactitud: posiblemente una mascarada popular rusa. En este caso se trataba de un pastorcillo tímido, pasmado y enamorado, que quiere declararse a su amada y no se atreve. La amada era la gigantesca Vassilissa, la

walkiria encargada del servicio de comedor, negruzca y membruda, capaz de tumbar de un revés a cualquier comensal alborotador o a un suspirante importuno (y más de un italiano había podido probarlo): pero en escena ¿quién la hubiera reconocido? Su papel la transfiguraba: el cándido Vanka Vstanka (en el siglo uno de los tenientes más antiguos), con la cara cubierta de polvos blancos y rosados, la cortejaba de lejos, arcádicamente, con veinte estrofas melodiosas que para nosotros eran incomprensibles; y tendía hacia su amada las manos suplicantes y temerosas, que ella apartaba con gracia riente pero decidida, gorjeando otras tantas réplicas gentiles y burlonas. Pero poco a poco las distancias disminuían mientras el fragor de los aplausos crecía proporcionadamente; luego de muchas escaramuzas los dos pastores intercambiaban tímidos besos en las mejillas, y terminaban restregándose vigorosa y voluptuosamente espalda contra espalda, ante el desbordante entusiasmo del público.

Salimos del teatro un poco aturdidos, pero conmovidos. El espectáculo nos había satisfecho íntimamente: había sido improvisado en pocos días, y se notaba; había sido un espectáculo casero, sin pretensiones, puritano, muchas veces pueril. Pero había en él algo no improvisado sino antiguo y vigoroso: una capacidad de alegría y de expresión juvenil, nativa, intensa, una amorosa y amigable familiaridad con la escena y con el público, lejos de la exhibición vulgar y de la abstracción cerebral, de las convenciones y de la inerte repetición de los modelos. Por ello, dentro de sus límites, había sido un espectáculo cálido, vivo, nada vulgar, no un espectáculo cualquiera sino lleno de libertad y de afirmación.

Al día siguiente, todo había vuelto al orden, y los rusos, con la excepción de algunas ligeras sombras alrededor de los ojos, habían recobrado sus rostros habituales. Me encontré con Marja en la enfermería, y le dije que me había divertido mucho y que todos los italianos habíamos admirado sus valores escénicos y los de sus colegas: era la pura verdad. Marja era, por naturaleza y por costumbre, una mujer poco metódica pero muy concreta, sólidamente instalada entre los límites tangibles del giro del reloj y de las paredes domésticas, amiga de los hombres de carne y hueso, y enemiga del humo de las teorías. Pero ¿cuántas son las mentes humanas capaces de resistir a la lenta, feroz, incesante, imperceptible fuerza de penetración de los lugares comunes?

Me contestó con una seriedad didascálica. Me agradeció oficiosamente los elogios y me aseguró que daría parte de ellos a todo el mando; luego, me notificó con mucho sosiego que la danza y el canto son materia de enseñanza escolar en la Unión Soviética, lo mismo que la recitación; que es labor del buen ciudadano tratar de perfeccionar todas sus habilidades y talentos naturales; que el teatro

es uno de los instrumentos más preciosos de educación colectiva; y otras perogrulladas pedagógicas, que sonaban vagamente absurdas e irritantes a mis oídos, todavía llenos del gran viento de vitalidad y de fuerza cómica de la noche anterior.

Por otra parte, la misma Marja («vieja y loca» a juicio de la jovencísima Galina) parecía tener otra personalidad, muy distinta de la oficial: la noche antes, en el teatro, la había visto beber como un carretero, y bailar como una bacante hasta tardísimo, rindiendo a innumerables bailarines como un caballero furibundo que rinde de cansancio a un caballo tras otro.

La victoria y la paz fueron festejadas también de otra manera que por poco me cuesta cara. A mediados de mayo se celebró un partido de fútbol entre el equipo de Katowice y una representación de los italianos.

En realidad se trataba de una revancha: dos o tres semanas antes se había celebrado un primer partido, sin particular solemnidad, y los italianos habíamos vencido por muchos tantos a un equipo anónimo e improvisado de mineros polacos de los suburbios.

Pero para la revancha los polacos se habían organizado un equipo de primera clase: corrió la voz de que algunos jugadores, y entre ellos el portero, habían sido traídos para la ocasión nada menos que de Varsovia mientras que los italianos, pobres de nosotros, no estábamos en condiciones de hacer nada semejante.

Este portero era un portero de pesadilla. Era un rubio larguirucho, de cara sumida, pecho hundido y movimientos indolentes de apache. No tenía nada de ímpetu, la contracción enfática y la neurótica trepidación de un profesional: estaba en la portería con una condescendencia insolente, apoyado en uno de los palos como si fuese sólo un espectador del juego, con aire a la vez ultrajado y ofensivo. Y, sin embargo, las pocas veces que el balón era llevado a la portería por los italianos, el tipo estaba siempre en su camino, como por azar y sin hacer jamás un movimiento brusco: extendía un brazo larguísimo, sólo uno, que parecía salirle del cuerpo como los cuernos de un caracol y poseía la misma calidad invertebrada y pegajosa. Y ya está, el balón se adhería a ella sólidamente y perdía toda su fuerza viva: le resbalaba por el pecho, luego le bajaba a lo largo del cuerpo y de la pierna hasta el suelo. De la otra mano nunca se sirvió: la tuvo ostensiblemente metida en el bolsillo durante todo el partido.

Se jugaba en un campo de la periferia más bien lejos del Bogucice y los rusos, para la ocasión, habían concedido salida libre a todo nuestro campo. El partido fue muy reñido no sólo entre los dos equipos contendientes sino entre éstos y el árbitro: porque el árbitro, huésped de honor, titular del palco de las Autoridades, entrenador y

juez de línea a la vez, era nuestro capitán de la NKVD, el indefinido inspector de cocinas. Ya totalmente curado de su fractura, parecía seguir el juego con un profundo interés, pero no de naturaleza deportiva: con un interés de naturaleza misteriosa, tal vez estético, tal vez metafísico. Su comportamiento era irritante e incluso agotador si se lo juzgaba por la medida de los muchos aficionados expertos que había entre el público; pero podía ser regocijante y digno de un cómico de gran categoría.

Continuamente estaba interrumpiendo el juego, cuando le daba la gana, con silbidos imperiosos y con una sádica predilección por los momentos en que la pelota estaba junto a la portería; si los jugadores no le hacían caso (y pronto dejaron de hacerlo, porque sus interrupciones eran demasiado frecuentes), saltaba el antepecho del palco con sus largas piernas embotadas, se lanzaba en la confusión silbando como un tren, y no paraba hasta que conseguía adueñarse del balón. Entonces, a veces lo cogía y le empezaba a dar vueltas con aire suspicaz, como si fuese una bomba capaz de explotar; otras, con gestos imperiosos hacía que lo depositasen en tierra en un punto determinado del terreno, luego se aproximaba, insatisfecho, lo desplazaba unos centímetros, daba vueltas alrededor, meditabundo, y, por fin, como convencido de sabe Dios qué, daba la señal de que se continuase el juego. Y otras veces, cuando conseguía hacerse con el balón entre los pies, mandaba alejarse a todos y lo lanzaba a la portería con todas sus fuerzas; después, se volvía radiante al público, que bramaba de rabia, y saludaba largamente estrechándose las manos una con otra por encima de la cabeza, como un púgil victorioso. Pero, por lo demás, era rigurosamente imparcial.

En estas condiciones, el partido (que los polacos ganaron con toda justicia) se prolongó por más de dos horas, hasta las seis de la tarde; y habría durado probablemente hasta la noche si hubiese dependido sólo de nuestro capitán, que no se preocupaba del tiempo en lo más mínimo, se conducía en el campo como el Delegado de Dios Omnipotente y, con su equivocada actuación de director del juego parecía divertirse locamente y sin límites. Pero ya cerca de la puesta del sol el cielo se puso oscuro súbitamente y cuando empezaron a caer las primeras gotas de lluvia tuvo que silbar el final.

La lluvia se convirtió en seguida en diluvio; Bogucice estaba lejos, no había ningún lugar donde guarecerse por el camino, y llegamos a los barracones empapados. Al día siguiente yo me sentía mal, con un tipo de mal que durante largo tiempo fue misterioso.

Me costaba trabajo respirar. Parecía que, en los movimientos de mis pulmones hubiese un alto, un dolor agudísimo, una punzada profunda, localizada en un punto indeterminado sobre el estómago, pero detrás, junto a la columna vertebral; y me impedía pasar el aire

más allá de cierto punto que cada día disminuía más. La ración de aire que podía recibir se reducía en una progresión lenta y constante que me atemorizaba. Al tercer día no podía moverme; al cuarto yacía sobre la espalda en el catre, inmóvil, con la respiración cortísima y frecuente como la de los perros acalorados.

Los soñadores

Leonardo trataba de ocultarlo, pero no sabía a qué atenerse, y estaba muy preocupado por mi enfermedad. Qué es lo que en realidad tenía parecía una cosa difícil de aclarar, ya que sus instrumentos profesionales se reducían a un estetoscopio, y conseguir de los rusos que me trasladasen al hospital civil de Katowice parecía poco aconsejable, además de muy difícil. Y además del doctor Dancenko no podíamos esperar mucho.

Así, seguí echado e inmóvil durante varios días, alimentándome sólo con algunos sorbos de caldo, porque a cualquier movimiento que intentase hacer, y a cualquier bocado sólido que quisiese engullir, el dolor se reavivaba de un modo rabioso y me cortaba la respiración. Después de una semana de atormentada inmovilidad, Leonardo, a fuerza de tamborilearme la espalda y el pecho, logró discernir una señal: era una pleuritis seca, anidada insidiosamente entre los pulmones, en el mediastino y el diafragma.

Entonces se lanzó a hacer mucho más de lo que se espera que haga un médico. Se metió a comerciante clandestino y a contrabandista de medicamentos, eficazmente ayudado por Cesare, y recorrió a pie decenas de kilómetros por la ciudad, de una dirección en otra, a la caza de sulfamidas y de calcio intravenoso. En lo que se refiere a los medicamentos no obtuvo gran éxito, porque las sulfamidas eran escasísimas y no se encontraban más que en el mercado negro y a precios inasequibles para nosotros; pero hizo un hallazgo mejor. Descubrió en Katowice a un misterioso colega suyo que contaba con un consultorio no muy legal pero bien equipado, con un botiquín de farmacia, mucho dinero y tiempo libre; y que además era italiano, o casi.

La verdad es que todo lo referente al doctor Gottlieb estaba envuelto en una densa nube de misterio. Hablaba perfectamente italiano, pero igual de bien alemán, polaco, húngaro y ruso. Había estado en Fiume, en Viena, en Zagabria y en Auschwitz. En qué condiciones había estado en Auschwitz y en calidad de qué nunca nos lo dijo, y no era hombre a quien fuese fácil hacerle preguntas. Ni era fácil entender cómo, con un brazo anquilosado, había podido sobrevivir en Auschwitz, y todavía menos fácil imaginar por qué secretas vías, y con qué artes fantásticas, había conseguido no separarse nunca de un hermano y de un cuñado también muy misterioso, y convertirse en pocos meses, partiendo del Lager, y delante de las narices de los rusos y de las leyes, en un hombre de autoridad y en el médico más estimado de Katowice.

Era un personaje admirablemente bien pertrechado. Emanaba inteligencia y astucia como el radio emana energía: con la misma silenciosa y penetrante continuidad, sin esfuerzo, sin descanso, sin signos de agotamiento, apuntando al mismo tiempo en todas las direcciones. Que era un médico hábil era evidente a primera vista. Pero si esta excelencia profesional era sólo un aspecto, una faceta de la altura de su ingenio o si era precisamente su instrumento de penetración, su arma secreta para hacerse con amigos o enemigos, para anular las prohibiciones, para mutar los noes en síes, nunca pude decidirlo: esto también formaba parte de la nube en que se envolvía y que se desplazaba con él. Era una nube casi visible, que impedía descifrar por completo su mirada y sus facciones, y hacía sospechar debajo de cada una de sus acciones, frases, silencios, una táctica y una estrategia, la persecución de finalidades imperceptibles, un continuo y astuto trabajo de exploración, de elaboración, de inserción y de apropiación.

Pero el ingenio del doctor Gottlieb, dirigido totalmente a fines prácticos, no era inhumano. Eran tan sobreabundantes su seguridad, su hábito de vencer, su fe en sí mismo, que le sobraba una buena parte para acudir en ayuda de su prójimo peor dotado; y especialmente en nuestra ayuda, de los que habíamos escapado, como él, a la trampa mortal del Lager, circunstancia a la que se mostraba extrañamente sensible.

Gottlieb me trajo la salud como un taumaturgo. Vino primero a estudiar el caso, luego otras varias veces provisto de ampollas y de jeringuillas, y otra vez, la última, me dijo: «Levántate y anda». El dolor había desaparecido, podía respirar sin dificultad; tenía mucha hambre y me sentía muy débil, pero me levanté, y pude andar.

No salí de la habitación hasta unos veinte días después. Me pasaba las interminables jornadas echado, leyendo ávidamente los pocos libros abandonados que lograba encontrar: una gramática inglesa en polaco, *Marie Walewska, le tendre amour de Napoléon*, un manual de trigonometría elemental, *Rouletabille alla riscossa*, *I forzati della Cajenna*, y una curiosa novela de propaganda nazi, *Die Grosse Heimkehr* (La vuelta a la patria), que pintaba el trágico destino de un pueblo de la Galizia, de pura raza alemana, ultrajado, saqueado, y finalmente destruido, por la feroz Polonia del mariscal Beck.

Era triste estar encerrado entre cuatro paredes mientras afuera el aire estaba lleno de primavera y de victoria, y de los bosques cercanos el viento traía olores vivificantes de almizcle, de hongos, de hierba fresca; y era humillante estar dependiendo de los amigos hasta para las necesidades más elementales, para coger la comida del comedor, para poder tener agua y, en los primeros días, hasta para cambiar de postura en la cama.

Mis compañeros de dormitorio eran unos veinte, entre ellos Leonardo y Cesare; pero el personaje de mayor envergadura, el más notable, era el decano de todos ellos, el Moro de Verona. Debía de descender de una estirpe ferozmente ligada a la tierra pues su verdadero nombre era Avesani, y era de Avesa, el suburbio de los lavaderos de Verona celebrado por Berto Barbarani. Tenía más de setenta años y se le notaban todos: era un viejo grande y complicado de esqueleto de dinosaurio, alto y bien plantado, todavía fuerte como un caballo aunque la edad y el cansancio le hubiesen gastado la agilidad de las nudosas articulaciones. El cráneo calvo, noblemente convexo, estaba circundado en su base por una corona de cabellos cándidos, pero su rostro seco y arrugado era de un oliváceo de ictericia, y violentamente amarillos y atravesados por gruesas venas rojas relampagueaban sus ojos, hundidos bajo los arcos de sus cejas enormes como perros feroces en el fondo de sus madrigueras.

En el pecho del Moro, esquelético y sin embargo potente, bullía sin tregua una cólera gigantesca e indefinida: una cólera insensata contra todos y contra todo, contra los rusos y los alemanes, contra Italia y los italianos, contra Dios y los hombres, contra sí mismo y contra nosotros, contra el día cuando era día y contra la noche cuando era noche, contra su destino y todos los destinos, contra su oficio, que sin embargo llevaba en lo más hondo del corazón. Era albañil: había puesto ladrillos durante cincuenta años, en Italia, en América, en Francia, luego otra vez en Italia, finalmente en Alemania, y cada uno de sus ladrillos había ido acompañado por una maldición. Maldecía continuamente, pero no de una manera maquinal; maldecía con método y con arte, agriamente, interrumpiéndose para buscar la palabra justa, haciéndose correcciones frecuentes, y acalorándose cuando no encontraba la palabra precisa: en esos casos maldecía la maldición que no llegaba.

De que era presa de una desesperada demencia senil no cabía duda, pero en esa locura suya había grandeza, y fuerza, y una dignidad bárbara, la dignidad pisoteada de las fieras enjauladas, la que redime a Capaneo y a Calibán.

El Moro no se levantaba de su jergón casi nunca. Estaba allí echado todo el día, con los enormes pies amarillentos y huesudos sobresaliendo dos palmos en mitad del dormitorio; a su lado, en el suelo, tenía un enorme hato informe que nunca nadie se hubiese atrevido a tocar. Contenía, al parecer, todas sus posesiones terrestres; del envoltorio colgaba una pesada hacha de leñador. El Moro solía estarse mirando fijamente el suelo con ojos sanguinolentos, silencioso, pero bastaba el mínimo estímulo, como un ruido en el pasillo, una pregunta que alguien le hiciese, un involuntario roce contra sus pies prominentes, un dolor reumático, para que su pecho profundo se

levantase como el mar hinchado por la tempestad, y el mecanismo de sus vituperios se pusiera en marcha.

Entre nosotros era respetado y temido con un vago temor supersticioso. Cesare era el único que se acercaba a él, con la impertinente familiaridad de los pájaros que picotean la rocosa grupa de los rinocerontes, y se divertía provocando su cólera con preguntas tontas e inoportunas.

Junto al Moro vivía el incapaz Ferrari de los piojos, el último de su clase en la escuela de Loreto. Pero en nuestro dormitorio él no era el único miembro de la cofradía de San Vittore: ésta estaba representada también y notablemente por Trovati y por Cravero.

Trovati, Ambrogio Trovati, llamado el Ocaso, no tenía más de treinta años; era de pequeña estatura, pero musculoso y agilísimo. «Ocaso», nos había explicado, era su nombre artístico: estaba orgulloso de él y le venía como anillo al dedo porque era una persona de mente tenebrosa, que vivía de imaginaciones fantásticas, en un estado de ánimo de perpetua rebelión frustrada. Había pasado la adolescencia y la juventud entre la prisión y el teatro y parecía que estas dos instituciones no estuviesen claramente separadas en su mente confusa. Luego, la prisión en Alemania debía de haberle asestado el golpe de gracia.

En sus conversaciones, lo verdadero, lo posible y lo fantástico estaban mezclados en un ovillo variopinto e inextricable. Hablaba de la prisión y del tribunal como de un teatro donde nadie es él mismo realmente sino que juega, muestra su habilidad, se mete en la piel del otro, recita un papel; y el teatro, a su vez, era un gran símbolo oscuro, un instrumento tenebroso de perdición, de manifestación externa de una secta subterránea, malvada y omnipresente, que impera para perjuicio de todos y que viene a tu casa, te coge, te pone una máscara, te convierte en lo que no eres y te obliga a hacer lo que no quieres hacer. Esta secta es la Sociedad: el gran enemigo contra el cual él, Ocaso, había combatido desde siempre y por el que siempre había sido vencido; pero en cada una de las ocasiones había resurgido heroicamente.

La Sociedad era quien había descendido a buscarlo, a desafiarlo. Él vivía en plena inocencia en el paraíso terrenal: era barbero, el dueño de la tienda, y había recibido una visita. Habían venido dos mensajeros a tentarlo, a hacerle la proposición satánica de vender la tienda y entregarse al arte. Conocían bien su punto débil: le habían adulado, habían alabado las formas de su cuerpo, su voz, la expresión y la movilidad de su rostro. Él se les había resistido dos, tres veces, luego había cedido y, llevando en la mano la dirección de los estudios cinematográficos, se había puesto a dar vueltas por Milán. Pero la dirección era falsa, de una puerta lo mandaban a otra; hasta que se dio

cuenta de la conjura. Los dos mensajeros, en las sombras, lo habían seguido con la cámara enfocada, le habían robado todas sus palabras y sus gestos de decepción, y así lo habían convertido en actor a pesar de sí mismo. Le habían robado la imagen, la sombra, el alma. Ellos habían sido quienes lo habían hecho oscurecer y le habían bautizado con el nombre de «Ocaso».

Lo habían vencido: estaba en sus manos. Su negocio vendido, sin contratos de ninguna clase, poco dinero, a veces algunas migajas, algún hurto para salir del paso. Hasta que ocurrió su gran epopeya, el homicidio pulposo. Se había encontrado en la calle con uno de sus seductores, y lo había acuchillado: se había hecho culpable del homicidio pulposo y, en consecuencia, fue llevado ante un tribunal. Pero no había querido ningún abogado, porque todo el mundo, hasta el último habitante, estaba contra él, y él lo sabía. Y, sin embargo, había estado tan elocuente, y había expuesto tan bien sus razones que el Tribunal lo había absuelto en medio de una gran ovación, y todos lloraban.

Este legendario proceso estaba presente en el centro de la nebulosa memoria de Trovati; lo revivía a cada instante de la jornada, no hablaba de otra cosa, y muchas veces por las tardes, después de cenar, nos obligaba a todos a secundarlo, y a repetir su proceso en una especie de representación sacra. A cada uno le asignaba su papel: tú el presidente, tú el fiscal, vosotros los jurados, tú el secretario, vosotros el público, y a cada uno le asignaba perentoriamente su papel. Pero el acusado, a la vez abogado defensor, era siempre y solamente él y, cuando tras cada réplica, le llegaba la hora a su torrencial arenga, explicaba antes, en un rápido aparte, que el homicidio es pulposo cuando se hunde el cuchillo no en el pecho o la barriga sino aquí, entre el corazón y la axila, en la pulpa: es menos grave.

Hablaba sin interrupción, apasionadamente, durante una hora larga, secándose el sudor real que le empapaba la frente; luego, arrojándose con ampuloso gesto una gota inexistente sobre el hombro izquierdo, concluía: «¡Id, id, víboras, a dejar vuestro veneno!».

El tercero de San Vittore, el turinés Cravero, era, por el contrario, un verdadero canalla, sin contaminación, sin matices, de esos que es difícil encontrar y en los que parecen tomar cuerpo y figura humana las abstractas hipótesis criminales del código penal. Conocía bien todas las cárceles de Italia, y en Italia había vivido (lo admitía sin reparo, y aún se vanagloriaba) de hurtos, rapiñas y engaños. Con el dominio de estas artes no había encontrado dificultad en organizarse en Alemania: con la Organización Todt había trabajado solamente un mes, en Berlín, luego había desaparecido, desvaneciéndose fácilmente en el fondo oscuro de la mala vida local.

Luego de dos o tres tentativas había encontrado una viuda con

posibles. Él la ayudaba con su experiencia, le buscaba clientes, y se ocupaba de la parte financiera en los casos controvertidos, con cuchillada incluida; ella le daba albergue. En aquella casa, a pesar de las dificultades de la lengua y de ciertas costumbres curiosas de su protegida, se encontraba perfectamente a gusto.

Cuando los rusos llegaron a las puertas de Berlín, Cravero, a quien no gustaban los tumultos, había levado anclas, plantando a la mujer que se deshacía en llanto. Pero el rápido avance lo había alcanzado y, de campo en campo, había terminado en Katowice; donde, sin embargo, no estuvo mucho tiempo. Fue el primero de los italianos que se decidió a intentar la repatriación por sus propios medios. Avezado como estaba a vivir al margen de toda ley, el obstáculo de las numerosas fronteras para cruzar sin documentos, y del millar y medio de kilómetros para recorrer sin dinero, no le preocupaba demasiado.

Como se dirigía a Turín, se ofreció muy cortésmente a llevar una carta a mi casa. Acepté, con cierta ligereza, como se vio después; acepté porque estaba enfermo, porque tengo una gran confianza innata en mi prójimo, porque el servicio de correos polaco no funcionaba, y porque Marja Fjodorovna, cuando le había propuesto escribir una carta sobre mi situación a los países de Occidente se había puesto pálida y había cambiado de tema.

Cravero, salido de Katowice a mediados de mayo, llegó a Turín en el tiempo récord de un mes, deslizándose como una anguila a través de los innumerables puestos de control. Localizó a mi madre, le entregó mi carta (que fue mi única señal de vida que en el espacio de nueve meses llegó a su destino) y le describió confidencialmente las condiciones de salud extremadamente preocupantes en que me encontraba: naturalmente, no lo había puesto en la carta pero estaba solo, enfermo, abandonado, sin dinero, con una urgente necesidad de ayuda; según su opinión era necesario ayudarme inmediatamente. Era verdad que la empresa no era fácil pero él, Cravero, mi amigo fraterno, estaba a su disposición. Si mi madre le entregaba doscientas mil liras, en dos semanas o tres me podría llevar a casa sano y salvo. Y, si la señorita (mi hermana, que asistía al coloquio) quería acompañarlo...

Debo decir en alabanza de mi madre y de mi hermana que no se fiaron del mensajero. Lo despidieron, rogándole que volviese unos días más tarde, porque no tenían disponible aquella cantidad. Cravero bajó la escalera, cogió la bicicleta de mi hermana que estaba en el portal, y desapareció. Me escribió dos años después, en Navidad, una tarjeta de felicitación muy cariñosa desde las Cárceles Nuevas.

Las noches en que Ocaso nos hacía gracia de la repetición del proceso, ocupaba la escena con frecuencia el señor Unverdorben.

Respondía a este nombre extraño y bello un afable, receloso y anciano hombrecillo de Trieste. El señor Unverdorben, que no contestaba a quien no le llamaba «señor», y pretendía ser tratado de usted, había vivido una larga y doble existencia aventurera y, como el Moro y Ocaso, era presa de un sueño, o mejor dicho de dos.

Había sobrevivido inexplicablemente al Lager de Birkenau, y le quedaba la secuela de un horrible flemón en un pie; por ello no podía andar, y era el más asiduo y más obsequioso entre quienes me ofrecieron compañía y asistencia durante mi enfermedad. Era muy locuaz, y si no se hubiese repetido con frecuencia como hacen los viejos, sus confidencias hubieran podido formar una novela por sí mismas. Era músico, y un gran músico incomprendido, compositor y director de orquesta: había compuesto una ópera lírica, *La reina de Navarra*, que había sido alabada por Toscanini; pero el manuscrito yacía inédito en un arcón, porque sus enemigos habían examinado tanto sus papeles, con tan execrable paciencia, que por fin habían descubierto que cuatro fragmentos consecutivos de la partitura eran idénticos a otros de Pagliacci. Su buena fe era obvia, evidente, pero con estas cosas la ley no juega. Tres fragmentos sí, cuatro no. Cuatro fragmentos son un plagio. El señor Unverdorben era demasiado señor para ensuciarse las manos con abogados y querellas: había dicho virilmente adiós al arte, y había rehecho su vida como cocinero de a bordo en los transatlánticos.

Había viajado mucho, y había visto cosas que nadie ha visto. Sobre todo, había visto plantas y animales extraordinarios, y muchos secretos de la naturaleza. Había visto los cocodrilos del Ganges, que tienen un solo hueso rígido que les llega de la punta de la nariz a la cola, son ferocísimos y corren como el viento; pero, precisamente por esta estructura suya tan singular, no pueden desplazarse más que hacia adelante o hacia atrás, como un tren por la vía, por lo que basta con ponerse de costado, por poco fuera que sea de la línea recta que los prolonga, para estar seguro. Había visto los chacales del Nilo, que beben a la vez que corren para no ser mordidos por los peces: por la noche los ojos les brillan como linternas, y cantan con roncas voces humanas. También había visto los cabezudos de Malasia, que parecen nuestras coles, pero mucho más gordos: y basta con tocarles las hojas con un dedo, que ya nunca puede despegarse de ellas, para que la mano y luego el brazo y luego toda la persona del incauto sean atraídos, lenta pero irresistiblemente, al corazón monstruoso y pegajoso de la planta carnívora, y digeridos poco a poco. El único remedio, que casi nadie conoce, es el fuego, pero hay que actuar rápidamente: la llamita de una cerilla es suficiente si se pone debajo de la hoja que ha agarrado la presa, y la planta pierde su vigor. De este modo, gracias a su rapidez y a sus conocimientos de historia

natural, el señor Unverdorben había salvado de una muerte segura al capitán de su barco. Hay también unas sierpecillas negras que viven escondidas en las pálidas arenas de Australia, y que se lanzan contra el hombre desde lejos, por el aire, como balas: una picadura suya es suficiente para hacer caer a un toro patas arriba. Pero en la naturaleza cada cosa tiene su correspondiente, no hay daño que no tenga remedio, cada veneno tiene su antídoto: basta con conocerlo. La picadura de estos reptiles se cura rápidamente si se trata con saliva humana; pero no de la persona agredida. Por eso por aquellas tierras nadie viaja solo.

En las larguísimas tardes polacas, el aire del dormitorio, pesado de tabaco y de olores humanos, se saturaba de sueños insensatos. Éste es el fruto más inmediato del exilio, del extrañamiento: el predominio de lo irreal sobre lo real. Todos soñaban sueños pasados y futuros, de esclavitud y de redención, de paraísos inverosímiles, de enemigos igualmente míticos e inverosímiles: enemigos cósmicos, perversos y sutiles que todo lo penetran como el aire. Todos, a excepción tal vez, de Cravero, y con toda seguridad de D'Agata.

D'Agata no tenía tiempo de soñar, porque estaba obsesionado por el terror a las chinches. Estas incómodas compañeras no gustaban a nadie, como es natural, pero todos habíamos acabado por acostumbrarnos a ellas. No eran pocas ni escasas sino un ejército compacto, que con la llegada de la primavera había invadido todas nuestras yacijas: estaban anidadas durante el día en las hendiduras de las paredes y de las literas de madera, y partían en correrías apenas cesaba el tumulto del día. A cederles una pequeña porción de nuestra sangre nos habríamos resignado de buena gana: era menos fácil acostumbrarse a sentirlas corriéndonos furtivamente por la cara y por el cuerpo, bajo la ropa. Podían dormir tranquilos sólo quienes tenían la suerte de tener un sueño pesado, y conseguían caer en la inconsciencia antes de que ellas se despertasen.

D'Agata, que era un diminuto, sobrio, reservado y limpísimo albañil siciliano, había decidido dormir de día y pasaba las noches en cuclillas sobre su cama, mirando por todas partes con los ojos dilatados por el horror, la vela y la atención espasmódica. En la mano tenía, bien asido, un aparato rudimentario que se había hecho con un bastoncillo y un trozo de tela metálica y la pared, a su lado, estaba cubierta por una sucia constelación de manchas sanguinolentas.

Al principio, estas costumbres suyas fueron ridiculizadas: ¿por ventura tenía la piel más fina que nosotros? Pero luego la compasión había prevalecido, mezclada con cierta envidia; porque, de todos nosotros, D'Agata era el único que tenía un enemigo concreto, presente, tangible, susceptible de ser combatido, golpeado, aplastado contra la pared.

Hacia el sur

Había estado andando durante horas en el maravilloso aire matutino, aspirándolo profundamente, como una medicina, hasta el fondo de mis débiles pulmones. No me sentía muy firme sobre las piernas, pero sentía una necesidad imperiosa de volver a tomar posesión de mi cuerpo, de restablecer el contacto, roto desde hacía ya casi dos años, con los árboles y con la hierba, con la tierra pesada y oscura en la que se sentían temblar las semillas, con el océano de aire que conducía el polen de los abetos, oleada tras oleada, desde los Cárpatos hasta los negros caminos de la ciudad minera.

Estaba haciendo lo mismo desde hacía una semana, explorando los alrededores de Katowice. Me corría por las venas la dulce debilidad de la convalecencia. También me corría por las venas, en aquellos días, la fuerte dosis de insulina que me había sido recetada, encontrada, comprada e inyectada por los cuidados concordes de Leonardo y de Gottlieb. Mientras andaba, la insulina cumplía en silencio su oficio prodigioso: daba vueltas con la sangre en busca de azúcares, y procuraba su diligente combustión y conversión en energía apartándolos de otros destinos menos apropiados. Pero el azúcar que encontraba no era mucho: de repente, aproximadamente a la misma hora, las reservas se agotaban. Entonces se me doblaban las piernas, lo veía todo negro, y tenía necesidad de sentarme en el suelo, donde me sentía helado y atacado por un hambre furiosa. Aquí me ayudaban las obras y los dones de mi tercera protectora, Marja Fjodorovna Prima: sacaba del bolsillo un paquetito de glucosa y me lo tragaba con gula. Después de unos pocos minutos, la luz retornaba, el sol volvía a calentar, y podía ponerme de nuevo en camino.

Al volver aquella mañana al campo me encontré allí con una escena desacostumbrada. En mitad de la plazoleta estaba el capitán Egorov, rodeado por una apretada multitud de italianos. Tenía en la mano una gran pistola de tambor, que no le servía sino para subrayar con amplios gestos los pasajes más sobresalientes del discurso que estaba pronunciando. De su discurso se entendía muy poco. Esencialmente dos palabras porque las repetía con frecuencia, pero estas dos palabras contenían un mensaje celestial: «ripatriatsija» y «Odjessa».

La repatriación por Odesa, por consiguiente; el retorno. El campo entero perdió la cabeza en un momento. El capitán Egorov fue levantado en hombros, con pistola y todo, y llevado precariamente en triunfo. La gente rugía: «¡A casa! ¡A casa!» por los pasillos, otros bajaban sus bagajes haciendo el mayor ruido posible y tirando por las

ventanas harapos, papelotes, zapatos rotos y toda clase de desechos. En pocas horas se vació el campo, bajo la olímpica indiferencia de los rusos: unos se iban a la ciudad a despedirse de la novia, otros a correrse una juerga pura y simple, otros a gastarse los últimos zloty en provisiones para el viaje o en otras cosas más fútiles.

Con esta última intención bajamos a Katowice también Cesare y yo, llevando en los bolsillos nuestros ahorros y los de cinco o seis de nuestros compañeros. Porque ¿qué es lo que nos íbamos a encontrar en la frontera? No se sabía, pero de lo que hasta entonces habíamos visto de los rusos y de sus maneras de proceder no nos parecía probable que en la frontera fuésemos a encontrar cambistas. Por lo cual el buen sentido, y junto con él nuestro estado de ánimo feliz, nos aconsejaban gastarnos hasta el último zloty de la no muy elevada suma de que disponíamos: deshacernos de ella, por ejemplo, organizando una gran comida a la italiana, a base de espaguetis con mantequilla, que no habíamos probado desde tiempo inmemorial.

Entramos en una tienda de ultramarinos, pusimos sobre el mostrador todos nuestros haberes y le explicamos lo mejor que pudimos a la dueña de la tienda nuestras intenciones. Yo le dije, como de costumbre, que hablaba alemán pero que no era alemán, que éramos italianos que nos marchábamos y que queríamos comprar espaguetis, mantequilla, sal, huevos, fresas y azúcar en las cantidades oportunas por la suma de sesenta y tres zloty, ni uno más ni uno menos.

La tendera era una viejecilla arrugada, de aire desconfiado y algo chiflado. Nos miró fijamente detrás de unas gafas de concha, después nos dijo sin rodeos, en perfecto alemán, que no creía que tuviésemos nada de italianos. En primer lugar, hablábamos alemán, aunque bastante mal; y luego, sobre todo, los italianos tienen el pelo negro y los ojos ardientes, y nosotros ni una cosa ni otra. Todo lo más, podía conceder que fuésemos croatas; y ahora que lo pensaba había conocido a croatas que se parecían a nosotros. Éramos croatas, la cosa estaba clara.

Me fastidió bastante y le contesté con brusquedad que, lo quisiese ella o no, éramos italianos: judíos italianos, uno de Roma y otro de Turín, que habíamos estado en Auschwitz y nos volvíamos a nuestra patria, y lo que queríamos era comprar y pagar por ello, y no perder el tiempo en fanfarronadas. ¿Judíos de Auschwitz? La mirada de la vieja se dulcificó, hasta sus arrugas parecieron suavizarse. Entonces era otra cosa. Nos mandó pasar a la trastienda, nos pidió que nos sentásemos, nos ofreció dos vasos de cerveza auténtica y, sin ninguna pausa, nos contó con orgullo su fabulosa historia: su epopeya, próxima en el tiempo pero ya ampliamente transfigurada en canción de gesta, afinada y adornada por innumerables repeticiones.

Sabía lo que era Auschwitz y todo lo que se refería a Auschwitz le interesaba porque había estado a punto de ser mandada allí. No era polaca, era alemana: en otro tiempo había tenido una tienda en Berlín, con su marido. A ellos nunca les había gustado Hitler y probablemente habían sido demasiado imprudentes al dejar que se propagasen por la vecindad estas opiniones suyas tan singulares: en 1935 a su marido se lo había llevado la Gestapo y nunca más se había sabido de él. Había sido un gran dolor, pero hay que vivir, y ella había seguido con su comercio hasta el 38, cuando Hitler, «der Lump», había difundido por la radio el famoso discurso en que anunciaba que quería declarar la guerra.

Entonces, se había sentido indignada y le había escrito. Le había escrito personalmente, «Al señor Adolf Hitler, Canciller del Reich, Berlín», mandándole una larga carta en donde le aconsejaba firmemente que no declarase la guerra porque iba a morir demasiada gente, y además le demostraba que si la declaraba la perdería porque Alemania sola no podía vencer a todo el mundo y hasta un niño lo hubiera entendido. Había firmado con su nombre, apellido y dirección y se había quedado a la espera.

Cinco días después llegaron los camisas pardas y, con el pretexto de hacer un registro le habían saqueado y destrozado la casa y la tienda. ¿Qué podían encontrar? Nada, ella no se metía en política: lo único, la carta. Dos semanas después: la había llamado la Gestapo. Pensaba que iban a darle una paliza y a mandarla al Lager: pero la habían tratado con un desprecio falto de educación, le habían dicho que se merecía la horca, pero que se habían convencido de que no era más que «eine alte blöde Ziege», una cabra vieja y estúpida, y que hubiese sido desperdiciar la cuerda. Le habían quitado la licencia de comercio y la habían expulsado de Berlín.

Había ido viviendo en Silesia del estraperlo y a salto de! mata hasta que, según sus previsiones, los alemanes habían, perdido la guerra. Entonces, como toda la vecindad sabía lo que ella había hecho, las autoridades polacas no habían tardado en concederle la licencia para abrir una tienda de comestibles. Y ahora vivía tranquilamente, confortada con el pensamiento de cuánto mejor le habría ido al mundo si los grandes de la tierra hubiesen seguido sus consejos.

La víspera de la partida, Leonardo y yo entregamos la llave del ambulatorio y nos despedimos de Marja Fjodorovna y del doctor Dancenko. Marja estaba silenciosa y triste; le pregunté que por qué no se venía a Italia con nosotros y se sonrojó como si le hubiese hecho una proposición deshonesta. Intervino Dancenko: llevaba una botella de alcohol y dos hojas de papel. Primero pensamos que el alcohol era

su contribución personal al acopio de medicinas para el viaje; pero no, era para los brindis de despedida, que fueron debidamente intercambiados.

¿Y los folios? Nos enteramos, estupefactos, que el mando esperaba de nosotros sendas declaraciones de agradecimiento por la humanidad y la corrección con que habíamos sido tratados en Katowice; Dancenko nos pidió, además, que mencionásemos específicamente su persona y su comportamiento, y que firmásemos añadiendo a nuestros nombres la cualificación de «Doctor en medicina». Esto, Leonardo podía hacerlo y lo hizo; pero en mi caso se trataba de una falsificación. Estaba perplejo e intenté que Dancenko lo entendiese; pero él se quedó pasmado de mi meticulosidad y, dando golpecitos con el dedo sobre el papel, me dijo con impaciencia que no le viniese con escrúpulos. Firmé tal como quería: ¿para qué iba a privarlo de una pequeña ayuda en su carrera?

Pero la ceremonia no había terminado. Dancenko, a su vez, nos trajo dos certificados, escritos a mano, en una caligrafía muy cuidada, sobre dos trozos de papel rayado, evidentemente arrancados de un cuaderno escolar. En el que se refería a mí, se declara, con desenvuelta generosidad, que «el doctor Primo Levi, de Turín, ha prestado durante cuatro meses sus servicios hábiles y diligentes en la Enfermería de esta jefatura, y por ello ha merecido la gratitud de todos los trabajadores del mundo».

Al día siguiente, nuestro eterno sueño se había hecho realidad. En la estación de Katowice nos esperaba el tren: un largo tren de vagones de mercancías de los cuales los italianos tomamos posesión (éramos unos ochocientos) con estruendosa alegría. Odesa; y luego un fantástico viaje por mar atravesando las puertas de Oriente; y luego Italia.

La perspectiva de recorrer muchos centenares de kilómetros en aquellos vagones desvencijados, durmiendo sobre el desnudo suelo, no nos preocupaba y ni siquiera nos preocupaban las ridículas provisiones alimenticias que los rusos nos habían asignado: un poco de pan, y una lata de margarina de soja por vagón. Era una margarina de origen americano, muy salada, y dura como el queso parmesano: claramente destinada a climas tropicales y caída en nuestras manos a través de desviaciones inimaginables. Lo demás, nos aseguraron los rusos con su habitual despreocupación, nos lo distribuirían durante el viaje.

Se puso en marcha a mediados de junio de 1945 aquel tren cargado de esperanza. No llevaba ninguna escolta, ningún ruso a bordo: el responsable del convoy era el doctor Gottlieb, que se nos había sumado espontáneamente y reunía en su persona las funciones

de intérprete, de médico y de cónsul de la comunidad itinerante. Nos sentíamos en buenas manos y lejos de toda duda o incertidumbre: en Odesa nos esperaba el barco.

El viaje duró seis días, y si en su transcurso no fuimos empujados por el hambre a la mendicidad o al bandidaje, e incluso llegamos al final en buenas condiciones de nutrición, el mérito le corresponde exclusivamente al doctor Gottlieb. Inmediatamente después de la salida se había hecho evidente que los rusos de Katowice nos habían mandado de viaje a la buena de Dios, sin tomar ninguna medida ni ningún acuerdo con sus colegas de Odesa ni de las etapas intermedias. Cuando nuestro convoy se paraba en una estación (y se detenía con frecuencia, en largas paradas, porque el tráfico regular y los transportes militares tenían la preferencia), nadie sabía qué hacer con nosotros. Los jefes de estación y los encargados de dar la orden de salida nos veían llegar con mirada atónita y desolada, ansiosos ellos también de liberarse de nuestra incómoda presencia.

Pero Gottlieb estaba allí, agudo como una espada; no había traba burocrática, barrera de negligencia ni obstinación de funcionario que él no consiguiese allanar en pocos minutos, cada vez de un modo distinto. Toda dificultad se deshacía como una niebla ante su osadía, ante su imaginación sublime, ante su rapidez de espadachín. De cada uno de sus encuentros con el monstruo de mil cabezas que se oculta en cualquier lugar donde se acumulen impresos y circulares, regresaba junto a nosotros radiante de victoria como un San Jorge después del duelo con el dragón, y nos contaba sus rápidas aventuras demasiado consciente de su superioridad para vanagloriarse de ella.

El jefe de estación, por ejemplo, había pedido nuestro permiso de viaje que, evidentemente, no existía; y él le había dicho que iba a buscarlo, y había entrado en la caseta de telégrafos allí al lado y había fabricado uno en pocos instantes, compuesto en la más verosímil de las jergas del oficio, en una hoja de papel cualquiera que había llenado de timbres, sellos y firmas ilegibles hasta el punto de hacerlo santo y venerable como una emanación del mismísimo Poder. Otra vez se había presentado en la oficina de una Kommandantur y había comunicado respetuosamente que en la estación había ochocientos italianos que no tenían qué comer. El oficinista había contestado «nicevó», que el almacén estaba vacío, que necesitaba una autorización, que lo resolvería para el día siguiente, y había tratado torpemente de ponerlo en la puerta como a un postulante molesto cualquiera; pero él había sonreído, y le había dicho: «Camarada, no me has entendido bien. A estos italianos *hay* que darles de comer, y hoy mismo: porque es Stalin quien lo manda»; y los víveres habían llegado en un abrir y cerrar de ojos.

Pero para mí aquel viaje fue de un tormento sin límites. De la

pleuritis debía de estar curado, pero tenía el cuerpo en rebelión continua, parecía dispuesto a reírse de los médicos y las medicinas. Todas las noches, mientras dormía, me invadía furtivamente la fiebre: una fiebre intensa, de naturaleza desconocida, que llegaba al máximo al amanecer. Me despertaba postrado, medio inconsciente, y con una muñeca, un codo o una rodilla, traspasados por dolores agudísimos. Me quedaba echado, en el suelo del vagón o en el cemento de los andenes, presa del delirio y el dolor, hasta mediodía: luego, en pocas horas, todo se arreglaba y ya cerca de la noche me sentía en condiciones casi normales. Leonardo y Gottlieb me miraban perplejos e impotentes.

El tren recorría llanuras cultivadas, ciudades y pueblos oscuros, unos bosques espesos y salvajes que creía desaparecidos del corazón de Europa hacía miles de años; coníferas y abedules tan cerca unos de otros que para alcanzar la luz del sol estaban obligados, por la mutua concurrencia, a crecer desesperadamente, en una verticalidad oprimente. El tren se abría camino entre ellos como por una galería, en una penumbra verde y negra, por en medio de los troncos desnudos y lisos, bajo la bóveda altísima y continua de las ramas estrechamente entrelazadas. Rzeszów, Przemyl con sus fortificaciones torvas, Leopoli.

En Leopoli, ciudad esqueleto, destruida por los bombardeos y por la guerra, el tren se detuvo durante toda una noche de diluvio. El techo de nuestro vagón no era impermeable: tuvimos que bajar y buscar un refugio. Con otros pocos no encontramos nada mejor que el paso subterráneo: oscuro, con dos dedos de barro y feroces corrientes de aire. Pero a media noche la fiebre llegó puntualmente, como un golpe piadoso en la cabeza, a concederme el beneficio ambiguo de la inconsciencia.

Ternopol, Proskurov. A Proskurov el tren llegó al atardecer, desengancharon la locomotora, y Gottlieb nos aseguró que hasta la mañana siguiente no volveríamos a ponernos en camino. Por consiguiente, nos dispusimos a pernoctar en la estación. La sala de espera era muy grande: Cesare, Leonardo, Daniele y yo ocupamos una esquina, Cesare se fue al pueblo en calidad de provisor de víveres, y volvió poco después con huevos, lechuga y un paquete de té.

Hicimos fuego en el suelo (no éramos los únicos, ni los primeros: la sala estaba sembrada de restos de las incontables acampadas de las gentes que nos habían precedido, y el techo y las paredes estaban ahumados como los de una cocina vieja). Cesare coció los huevos, y preparó un té abundante y muy azucarado.

Ahora bien, o aquel té era mucho más fuerte que el nuestro o Cesare debió de equivocarse en la cantidad, porque en poco tiempo toda huella de sueño y de cansancio desapareció de nosotros y nos sentimos revivificados por un estado de ánimo desacostumbrado,

despierto, propenso a la hilaridad, tenso, lúcido, sensible. Por eso, todo lo que hicimos y hablamos aquella noche se me ha quedado grabado en la memoria y puedo contarlo como si hubiese sucedido ayer.

La luz del día se desvanecía con una lentitud extrema, primero rosada, luego violácea, luego gris; le siguió el esplendor argentado de un cálido plenilunio. Junto a nosotros, que fumábamos y hablábamos con vivacidad, estaban sentadas en un banco de madera dos muchachas vestidas de negro, muy jóvenes. Hablaban entre sí: no en ruso sino en yiddish.

—¿Entiendes lo que dicen? —me preguntó Cesare.

—Algunas palabras.

—Venga, entonces, ataca. Mira a ver si ligas.

Aquella noche todo me parecía fácil, hasta entender el yiddish. Con una audacia desacostumbrada me dirigí a las chicas, las saludé y, esforzándome por imitar su pronunciación, les pregunté en alemán si eran judías, y les declaré que nosotros cuatro lo éramos también. Las chicas (tendrían dieciséis o dieciocho años) se echaron a reír. *«Ihr sprecht keyn Jiddisch: ihr seyd ja keyne Jiden!»* (¡No habláis yiddish: luego no sois judíos!). En su boca, la frase equivalía a un riguroso razonamiento.

Y, sin embargo, éramos judíos, les expliqué. Judíos italianos: los judíos, en Italia y en Europa occidental no hablan yiddish.

Ésta era para ellas una gran novedad, una curiosidad cómica, como si les hubiese dicho que había franceses que no hablan francés. Intenté recitarles el comienzo del *Shemá,* la plegaria fundamental israelita: su incredulidad se atenuó, pero creció su regocijo. ¿Cómo se podía pronunciar el hebreo de una manera tan ridícula?

La mayor se llamaba Sore: tenía una cara pequeña, astuta y maliciosa, llena de redondeces y de hoyuelos asimétricos; parecía que aquel diálogo titubeante y fatigosísimo le procuraba una diversión enorme y la excitaba como si le hiciesen cosquillas.

Pues entonces, si éramos judíos, también lo eran todos aquellos otros, me dijo, señalando con un gesto circular a los ochocientos italianos que llenaban la sala. ¿Qué diferencia había entre ellos y nosotros? La misma lengua, las mismas caras, las mismas ropas. No, le expliqué: aquéllos eran cristianos, eran de Génova, de Nápoles, de Sicilia: seguramente algunos tenían sangre árabe en las venas. Sore miraba perpleja a su alrededor: todo esto era una gran confusión. En su tierra las cosas estaban mucho más claras: un judío es un judío, y un, ruso un ruso, no hay dudas ni ambigüedades.

Ellas eran refugiadas, me contó. Eran de Minsk, en la Rusia Blanca; cuando estaban llegando los alemanes su familia había pedido ser transferida al interior de la Unión Soviética, para huir a la

persecución de los Einsatzkommandos de Eichman. La petición había sido tomada al pie de la letra: todos habían sido expedidos a cuatro mil kilómetros de su país, a Samarcanda en el Uzbekistán, a las puertas del Techo del Mundo, junto a montañas de siete mil metros de altitud. Su hermana y ella eran todavía unas niñas: luego su madre había muerto, y el padre había sido movilizado para no sé qué servicio de frontera. Ellas dos habían aprendido el uzbeco, y otras muchas cosas necesarias: a vivir la vida un día tras el otro, a viajar por los continentes con un maletín para las dos, a vivir, en resumen, como las aves del cielo, que no hilan y no tejen y no se preocupan del día de mañana.

Así eran Sore y su silenciosa hermana. Estaban, como nosotros, en el camino del retorno. Habían salido de Samarcanda en marzo, y se habían puesto en camino como una pluma se abandona al viento. Habían recorrido, en autobús o a pie, el Kara-kum, el desierto de las Arenas Rojas: habían llegado en tren a Krasnovodsk en el Caspio, y allí habían esperado hasta que un pesquero las había pasado a Bakú. Desde Bakú habían proseguido, siempre por medios imprevistos porque dinero no tenían; pero en cambio tenían una ilimitada fe en el porvenir y en el prójimo, y un innato e intacto amor a la vida.

Todos alrededor dormían: Cesare asistía impaciente a la conversación, preguntándome de vez en cuando si los preliminares habían terminado y se podía ir al grano; luego, decepcionado, se fue al aire libre en busca de aventuras más concretas.

La paz de la sala de espera y la narración de las dos hermanas se interrumpieron bruscamente hacia medianoche. Como empujada por un fuerte viento se abrió de repente una puerta que, a través de un corto pasillo, comunicaba la sala grande con otra más pequeña reservada a los militares de paso. En el umbral apareció un soldado ruso, jovencísimo y borracho: miró alrededor con ojos ausentes, luego echó a andar con la cabeza baja, dando traspiés pavorosos, como si de pronto el suelo se hubiese inclinado delante de él. En el pasillo estaban en pie tres oficiales soviéticos, embebidos en su conversación. El soldadito, al llegar a su altura, frenó, se puso firme, hizo el saludo militar y los tres le contestaron dignamente. Luego, siguió, en semicírculos como un patinador, enfiló con precisión la puerta que daba al exterior y se lo oyó vomitar e hipar ruidosamente en el andén. Volvió a entrar con paso algo menos inseguro, saludó de nuevo a los tres oficiales impasibles, y desapareció. Un cuarto de hora más tarde la escena se repitió idéntica, como una pesadilla: entrada teatral, pausa, saludo, apresurado recorrido oblicuo por entre las piernas de los durmientes hacia el aire libre, descarga, regreso, saludo; y así sucesivamente infinitas veces, a intervalos regulares, sin que nunca los tres le dedicasen más que una ojeada distraída y un correcto saludo

llevándose la mano a la visera.

Así transcurrió aquella noche memorable, hasta que me venció la fiebre: entonces me eché en tierra, sacudido por los escalofríos. Llegó Gottlieb, que me traía una medicina desacostumbrada: medio litro de un vodka salvaje, de destilación clandestina que había comprado a los campesinos de los alrededores: sabía a moho, a vinagre y a fuego. «Bebe —me dijo—, bébetelo todo. Te sentará bien, y por otra parte no tenemos otra cosa aquí para tu enfermedad».

Bebí, no sin trabajo, aquel filtro infernal que me quemó la boca y la garganta, y en breve me hundí en la nada. Cuando me desperté, a la mañana siguiente, me sentía oprimido por un gran peso: pero no era la fiebre, ni un mal sueño. Yacía sepultado por un montón de otros durmientes, en una especie, de incubadora humana: gentes llegadas durante la noche que no habían encontrado sitio más que encima de los que estaban ya echados en el suelo.

Tenía sed: gracias a la acción combinada del vodka y el calor animal debía de haber perdido muchos litros de sudor. La cura singular había tenido un éxito completo: la fiebre y los dolores desaparecieron definitivamente, y no volvieron a reaparecer nunca más.

El tren volvió a ponerse en marcha, y en pocas horas llegamos a merinka, nudo ferroviario a 350 kilómetros de Odesa. Aquí nos esperaba una gran sorpresa y una feroz desilusión. Gottlieb, que había estado parlamentando con las autoridades militares del lugar, fue por todo el convoy, un vagón tras de otro, para comunicarnos que todos teníamos que bajarnos: el tren no continuaba.

¿No continuaba por qué? ¿Y cómo y cuándo íbamos a llegar a Odesa? «No sé —contestó Gottlieb embarazado—: no lo sabe nadie. Lo único que sé es que tenemos que bajarnos, organizarnos de algún modo en los andenes, y esperar órdenes». Estaba palidísimo y visiblemente preocupado.

Nos bajamos y pernoctamos en la estación: la derrota de Gottlieb, la primera que sufría, nos parecía de pésimo augurio. A la mañana siguiente, nuestro guía, junto con sus inseparables hermano y cuñado, había desaparecido. Habían desaparecido como por ensalmo, con todo su abundante equipaje: alguien dijo que los habían visto confabulando con los ferroviarios rusos y subir por la noche a un tren militar que regresaba hacia la frontera polaca.

Nos quedamos tres días en merinka, angustiados por la inquietud, la frustración y el terror, de acuerdo con los temperamentos y las piezas de información que conseguíamos extraer de los rusos del lugar, los cuales no mostraban ningún asombro por nuestro destino ni por nuestra parada forzosa, y contestaban a nuestras preguntas de las maneras más desconcertantes. Un ruso nos dijo que efectivamente de

Odesa habían salido diversos barcos con militares ingleses y americanos que eran repatriados, y que nosotros también, antes o después, seríamos embarcados: comida teníamos, Hitler no existía ya, ¿por qué nos quejábamos? Otro nos dijo que la semana anterior un convoy francés en viaje hacia Odesa había sido detenido en merinka y desviado hacia el norte «porque las vías estaban interrumpidas». Un tercero nos informó que con sus propios ojos había visto transportar a los prisioneros alemanes en un viaje hacia el Extremo Oriente: según él, el asunto estaba claro: ¿es que no éramos aliados de los alemanes? Pues bien, también a nosotros nos mandaban a cavar trincheras en el frente japonés.

Para complicar las cosas, al tercer día llegó a merinka, proveniente de Rumania, otro convoy de italianos. Tenían un aspecto muy diferente del nuestro: eran unos seiscientos, hombres y mujeres, bien vestidos, con maletas y baúles, algunos con la cámara fotográfica en bandolera: como turistas. Nos miraban de arriba abajo, como a parientes pobres: ellos habían llegado hasta allí en un tren normal de coches de viajeros, pagándose su billete, y tenían en orden los pasaportes, el dinero, los documentos de viaje, los horarios de salida, y un salvoconducto colectivo para Italia vía Odesa. Si pudiésemos obtener de los rusos que nos dejasen unirnos a ellos, también nosotros llegaríamos a Odesa.

Muy dignamente nos hicieron comprender que ellos eran gente respetable: funcionarios civiles y militares de la Legación Italiana de Bucarest, y otras gentes diversas que después de la disolución del ARMIR se habían quedado en Rumania por diferentes razones, o a pescar en río revuelto. Entre ellos había familias enteras, maridos con mujeres rumanas auténticas, y numerosos niños.

Pero los rusos, a diferencia de los alemanes, no poseen más que en una pequeñísima medida el talento de las distinciones y las clasificaciones. Pocos días más tarde íbamos todos de viaje hacia el norte, hacia un destino impreciso, pero, en cualquier caso, hacia un nuevo exilio. Los italianos-rumanos y los italianos-italianos, todos en los mismos vagones de mercancías, todos con el corazón apretado, todos presa de la, indescifrable burocracia soviética, oscura y gigantesca potencia que no tenía mala voluntad hacia nosotros pero que era suspicaz, negligente, ignorante, contradictoria y, por sus efectos, ciega como una fuerza de la naturaleza.

Hacia el norte

En los pocos días que tuvimos que estar en merinka nos vimos reducidos a la mendicidad; en aquellas condiciones no tenía en sí misma nada de especialmente trágico si lo comparábamos con la perspectiva, mucho más grave, de la inminente partida hacia un destino desconocido. Privados como nos veíamos del talento improvisador de Gottlieb nos había afectado de lleno la potencia económica superior de los «rumanos», los cuales podían comprar cualquier mercancía cinco veces, diez veces más cara que nosotros, y lo hacían, porque también ellos habían agotado sus reservas alimenticias, y también ellos intuían que íbamos a partir hacia un lugar donde el dinero iba a contar muy poco y donde iba a ser difícil conservarlo.

Estábamos acampados en la estación y nos adentrábamos con frecuencia en terreno habitado. Casas bajas, desiguales, construidas con un curioso y evidente desprecio de la geometría y de la norma: fachadas que estaban casi alineadas, paredes que eran casi verticales, ángulos que eran casi rectos; pero aquí y allí alguna pilastra que imitaba una columna, con pretencioso capitel de volutas. Frecuentes tejados de paja, interiores oscuros y manchados de humo en los que se entreveía una enorme estufa central con los jergones de paja para dormir encima, y los iconos negros en un rincón. En una encrucijada cantaba un cantor callejero, gigantesco y canoso, descalzo: miraba al cielo fijamente con ojos apagados, y de vez en cuando inclinaba la cabeza y se persignaba con el pulgar. En la calle mayor, clavado a dos listones hundidos en el suelo fangoso, había un tablero de madera en el que estaba pintada Europa, ya desvaída por los soles y las lluvias de muchos veranos. Debía de haber servido para seguir los partes de guerra, pero había sido pintada de memoria, como vista desde muy lejos: Francia era claramente una cafetera; la península Ibérica una cabeza de perfil, con la nariz que sobresalía de Portugal; e Italia una verdadera bota, una pizca oblicua, con la suela y el tacón rectos y lisos. En Italia estaban señaladas sólo cuatro ciudades: Roma, Venecia, Nápoles y Dronero.

merinka era un gran pueblo agrícola, lugar de mercado en otros tiempos como podía deducirse de la vasta plaza central, de tierra apisonada, con numerosas hileras paralelas de barras de hierro apropiadas para atar a ellas los animales por el cabezal. Ahora estaba totalmente vacía: sólo en una esquina, a la sombra de una encina, había acampada una tribu de nómadas, visión conservada de milenios lejanos.

Hombres y mujeres estaban cubiertos por pieles de cabra, atados al cuerpo por correas de cuero: llevaban en los pies calzado de corteza de abedul. Eran varias familias, una veintena de personas, y su casa era un carro enorme —macizo como una máquina de guerra, hecho de vigas a duras penas rectangulares y empotradas unas en otras—, apoyado sobre poderosas ruedas de madera maciza: tenía que costarles trabajo arrastrarlo a los cuatro caballones lanudos que se veía pacer un poco más allá. ¿Quiénes eran, de dónde venían, adónde iban? No lo sabíamos: pero en aquellos días los sentíamos especialmente cercanos a nosotros, como nosotros arrastrados por el viento, como nosotros dependientes de la mutabilidad de una voluntad lejana y desconocida, que tenía por símbolo las ruedas que nos transportaban, a nosotros y a ellos, en la estúpida perfección de un círculo sin principio y sin final.

No lejos de la plaza, a lo largo de la vía, nos encontramos con otra aparición llena de significado. Un depósito de troncos, pesados y ásperos como lo es todo en aquel país, donde no existe lo sutil y lo refinado: entre los troncos, tendidos boca arriba al sol, achicharrados por el sol, había una docena de prisioneros alemanes, abandonados. Nadie los vigilaba, nadie los mandaba ni se ocupaba de ellos: según todas las apariencias se habían olvidado de ellos, los habían abandonado sencillamente a su destino.

Estaban cubiertos de harapos descoloridos en los que todavía se reconocían los orgullosos uniformes de la Wehrmacht. Tenían caras demacradas, pasmadas, salvajes: acostumbrados a vivir, a actuar, a combatir dentro de los esquemas férreos de la Autoridad —su sostén y su alimento—, al dejar de existir la autoridad misma se habían sentido impotentes, exánimes. Aquellos buenos súbditos, buenos ejecutores de todas las órdenes, buenos instrumentos del poder, no poseían por sí mismos ni una parcela de poder. Estaban vacíos e inertes, como las hojas muertas que el viento acumula en las esquinas resguardadas: no habían buscado su salvación en la huida.

Nos vieron, y algunos de ellos se movieron hacia nosotros con paso incierto de autómata. Nos pidieron pan: no en su lengua sino en ruso. Se lo rehusamos, porque nuestro pan era precioso. Pero Daniele no se lo negó: Daniele, a quien los alemanes habían matado a su robusta mujer, a su hermano, a sus padres, y a no menos de treinta parientes; Daniele, que de la razia del *ghetto* de Venecia era el único superviviente, y que desde el día de la liberación se alimentaba de su dolor, sacó un pan, se lo enseñó a aquellos gusanos y lo puso en el suelo. Y quiso que vinieran a buscarlo arrastrándose por el suelo, a cuatro patas: ellos lo hicieron dócilmente.

Que algunos grupos de ex prisioneros aliados se hubieran embarcado en Odesa unos meses antes, como algunos rusos nos

habían dicho, debía de ser verdad, porque la estación de merinka, nuestra temporal y poco íntima residencia, tenía aún señales de ello: un arco de triunfo hecho de ramas, ya secas, que sostenía el cartel de «Vivan las Naciones Unidas»; y enormes retratos horribles de Stalin, Roosevelt y Churchill, con frases alusivas a la victoria sobre el enemigo común. Pero la corta temporada de concordia entre los tres grandes aliados debía de estar tocando a su fin, pues los retratos aparecían borrados y decolorados por la intemperie y, durante nuestra estancia, fueron retirados. Llegó un pintor de brocha gorda: levantó un andamio a lo largo de la fachada de la estación e hizo desaparecer bajo una capa de cal el letrero de «¡Proletarios de todo el mundo, uníos!»; en lugar del cual, con una sutil sensación de hielo, una letra tras otra, vimos aparecer otro muy diferente: «Vperéd na Zapád» (Adelante hacia Occidente).

La repatriación de los militares aliados había terminado ya, pero otros convoyes llegaban y partían hacia el sur bajo nuestros ojos. Eran también vagones militares rusos, pero muy distintos de los vagones militares, gloriosos y domésticos, que habíamos visto pasar hacia Katowice. Eran los vagones de las mujeres ucranianas que volvían de Alemania: sólo mujeres, porque los hombres se habían hecho soldados o partisanos, o habían sido muertos por los alemanes.

Su exilio había sido distinto del nuestro y del de los prisioneros de guerra. No todas, pero en una gran mayoría, habían abandonado «voluntariamente» su país. Con una voluntad coartada, extorsionada, arrancada con las mentiras de la propaganda nazi sutil y pesada, que amenazaba y blandía la espada desde los carteles, los periódicos, la radio: pero, en cualquier caso, voluntad, aceptación. Mujeres de dieciséis a cuarenta años, centenas de millares, campesinas, estudiantes, obreras, habían abandonado los campos asolados, las escuelas cerradas, las oficinas destruidas, por el pan de los invasores. No pocas eran madres, y por el pan habían abandonado a sus hijos. En Alemania habían encontrado el pan, las alambradas, un trabajo duro, el orden alemán, la servidumbre y la vergüenza: y bajo el peso de la vergüenza se repatriaban ahora.

La Rusia vencedora no tenía indulgencia con ellas. Volvían a casa en vagones de mercancías, muchos sin techo, partidos horizontalmente por una tabla para aprovechar mejor el espacio: sesenta, ochenta mujeres por vagón. No tenían equipaje: sólo los vestidos gastados y descoloridos que llevaban puestos. Cuerpos juveniles, todavía fuertes y sanos, pero caras cerradas y amargas, ojos esquivos, con resignación y humillación turbadoras, animales; ni una voz salía de aquellas madejas de miembros que se estiraban perezosamente cuando el convoy se detenía en la estación. Nadie las esperaba, nadie parecía darse cuenta de que estaban allí. Su inercia, su

dolorida falta de pudor, su apartamiento, eran los de animales humillados y domados. Sólo nosotros asistíamos con compasión y tristeza a su paso, otro testimonio y otro aspecto de la pestilencia que había azotado a Europa.

Salimos de merinka a finales de junio, oprimidos por una pesada angustia que nacía de la desilusión y de la incertidumbre de nuestro destino, y había encontrado una oscura resonancia y confirmación en las escenas que habíamos presenciado en merinka.

Incluidos los «rumanos» éramos mil cuatrocientos italianos. Nos cargaron en treinta vagones de mercancías, que engancharon a un convoy que se dirigía al norte. Nadie en merinka sabía o quería aclararnos cuál era nuestro destino: pero nos íbamos en dirección norte, lejos del mar, lejos de Italia, hacia la prisión, la soledad, la oscuridad, el invierno. Y a pesar de todo ello nos parecía una buena señal que no nos hubiesen distribuido provisiones para el viaje: parecía que no iba a ser largo.

Efectivamente, estuvimos viajando sólo dos días y una noche, parándonos poquísimas veces, a través de un escenario majestuoso y monótono de estepas desiertas, bosques, aldeas perdidas, lentos y anchos ríos. Apretados en los vagones de mercancías, estábamos incómodos: al comenzar la tarde, aprovechando una parada, Cesare y yo nos bajamos a estirar las piernas y en busca de un sitio mejor. Vimos que en cabeza había varios coches de pasajeros y un vagón-enfermería: parecía vacío. «¿Por qué no subimos?», propuso Cesare. «Está prohibido», le contesté yo tontamente. ¿Por qué iba a estar prohibido y por quién? Por otra parte, ya habíamos podido constatar en varias ocasiones que la religión occidental (y especialmente alemana) de lo prohibido no tiene profundas raíces en Rusia.

El vagón-enfermería no sólo iba vacío sino que ofrecía refinamientos de sibarita. Lavabos que funcionaban, con agua y con jabón; una suspensión blandísima que amortiguaba las sacudidas de las ruedas; camas maravillosas, suspendidas de muelles regulables, completamente hechas, con sábanas blanquísimas y mantas calientes. A la cabecera de la cama que habíamos elegido, como un don suplementario del destino, hasta encontré un libro italiano: *I ragazzi della via Paal*, que de niño nunca había leído. Mientras nuestros amigos ya creían que nos habíamos perdido, pasamos una noche de sueño.

El tren atravesó la Beresina al final del segundo día de viaje, mientras el sol, rojo como una granada, traspasando oblicuamente los troncos de los árboles con una lentitud encanta da, vestía con luz sanguinolenta las aguas, los bosques y la llanura épica, por la que todavía se veían esparcidos amasijos de armas y de carruajes. El viaje se terminó, pocas horas más tarde en plena noche, en lo más recio de

una violenta tempestad. Nos hicieron bajar bajo la lluvia, en medio de la oscuridad más absoluta, rota de vez en cuando por los relámpagos. Estuvimos andando durante una hora, en fila india, por la hierba y por el fango, cada uno agarrado como un ciego al hombre que iba delante, y no sé quién conducía a toda la fila; llegamos por fin, empapados hasta los huesos, a un enorme edificio oscuro, semidestruido por los bombardeos. Seguía lloviendo, el pavimento estaba enlodado y húmedo, y caía más agua de los charcos del tejado: esperamos el día en una duermevela fatigosa y pasiva.

Amaneció un día espléndido. Salimos al aire libre, y sólo entonces nos dimos cuenta de que habíamos pernoctado en el patio de un teatro, y de que nos encontrábamos en un extenso complejo de cuarteles soviéticos derruidos y abandonados. Todos los edificios habían sido además sometidos a una devastación y expoliación germánicamente meticulosa: los ejércitos alemanes en retirada se habían llevado todo lo que era posible llevarse: las cerraduras, las verjas, las balaustradas, todo el sistema de iluminación y de calefacción, las tuberías, y hasta los postes de la cerca. Habían sacado hasta el último clavo de las paredes. De un empalme ferroviario que había al lado habían arrancado las vías y los travesaños: con una máquina adecuada, nos dijeron los rusos.

En resumen, más que un saqueo: el genio de la destrucción, de la contracreación, aquí igual que en Auschwitz: la mística del vacío, más allá de toda exigencia de guerra o del ansia de hacerse con un botín.

Pero no habían podido llevarse los frescos inolvidables que recubrían las paredes interiores: obra de cualquier poeta-soldado anónimo, ingenuos, fuertes y rudos. Tres caballeros gigantes, armados de espadas, yelmos y mazas, firmes sobre un altozano, extendiendo sus miradas por un ilimitado horizonte de tierras vírgenes que tenían que conquistar. Stalin, Lenin, Molotov, reproducidos con un afecto reverente en la intención; con una audacia sacrílega en los hechos, y reconocibles principal y respectivamente por los grandes bigotes, la barbita y las gafas. Una araña inmunda, en el centro de una telaraña tan grande como la pared: tiene un copete negro atravesado entre los ojos, una esvástica en la grupa, y debajo estaba escrito: «Mueran los invasores hitlerianos». Un soldado soviético encadenado, alto y rubio, que levanta una mano esposada para juzgar a sus jueces: y éstos, a centenares, todos contra uno, sentados en los escaños de un tribunal-anfiteatro, son asquerosos hombres insectos, de caras amarillas y grises, retorcidos, descompuestos, macabros como calaveras, que se ocultan uno contra otro como lémures que huyen de la luz, empujados a la nada por el gesto profético del héroe prisionero.

En estos cuarteles espectrales, y en parte acampados al aire libre en los vastos patios invadidos por la hierba, estaban instalados

millares de extranjeros en tránsito como nosotros que pertenecían a todas las naciones de Europa.

El calor bienhechor del sol empezaba a penetrar la tierra húmeda, y de todo lo que había a nuestro alrededor brotaba vapor. Me alejé del teatro unos centenares de metros, y me interné en un prado espeso donde pensé que podía desnudarme y secarme al sol: y en la misma mitad del prado, como si me estuviese esperando, a quién había de encontrarme sino a él, a Mordo Nahum, mi griego, casi irreconocible por su suntuosa gordura y por una especie de uniforme soviético que llevaba puesto: y me miraba con sus ojos pálidos de búho perdidos en la cara rosada, redonda, de barba rojiza.

Me recibió con cordialidad fraternal, dejando caer en el vacío una maliciosa pregunta mía sobre las Naciones Unidas que tan mal se habían ocupado de sus griegos. Me preguntó que cómo estaba: ¿necesitaba algo?, ¿comida?, ¿ropa? Sí, no lo podía negar, necesitaba muchas cosas. «Las tendrás —me contestó misterioso y magnánimo—: yo aquí soy alguien». Hizo una breve pausa y continuó: «¿Necesitas una mujer?».

Lo miré pasmado: temía no haber oído bien. Pero el griego, con amplio gesto, recorrió con la mano tres cuartos del horizonte: y entonces me di cuenta de que entre las hierbas altas, tendidas al sol, próximas y lejanas, yacían esparcidas una veintena de abundantes muchachas somnolientas. Eran criaturas rubias y rosadas, de espaldas poderosas, esqueleto macizo y de plácida cara bovina, vestidas con varias túnicas rudimentarias e incongruentes. «Son de Besarabia —me explicó el griego—: todas dependen de mí. A los rusos les gustan así, blancas y macizas. Antes esto era un gran *pagaille*, pero desde que corre de mi cuenta todo va a pedir de boca: limpieza, surtido, discreción, y ninguna disputa por el dinero. Es un buen negocio, también, y algunas veces *moi aussi j'y prends mon plaisir».*

Me vino a la memoria, bajo una nueva luz, el episodio del huevo duro, y el desafío enojado del griego: «¡Anda, dime un artículo en el que yo no haya comerciado!». No, no necesitaba una mujer, o por lo menos de aquella manera. No separamos tras un cordial coloquio; y, desde entonces, una vez calmado el torbellino que había agitado a esta vieja Europa arrastrándola a una contradanza salvaje de separaciones y encuentros, no he vuelto a ver a mi maestro griego, ni he oído hablar más de él.

Una curizeta

El campo de refugiados donde me había encontrado con Mordo Nahum de una manera tan imprevista se llamaba Sluzk. Si alguien buscase en un buen mapa de la Unión Soviética el pueblecito de este nombre con un poco de paciencia podría ser que lo encontrase, en la Rusia Blanca, a un centenar de kilómetros al sur de Minsk. Pero lo que no existe en ningún mapa es la aldea llamada Staryje Doroghi, que era nuestro destino.

En Sluzk, en julio de 1945, había diez mil personas; digo personas porque cualquier término más restrictivo será inapropiado. Había hombres, y también bastantes mujeres y niños. Había católicos, judíos, ortodoxos y musulmanes; había blancos y amarillos y varios negros con uniforme americano; alemanes, polacos, franceses, griegos, holandeses, italianos y de otras nacionalidades; y además alemanes que pretendían ser austríacos, austríacos que declaraban ser suizos, rusos que decían ser italianos, una mujer disfrazada de hombre e, incluso, destacándose en medio de aquella muchedumbre andrajosa, un general magiar con uniforme de gala, pendenciero, policromo y estúpido como un gallo.

En Sluzk se estaba bien. Hacía calor, incluso demasiado; se dormía en el suelo pero no había que trabajar y había comida para todos. Y aún más: el servicio del comedor era maravilloso. Los rusos lo confiaban, por rotación, una semana a cada una de las principales nacionalidades representadas en el campo. Comíamos en un amplio local, luminoso y limpio; cada mesa tenía ocho cubiertos, bastaba con llegar a la hora y sentarse, sin controles, ni turnos ni colas, e inmediatamente llegaba la procesión de cocineros voluntarios, con comidas sorprendentes, pan y té. Durante nuestra breve estancia eran los húngaros quienes estaban en el poder: nos daban estofados calentísimos, y enormes raciones de espaguetis con perejil, demasiado cocidos e insensatamente azucarados. Además, fieles a sus mitos nacionales, habían formado una pequeña orquesta cíngara: seis músicos de pueblo, con pantalones de terciopelo y chalecos de cuero bordado, majestuosos y sudados, que atacaban el himno nacional soviético, el húngaro y la Hatikvá (en honor de los muchos judíos húngaros), y proseguían luego con frívolas danzas interminables hasta que el último comensal hubiese dejado de usar sus cubiertos.

El campo no estaba cercado. Estaba constituido por edificios ruinosos, de uno o dos pisos, alineados a los cuatro lados de una amplia explanada llena de hierba, probablemente la antigua plaza de armas. Bajo el sol ardiente del cálido verano ruso, aparecía constelado

de durmientes, de gente ocupada en quitarse los piojos, en remendarse las ropas, en guisar sobre hogueras encendidas en cualquier parte; y animados por grupos más vitales, que jugaban a la pelota o a los bolos. En el centro, se alzaba una enorme barraca de madera, baja, cuadrada, con tres puertas todas en el mismo lado. Sobre los tres arquitrabes, en gruesos caracteres cirílicos trazados a minio con mano insegura, había escritas tres palabras: «Muskaja», «enskaja», «Offiserskaja» (Para hombres, Para mujeres, Para oficiales). Era la letrina del campo y, al mismo tiempo, su particularidad más destacada. En el interior, lo único que había era un pavimento de tablas sueltas, y cien agujeros cuadrados, de diez en diez, como una gigantesca y rabelesiana tabla pitagórica. No había divisiones entre los compartimentos destinados a los tres sexos: o, si las hubo, habían desaparecido.

La administración rusa no se preocupaba en absoluto del campo, hasta el punto de que se podía dudar de que existiese: pero debía de existir, cuando se comía todos los días. Dicho de otra manera, era una buena administración.

Pasamos en Sluzk diez días. Fueron días vacíos, sin sucesos desagradables, sin acontecimientos para fijar en la memoria. Un día probamos a salir del rectángulo de los cuarteles, y a adentrarnos en la llanura para coger hierbas comestibles: pero después de media hora de camino nos encontramos como en mitad del mar, en el centro del horizonte, sin un árbol, ni una colina, ni una casa como término de referencia. Para los italianos, acostumbrados a las quintas en la montaña y las colinas, a la llanura hirviente de presencias humanas, el espacio ruso inmenso, heroico, nos daba vértigo, y nos apesadumbraba el corazón con recuerdos dolorosos. Luego intentamos hervir las hierbas que habíamos cogido, pero les sacamos poco provecho.

Yo había encontrado en una buhardilla un tratado de obstetricia alemán en dos pesados volúmenes bien ilustrado en colores: y como el papel impreso es para mí un vicio y hacía más de un año que no tenía ninguno, me pasaba el tiempo leyéndolo sin método; o durmiendo al sol en medio de la hierba silvestre.

Una mañana, con velocidad misteriosa y fulmínea, se propago entre nosotros la especie de que íbamos a tener que irnos de Sluzk, andando, para instalarnos en Staryje Doroghi, a setenta kilómetros de distancia, en un campo que era sólo para italianos. Los alemanes, en análogas circunstancias, habrían cubierto los muros con carteles bilingües, nítidamente impresos, con la hora de salida especificada, el equipo que se debía llevar, el horario de marcha, y la pena de muerte para los que se retrasasen. Los rusos, en cambio, dejaban que la orden se propagase por su cuenta y que la marcha del traslado se organizase sola.

La noticia provocó cierto alboroto. En aquellos diez días nos habíamos ambientado en Sluzk bastante bien y, sobre todo, temíamos dejar la exagerada abundancia de la alimentación de Sluzk por quién sabe qué otras miserables condiciones. Además, setenta kilómetros son muchos kilómetros, ninguno de nosotros estaba entrenado para una marcha tan larga, y pocos tenían un calzado apropiado. Tratamos en vano de obtener noticias más precisas de los mandos rusos. Todo cuanto pudimos averiguar es que teníamos que salir la mañana del 20 de julio, y que lo que se dice una Jefatura rusa real y verdadera parecía que no existía.

Por la mañana del 20 de julio nos encontramos reunidos en la plaza central, como una inmensa caravana de gitanos. En el último momento habíamos llegado a saber que entre Sluzk y Staryje Doroghi había comunicación ferroviaria: pero el viaje en tren era para las mujeres y los niños, además de los habituales enchufados, y los no menos habituales listos. Por otra parte, para burlar la tenue burocracia que regía nuestro destino no se necesitaba tener una astucia excepcional: pero daba igual, porque no muchos se habían dado cuenta en aquel tiempo.

Dieron la orden de partida para las diez e inmediatamente después hubo una contraorden. A ésta le siguieron otras numerosas y falsas órdenes de partida, de manera que fue a mediodía cuando empezamos a ponernos en movimiento sin haber comido.

Por Sluzk y Staryje Doroghi pasa una gran carretera, la misma que une a Varsovia con Moscú. Entonces estaba en un completo abandono: la formaban dos carriles laterales, de tierra, destinados a los caballos, y uno central, que había estado asfaltado pero que entonces estaba destruido por las explosiones y las cadenas de los tanques, y, por consiguiente, poco se diferenciaba de los otros dos. Recorre una llanura infinita, en la que casi no hay lugares habitados, y por ello estaba constituida por larguísimos tramos rectilíneos: entre Sluzk y Staryje Doroghi había una sola curva apenas insinuada.

Nos habíamos puesto en marcha con cierto entusiasmo: el tiempo era espléndido, estábamos bien comidos, y la idea de una larga caminata por el interior de aquel legendario país, los pantanos del Pripet, era atractiva en sí misma. Pero muy pronto cambiamos de opinión.

En ningún otro lugar de Europa, creo, puede suceder que se esté andando durante diez horas y se encuentre uno siempre en el mismo punto, como en una pesadilla: que se tenga siempre delante la carretera recta hasta el horizonte, siempre a un lado y otro la estepa y el bosque, y siempre a la espalda otra carretera que llega hasta el horizonte opuesto, como la estela de un barco; y ni pueblos, ni casas, ni humo, ni una piedra millar que de alguna manera señale que se ha

ganado algún terreno, por poco que sea; y no se encuentre alma viviente, sino el vuelo de las cornejas y algún halcón que cruza el viento perezosamente.

Después de unas horas de marcha, nuestra columna inicialmente compacta, estaba deshecha y se extendía a lo largo de dos o tres kilómetros. A la cola avanzaba una carreta militar rusa, tirada por dos caballos y conducida por un suboficial encolerizado y monstruoso: había perdido en la guerra los labios y desde la nariz a la barbilla su cara era una calavera terrorífica. Creo que su misión debía ser recoger a los desfallecientes: pero se ocupaba en recoger diligentemente los bultos que, uno tras otro, iban siendo abandonados en el camino por la gente que, por cansancio, renunciaba a llevarlos más adelante. Por un momento nos engañamos creyendo que se los devolvería a la llegada, pero el primero que intentó pararse y esperar la carreta fue acogido con gritos, golpes de fusta y amenazas inarticuladas. De esta manera terminaron los dos volúmenes de obstetricia que constituían, con mucho, la parte más pesada de mi equipaje personal.

Al atardecer, nuestro grupo se había quedado solo. A mi lado iban el dulce y paciente Leonardo, Daniele cojeante y encolerizado por la sed y el cansancio, el señor Unverdorben con un amigo suyo triestino; y naturalmente Cesare.

Nos paramos a tomar aliento en la última curva que interrumpía la feroz monotonía de la carretera; allí había una choza sin techo, seguramente el único resto visible de un pueblo destrozado por la guerra. Detrás, descubrimos un pozo en el que apagamos la sed con voluptuosidad. Estábamos cansados y teníamos los pies hinchados y llagados. Yo hacía tiempo que había perdido mis zapatos de arzobispo, y había heredado de no sé quién un par de zapatillas de ciclista, ligeras como plumas; pero me estaban estrechas, y a ratos tenía que quitármelas e ir descalzo.

Tuvimos un breve cambio de impresiones: ¿y si el tipo nos obligaba a estar andando toda la noche? No sería extraño: una vez, en Katowice, los rusos nos habían hecho estar descargando botas de un tren veinticuatro horas seguidas; también ellos trabajaban a nuestro lado. ¿Por qué no nos emboscábamos? A Staryje Doroghi llegaríamos tranquilamente al día siguiente, seguro que el ruso no tenía listas para pasarlas, la noche se anunciaba tibia, teníamos agua y algo para cenar, aunque no mucho, reuníamos entre los seis. La choza estaba en ruinas pero le quedaba un poco de tejado para resguardarnos del rocío.

—Muy bien —dijo Cesare—. Yo me quedo. Para esta noche, quiero asarme una gallina.

De modo que nos escondimos en el bosque hasta que pasó la carreta con el esqueleto, esperamos a que los últimos rezagados se fuesen del pozo, y tomamos posesión de nuestro lugar de acampada.

Tendimos las mantas por tierra, abrimos los sacos, encendimos una hoguera, y empezamos a preparar la cena, con pan, «kaa» de maíz y una lata de guisantes.

—Pero qué cena es ésa —dijo Cesare— guisantes. No me habéis entendido. Yo quiero un banquete esta noche, y quiero asarme una gallina.

Cesare es un hombre indomable: había podido comprobarlo cuando le acompañaba por el mercado de Katowice. Fue inútil decirle que encontrar un pollo de noche, en mitad de los pantanos del Pripet, sin saber ruso y sin dinero con que pagarlo, era una idea insensata. Fue inútil ofrecerle ración doble de «kaa» para que se quedase tranquilo. «Quedaos vosotros con vuestra cascheta, yo me voy solo a buscar la gallina, pero no me volveréis a ver. Me despido de vosotros, y de los rusos y del barracón, y me vuelvo solo a Italia. Puede que por el Japón».

Entonces me ofrecí a acompañarle. No tanto por la gallina y las amenazas sino porque le tengo mucho cariño a Cesare y me gusta verlo trabajar.

—Muy bien, Lapé —me dijo Cesare.

Lapé soy yo: así me bautizó Cesare en tiempos remotos y así sigue llamándome, por la siguiente razón: como es sabido, en el Lager llevábamos el pelo al rape; ya liberados, después de un año de haber sido pelados al cero, a todos y a mí especialmente, el pelo nos había crecido curiosamente liso y suave: entonces el mío estaba todavía muy corto y Cesare sostenía que le recordaba la piel de un conejo. «Conejo», o mejor «piel de conejo», en la jerga comercial en que Cesare es experto, se dice precisamente Lapé. Daniele, por su parte, el barbudo, ríspido y gruñón Daniele, sediento de venganza y de justicia como un profeta antiguo, se llamaba Coralí: porque, decía Cesare, si llueven coralinas (cuentas de vidrio) las enhebra todas.

—Muy bien, Lapé —me dijo.

Y me explicó su plan. Cesare es realmente un hombre de propósitos enloquecidos, pero los persigue con mucho sentido práctico. La gallina no se la había inventado: a partir de la choza, en dirección norte, había divisado un sendero bien construido y, por consiguiente, reciente. Era probable que llevase a un pueblo: y si había un pueblo había también gallinas. Salimos: ya era casi de noche, y Cesare tenía razón. Por encima del repecho de una ondulación casi imperceptible del terreno, a unos dos kilómetros de distancia, entre los árboles se veía brillar una luz. Nos pusimos en marcha, tropezando contra los arbustos, seguidos por enjambres de voraces mosquitos; llevábamos la única mercancía de trueque de la que el grupo había estado dispuesto a separarse: nuestros seis platos, platos vulgares de loza que los rusos nos habían distribuido en su momento por todo

menaje.

Íbamos en la oscuridad, atentos a no perder el sendero; a intervalos dábamos gritos. Del pueblo no contestaba nadie. Cuando estuvimos a un centenar de metros, Cesare se detuvo, tomó aliento, y gritó: «Eh, rusotes. Somos amigos, Italianski. ¿Tendréis una gallinita para vendernos?». La respuesta llegó: un relámpago en la oscuridad, un golpe seco y el silbido de una bala unos metros sobre nuestras cabezas. Yo me eché a tierra, despacito para no romper los platos; pero Cesare estaba furioso y se quedó de pie: «Ah, malditos, os he dicho que somos amigos. Hijos de mala madre, no me hagáis hablar. Una gallinita es lo que queremos. ¡No somos bandidos, no somos doiches: somos italianski!».

No hubo más disparos, y ya se entreveían perfiles humanos sobre el repecho. Nos acercamos cautamente, Cesare delante, que continuaba su discurso persuasivo, y yo detrás, dispuesto a echarme a tierra otra vez.

Por fin llegamos al pueblo. No había más de cinco o seis casas de madera en torno a una plaza minúscula, y en ella, esperándonos, estaba toda la población, una treintena de personas en su mayoría viejas campesinas, más los niños, los perros, todos visiblemente alarmados. Sobresalía de la pequeña multitud un viejo alto y barbudo, el del disparo: todavía tenía el mosquetón en la mano.

Cesare consideraba que se había terminado su papel, que era el estratégico, y me llamó a mi deber. «Vamos, te toca a ti. ¿A qué esperas? Anda, explícales que somos italianos, que no queremos hacer daño a nadie, y que queremos comprar una gallina para asarla».

Aquellas gentes nos miraban con una curiosidad desconfiada. Parecía que se habían persuadido de que, a pesar de ir vestidos como dos evadidos, no debíamos de ser peligrosos. Las viejas habían dejado de chillar y hasta los perros se habían tranquilizado. El viejo del fusil nos hacía preguntas que no entendíamos: yo, de ruso no sé más que un centenar de palabras, y ninguna se adaptaba a la situación, con la excepción de «italianski». Repetí varias veces «italianski», hasta que el viejo empezó a su vez a decir «italianski» en beneficio de los circunstantes.

Mientras tanto, Cesare, más concreto, había sacado los platos del saco, había colocado cinco extendidos en tierra, como en el mercado, y tenía el sexto en la mano, dándole golpecitos con la uña en el borde, para que escuchasen cómo sonaba. Las campesinas miraban, divertidas y llenas de curiosidad. «Tarelki», dijo una. «Tarelki, da!», contesté yo, contento de haber aprendido el nombre de la mercancía que estaba ofreciéndoles: a lo que una de ellas tendió una mano nerviosa hacia el plato que Cesare estaba enseñándoles.

—¿Eh, qué es lo que crees? —dijo éste, retirándolo velozmente—.

No los regalamos. —Y se volvió a mí, como una víbora: pero ¿qué es lo que estaba esperando para pedirles la gallina a cambio? ¿De qué me servían mis estudios?

Yo estaba muy embarazado. El ruso dicen que es una lengua indoeuropea, y los pollos debían ser conocidos por nuestros comunes progenitores en época ciertamente anterior a su subdivisión en las diversas familias étnicas modernas. «His fretus», quiero decir, sobre estos sólidos cimientos, probé a decir «pollo» y «pájaro» de todas las formas que sabía, pero sin ningún resultado visible.

Cesare también estaba perplejo. Cesare, en lo íntimo de su corazón, nunca se había convencido realmente de que los alemanes hablasen alemán y los rusos ruso más que por una extravagante malignidad; por eso, estaba persuadido también de que sólo por un refinamiento de esta malignidad fingían no comprender el italiano. Malignidad, o una ignorancia extrema y escandalosa: pura barbarie. No había más posibilidades. Y su perplejidad iba convirtiéndose en rabia rápidamente.

Protestaba y lanzaba maldiciones. ¿Era posible que fuese tan difícil entender lo que es una gallina y que queríamos cambiarla por seis platos? ¿Una gallina, de esas que van por ahí escarbando con el pico y con las patas en el suelo, haciendo «cocodé»? Y sin mucha fidelidad, torvo y enfurruñado, hizo una pésima imitación de las costumbres de los pollos agachándose hasta el suelo, raspándolo primero con un pie y luego con el otro, y picoteando acá y allá con la mano en forma de cuña. Entre una maldición y otra decía también «cocodé»: pero, como es sabido, esta interpretación del verso gallináceo es muy convencional; circula exclusivamente en Italia y no se entiende fuera de ella.

El resultado fue nulo. Nos miraban con ojos atónitos y nos tomaban por locos con toda seguridad. Porque ¿con qué intención habíamos llegado de los confines de la tierra a hacer misteriosas payasadas en su plaza? Ya furibundo, Cesare se esforzó hasta en poner un huevo y, mientras tanto, los insultaba de maneras fantásticas, haciendo con ello mucho más oscuro el sentido de su representación. Ante aquel espectáculo fuera de lugar, la charla de las comadres subió una octava y se convirtió en un rumor de avispero perturbado.

Cuando vi que una de las viejas se acercaba al barbudo, y le hablaba mirándonos nerviosa, me di cuenta de que la situación era comprometida. Hice levantarse a Cesare de sus posturas antinaturales, lo tranquilicé, y con él me acerqué al hombre. Le dije: «Venga, por favor», y lo llevé junto a una ventana desde la cual la luz de una linterna iluminaba bastante bien un rectángulo de terreno. Aquí, penosamente consciente de las muchas miradas sospechosas, dibujé en el suelo una gallina, completa en todos sus atributos, incluido un

huevo debajo de ella para mayor especificación. Luego me levanté y dije: «Vosotros los platos. Nosotros de comer».

Siguió una breve consulta; luego saltó del grupo una vieja con ojos brillantes de gozo y astucia: avanzó dos pasos y con voz cascabeleante pronunció: «¡Kúra! ¡Kúrita!».

Estaba muy orgullosa y satisfecha de haber sido quien resolviese el enigma. De todas partes estallaron risas y aplausos, y voces de «¡kúrita, kúrita!»: y hasta nosotros batimos palmas, presas del juego y del entusiasmo general. La viejecilla se inclinó, como una actriz al terminar su papel; desapareció y volvió a aparecer con una gallina en la mano, ya desplumada. La balanceó burlonamente bajo la nariz de Cesare, como contraprueba; y como vio que éste reaccionaba favorablemente, soltó la presa, recogió los platos y se los llevó.

Cesare, que entiende de ello porque en una época tuvo un puesto en Porta Portese, me aseguró que la «curizeta» estaba bastante gorda, y valía nuestros seis platos; la llevamos a la cabaña, despertamos a los amigos que ya se habían dormido, volvimos a hacer fuego, guisamos el pollo y nos lo comimos sin platos, que ya no teníamos.

Viejos caminos

La gallina y la noche pasada al aire libre nos sentaron como una medicina. Después de un buen sueño, que nos dejó como nuevos a pesar de haber dormido sobre la tierra desnuda, nos despertamos con una salud y un humor inmejorables. Estábamos contentos porque hacía sol, porque nos sentíamos libres, por el buen olor que exhalaba la tierra, y también un poco porque a dos kilómetros había gente que no era mala, sino inteligente y dispuesta a la risa. Si bien es verdad que nos habían disparado, después nos habían acogido bien y hasta nos habían vendido un pollo. Estábamos contentos porque aquel día (mañana no sabíamos, pero no siempre importa lo que puede suceder al día siguiente) podíamos hacer cosas que hacía mucho no hacíamos: beber agua de un pozo, tumbarnos al sol en mitad de la hierba alta y vigorosa, olfatear el aire estival, encender una hoguera y guisar, ir al bosque a buscar fresas y setas, fumarnos un cigarrillo mirando a un alto cielo limpio por el viento.

Podíamos hacerlas y las hacíamos, con gozo pueril. Pero nuestras reservas tocaban a su fin: de fresas y setas no se vive, y ninguno de nosotros (ni siquiera Cesare, habitante de la urbe y ciudadano romano «desde los tiempos de Nerón») estaba moral y técnicamente preparado para la vida precaria del vagabundaje y el hurto agrícola. La elección estaba clara: la vuelta inmediata a la sociedad civil o el ayuno. De la sociedad civil, es decir, del misterioso campo de Staryje Doroghi, nos separaban, sin embargo, treinta kilómetros de una mareante carretera recta: si los andábamos sin ningún alto podríamos a lo mejor llegar al rancho de la noche; o podíamos acampar de nuevo en la carretera, en libertad pero con el estómago vacío.

Hicimos un rápido recuento de nuestros haberes. No era mucho: ocho rublos entre todos. Era difícil establecer qué poder adquisitivo tenían en aquel momento y aquel lugar: nuestras experiencias monetarias precedentes con los rusos habían sido incoherentes y absurdas. Algunos aceptaban sin dificultad monedas de cualquier país, incluso alemanas o polacas; otros eran desconfiados, temían ser engañados, y aceptaban sólo trueques en especie o monedas metálicas. De éstas, circulaban las más inimaginables: monedas de la época del zar sacadas de atávicos escondites familiares; esterlinas, coronas escandinavas, hasta antiguas monedas del Imperio austrohúngaro. Y, por otra parte, habíamos visto en merinka una de las letrinas de la estación empapelada con marcos alemanes, cuidadosamente pegados a la pared uno a uno con una sustancia que no puede nombrarse.

En cualquier caso, ocho rublos no eran mucho: el valor de un

huevo o dos. Se decidió colegialmente que Cesare y yo, ya acreditados como embajadores, volviésemos a subir a la aldea, y viésemos sobre la marcha qué era lo mejor que podía comprarse con ocho rublos.

Nos pusimos en marcha, y al ir andando se nos ocurrió que lo que necesitábamos no eran mercancías sino servicios. La mejor inversión sería que pidiésemos a nuestros amigos que nos alquilasen un caballo y un carrito hasta Staryje Doroghi. El dinero sería poco, pero podríamos ofrecerles alguna pieza de nuestras ropas: hacía mucho calor. Nos presentamos, pues, en las eras y fuimos recibidos con saludos cariñosos y risitas comprensivas por parte de la viejecilla, y un furibundo ladrar de los perros. Cuando se hubo restablecido el silencio, echando mano de *Miguel Strogoff* y otras remotas lecturas, dije: «Telega. Staryje Doroghi», y le enseñé los ocho rublos. Siguió un murmullo confuso: era extraño, pero nadie me había entendido. De todas maneras, mi misión se anunciaba menos ardua que la de la noche anterior: en un rincón de la era, bajo un cobertizo, había descubierto un carro de labranza de cuatro ruedas, largo y estrecho, con los parapetos en forma de V; es decir, una telega. Puse una mano en ella, un poco impacientado por la obtusidad de aquella gente: ¿es que no era aquello una telega?

—¡Tjeljega! —me corrigió el barbudo, con severidad paterna, escandalizado por mi pronunciación bárbara.

—Da. Tjeljega na Staryje Doroghi. Nosotros pagar. Ocho rublos.

La oferta era irrisoria: el equivalente de dos huevos por más de treinta kilómetros de camino, doce horas de viaje. Pero el barbudo se metió los rublos en el bolsillo, desapareció en la cuadra, volvió con un mulo, lo enganchó a los varales, nos hizo señas de que subiésemos, cargó unos cuantos sacos sin decir palabra, y salimos hacia la carretera principal. Cesare fue a llamar a los demás, ante quienes no desaprovechamos la ocasión de darnos importancia. Íbamos a hacer un viaje comodísimo en telega, incluso en tjeljega, y una entrada triunfal en Staryje Doroghi, por ocho rublos: para que viesen lo que valía saber idiomas y tener habilidad diplomática.

En realidad, luego nos dimos cuenta (y también se la dieron nuestros amigos) de que los ocho rublos habían sido prácticamente malgastados: el barbudo tenía que ir, en cualquier caso, a Staryje Doroghi, para no sé qué asuntos suyos, y puede que nos hubiera llevado gratis.

Nos pusimos en marcha hacia el mediodía, tendidos sobre los nada blandos sacos del barbudo. Aunque era mucho mejor que ir andando: podíamos, entre otras cosas, disfrutar a nuestro gusto del paisaje.

Éste era para nosotros insólito, y estupendo. La llanura, que el día anterior nos había oprimido con su vacío solemne, había dejado de ser

totalmente llana. Se encrespaba en ligerísimas y apenas perceptibles ondulaciones, puede que antiguas dunas, que no medían más de algunos metros, pero que eran suficientes para romper la monotonía, descansar la vista y crear un ritmo, una medida. Entre una y otra ondulación se extendían charcas y pantanos, grandes y pequeños. El terreno descubierto era arenoso y erizado acá y allá por silvestres manchas de arbustos: por otras partes había árboles altos, pero raros y aislados. A los dos lados de la carretera yacían informes residuos oxidados, artillería, carros, alambradas, cascos, bidones: los restos de los dos ejércitos que durante tantos meses se habían enfrentado en aquellos lugares. Habíamos entrado en la región de los pantanos del Pripet.

La carretera y las tierras estaban desiertas, pero un poco antes del crepúsculo advertimos que alguien nos seguía: un hombre, negro sobre lo blanco del polvo, caminaba enérgicamente hacia nosotros. Ganaba terreno lenta pero continuamente: pronto estuvo al alcance de nuestra voz y reconocimos en él al Moro, Avesani de Avesa, al gran viejo. También él se había pasado la noche en algún escondrijo, y ahora se dirigía a Staryje Doroghi con paso tempestuoso, los cabellos blancos al viento, los ojos sanguinolentos fijos delante de sí. Avanzaba regular y potente como una máquina de vapor: llevaba atado a la espalda su famoso y pesadísimo envoltorio, y colgada de éste relampagueaba la segur, como la hoz de Cronos.

Se preparaba a adelantarnos como si no nos viese o no nos reconociese. Cesare lo llamó y le invitó a subir con nosotros. «La deshonra del mundo. Cerdos, asquerosos animales», le contestó prontamente el Moro, dando salida a la letanía blasfema que perpetuamente le ocupaba la mente. Nos adelantó, y prosiguió su mítica marcha el horizonte opuesto a aquél por donde había emergido.

El señor Unverdorben sabía del Moro muchas más cosas que nosotros: entonces nos enteramos de que el Moro no era (o no era solamente) un viejo lunático. El envoltorio tenía una, razón, y la tenía también la vida errante del viejo. Viudo hacía muchos años, tenía una hija, única, casi cincuentona, que estaba paralítica, atada al lecho: no tenía remedio. El Moro vivía para esta hija: le escribía todas las semanas cartas que no iban a llegar a su destino; sólo para ella había trabajado toda su vida, se había oscurecido como la madera del nogal y endurecido como la piedra. Para ella sola, en su errante camino de emigrante, el Moro echaba en el saco todo lo que encontraba a mano, cualquier objeto que supusiese una posibilidad mínima de ser utilizado o intercambiado.

No nos encontramos con ningún otro ser viviente hasta Staryje Doroghi.

Staryje Doroghi fue una sorpresa. No era una aldea; o mejor dicho, había una aldea minúscula, en medio del bosque, no muy apartada de la carretera: pero lo supimos más adelante; y también nos enteramos de que su nombre significa «Viejos caminos». Pero el acuartelamiento que nos estaba destinado a nosotros, a los mil cuatrocientos italianos, era en un único y gigantesco edificio, aislado en la orilla de la carretera en medio de los campos sin cultivar y en el extremo del bosque. Se llamaba «Krsnyj Dom», la Casa Roja, y efectivamente era roja por dentro y por fuera, sin paliativos.

Una construcción verdaderamente singular, crecida sin ningún orden en todas las direcciones como los materiales de una explosión volcánica: no se sabía si obra de muchos arquitectos en desacuerdo entre sí o de uno solo pero loco. El núcleo más antiguo, ya superado y sofocado por las alas y los cuerpos construidos confusamente más tarde, estaba formado por un bloque de tres plantas, subdivididas en pequeñas habitaciones probablemente destinadas en otro tiempo a oficinas militares o administrativas. Pero alrededor de él había de todo: una sala de conferencias o reuniones, una serie de aulas de clase, cocinas, lavabos, un teatro con mil asientos por lo menos, una enfermería, un gimnasio; junto a la puerta principal un ropero con perchas misteriosas que interpretamos como un armario para guardar los esquíes. Pero aquí, igual que en Sluzk, nada o casi nada había quedado del mobiliario y de las instalaciones; no sólo faltaba el agua sino que se habían llevado hasta las tuberías, las hornillas de las cocinas, los asientos del teatro, los bancos de las aulas, el pasamanos de las escaleras.

En la Casa Roja las escaleras eran un elemento obsesivo. Eran abundantes en aquel edificio desmesurado: escaleras enfáticas y prolijas que llevaban a absurdos roperos llenos de polvo y de materiales de deshecho, otras estrechas e irregulares, interrumpidas por una columna plantada allí de cualquier manera para apuntalar un techo que se veía abajo; trozos de escaleras retorcidas, partidas en dos tramos paralelos, anómalas, que unían entre sí planos desviados de cueros adyacentes. Memorable, sobre todo, una gran escalera ciclópica: con escalones de tres metros de anchura subía hasta quince metros de altura desde un patio invadido por la hierba y no llevaba a ninguna parte.

Alrededor de la Casa Roja no había ninguna valla, ni siquiera simbólica como en Katowice. No había ni siquiera un servicio de vigilancia propiamente dicho: ante la puerta estaba frecuentemente un soldado ruso, la mayoría de las veces jovencísimo, pero no tenía ninguna consigna por lo que se refiere a los italianos. Su deber era sólo impedir que los rusos viniesen por las noches a molestar a las

mujeres italianas en sus dormitorios.

Los rusos —los oficiales y los soldados— vivían en una barraca de madera no muy lejana; había otros, que pasaban por la carretera, que se paraban a descansar: pero raramente se ocupaban de nosotros. Quien se ocupaba de nosotros era un grupito de oficiales italianos, ex prisioneros de guerra, más bien altaneros y poco agradables; eran muy conscientes de su condición de militares, ostentaban desprecio e indiferencia en sus relaciones con nosotros los civiles y, lo que no dejó de asombrarnos, mantenían relaciones óptimas con los soviéticos de su misma categoría del barracón de al lado. Incluso disfrutaban de una situación privilegiada, no sólo con relación a nosotros sino con relación a los mismos soldados soviéticos: comían en el comedor oficial de los rusos, vestían uniformes soviéticos nuevos (sin insignias) y buenas botas militares, y dormían en lechos de campaña con sábanas y cobertores.

Pero nosotros tampoco podíamos lamentarnos. Nos trataban exactamente igual que a los soldados rusos en cuanto a la alimentación y al alojamiento, y no teníamos que seguir ninguna disciplina ni ninguna obligación particular. Los italianos que trabajaban eran pocos, los que se habían ofrecido espontáneamente para el servicio de cocina, de los retretes y del grupo electrónico: además de Leonardo como médico y yo, como enfermero; pero con el buen tiempo los enfermos eran ya muy pocos, y nuestro trabajo era una sinecura.

Quien quisiera, podía irse. Algunos lo hicieron, unos por puro aburrimiento y espíritu de aventura, otros con la intención de pasar las fronteras y volver a Italia; pero todos volvieron, después de unas semanas o meses de vagabundaje: porque aunque el campo no estuviese vigilado ni cercado sí lo estaban, y mucho, las lejanas fronteras.

No había, de parte rusa, ninguna veleidad de presión ideológica, y ninguna tentativa de discriminación entre nosotros. Nuestra comunidad era demasiado complicada, ex militares del ARMIR, ex partisanos, ex Häftlinge de Auschwitz, ex trabajadores de la Todt, ex presos comunes y prostitutas de San Vittore; fuésemos comunistas, monárquicos o fascistas, los rusos mostraban una imparcial indiferencia con relación a todos nosotros. Éramos italianos y eso era suficiente: todo lo demás era «vsjó ravnó», todo igual.

Dormíamos en tablas de madera cubiertas con sacos de paja: sesenta centímetros por hombre. Al principio protestarnos porque nos parecía poco: pero las autoridades rusas nos hicieron observar cortésmente que nuestras reclamaciones eran infundadas. En las cabeceras del tablado se podían leer aún, garabateados en lápiz, los nombres de los soldados soviéticos que habían ocupado aquellos

lugares antes que nosotros: podíamos ver que había un nombre cada cincuenta centímetros.

Lo mismo podía decirse, y nos lo dijeron, a propósito de las vituallas: Nos daban un kilo de pan al día: pan de centeno, poco fermentado, húmedo y ácido: pero era mucho y era el pan que comían ellos. Y la «kaa» cotidiana era su «kaa»: un bloque compacto de tocino, maíz, judías, carne y especias, nutritivo pero enormemente indigesto, que sólo después de varios días de experimentos aprendimos a hacer comestible poniéndolo a cocer varias horas.

Luego, unas tres o cuatro veces a la semana, nos repartían pescado, «riba». Era un pescado de río, que no parecía muy fresco, lleno de espinas, gordo, crudo, sin salar. ¿Qué podíamos hacer con él? Pocos de nosotros se avinieron a comerlo tal cual (como lo hacían muchos rusos): para cocerlo no teníamos cacharros, condimentos, sal ni arte. Pronto nos convencimos de que lo mejor era revendérselo a los mismos rusos, a los campesinos de la aldea o a los soldados que pasaban por la carretera: un nuevo oficio para Cesare, que en poco tiempo lo llevó a un alto grado de perfección técnica.

Por las mañanas de los días de pescado, Cesare se daba una vuelta por los dormitorios, provisto de un trozo de alambre, que clavaba en el «riba», lo pasaba de un ojo a otro, se echaba al hombro la pestilente guirnalda y desaparecía. Volvía horas más tarde, a veces ya de noche, y distribuía equitativamente entre sus clientes rublos, queso, cuartos de pollo y huevos, con ganancia para todos y especialmente para él.

Con las primeras ganancias de su comercio se compró una romana, con lo que su prestigio profesional se acrecentó notablemente. Pero para llevar a cabo debidamente cierto proyecto necesitaba otro instrumento de utilidad menos clara: una jeringuilla. No era de esperar que pudiese encontrar una en la aldea rusa, y vino a la enfermería, a preguntarme si podía prestarle una.

—¿Para qué la quieres? —te pregunté.

—A ti qué te importa. Es una jeringuilla. Aquí tenéis muchas.

—¿De qué medida?

—La más grande que tengáis. Aunque esté un poco estropeada no importa.

Teníamos una, de veinte centímetros cúbicos, astillada y prácticamente inservible. Cesare la examinó con atención, y declaró que le servía.

—Pero ¿para qué la quieres? —le pregunté una vez más.

Cesare me miró torvamente, molesto por mi falta de tacto. Me dijo que era cosa suya, un plan que tenía, un experimento, y que podía terminar bien o mal, y que, en todo caso, yo era un caradura por quererme enterar a toda costa de sus asuntos privados. Se embolsó cuidadosamente la jeringuilla y se fue como un príncipe ofendido.

Pero el secreto de la jeringuilla no duró mucho tiempo: en la vida en Staryje Doroghi había demasiado ocio para que no proliferasen los chismes y la intervención en los asuntos del prójimo. En los días sucesivos, Cesare fue visto por sor Letizia ir a buscar agua con un cubo y llevarla al bosque; Stellina lo vio en el mismo bosque, sentado en el suelo en medio de un corro de peces a los que parecía «estaba dando de comer»; y, por último, Rovati, que era su competidor, lo encontró en la aldea: no llevaba el cubo y estaba vendiendo los peces, pero eran unos peces rarísimos, gordos, duros y redondos, y no planos y blandos como los del rancho.

Como ha ocurrido con muchos descubrimientos científicos, la idea de la jeringuilla había surgido de un fracaso y de una observación fortuita. Pocos días antes, Cesare había cambiado peces en la aldea por una gallina viva. Había vuelto a la Casa Roja convencido de haber hecho un magnífico negocio: sólo por dos peces le habían dado una pollastra muy hermosa, un poco vieja y con un aire un tanto triste, pero muy gorda y grande. Pero cuando la mató y desplumó, se dio cuenta de que le pasaba algo: la gallina era asimétrica, tenía la panza sólo de un lado, y al palparla se le notaba algo duro, movible y elástico. No era un huevo: era un grueso quiste acuoso.

Cesare, naturalmente, se había apresurado a remediar sus males y había conseguido vender el animal inmediatamente nada menos que al contable Rovi, ganando todavía con ello: pero luego, como un personaje stendhaliano, había recapacitado. ¿Por qué no imitar a la naturaleza? ¿Por qué no probar con los peces?

Al principio había intentado llenarlos de agua por la boca con una caña, pero el agua se salía. Entonces había pensado en la jeringuilla. Con la jeringuilla se advertía en muchos casos cierta mejora, pero dependía del lugar donde se ponía la inyección: y además, el agua volvía a salir de prisa, o poco a poco, o se quedaba dentro indefinidamente. Entonces, Cesare había abierto algunos peces con una navaja y había podido establecer que la inyección, para tener efecto permanente, tenía que ponerse en la vejiga natatoria.

Los peces, que Cesare vendía al peso, daban un beneficio del 20 al 30 % más que los normales, y además tenían un aspecto mucho más atrayente. Es verdad que el «riba» tratado de aquella manera no podía venderse dos veces al mismo cliente; pero se lo podía vender muy bien a los soldados rusos desmovilizados que pasaban por la carretera en dirección este, y que no se darían cuenta del asunto del agua hasta estar a muchos kilómetros.

Pero un día volvió con expresión fúnebre; no tenía peces, ni dinero, ni mercancía: «Me he dejado engañar». Durante dos días no hubo modo de dirigirle la palabra, estaba acurrucado en la cama, ríspido como un erizo y sólo bajaba de allí a la hora de las comidas. Le

había sucedido una aventura distinta de las habituales.

Me la contó más adelante, una tarde larguísima y cálida, pidiéndome que no la contase por ahí porque, si lo hacía, su honra comercial no quedaría intacta. Los peces no se los había quitado violentamente un ruso feroz, como nos había tratado de insinuar al principio: la verdad era distinta. Los peces los había regalado, me confesó, lleno de vergüenza.

Había ido al pueblo y, para evitar a los clientes ya estafados antes, no había aparecido por la carretera principal; había cogido un sendero que iba por el bosque; después de una centena de metros había visto una casita aislada o, mejor dicho, una barraca de ladrillos apilados y hojalata. Afuera había una mujer delgada vestida de negro, y tres niños pálidos sentados en el umbral. Se había acercado y les había ofrecido los peces: ella le había dado a entender que le habría comprado los peces, pero que no tenía nada que dar a cambio, y que ella y los niños no comían hacía dos días. Le había invitado a entrar en la barraca, y en la barraca no había nada, sólo paja en el suelo como en una perrera.

En este momento los niños le habían mirado con tales ojos que Cesare había arrojado los peces al suelo y había echado a correr como un ladrón.

El bosque y el camino

Nos quedamos en Staryje Doroghi, en aquella Casa Roja llena de misterios y de trampas como un castillo encantado, dos largos meses: del 15 de julio al 15 de septiembre de 1945.

Fueron meses de ocio y de bienestar relativo, y por ello llenos de penetrante nostalgia. La nostalgia es un sufrimiento frágil y dulce, esencialmente distinto, más íntimo, más humano que los demás sufrimientos que habíamos soportado hasta entonces: golpes, frío, hambre, terror, privaciones, enfermedades. Es un sufrimiento claro y limpio, pero urgente: penetra todos los minutos de la jornada, no permite otros pensamientos, y empuja a la evasión.

Tal vez por eso el bosque que rodeaba el campo ejerciese sobre nosotros una atracción profunda. Tal vez porque ofrecía, a quien lo buscase, el don inestimable de la soledad: ¡del que estábamos privados hacía tanto! Tal vez porque nos recordaba otros bosques, otras soledades de nuestra existencia precedente; tal vez, por el contrario, porque era solemne y austero, intacto como ningún otro paisaje que conociésemos.

Al norte de la Casa Roja, más allá de la carretera, se extendía un terreno mixto de matorrales, claros y pinares con los que se mezclaban pantanos y lenguas de fina arena blanca; había algún sendero tortuoso y apenas insinuado, que llevaba a lejanos caseríos. Pero hacia el sur, a pocos centenares de pasos de la Casa Roja, toda huella humana desaparecía. Y hasta toda huella de vida animal. Si exceptuamos el relampaguear rojizo de alguna ardilla, o la siniestra mirada de alguna culebra de agua enroscada a un tronco podrido. No había senderos ni rastros de leñadores, nada: sólo silencio, abandono, y troncos de árboles en cualquier dirección, troncos pálidos de los abedules, rojizos y oscuros de las coníferas, tendidos hacia los cielos invisibles; como también invisible era el suelo, cubierto por una espesa capa de hojas secas y de agujas, de malezas salvajes que llegaban hasta la cintura.

La primera vez que entré allí aprendí a mi costa, con sorpresa y espanto, que el riesgo de «perderse en el bosque» no existía sólo en los cuentos. Llevaba andando aproximadamente una hora, orientándome como mejor podía por el sol, visible acá y allá y donde las ramas eran menos espesas; pero luego el cielo se cubrió, amenazando lluvia y, cuando quise dar la vuelta, me di cuenta de que había perdido el norte. ¿El musgo de los troncos?, por todas partes había. Me apresuré en la dirección que me parecía más apropiada: pero después de un camino largo y penoso entre los zarzales y los troncos cortados, me encontraba en otro lugar tan poco diferenciable como aquel del que

venía.

Entonces me puse a andar horas enteras, cada vez más cansado y nervioso, casi hasta el crepúsculo: y ya pensaba que aunque los amigos hubiesen salido en mi busca no podrían encontrarme, o me encontrarían después de muchos días agotado por el hambre, tal vez ya muerto. Cuando la luz del día empezó a palidecer, se levantaron nubes de mosquitos gordos y hambrientos, y de otros insectos que no podría describir, gordos y duros como balas de fusil, que se lanzaban como flechas de tronco a tronco golpeándome la cara. Entonces decidí seguir andando en línea recta, aproximadamente hacia el norte (dejando a la izquierda una franja de cielo ligeramente más luminoso, que debía corresponder al poniente) y andar sin detenerme hasta que encontrase la carretera general, o al menos un sendero o una trocha. Avancé en el larguísimo crepúsculo del verano nórdico hasta casi la oscuridad total, presa ya de un orgasmo pánico, del miedo antiquísimo a las tinieblas, al bosque y al vacío. A pesar del cansancio, experimentaba un impulso violento de echar a correr, en cualquier dirección, y de correr hasta que me faltasen las fuerzas y el aliento.

De repente oí el silbido de un tren: tenía la vía a mi derecha, mientras que, de acuerdo con lo que me había imaginado, debía estar muy alejado a la izquierda. Por consiguiente, estaba andando en dirección equivocada. Siguiendo el estrépito del tren llegué a la vía antes de caer la noche y, siguiendo los relucientes raíles en dirección de la Osa Menor que había reaparecido entre las nubes, llegué, sano y salvo, a Staryje Doroghi, y de allí a la Casa Roja.

Pero había quien se había ido a vivir al bosque, y el primero fue Cantarella, uno de los «rumanos», que había descubierto que tenía vocación de ermitaño. Cantarella era un marinero calabrés altísimo de estatura y de una delgadez ascética, taciturno y misántropo. Se había construido una cabaña de troncos y ramas a media hora del campo, y vivía allí en la soledad más salvaje, vestido sólo con un taparrabos. Era un contemplativo, pero no un vago: ejercía una curiosa actividad sacerdotal.

Tenía un martillo y una especie de yunque rudimentario, que había hecho con un residuo de la guerra y lo había adaptado a un tocón: con estos instrumentos, y con latas vacías de conserva, fabricaba ollas y sartenes con gran habilidad y una diligencia religiosa.

Las fabricaba por encargo, para las nuevas parejas. Cuando, en nuestra variopinta comunidad, un hombre y una mujer decidían hacer vida en común, y por consiguiente sentían la necesidad de un mínimo de utensilios para poner casa, iban a donde estaba Cantarella cogidos de la mano. Él, sin preguntar nada; se ponía a trabajar, y en poco más de una hora, con sabios golpes de martillo, doblaba y rebatía la

hojalata hasta darle la forma que los cónyuges deseaban. No pedía nada por ello, pero aceptaba donativos en especie, pan, queso, huevos; así se celebraba el matrimonio y así vivía Cantarella.

Había otros habitantes en el bosque: me di cuenta un día, al seguir por casualidad por un sendero que se adentraba hacia occidente, rectilíneo y cuidado, que hasta entonces no había descubierto. Conducía a una parte del bosque particularmente espesa, cruzaba una antigua trinchera y terminaba en la puerta de una casamata hecha de troncos de árboles, casi completamente bajo tierra: solamente sobresalían de ella el tejado y una chimenea. Empujé la puerta y ésta cedió: dentro no había nadie pero no cabía duda de que estaba habitada. En el piso de tierra apisonada (barrido y limpio) había una pequeña estufa, platos, una escudilla militar; en un rincón, una yacija de heno; colgadas de las paredes, ropas femeninas y fotografías de hombres.

Volví al campo y descubrí que era el único que no lo sabía: en la casamata era notorio que vivían dos mujeres alemanas. Eran dos auxiliares de la Wehrmacht que no habían podido seguir a los alemanes en retirada y se habían quedado aisladas en los espacios rusos. Le tenían miedo a los rusos y no se habían entregado: habían vivido durante meses con mucha dificultad, de pequeños hurtos, hierbas, prostitución intermitente y furtiva con los ingleses y los franceses que habían ocupado la Casa Roja antes que nosotros; hasta que la instalación de los italianos allí les había traído prosperidad y seguridad.

Las mujeres de nuestra colonia eran pocas, no más de doscientas, y casi todas habían encontrado en seguida un arreglo estable; no estaban disponibles. Por eso, para un número in determinado de los italianos, ir «a ver a las chicas del bosque» se había convertido en una costumbre, y la única alternativa al celibato. Una alternativa que ejercía una atracción compleja: porque era un asunto secreto y vagamente peligroso (aunque mucho más para las mujeres que para ellos), porque las chicas eran extranjeras y medio salvajes, porque estaban en una gran necesidad y, por consiguiente, se tenía la sensación exaltante de estar «protegiéndolas», y por el escenario de cuento de aquellos encuentros.

No sólo Cantarella sino también el Velletrano, se habían encontrado a sí mismos en el bosque. El experimento de trasplantar a la civilización a un «salvaje» se ha intentado varias veces, casi siempre con un gran éxito, para demostrar la unidad fundamental de la especie humana; en el Velletrano se realizaba la experiencia inversa, ya que, originario éste de las calles superpobladas del Trastévere, se había convertido en salvaje con asombrosa facilidad.

En realidad, muy civilizado no debía de haber sido nunca. El

Velletrano era un judío de unos treinta años, superviviente de Auschwitz. Debía de haber sido un problema para el funcionario del Lager encargado de los tatuajes, porque sus dos antebrazos musculosos estaban completamente cubiertos de tatuajes preexistentes: los nombres de sus mujeres, como me explicó Cesare que hacía tiempo que lo conocía; me contó también que el Velletrano no se llamaba Velletrano ni había nacido en Velletri, sino que había sido criado allí.

Casi nunca pasaba la noche en la Casa Roja: vivía en el bosque, descalzo y semidesnudo. Vivía como nuestros primitivos antepasados: tendía trampas a las liebres y a los lobos, subía a los árboles en busca de nidos, abatía las tórtolas a pedradas, y no desdeñaba los gallineros de los caseríos más alejados; cogía setas, y bayas tenidas generalmente por no comestibles; por las tardes no era raro encontrarlo agachado y en cuclillas delante de una gran hoguera en las proximidades del campo, canturreando y asando la pieza cobrada en el día. Luego, se dormía sobre la tierra desnuda, echado junto a las brasas. Pero, como a pesar de todo era humano, perseguía a su manera la virtud y el conocimiento, y perfeccionaba de día en día sus artes y sus instrumentos: se hizo un cuchillo, luego una lanza arrojadiza y un hacha, y si hubiera tenido tiempo no dudo de que habría descubierto de nuevo la agricultura y el pastoreo.

Cuando había tenido un buen día se volvía sociable y hospitalario: a través de Cesare que se prestaba encantado a presentarlo como un fenómeno de feria y a contar sus legendarias aventuras anteriores, invitaba a todo el mundo a unos festines homéricos de carne tostada por el fuego y, si alguien rehusaba, se ponía de mal humor y sacaba el cuchillo.

Luego de unos días de lluvia, y otros de sol y de viento, las setas y los arándanos crecieron con tal abundancia que su interés en ellos apareció no ya sólo bajo el aspecto geórgico y deportivo sino bajo el utilitario. Todos, tomadas las oportunas precauciones para no perder el camino de vuelta, nos pasábamos días enteros cogiéndolos. Los arándanos, en arbustos mucho más altos que los nuestros, eran gordos como nueces, y sabrosos: nos los llevábamos al campo a kilos, y hasta intentamos (aunque en vano) hacer fermentar su zumo en vino. En cuanto a las setas, las había de dos variedades: unas eran los hongos normales, sabrosos y comestibles con toda seguridad; los otros se les parecían en la forma y el olor, pero eran más gruesos y leñosos y de colores algo distintos.

Ninguno de nosotros estaba seguro de que los últimos fuesen comestibles; pero ¿se los podía dejar marchitar en el bosque? No se podía: todos estábamos mal nutridos, y además estaba demasiado reciente en nuestra memoria el recuerdo del hambre de Auschwitz, transformado en un violento estímulo mental que nos obligaba a

llenarnos el estómago hasta más no poder y nos prohibía imperiosamente renunciar a cualquier ocasión de comer. Cesare cogió una buena cantidad, los hirvió según precauciones y cautelas que yo desconocía, añadiendo a la cazuela vodka y ajo comprados en el pueblo, «que matan todo veneno». Luego, comió él mismo, pero poco, y ofreció un poco a mucha gente, de modo que se repartiese el riesgo y se pudiese disponer al día siguiente de un buen número de casos para la deducción. Al día siguiente dio una vuelta por los dormitorios y nunca había estado tan ceremonioso y solícito: «¿Cómo está, sor Elvira? ¿Cómo está, don Vicente? ¿Han dormido bien? ¿Han pasado una buena noche?», y, mientras tanto, los miraba a la cara con ojo clínico. Todos estaban estupendamente, los hongos extraños se podían comer.

Los más perezosos y los más ricos no necesitaban ir al bosque para encontrar alimentos «extra». Pronto los contactos comerciales entre el pueblo de Staryje Doroghi y los huéspedes de la Casa Roja se hicieron intensos. Todas las mañanas llegaban campesinas con cestas y cubos; se sentaban en el suelo, y se quedaban inmóviles durante horas en espera de los clientes. Si empezaba a llover con fuerza no se movían de donde estaban y lo único que hacían era echarse las faldas sobre la cabeza. Los rusos intentaron echarlas de allí dos o tres veces, pegaron dos o tres carteles bilingües que amenazaban a quienes desobedeciesen con penas de una severidad insensata, y luego, como de costumbre, se desinteresaron de la cuestión y los negocios siguieron sin complicaciones.

Había campesinas viejas y jóvenes: las primeras, vestidas a la manera tradicional, con chaquetas y faldas enguatadas y pespunteadas, y con el pañuelo atado a la cabeza; las otras, vestidas de algodón, la mayoría descalzas, francas, atrevidas y de fácil risa, pero no desvergonzadas. Además de los hongos, los arándanos y las frambuesas, vendían leche, queso, huevos, pollos, verdura y fruta; a cambio aceptaban pescado, pan, tabaco y cualquier prenda de vestir o pedazo de tela, hasta el más roto y andrajoso; también rublos, claro, de quien todavía los tuviese.

Cesare, en poco tiempo las conoció a todas, especialmente a las jóvenes. Yo iba frecuentemente con él a ver a las rusas para asistir a sus interesantes regateos. No quiero negar la utilidad de que en una relación de negocios se hable la misma lengua, pero puedo afirmar, por experiencia, que esta condición no es estrictamente necesaria: cada uno de los dos sabe bien qué es lo que el otro quiere, no conoce inicialmente la intensidad de tal deseo, el uno de comprar y el otro de vender, pero la deduce muy aproximadamente por la expresión de la cara, de sus gestos y del número de sus réplicas.

He aquí que Cesare se presenta muy temprano en el mercado con

un pescado. Busca y encuentra a Irina, de su misma edad y amiga suya, cuya simpatía se ha conquistado hace tiempo llamándola «Greta Garbo» y regalándole un lápiz. Irina tiene una vaca y vende leche, «molokó»; muchas veces, por la tarde, al volver de los pastos, se para delante de la Casa Roja y ordeña la leche directamente en los cacharros de sus clientes. Esta mañana se trata de ponerse de acuerdo en cuánta leche pueda valer el pescado de Cesare: Cesare enseña una olla de dos litros (es de las de Cantarella, la ha obtenido de un *ménage* que se ha disuelto por incompatibilidad), y hace una señal con la mano extendida marcando un palmo: la quiere llena. Irina se ríe, y contesta con palabras vivaces y armoniosas, seguramente lindezas; aleja de un manotazo la mano de Cesare, y señala con dos dedos la mitad de la altura de la olla.

Ahora es Cesare quien se indigna: blande el pescado (que no está manipulado), lo levanta en el aire por la cola con un esfuerzo enorme, como si pesase veinte kilos, dice: «¡Es una ribona!», luego lo pasa ante la nariz de Irina y, al hacerlo, cierra los ojos e inspira largamente, como embriagado por el aroma del pescado. Aprovechando el segundo que Cesare está con los ojos cerrados, rápida como un gato Irina le arrebata el pescado, le arranca limpiamente la cabeza con sus dientes blanquísimos, y le da a Cesare en la cara con el cuerpo flácido y mutilado, con toda la notable fuerza que tiene. Luego, para no estropear su amistad y el trato comercial, toca la olla a tres cuartos de su altura: un litro y medio. Cesare, medio aturdido por el golpe, barbota con voz cavernosa: «¡Eh, túuuuu, cómo te pones!», y añade otras galanterías obscenas, apropiadas para restablecer su honor viril; pero luego acepta la última oferta de Irina, y le deja el pescado que ella devora sin perder un momento. Nos encontraríamos más tarde con la voraz Irina, en varias ocasiones, en un contexto más bien embarazoso para nosotros los latinos, pero completamente normal para ella.

En un claro del bosque, a media distancia entre el pueblo y el campo, estaban los baños públicos que no faltaban en ningún pueblo ruso y que, en Staryje Doroghi, funcionaban en días alternos para los rusos y para nosotros. Era una gran barraca de madera, con dos largos bancos de piedra dentro y, esparcidas por todas partes, tinas de zinc de distintos tamaños. En la pared, grifos de agua fría y caliente a voluntad. Lo que no era a voluntad era el jabón, que era distribuido con mucha cicatería en el vestuario. La funcionaria encargada de la distribución del jabón era Irina.

Estaba junto a una mesita donde había una barra de jabón grisáceo y maloliente, y tenía en la mano un cuchillo. Nos desnudábamos, entregábamos las ropas para que las desinfectasen y nos poníamos en fila completamente desnudos delante de la mesa de

Irina. En esta misión de funcionario público, la chica era muy seria e incorruptible: con el ceño fruncido por la atención y la lengua infantilmente apretada entre los dientes, cortaba una rebanadita de jabón para cada aspirante al baño: un poco más fina para los delgados, un poco más gruesa para los gordos, no sé si porque se lo habían dicho así o porque le movía a ello una exigencia inconsciente de justicia distributiva. Ni un músculo de la cara se le alteraba ante las impertinencias de los clientes más desvergonzados.

Después del baño teníamos que recoger nuestras ropas en la cámara de desinfección: y ésta era otra sorpresa del régimen de Staryje Doroghi. La cámara estaba a 120 grados; cuando nos dijeron la primera vez que teníamos que entrar a buscar la ropa nosotros mismos nos miramos perplejos: los rusos están hechos de hierro, ya lo habíamos visto en muchas ocasiones, pero nosotros no, y nos abrasaríamos. Luego, hubo alguien que se decidió a probar, y vimos que la empresa no era tan terrible como parecía siempre que se tomasen las siguientes precauciones: entrar muy mojados, saber con anticipación el número de nuestra percha, tomar aliento antes de entrar y no respirar hasta volver a salir, no tocar ningún objeto metálico y, sobre todo, hacerlo todo de prisa.

Las ropas desinfectadas ofrecían fenómenos interesantes: piojos muertos y aplastados, extrañamente deformados; estilográficas de baquelita olvidadas en el bolsillo de algún potentado, torcidas y con el capuchón pegado; cabos de vela fundidos y embebidos en la tela; un huevo —dejado en un bolsillo con propósito experimental— desecado y resquebrajado, convertido en una masa córnea aunque todavía comestible. Pero los dos bañeros rusos entraban y salían de aquel horno con una indiferencia completa, como las salamandras legendarias.

Los días en Staryje Doroghi iban pasando así, en una interminable indolencia, somnolienta y benéfica como unas largas vacaciones, interrumpida sólo, de vez en cuando, por el pensamiento doloroso de la casa lejana, y por el encanto de la naturaleza reencontrada. Era inútil preguntarle a los rusos de la jefatura por qué no regresábamos, cuándo íbamos a regresar, de qué manera, qué porvenir nos aguardaba: no sabían más que nosotros, o bien, con inocencia cortés, nos lanzaban respuestas imaginarias, o aterradoras, o insensatas. Que no había trenes o que iba a estallar una guerra con América; que iban a mandarnos pronto a trabajar en un koljoz o que estaban esperando a intercambiarnos por prisioneros rusos en Italia. Nos anunciaban éstas u otras enormidades sin odio ni burla, con una solicitud casi afectuosa, como se habla a los niños que preguntan demasiado, para que se queden tranquilos. En realidad, no entendían aquella prisa nuestra por

volver a casa: ¿no teníamos comida y cama?, ¿qué nos faltaba en Staryje Doroghi? Ni siquiera teníamos que trabajar; y es que ellos, soldados del Ejército Rojo, que habían estado cuatro años en la guerra y la habían ganado, ¿se quejaban de no haber vuelto a su casa?

Y la verdad es que volvían a sus casas a cuentagotas, lentamente, y según las apariencias, en un desorden extremo. El espectáculo de la desmovilización rusa, que ya nos había dejado pasmados en la estación de Katowice, continuaba ahora bajo otro aspecto ante nuestros ojos, día tras día; y ya no era por la vía sino por la carretera que pasaba por delante de la Casa Roja, por donde iban los restos del ejército vencedor, de occidente hacia oriente, en pelotones cerrados o diseminados, a toda hora del día y de la noche. Pasaban hombres a pie, muchas veces descalzos y con los zapatos al hombro para no gastar las suelas, porque el camino era largo; con uniforme o no; desarmados o armados; unos cantando alegremente, otros fúnebres y agotados. Los había que llevaban al hombro sacos o maletas; otros, los enseres más extraños: una silla forrada, una lámpara de pie, cazuelas de cobre, una radio, un reloj de pesas.

Había otros que pasaban en carros o a caballo; otros en motocicleta, en bandadas, ebrios de velocidad, con un fragor infernal. Pasaban autocares Dodge, hechos en América, con hombres apiñados hasta sobre el capó y los guardabarros; algunos arrastraban un remolque igual de cargado. Vimos uno de estos remolques que avanzaba sobre tres ruedas: en lugar de la cuarta le habían atado, lo mejor que habían podido, un pino en posición oblicua, de manera que uno de sus extremos se apoyase en el suelo y fuese arrastrando. A medida que el tronco se iba desgastando con el roce, lo empujaban hacia abajo, de manera que se conservase el equilibrio del vehículo. Casi delante de la Casa Roja, uno de los tres neumáticos que quedaban se desinfló; los ocupantes, unos veinte, bajaron, empujaron el remolque fuera de la carretera y, a su vez, se arrojaron sobre el autocar, ya hasta los topes, que arrancó entre una nube de polvo mientras todos gritaban «¡Hurra!». Pasaban también, sobrecargados, otros vehículos insólitos: tractores agrícolas, furgones postales, autobuses alemanes que habían pertenecido a líneas urbanas y todavía llevaban los letreros con los nombres de las paradas de Berlín: algunos ya averiados, arrastrados por otros vehículos de motor o por caballos.

Hacia primeros de agosto esta emigración múltiple empezó a cambiar insensiblemente de naturaleza. Poco a poco, los caballos empezaron a prevalecer sobre los vehículos: una semana más tarde no se veían más que caballos, la carretera les pertenecía. Debían de ser todos los caballos de la Alemania ocupada, decenas de millares por día: pasaban interminablemente, entre una nube de moscas y de tábanos y un penetrante olor ferino, cansados, sudados, hambrientos;

los empujaban y los azuzaban con gritos y latigazos unas muchachas que iban a caballo, una por cada cien o más animales: sin silla, descalzas de pierna y pie, acaloradas, desgreñadas. Al caer la tarde empujaban a los caballos hasta los prados y bosques que había a lo largo de la carretera, para que paciesen en libertad y descansasen hasta el amanecer. Había caballos de tiro, caballos de carreras, mulos, jumentos con el muleto a las ancas, viejos rucios anquilosados, acémilas; pronto nos dimos cuenta no sólo de que no estaban contados sino de que sus rabadanes no se preocupaban nada de las bestias que se salían de la carretera porque estaban cansadas, enfermas o cojas, ni de las que se perdían por la noche. Los caballos eran tantos y tantos: ¿qué podía importar que llegasen a su destino unos cuantos más o menos?

Pero para nosotros, casi ayunos de carne desde hacía dieciocho meses, un caballo más o menos tenía una importancia enorme. Quien abrió la veda fue, naturalmente, el Velletrano: vino a despertarnos una mañana, ensangrentado de pies a cabeza; llevaba todavía en la mano el arma principal de la que se había valido, una astilla de granada atada con unas tiras de cuero a un palo horquillado.

Por lo que pudimos deducir (ya que el Velletrano no se explicaba muy bien), resultó que le había dado el golpe de gracia a un caballo seguramente agonizante: el pobre animal tenía un aspecto bastante equívoco, la panza hinchada resonaba como un tambor, le babeaba la boca; y debía de haber estado pateando toda la noche presa de quién sabe qué tormentos porque, echado de costado, había excavado en la hierba, con las pezuñas, dos profundos semicírculos de tierra oscura. Pero, en todo caso, nos lo comimos.

A continuación, se formaron distintas parejas de cazadores-carniceros especializados, que ya no se contentaban con abatir los caballos enfermos o dispersos sino que elegían los más gordos, los hacían salir de la manada deliberadamente y luego los mataban en el bosque. Actuaban preferentemente con las primeras luces del alba: uno cubría con un paño los ojos del animal y el otro le asestaba el golpe mortal (que no siempre lo era) en la cerviz.

Fue un período de loca abundancia: había carne de caballo para todos, sin limitaciones, gratis: a lo más los cazadores pedían por un caballo muerto dos o tres raciones de tabaco. En todos los rincones del bosque y cuando llovía en los pasillos y debajo de las escaleras de la Casa Roja, se veía a hombres y mujeres ocupados en guisar enormes bistecs de caballo con setas: sin las cuales los supervivientes de Auschwitz hubiésemos tardado todavía muchos meses en recobrar las fuerzas.

Pues ni a este saqueo le dedicaron los rusos de la Jefatura la menor atención. Hubo una sola intervención rusa y un único castigo:

ya cuando el paso se estaba terminando, cuando la carne de caballo escaseaba y el precio tendía a subir, uno de la congregación de San Vittore tuvo la desfachatez de abrir una carnicería auténtica en uno de los muchos cuchitriles de la Casa Roja. Esta iniciativa no les gustó a los rusos, no supimos si por razones higiénicas o morales: el culpable fue reprendido públicamente, declarado «crt (diablo), parazít, spjekulánt», y arrojado al calabozo.

No fue un castigo muy duro: al calabozo, por alguna oscura razón, puede que por atavismo burocrático de un tiempo en que los prisioneros debían ser tres durante mucho tiempo, le correspondían tres raciones alimenticias diarias. Que los detenidos fuesen nueve, o uno, o ninguno, no importaba: las raciones seguían siendo tres. Y el atrevido carnicero salió del calabozo al terminar de cumplir su condena, después de diez días de sobrealimentación, gordo como un cerdo y lleno de alegría de vivir.

Vacaciones

Como sucede siempre, el fin del hambre puso al descubierto y nos hizo conscientes de un hambre más profunda que llevábamos dentro: no sólo el deseo de estar en nuestra casa, en cierto modo descartado y proyectado hacia el futuro, sino una necesidad más urgente e inmediata de contactos humanos, de trabajo mental y físico, de novedades y variedad.

La vida de Staryje Doroghi, que habría sido poco menos que perfecta si la hubiéramos podido interpretar como un paréntesis de vacaciones en medio de una existencia ocupada, empezaba a pesarnos por el mismo ocio total al que nos obligaba. En estas condiciones hubo bastantes que se fueron en busca de aventuras. No podríamos hablar de fuga ya que el campo no estaba vigilado ni cercado y los rusos no nos contaban o no nos contaban bien: sencillamente, se despidieron de los amigos y se pusieron en camino a campo traviesa. Encontraron lo que querían: vieron países y gente, llegaron lejísimos, algunos hasta Odesa o hasta Moscú, otros hasta las fronteras; conocieron las cárceles de las aldeas perdidas, la hospitalidad bíblica de los campesinos, los amores vagos, los interrogatorios debidamente insípidos de la policía, otra vez el hambre y la soledad. Volvieron a Staryje Doroghi casi todos, ya que, si era cierto que alrededor de la Casa Roja no había alambradas, habían encontrado cerrado a piedra y lodo el legendario confín con occidente que intentaban traspasar.

Volvieron y se resignaron a aquel régimen de limbo. Los días del verano nórdico eran larguísimos: clareaba ya a las tres de la mañana, y el atardecer se arrastraba inexorablemente hasta las nueve, las diez de la noche. Las excursiones por el bosque, las comidas, el sueño, los baños arriesgados en los pantanos, las conversaciones que se repetían, los proyectos para el porvenir, no bastaban para abreviar aquella espera y para aliviar el peso que crecía de día en día.

Intentamos acercarnos a los rusos con escaso éxito. Los más evolucionados (que hablaban alemán o inglés) se mostraban con nosotros corteses, pero desconfiados, y con frecuencia interrumpían bruscamente una conversación como si se sintiesen culpables o vigilados. Con los más simples, con los soldados de diecisiete años de la jefatura y con los campesinos de los alrededores, las dificultades de lenguaje nos obligan a tener relaciones truncadas y elementales.

Son las seis de la mañana, pero hace un rato que la luz del día ha ahuyentado el sueño. Con una sartén de patatas organizadas por Cesare me dirijo a un bosquecillo por donde corre un arroyuelo: como aquí hay agua y leña es nuestro lugar favorito para las operaciones

culinarias y hoy estoy yo encargado de lavar los platos y de la comida que hay que hacer después. Enciendo una hoguera entre tres piedras: y he aquí que hay un ruso un poco más lejos, pequeño pero nervudo, de cerrada máscara asiática, entregado a preparativos iguales a los míos. No tiene cerillas: se me acerca y a lo que parece me pide fuego. Está desnudo de medio cuerpo para arriba, sólo lleva puestos los pantalones del uniforme, y no tiene un aire muy tranquilizador. Lleva la bayoneta colgando del cinturón.

Le tiendo un palito encendido: el ruso lo coge y se queda allí mirándome con curiosidad sospechosa. ¿Piensa que he robado las patatas? ¿O está pensando en quitármelas? ¿O me ha confundido con alguien que no le es simpático?

Pues no, lo que le preocupa es otra cosa. Se ha dado cuenta de que no hablo ruso y esto lo contraría. El hecho de que un hombre, adulto y normal, no hable ruso, y por consiguiente no hable, le parece una actitud de una arrogancia insolente, como si yo me negase a contestarle clara y llanamente. No tiene mala intención, y hasta está dispuesto a echarme una mano y a elevarme por encima de mi culpable condición de ignorancia: el ruso es tan fácil, lo habla todo el mundo, hasta los niños que no saben andar. Se sienta junto a mí; yo sigo temiendo por las patatas y no le quito la vista de encima: pero él, según todas las apariencias, no tiene otra cosa en el ánimo sino ayudarme a recuperar el tiempo perdido. No entiende, no admite mi posición de rechazo: me quiere enseñar su lengua.

Pero como maestro no vale mucho: le faltan método y paciencia, y además se apoya en el presupuesto equivocado de que yo puedo seguir sus explicaciones y sus comentarios. Mientras se trata de palabras, todavía las cosas van bien, y en el fondo el juego no me disgusta. Me señala una patata y dice: «Kartofel»; luego me aferra por el hombro con su zarpa poderosa, me pone el índice debajo de la nariz, tiende la oreja y se queda a la espera. Yo repito: «Kartofel». Pone cara de asco; mi pronunciación no es buena: ¡ni siquiera la pronunciación! Vuelve dos o tres veces a intentarlo, luego se cansa y cambia de vocablo. «Ogón», dice, señalando la hoguera: aquí lo hago mejor, parece que mi repetición lo contenta. Mira alrededor en busca de otros objetos pedagógicos, luego me mira fijamente con intensidad, como si quisiera hipnotizarme, y de repente, fulmíneo, saca la bayoneta de la funda y la blande en el aire.

Yo doy un salto y echo a correr hacia la Casa Roja: que se fastidien las patatas. Pero después de unos pasos oigo resonar a mi espalda una risotada de ogro: la broma le ha salido bien.

—Britva —me dice, haciendo brillar el arma al sol; y yo lo repito, no muy tranquilo. Él, con un golpe de paladín corta limpiamente la rama de un árbol: me la enseña y me dice: «Dérevo». Yo repito:

«Dérevo».

—Ja rússkij soldát! —Yo repito, lo mejor que puedo: «Ja I rússkij soldát». Otra risotada, que me suena despectiva: él es quien es soldado ruso, no yo, y es muy distinto. Me lo explica confusamente, con un mar de palabras, señalando ora mi pecho ora el suyo, y haciendo sí o no con la cabeza. Debe considerarme un pésimo alumno, un caso desesperado de torpeza; con gran alivio mío, se vuelve a su hoguera y me abandona a mi barbarie.

Otro día, pero a la misma hora y en el mismo sitio, me encuentro con un espectáculo desacostumbrado. Hay un grupo de italianos en torno a un marinero ruso, jovencísimo, alto, de movimientos rápidos y prontos. Está «contando» un episodio de guerra; y como sabe que no entienden su lengua se expresa como puede, de un modo evidentemente tan espontáneo como la palabra: se expresa con todos los músculos, con las arrugas precoces que le marcan la cara, con el brillo de los ojos y los dientes, con saltos y con gestos, y todo ello forma una danza solitaria llena de fascinación y de ímpetu.

Es de noche, «nóc»: da una vuelta lentamente con las manos abiertas y las palmas hacia abajo. Todo está silencioso: pronuncia un largo «sst» con el índice paralelo a la nariz. Guiña los ojos y señala el horizonte: allá abajo, lejos, lejos, están los alemanes, «niemtzy». ¿Cuántos? Cinco, señala con los dedos; «finef», añade luego en yiddish para mayor claridad. Excava con la mano un pequeño hoyo redondo en la arena, y pone allí cinco palitos echados: son los alemanes; y luego un sexto palito clavado oblicuamente, es la «masína», la ametralladora. ¿Qué hacen los alemanes? Aquí los ojos le brillan con alegría salvaje: «spats», duermen (y ronca despacio él mismo un momento); están dormidos, los insensatos, no saben lo que les espera.

¿Qué ha hecho? Esto es lo que ha hecho: se ha acercado, despacito, del lado opuesto al que sopla el viento, como un leopardo. Luego, de repente, ha saltado dentro del nido con el cuchillo en la mano: y repite, y a todo entregado al éxtasis escénico, sus actos de entonces. El acecho, y la pelea fulmínea y atroz se repiten ante nuestros ojos: el hombre, con el rostro transfigurado por una risa tensa y siniestra, se transforma en un torbellino: da saltos hacia adelante y hacia atrás, da golpes delante de él, a los lados, arriba, abajo, en una explosión de energía mortífera; pero es un furor lúcido, su arma (real, un largo cuchillo que ha sacado de una bota) penetra, hiende, descuartiza con ferocidad y a la vez con una tremenda pericia, a un metro delante de nuestros ojos.

De repente el marinero se detiene, se endereza lentamente, el cuchillo se le cae de la mano: respira ansiosamente, tiene la mirada apagada. Mira al suelo, como asombrado de no ver allí los cadáveres y la sangre; mira, perdido, vacío, a su alrededor; nos ve, y nos dirige

una tímida sonrisa infantil. «Konieno», dice: ha terminado; y se va con paso lento.

Muy distinto, y tan misterioso entonces como ahora, era el caso del Teniente. El Teniente (nunca, y probablemente no importa nada, pudimos saber su nombre) era un joven ruso escuchimizado y oliváceo, siempre con las cejas fruncidas. Hablaba italiano perfectamente, con un acento ruso tan ligero que podía confundirse con cualquier entonación italiana dialectal: pero con nosotros, a diferencia de los demás rusos, manifestaba poca cordialidad y simpatía. Era el único a quien podíamos hacerle preguntas: ¿cómo es que hablaba italiano?, ¿por qué estaba con nosotros?, ¿por qué nos tenían detenidos en Rusia cuatro meses después de haber terminado la guerra?, ¿éramos rehenes?, ¿se habían olvidado de nosotros?, ¿por qué no podíamos escribir a Italia?, ¿cuándo íbamos a volver?... Pero a todas estas preguntas, pesadas como el plomo, el Teniente contestaba de un modo cortante y elusivo, con una seguridad y una autoridad que no concordaban con su no muy elevado rango jerárquico. Advertimos que también sus superiores lo trataban con una extraña deferencia, como si le temieran.

Mantenía, con los rusos y con nosotros, un sombrío distanciamiento. No se reía nunca, no bebía, no aceptaba convites, ni siquiera cigarrillos: hablaba poco, con palabras cautas que parecía que pesaba una a una. En sus primeras apariciones nos había parecido natural pensar en él como en un intérprete y delegado ante la jefatura rusa, pero pronto se vio que su cometido (siempre que tuviese uno y su comportamiento no fuese tan sólo un modo complicado de darse importancia) debía de ser otro, y preferimos callarnos en su presencia. Por algunas frases reticentes nos dimos cuenta de que conocía bien la topografía de Turín y de Milán. ¿Había estado en Italia? «No», nos contestó secamente, sin dar más explicaciones.

La salud pública era excelente, y los clientes de la enfermería eran pocos y siempre los mismos: algunos con forúnculos, los acostumbrados enfermos imaginarios, alguna sarna, algunas colitis. Un día se presentó una mujer que sentía vagos trastornos: náuseas, dolor de espalda, vértigos, oleadas de calor. Leonardo la reconoció: tenía cardenales por todas partes, pero dijo que no le preocupaban, se había caído por las escaleras. Con los medios de que disponíamos no era fácil un diagnóstico muy fundamentado, pero, por exclusión, y dados los numerosos precedentes entre nuestras mujeres, Leonardo declaró a la paciente que muy probablemente se trataba de un embarazo en el tercer mes. La mujer no manifestó ni alegría ni angustia ni sorpresa ni indignación: lo aceptó, dio las gracias, y no se fue. Volvió a sentarse en el banquito del pasillo, como si estuviese esperando a alguien.

Era una muchacha pequeña y morena, de unos veinticinco años, de aspecto doméstico, sumida y ensimismada: su cara, no muy atrayente ni expresiva, no me parecía nueva; tampoco su manera de hablar, de gentiles inflexiones toscanas.

Con toda seguridad la conocía, pero no de Staryje Doroghi. Experimentaba la sensación inconcreta de un desfasamiento, de una transposición, de una importante inversión de nuestras relaciones que, sin embargo, no acertaba a definir. De modo vago, pero insistente, yo asociaba a aquella imagen femenina un nudo de sentimientos intensos: admiración humilde y lejana, agradecimiento, frustración, miedo, y hasta un abstracto deseo pero, sobre todo, angustia profunda e indeterminada.

Como seguía en el banco, quieta y tiesa sin ninguna señal de impaciencia, le pregunté si necesitaba algo: el ambulatorio había terminado, no había más pacientes, era hora de cerrar. «No, no —me contestó—: no necesito nada. Ahora me voy». ¡Flora! El recuerdo nebuloso tomó bruscamente cuerpo, se coaguló en un cuadro preciso, definido, rico en detalles de tiempo y lugar, de colores, de estados de ánimo retrospectivos, de atmósfera, de olores. Era Flora, aquélla, la italiana de las cantinas de Buna, la mujer del Lager, objeto de mis ensueños y los de Alberto durante más de un mes, símbolo inconsciente de la libertad perdida que no esperábamos volver a tener. Flora, encontrada hacía un año, y parecían ciento...

Flora era una prostituta de provincia, que había terminado en Alemania con la Organización Todt. No sabía alemán y no sabía hacer ningún trabajo, así que la habían puesto a barrer los suelos en la fábrica de Buna. Barría durante todo el día, fatigosamente, sin cambiar una palabra con nadie, sin levantar los ojos de la escoba y su faena sin fin. Parecía que nadie se preocupaba por ella, y ella, como si le temiese a la luz del día, subía lo menos posible a los pisos superiores: barría las cantinas interminablemente de arriba abajo, y luego volvía a empezar, como una sonámbula.

Era la única mujer que veíamos hacía meses, y hablaba nuestra lengua, pero a los Häftlinge nos estaba prohibido dirigirle la palabra. A Alberto y a mí nos parecía guapísima, misteriosa, etérea. A pesar de la prohibición, que de alguna manera multiplicaba el encanto de nuestros encuentros añadiéndole el sabor pungente de lo ilícito, cambiamos con Flora algunas frases furtivas: nos dimos a conocer como italianos, y le pedimos pan. Se lo pedimos un poco de mala gana, conscientes de estar envileciéndonos nosotros mismos y envileciendo la calidad de aquel delicado contacto humano: pero el hambre, con la que es difícil transigir, nos obligaba a no desperdiciar la ocasión.

Flora nos llevó pan en muchas ocasiones: nos lo entregaba con

aire desvalido, en las esquinas oscuras del subterráneo, sorbiéndose las lágrimas. Tenía compasión de nosotros, y habría querido ayudarnos también de otras maneras, pero no sabía cómo y tenía miedo. Miedo de todo, como un animal indefenso: puede que de nosotros también, no directamente sino en cuanto personajes de aquel mundo extranjero e incomprensible que la había arrancado de su pueblo, le había puesto una escoba en la mano y la había confinado bajo tierra, a barrer suelos ya barridos cientos de veces.

Nosotros dos estábamos emocionados, agradecidos y llenos de vergüenza. Inesperadamente nos habíamos sentido conscientes de nuestro aspecto miserable, y sufríamos por ello. Alberto, que encontraba las cosas más extrañas porque siempre andaba con la vista pegada al suelo como un sabueso, se encontró un peine no sé dónde, y se lo regalamos solemnemente a Flora, que tenía pelo: después de lo cual nos sentimos ligados a ella por un lazo suave y limpio; por las noches soñábamos con ella. Por eso sufrimos un gran dolor, un absurdo e impotente ataque de celos y de desengaño, cuando la evidencia nos obligó a ver, y a no ocultárnoslo a nosotros mismos, que Flora se citaba con otros hombres. ¿Dónde y cómo, y con quiénes? En el lugar y de la manera menos elegantes: un poco más allá, sobre el heno, en una conejera clandestina organizada en el hueco de una escalera por una cooperativa de Kapos alemanes y polacos. No era necesario mucho: un guiño, una señal imperiosa con la cabeza, y Flora dejaba la escoba y seguía dócilmente al hombre del momento. Volvía sola, pocos minutos después; se arreglaba la ropa y volvía a barrer sin mirarnos a la cara. Luego de este desdichado descubrimiento el pan de Flora nos supo amargo; aunque no por ello dejamos de aceptarlo y de comérnoslo.

No me di a conocer a Flora, por caridad hacia ella y hacia mí mismo. Frente a aquellos fantasmas, a mi fantasma de Buna, a la mujer del recuerdo y a su reencarnación, me sentía cambiado, intensamente «otro», como una mariposa junto a una larva. En el limbo de Staryje Doroghi me sentía sucio, andrajoso, cansado, dolorido, extenuado por la espera, pero joven y lleno de posibilidades y vuelto hacia el porvenir: Flora, por el contrario, no había cambiado. Ahora vivía con un zapatero bergamasco, no conyugalmente sino como una esclava. Lavaba y guisaba para él, lo seguía mirándolo con ojos humildes y sumisos; el hombre, mezcla de toro y chimpancé, no la perdía de vista y le pegaba salvajemente a la menor sombra de sospecha. Por eso estaba cubierta de cardenales: había venido a la enfermería a escondidas, y ahora temía salir para enfrentarse con la cólera de su dueño.

En Staryje Doroghi nadie nos exigía nada, nada nos esperaba,

ninguna fuerza actuaba sobre nosotros, no teníamos que defendernos de nada: nos sentíamos inertes y asentados, como el sedimento de un aluvión. Y en esta vida nuestra entorpecida y sin incidentes, la llegada del furgón del cinematógrafo militar soviético marcó un hito memorable. Debía de ser una unidad itinerante, que habría estado en servicio para las tropas del frente o de la retaguardia, y ahora también estaba en el camino de retorno; constaba de un proyector, un grupo electrógeno, un surtido de películas, y el personal de servicio. Se quedó tres días en Staryje Doroghi y cada tarde dio una función.

Las proyecciones se hacían en la sala del teatro: era muy espaciosa, y las sillas que se habían llevado los alemanes habían sido sustituidas por bancos rústicos, en equilibrio inestable sobre el pavimento, que era un plano inclinado desde la pantalla hasta la galería. La galería, también inclinada, estaba reducida a una estrecha franja; la parte más alta, por un rasgo de ingenio de los misteriosos e inspirados arquitectos de la Casa Roja, había sido dividida y subdividida en una serie de cubículos sin aire y sin luz cuyas puertas se abrían hacia el escenario. Allí vivían las mujeres solas de nuestra colonia.

La primera tarde proyectaron una vieja película austriaca, mediocre y de poco interés para los rusos, pero para los italianos rica en emociones. Era una película de guerra y de espionaje, muda y con letreros en alemán, más exactamente: un episodio de la Primera Guerra Mundial en el frente italiano. Tenía el mismo candor y la misma retórica de las películas de esa clase de producción aliada: el honor militar, las fronteras sagradas, los combatientes heroicos pero fáciles de llanto como doncellas, las cargas a la bayoneta conducidas con un entusiasmo muy inverosímil. Pero todo estaba al revés: los austrohúngaros, oficiales y soldados, eran personajes nobles y gallardos, valerosos y caballerescos; caras espirituales y sensibles de guerreros estoicos, caras rudas y honradas de campesinos, que ya a primera vista inspiraban simpatía. Los italianos, todos, eran una caterva de vulgares bribones, marcados, todos, por aparatosos y ridículos defectos físicos: bizcos, obesos, cargados de hombros, patizambos, la frente baja y huidiza. Eran viles y feroces, brutales y de mala catadura: los oficiales, con caras de viciosa blandura, aplastadas bajo la mole desproporcionada del gorro en forma de cubo que conocemos por los retratos de Cardona y de Díaz; los soldados, con jetas porcinas o simiescas acentuadas por el casco que llevaban nuestros antepasados calado oblicuamente o echado sobre los ojos para esconder siniestramente la mirada.

El felón de los felones, un espía italiano en Viena, era un extraño esperpento, mitad D'Annunzio y mitad Vittorio Emanuele: de estatura absurdamente pequeña, hasta tal punto que estaba obligado a mirar a

todo el mundo de abajo arriba; llevaba monóculo y corbata de lazo, y se movía de un lado a otro de la pantalla con arrogantes y pequeños saltos de gallito. Reincorporado a las filas italianas, asistía con frialdad abominable al fusilamiento de diez civiles tiroleses inocentes. Los italianos, poco habituados como estábamos a vernos a nosotros mismos en el papel de «enemigos», odioso por definición, consternados ante la idea de ser odiados por cualquiera que fuese, sacamos de la película un placer complejo, no privado de turbación, y fuente de saludables meditaciones. Para la segunda tarde se anunció una película soviética, y el ambiente empezó a caldearse: entre los italianos porque era la primera película soviética que veíamos; entre los rusos porque el título prometía un episodio de guerra lleno de acción y de disparos. Se había corrido la voz e inesperadamente llegaron soldados rusos de guarniciones vecinas y lejanas formando un tumulto ante las puertas del teatro. Cuando éstas se abrieron, irrumpieron dentro como un río desbordado, saltando por encima de los bancos ruidosamente y amontonándose entre codazos y empujones.

La película era ingenua y lineal. Un avión militar soviético se veía obligado a descender por una avería en un territorio montañoso no precisado de la frontera; era un pequeño aparato de dos asientos y a bordo sólo iba el piloto. Una vez reparada la avería, a punto de despegar, aparecía un notable del lugar, un jeque con turbante y aire extraordinariamente sospechoso, y, con reverencias melifluas y genuflexiones turcas suplicaba que lo subiera a bordo. Cualquier idiota habría comprendido que aquel tipo era un bribón peligroso, probablemente un contrabandista, un jefe disidente o un agente extranjero: pero daba igual, el piloto, con insensata generosidad, cedía a sus prolijos ruegos y lo llevaba en el sillín posterior del aparato.

Se veía el despegue, algunas tomas magníficas de lo alto de cadenas montañosas resplandecientes de hielo (creo que se trataba del Cáucaso): el jeque, con secretos movimientos viperinos, se sacaba de entre los pliegues del manto un pistolón de tambor, apuntaba a la espalda del piloto y lo intimidaba a cambiar la ruta. El piloto, sin siquiera volver la cabeza, reaccionaba con fulmínea decisión: inclinaba el aparato y realizaba un brusco salto mortal. El jeque se dejaba caer en el asiento, presa del miedo y de las náuseas; el piloto, en lugar de ponerlo fuera de combate, proseguía tranquilamente su ruta hacia la meta fijada. Unos minutos más tarde, y después de otras admirables vistas de la alta montaña, el bandido se recuperaba, se arrastraba hacia el piloto, alzaba otra vez la pistola y repetía la intentona. Esta vez el avión caía en picado y se precipitaba kilómetros cabeza abajo, hacia un infierno de picos escarpados y de abismos; el jeque se desmayaba y el avión volvía a ponerse en marcha. El vuelo

continuaba así por espacio de una hora, con repetidas agresiones de parte del musulmán y con más acrobacias de parte del piloto; hasta que, tras una última intimidación del jeque, que parecía tener siete vidas como los gatos, el avión se dejaba caer; nubes, montes y glaciales daban vueltas fieras a su alrededor; por fin descendía sano y salvo en el campo de aterrizaje prefijado. El jeque, exánime, era maniatado; el piloto, fresco como una rosa, en lugar de ser sometido a una investigación recibía apretones de mano de sus desdeñosos superiores, el ascenso inmediato, y un tímido beso de una muchacha que parecía que lo estaba esperando hacía mucho tiempo.

Los soldados rusos del público habían seguido con fragorosa pasión la torpe aventura, aplaudiendo al héroe e insultando al traidor; pero eso no fue nada en comparación con lo que sucedió la tercera tarde.

Para la tercera tarde se anunció *Huracán* (Hurricane) una discreta película americana de los años treinta. Un marinero polinesio, versión moderna del «buen salvaje», hombre simple, fuerte y bondadoso, es provocado vulgarmente en una taberna por un grupo de borrachos blancos y hiere levemente a uno. La razón la tiene evidentemente él, pero nadie testimonia a su favor; es arrestado, procesado, y, ante su patético desconcierto, condenado a un mes de reclusión. No lo aguanta más de unos días: no sólo por su necesidad casi animal de libertad y porque no soporta las cadenas, sino principalmente porque siente, sabe, que no es él sino los blancos quienes han violado la justicia; si la ley de los blancos es ésta, entonces la ley es injusta. Mata a un guardián y escapa entre una lluvia de balas.

Ahora, el bondadoso marinero se ha convertido en un perfecto criminal. Se lo busca por todo el archipiélago, pero es inútil que lo busquen lejos: se ha vuelto tranquilamente a su pueblo. Vuelven a prenderlo y lo recluyen en un penal de una isla remota: trabajo y latigazos. Huye de nuevo, se arroja al mar desde un abrupto precipicio, roba un balandro y navega durante días hacia su tierra, sin comer ni beber: llega a ella exhausto mientras se acerca el huracán prometido por el título. El huracán se desencadena furioso, y el hombre, como un buen héroe americano, lucha solo contra los elementos, y salva no sólo a su mujer sino la iglesia, con el pastor y los fieles que habían creído encontrar refugio en ella. Rehabilitado de esta manera, con la muchacha al lado, se encamina hacia un porvenir feliz, bajo el sol que aparece entre las últimas nubes en fuga.

Esta peripecia, típicamente individualista, elemental, y no mal contada, desencadenó en los rusos un entusiasmo sísmico. Una hora antes del comienzo, ya una multitud tumultuosa (atraída por el cartel, que representaba a la muchacha polinesia, espléndida y muy poco vestida) se apretaba contra las puertas; casi todos eran soldados muy

jóvenes, armados. Estaba claro que en el gran «Salón Colgante» no cabían todos, ni siquiera en pie; precisamente por ello, luchaban encarnecidamente, a codazos, para conquistar la entrada. Uno se cayó, lo pisotearon, y al día siguiente vino a la enfermería; creíamos que iba a tener fracturas, pero no tenía más que algunas contusiones: era gente de huesos duros. En poco tiempo echaron abajo las puertas, las hicieron pedazos y blandieron los pedazos como mazas: la multitud que se aglomeraba de pie en el interior del teatro estaba ya, desde el principio, excitada y belicosa.

Era como si los personajes de la película, en lugar de sombras, fuesen amigos o enemigos de carne y hueso, al alcance de la mano. El marinero era aclamado por cada una de sus hazañas, saludado con hurras fragorosos y con las metralletas, peligrosamente blandidas por encima de sus cabezas. Los policías y los carceleros eran insultados sañudamente, acogidos con gritos de «fuera», «muera», «abajo», «déjalo en paz». Cuando después de su primera evasión, el fugitivo exhausto y herido fue encadenado nuevamente, y además escarnecido e insultado por la máscara sardónica y asimétrica de John Carradine, se desencadenó un pandemónium. El público se levantó gritando, en generosa defensa del inocente: una oleada de vengadores se movió amenazadoramente hacia la pantalla, insultada y detenida a su vez por elementos menos fogosos y más interesados en ver cómo terminaba todo. Contra la pantalla volaron piedras, terrones de tierra, astillas de las puertas demolidas, hasta una bota militar que se aplastó, con furiosa precisión, entre los ojos odiosos del mayor enemigo que campeaban en un enorme primer plano.

Cuando llegamos a la larga y potente secuencia del huracán, el tumulto se convirtió en un aquelarre. Se oyeron gritos agudos de las pocas mujeres que habían permanecido interpoladas en la reyerta; hizo su aparición un palo, luego otro, que pasaban de mano en mano sobre las cabezas, entre clamores ensordecedores. En principio no se comprendió para qué podían servir pero luego se aclaró el plan: un plan probablemente premeditado por los excluidos que alborotaban fuera. Era un intento de escalada de los palcos-gineceo.

Los palos se izaron y se apoyaron en el antepecho, y varios energúmenos quitándose las botas, empezaron a subir por ellos como se hace en las fiestas de los pueblos con los palos de las cucañas. A partir de aquel momento el espectáculo de la escalada privó de interés al que estaba desarrollándose en la pantalla. Apenas uno de los pretendientes había conseguido alzarse por encima de la marea de cabezas, veinte manos tiraban de él por los pies y lo bajaban a tierra. Se formaron grupos de defensores y de adversarios: hubo un audaz que pudo liberarse de la multitud y subir a grandes brazadas, otro lo siguió por el mismo palo. Casi al nivel del antepecho lucharon entre sí

algunos minutos, el de abajo aferrando los tobillos del otro, éste defendiéndose con patadas lanzadas a ciegas. Al mismo tiempo se vieron asomadas al antepecho las cabezas de un pelotón de italianos que habían subido precipitadamente por las escaleras tortuosas de la Casa Roja para proteger a las mujeres asediadas; el palo, empujado por los defensores, osciló, se quedó un buen rato en posición vertical, luego cayó sobre la multitud como un pino abatido por los leñadores, con los dos hombres agarrados a él. En este momento, no puedo decir si por casualidad o por una sabia intervención de lo alto, la lámpara del proyector se apagó, todo cayó en la oscuridad, el clamor de la platea alcanzó una intensidad pavorosa, y todos en masa se precipitaron al aire libre, al claro de luna, entre gritos, maldiciones y aclamaciones.

Con dolor de todos, la caravana del cine se fue a la mañana siguiente. Aquella misma tarde los rusos pusieron en práctica otro temerario intento de invasión de los cuarteles femeninos, esta vez por los tejados y los canalones; a consecuencia del cual se estableció un servicio de vigilancia nocturna, a cargo de los voluntarios italianos. Además, para mayor providencia las mujeres de la galería la desalojaron y se reincorporaron al grueso de la población femenina, a un dormitorio colectivo: situación menos íntima pero más segura.

Teatro

Encontramos un terreno común con los rusos hacia mediados de agosto. A pesar del secreto con que se estaba llevando a cabo, todo el mundo se enteró de que los «rumanos», con el consentimiento de las autoridades, estaban organizando una revista: los ensayos se hacían en el «Salón Colgante» cuyas puertas habían sido restauradas lo mejor posible y estaban vigiladas por piquetes que prohibían la entrada a cualquier extraño. Los números de la revista incluían un baile zapateado: el especialista, un marinero muy concienzudo, ensayaba todas las tardes, rodeado por un pequeño corro de expertos y consejeros. Ahora bien, este ejercicio es ruidoso por su misma naturaleza: pasó el Teniente por aquellos lugares, oyó el rítmico estrépito, forzó el puesto de vigilancia con claro abuso de poder, y entró. Asistió a dos o tres sesiones, con gran disgusto de los presentes, sin salir de su habitual reserva y sin suavizar su hermético entrecejo; luego, inesperadamente, comunicó al comité organizador que en su tiempo libre él era un apasionado de la danza y que hacía mucho tiempo deseaba aprender a bailar precisamente el zapateado; y que por consiguiente se requería al bailarín e incluso se le ordenaba, que le diese una serie de clases.

El espectáculo de estas clases me interesaba hasta tal punto que conseguí asistir a ellas escurriéndome por los extraños meandros de la Casa Roja y ocultándome en una esquina oscura. El Teniente era el mejor alumno que se pueda imaginar: serio, voluntarioso, tenaz y físicamente bien dotado. Bailaba de uniforme y con botas: una hora de reloj al día, sin conceder al maestro ni un segundo de descanso ni concedérselo tampoco a sí mismo. Progresaba rápidamente.

Cuando la revista se puso en escena, una semana después, el número del zapateado fue una sorpresa para todos: bailaron el maestro y el discípulo, irreprochablemente, con impecable paralelismo y sincronía; el maestro, haciendo guiños y echando sonrisas, vestido con un imaginativo traje de gitano que le habían confeccionado las mujeres; el Teniente, con la nariz desdeñosa y los ojos clavados en el suelo, fúnebre, como si ejecutase una danza ritual. De uniforme, naturalmente, y las medallas prendidas en el pecho y la funda de la pistola al flanco, danzando a su mismo compás.

Se los aplaudió; también se aplaudieron otros números diversos no muy originales (unas canciones italianas del repertorio clásico; *I pompieri di Viggiú*; un número en que el enamorado conquista el corazón de la chica con un ramo no de flores sino de «riba», nuestro apestoso pescado cotidiano; la *Montanara* cantada a coro, con el señor

Unverdorben de director de coro). Pero tuvieron un éxito entusiasta, y merecido, dos números menos comunes.

Entraba en escena a grandes zancadas con paso dificultoso, un gordo y gran personaje enmascarado, todo envuelto en pesados ropajes, parecido al célebre Bibendum de los neumáticos Michelín. Saludaba al público a la manera de los atletas, con las manos unidas por encima de la cabeza; entretanto, dos ayudantes hacían rodar con gran trabajo hasta donde él estaba, un enorme aparato hecho de una barra y dos ruedas, como los que usan los levantadores de pesas.

Se doblaba, cogía la barra, ponía en tensión todos los músculos: nada, la barra no se movía. Entonces se quitaba la capa, la doblaba meticulosamente, la tendía en tierra, y se disponía a una nueva tentativa. Como tampoco esta vez podía levantar el peso del suelo, se quitaba otra capa y la dejaba junto a la primera; y así sucesivamente con varias capas, capas civiles y militares, impermeables, sotanas, tabarros. El atleta iba disminuyendo de volumen a ojos vista, el escenario se llenaba de indumentos, y el peso parecía que había echado raíces en la tierra.

Terminadas las capas empezaba a quitarse chaquetas de toda clase (entre ellas una a rayas de Häftling, en homenaje a nuestra minoría), luego una gran cantidad de camisas, y siempre, después de cada pieza que dejaba en el suelo, intentaba con una solemnidad puntillosa levantar el artefacto y renunciaba sin la mínima señal de impaciencia ni de sorpresa. Pero, mientras se quitaba la cuarta o la quinta camisa, se paraba de repente. Se quedaba mirando la camisa con intensa atención, primero de lejos, con el brazo extendido, luego de cerca; restregaba el cuello y las costuras con ágiles movimientos de mono y he aquí que extraía entre el índice y el pulgar un piojo imaginario. Lo examinaba con ojos dilatados de horror, lo apoyaba con delicadeza sobre el suelo, trazaba un círculo alrededor de él con una tiza, se daba la vuelta, cogía el aparato que, en esa ocasión, se había vuelto ligero como un junco, y aplastaba el piojo de un seco y preciso golpe.

Luego, tras el rapidísimo paréntesis, volvía a quitarse camisas, pantalones, calcetines y fajas con gravedad y compostura, y a tratar vanamente de levantar el peso. Al final, se que daba en calzoncillos, entre montones de piezas de vestir: se quitaba la máscara, y el público descubría que era el simpático y popularísimo cocinero Gridacucco, pequeño, seco, saltarín y siempre atareado que, con mucha propiedad, era llamado el Matagrillos de Cesare. Estallaron los aplausos: Matagrillos miraba a su alrededor, perdido, y luego, como atacado por un miedo súbito al público, cogía el peso, que probablemente era de cartón, se lo echaba bajo el brazo y salía a la carrera.

El. otro gran éxito fue la canción *El sombrero de tres picos*. Se trata

de una canción que no tiene ningún sentido en absoluto, y que consiste en cuatro versos que se repiten («Mi sombrero es de tres picos / De tres picos mi sombrero es / Si no fuese de tres picos / No sería mi sombrero») y que se cantan con una tonada tan usada y desgastada por la costumbre que nadie sabe cuál fue su origen. Pero tiene la particularidad de que, cada vez que se canta, se calla una de las palabras de la estrofa, que se sustituye por un gesto: la mano ahuecada sobre la cabeza por «sombrero», una palmada sobre el pecho por «mío», los dedos que se van juntando al levantarse e imitar la superficie de un cono por «puntas»; y así sucesivamente, hasta que, al final de las eliminaciones, la estrofa se reduce a un balbuceo torpe de artículos y conjunciones que no pueden ser expresados con signos o, según otra versión, al silencio total marcado por los gestos rítmicos.

En el heterogéneo grupito de los «rumanos» debía de haber alguien que llevaba el teatro en la sangre: en su interpretación, esta curiosidad infantil se convertía en una pantomima siniestra, oscuramente alegórica, llena de resonancias simbólicas e inquietantes.

Una pequeña orquesta, con instrumentos proporcionados por los rusos, atacaba el aburrido motivo en tonos bajos y sordos. Oscilando lentamente según el ritmo entraban en escena tres personajes de mal agüero: envueltos en capas negras, con capuchones negros calados, de los cuales emergían tres rostros de una palidez cadavérica y decrépita, surcados por profundas arrugas lívidas. Entraban con dubitativo paso de baile, llevando en las manos tres largos cirios apagados. Reunidos en el centro del proscenio, sin perder el ritmo, se inclinaban hacia el público con senil dificultad, doblando despacito los riñones anquilosados, dando tironcitos extenuados: en agacharse y volverse a levantar tardaban dos largos minutos, que eran angustiosos para los espectadores. Conquistada penosamente de nuevo la posición erecta, callaba la orquesta y las tres larvas empezaban a cantar la insulsa estrofa, con voz trémula y rota. Cantaban: y a cada repetición, con la acumulación de los huecos sustituidos por los gestos temblorosos, parecía que la vida, junto con la voz, se les escapaba. Escandida por el ritmo hipnótico de un solo tambor en sordina, la parálisis iba progresando lenta e inexorablemente. La última repetición, en el silencio absoluto de la orquesta, de los cantores y del público, era una desgarradora agonía, un conato moribundo.

Terminada la canción, la orquesta la empezaba otra vez lúgubremente: las tres figuras, con un esfuerzo extremo, temblando todos sus miembros, repetían la inclinación. Conseguían enderezarse inverosímilmente, y con los cirios trémulos, con horrenda y macabra inseguridad, pero sin perder el ritmo, desaparecían para siempre detrás de los bastidores.

El número de *El sombrero de tres picos* cortaba la respiración, y

cada tarde era acogido con un silencio más elocuente que los aplausos. ¿Por qué? Tal vez porque en él se percibía, bajo el aparato grotesco, la respiración pesada de un sueño colectivo, del sueño que exhalan el exilio y el ocio cuando cesan el trabajo y el dolor, y nada defiende al hombre contra sí mismo; tal vez porque en él se percibía la impotencia y la nulidad de nuestra vida y de la vida, y el perfil giboso y torcido de los monstruos engendrados por el sueño de la razón.

Más simple, y hasta pueril y macarrónica, era la alegoría del espectáculo que estaba programado a continuación. Estaba clara desde el título, *El naufragio de los abúlicos*: los abúlicos éramos nosotros, los italianos que habíamos perdido el camino de la repatriación, y nos habíamos abotargado en una existencia de inercia y aburrimiento; la isla desierta era Staryje Doroghi; y los caníbales eran, evidentemente, ellos, los buenos rusos de la jefatura. Unos caníbales sin paliativos: aparecían en escena desnudos y tatuados, chachareaban en una jerga primitiva e ininteligible, se cebaban con carne humana cruda y sangrante. Su jefe vivía en una cabaña de ramas, tenía por escabel un esclavo blanco permanentemente en cuclillas, y llevaba colgado del pecho un gran despertador, que miraba no para saber la hora sino para consultar los augurios en las decisiones de gobierno. El camarada Coronel, responsable de nuestro campo, tenía que ser un hombre de ingenio, extraordinariamente magnánimo o tonto, para haber autorizado una caricatura tan cruel de su persona y de su cargo: o tal vez, volvíamos a tropezar con la benéfica incuria secular rusa, con la negligencia oblomoviana, que afloraba a todos los niveles en aquel momento feliz de su historia.

En realidad, al menos una vez tuvimos la sospecha de que en la jefatura no habían digerido la sátira o se habían arrepentido. Después del debut del *Naufragio*, a mitad de la noche, en la Casa Roja se desencadenó un cataclismo: alaridos en los dormitorios, patadas contra las puertas, órdenes en ruso, en italiano y en mal alemán. Los que veníamos de Katowice y habíamos asistido ya a un aquelarre análogo nos asustamos sólo a medias: los demás perdieron la cabeza (especialmente los «rumanos», que eran los autores del guión); se corrió la voz de una represalia de los rusos y los más aprensivos pensaban ya en Siberia.

Los rusos, por mediación del Teniente, que en aquella circunstancia parecía más triste y más ofendido que normalmente, nos hicieron levantar y vestir de prisa y corriendo, y nos pusieron en fila en uno de los meandros del edificio. Transcurrió media hora, una hora, y no pasaba nada: la cola en la que yo ocupaba uno de los últimos puestos, no se sabía dónde empezaba y no avanzaba un solo paso. Además de la represalia por los Abúlicos, corrían de boca en

boca las hipótesis más aventuradas: se habían decidido por fin a buscar a los fascistas; estaban buscando a las dos chicas del bosque; nos iban a examinar a ver si teníamos blenorragia; estaban reclutando gente para trabajar en el koljols; estaban buscando especialistas como los alemanes. Luego, vimos pasar a un italiano muy contento. Decía: «¡Nos dan dinero!» y agitaba en la mano un puñado de rublos. Nadie lo creyó: pero después pasó otro, luego otro, y todos confirmaban la noticia. Nunca entendimos bien aquel asunto (pero, por otra parte, ¿quién habría podido comprender por qué nos habían llevado a Staryje Doroghi ni qué hacíamos allí?): según la interpretación más inteligente, ha de entenderse que, al menos ante algunas oficinas soviéticas, a nosotros se nos equiparaba a prisioneros de guerra y, por consiguiente, nos correspondía una compensación por las jornadas de trabajo que habíamos prestado. Pero el criterio con que se determinaban las jornadas de trabajo (casi ninguno de nosotros había trabajado para los rusos, ni en Staryje Doroghi ni antes), por qué se les pagaba hasta a los niños, y sobre todo, por qué esta ceremonia tenía que suceder de una manera tan tumultuosa, entre las dos y las seis de la mañana... Todo esto está destinado a seguir en la oscuridad.

Los rusos distribuyeron compensaciones que oscilaban entre los treinta y los ochenta rublos por cabeza, según criterios inescrutables o del azar. No eran sumas enormes, pero nos gustaron a todos: equivalían a algunos días de adquisiciones complementarias. Volvimos a la cama al amanecer, comentando lo ocurrido de diversas maneras; pero nadie comprendió que se trataba de un fausto presagio: del preludio de la repatriación.

Desde aquel día, aunque sin ningún anuncio oficial, los signos se multiplicaron. Signos tenues, inseguros, tímidos; pero suficientes para difundir la sensación de que algo estaba, por fin, moviéndose, de que algo iba a suceder. Llegó una patrulla de soldaditos rusos, imberbes y despistados: nos contaron que venían de Austria, y que tenían que salir pronto escoltando un convoy de extranjeros: pero no sabían adónde. De la jefatura, un mes después de vanas peticiones, se distribuyeron zapatos a todos los que los necesitasen. Y, por fin, el Teniente desapareció, como si hubiese ascendido al cielo.

Todo era extraordinariamente vago y bastante ambiguo. Aun admitiendo que la partida fuese inminente, ¿quién nos aseguraba que se trataba de la repatriación y no de un nuevo cambio sabe Dios adónde? La ya larga experiencia que habíamos adquirido de las costumbres de los rusos nos aconsejaban templar nuestra esperanza con un saludable coeficiente de duda. Y la estación también contribuía a nuestra inquietud: en la primera década de septiembre el sol y el cielo se nublaron, el aire se volvió frío y húmedo, y cayeron las primeras lluvias, para recordarnos lo precario de nuestra situación.

Carretera, prados y campos se convirtieron en un desolado aguazal. Por los tejados de la Casa Roja el agua se filtraba en abundancia y por las noches goteaba sin compasión sobre las literas; también entraba agua por las ventanas sin cristales. Ninguno de nosotros tenía ropa de invierno. En el pueblo, se veía a los campesinos volver del bosque con carretas de ramojos y leña; otros estaban poniendo parches a sus casas, arreglando sus tejados de paja; todos, hasta las mujeres, se pusieron botas. El viento nos traía de las casas un olor nuevo, alarmante: el humo áspero de la leña húmeda que está quemándose, el olor del invierno que llega. Otro invierno: el tercero, ¡y qué invierno!

Pero, por fin, llegó la noticia: la noticia de la vuelta, de la salvación, del final de nuestras larguísimas peregrinaciones. Llegó por dos conductos extraños e insólitos, por dos vías distintas, fue convincente y clara, y disipó todas nuestras ansias. Nos llegó en el teatro y a través del teatro, y nos llegó por la carretera llena de fango, traída por un mensajero ilustre y extraño.

Era de noche, estaba lloviendo y en el «Salón Colgante» atestado (¿qué otra cosa se podía hacer por las noches, antes de meterse entre las mantas húmedas?) se estaba representando *El naufragio de los abúlicos*, puede que por novena o décima vez. Este *Naufragio* era un mamotreto informe pero inspirado, vivo por las ingeniosas y divertidas alusiones a nuestra vida de cada día; lo habíamos visto todos, cada vez que se representaba, y ya nos lo sabíamos de memoria, pero cada vez nos hacía reír la escena en que un Cantarella, todavía más salvaje que el original, fabricaba una enorme olla de hojalata por encargo de los rusos-antropófagos que querían cocer en ella a los principales notables abúlicos; y siempre se nos apretaba el corazón en la escena final en que llegaba la nave.

Porque era como una evidencia de lo que tenía que ser, una escena en la que aparecía una vela en el horizonte y todos los náufragos, riendo y llorando, corrían a la playa inhóspita. Pues ahora, precisamente mientras el más antiguo de todos ellos, canoso y curvado ya por la espera interminable, tendía el dedo hacia el mar y gritaba: «¡Un barco!» y, mientras todos, con un nudo en la garganta, nos preparábamos al alegre cambio de tono de la última escena y a retirarnos una vez más a nuestros cubiles, se oyó un estruendo súbito y vimos al jefe de los caníbales, auténtico *deus ex machina*, caer verticalmente sobre el escenario, como si cayese del cielo. Se arrancó del cuello el despertador, el anillo de la nariz y de la cabeza el penacho de plumas, y gritó con voz tonante: «¡Mañana nos vamos,».

Nos cogió por sorpresa, y primero no comprendimos. ¿Se trataba de una broma? Pero el salvaje siguió: «¡Es verdad, no es teatro, esta vez nos vamos de verdad! ¡Ha llegado el telegrama, mañana nos

vamos a casa todos!». Aquella vez fuimos los italianos, los actores, los espectadores y las comparsas, quienes en un momento arrastramos a los rusos estupefactos que no habían entendido nada de aquella escena fuera del guión. Salimos en desorden y primero aquello fue un entrecruzarse afanoso de preguntas y respuestas: pero luego vimos al Coronel en medio de un corro de oficiales italianos que hacía que sí con la cabeza, y comprendimos entonces que había llegado el momento. Encendimos hogueras en el bosque, y nadie durmió: nos pasamos el resto de la noche cantando y bailando, contándonos las aventuras pasadas, y recordando a los amigos perdidos: porque al hombre no le es dado gozar de una felicidad completa.

A la mañana siguiente, mientras la Casa Roja zumbaba y bullía como una colmena en donde el enjambre se apresta a salir, vimos avanzar por la carretera un automóvil pequeñísimo. Eran poquísimos los que pasaban y por eso el hecho despertó nuestra curiosidad: tanto más que no se trataba de un coche militar. Disminuyó la velocidad delante del campo, se puso en tercera y entró dando sacudidas en el terreno yermo que se extendía delante de la extravagante fachada. Y entonces vimos que era un vehículo familiar para todos nosotros, un Fiat 500 A, un Topolino herrumbroso y descalabrado, de ballestas lamentablemente deformadas.

Se paró delante de la entrada, e inmediatamente fue rodeado por una multitud de curiosos. Salió de él, con mucho trabajo, un extraordinario personaje. Nunca acababa de salir; era un hombre altísimo, corpulento, rubicundo con un uniforme que nunca habíamos visto: un general soviético, un generalísimo, un mariscal. Cuando estuvo por completo fuera de la portezuela, la minúscula carrocería se levantó un buen palmo, y las ballestas parecieron respirar. El hombre era literalmente más grueso que el coche, y no se entendía cómo había podido caber allí dentro. Estas dimensiones conspicuas fueron inmediatamente exageradas y puestas de relieve: sacó del coche un objeto negro y lo desplegó: era una capa que caía hasta el suelo desde dos anchas hombreras rígidas, de madera: con gesto desenvuelto, que atestiguaba una gran costumbre de llevar aquel adorno, se la echó sobre los hombros y la adaptó a la espalda para que su contorno, de redondo se convirtiese en anguloso. Visto por detrás, aquel hombre era un monumental rectángulo negro de un metro por dos que avanzaba con majestuosa simetría, dando la vuelta a la Casa Roja entre dos grupos de gente perpleja a la que le llevaba una cabeza. ¿Cómo iba a pasar por la puerta, con lo ancho que era? Pero echó hacia atrás las dos hombreras, como dos alas, y entró.

Este mensajero celeste, que viajaba él solo en medio del fango en un coche utilitario descangallado y vetusto, era el mariscal Timoenko en persona, Semjón Konstantínovi Timoenko, el héroe de la revolución

bolchevique de Careia y de Stalingrado. Después del recibimiento por parte de los rusos locales, que por lo demás fue singularmente sobrio y no duró sino unos minutos, salió de nuevo del edificio y se puso a hablar espontáneamente con los italianos —como el rudo Kutuzov de *La guerra y la paz*— en el prado, entre las ollas donde se cocían los pescados y la ropa interior puesta a secar. Hablaba rumano con los «rumanos» (porque era, y lo es aún, original de la Besarabia) y hasta sabía un poco de italiano. El viento húmedo agitaba su cabellera gris, que contrastaba con su tez sanguínea y bronceada de soldado, comedor y bebedor; nos dijo que sí, que era verdad: saldríamos pronto, prontísimo; *guerra finita tutti a casa*, la escolta ya estaba dispuesta, los víveres para el viaje y los mapas a punto. Pocos días después el tren nos estaría esperando en la estación de Staryje Doroghi.

De Staryje Doroghi a Iasi

Que la partida no fuese «mañana» en sentido estricto, como había dicho el salvaje en el teatro, en realidad no le extrañó a nadie. Ya en distintas ocasiones habíamos podido constatar que el término ruso correspondiente, por uno de esos deslizamientos semánticos que siempre tienen un porqué, viene a querer decir algo bastante menos definido y perentorio que nuestro «mañana» y que en armonía con las costumbres rusas, quiere decir más bien «un día de éstos», «alguna vez», «dentro de poco»; es decir, que el rigor de la determinación temporal se esfuma suavemente. No nos extrañó y tampoco nos causó gran sufrimiento. Cuando la partida fue segura nos dimos cuenta, con gran asombro, de que aquella tierra sin límites, aquellos campos y aquellos bosques que habían presenciado la batalla a la que debíamos nuestra salvación, aquellos horizontes intactos y primigenios, aquella gente vigorosa y amante de la vida, nos habían entrado en el corazón y se quedarían en él mucho tiempo, imágenes gloriosas y vivas de una época única en nuestra existencia.

Así pues, no «mañana», sino unos días después del anuncio, el 15 de septiembre de 1945, abandonamos en caravana la Casa Roja y llegamos con gran regocijo a la estación de Staryje Doroghi. El tren estaba allí, nos esperaba, no era una ilusión de nuestros sentidos; había carbón, también agua y la locomotora, enorme y majestuosa como un monumento de sí misma, estaba del lado que debía estar. Nos apresuramos a tocarle el flanco y ¡ay, estaba frío! Los vagones eran sesenta: vagones de mercancías, bastante descangallados, en espera sobre las vías muertas. Los invadimos con jubilosa prisa y sin disputas. Éramos mil cuatrocientos, es decir, de veinte a veinticinco hombres por vagón, y, a la luz de nuestras múltiples experiencias ferroviarias anteriores, significaba un viaje cómodo y descansado.

El tren no salió en seguida, en realidad no salió hasta el día siguiente; fue inútil hacerle preguntas al jefe de la minúscula estación: no sabía nada. En este intervalo no pasaron más que dos o tres convoyes, ninguno se paró, ni siquiera disminuyó la marcha. Cuando se acercaba uno, el jefe de estación lo esperaba en el andén, el brazo extendido y en la mano una corona de ramas de la que colgaba un saquito; de la locomotora que pasaba se asomaba el maquinista, con el brazo derecho doblado en forma de gancho. Cogía al vuelo la corona e inmediatamente después arrojaba al suelo otra igual, que también llevaba un saquito: éste era el servicio postal, el único contacto de Staryje Doroghi con el resto del mundo.

Todo lo demás era inmovilidad y quietud. En torno a la estación,

ligeramente más elevada, se extendían praderas interminables limitadas tan sólo al oeste por la línea negra del bosque, y cortadas por la cinta vertiginosa de los raíles. Allí pastaban los ganados, diseminados, lejísimos unos de otros, los únicos que rompían la uniformidad de las llanuras. En el largo atardecer de la vigilia se oían tenues y modulados los cantos de los pastores: uno comenzaba, otro le respondía a kilómetros de distancia, luego otro y otro, desde todos los puntos del horizonte, y era como si la tierra fuese quien cantara.

Nos preparamos para pasar la noche. Después de tantos meses y trasiegos formábamos una comunidad organizada: por ello no nos habíamos distribuido al azar en los vagones sino de acuerdo con núcleos espontáneos de convivencia. Los «rumanos» ocupaban diez vagones; tres pertenecían a los ladrones de San Vittore, que no querían a nadie y a los que nadie quería; otros tres eran para las mujeres solas; cuatro o cinco albergaban a las parejas, legítimas o no; dos, divididos en dos planos por un travesaño horizontal, y llamativos por la ropa interior tendida a secar, pertenecían a las familias con niños. El más llamativo de todos era el vagón-orquesta: allí residía, completa, la compañía teatral del «Salón Colgante», con todos sus instrumentos (incluido un piano) graciosamente donados por los rusos en el momento de la partida. El nuestro, por iniciativa de Leonardo, había sido declarado vagón-enfermería: denominación presuntuosa y fantasiosa, ya que Leonardo no disponía más que de una jeringuilla y de un estetoscopio, y el piso era de dura madera como el de todos los demás vagones; pero, por otra parte, no había ni un solo enfermo en todo el convoy y no se presentó ningún paciente durante todo el viaje. Allí habitábamos una veintena en la que se contaba, naturalmente, Cesare y Daniele y, menos naturalmente, el Moro, el señor Unverdorben, Giacomantonio y el Velletrano: además, una quincena de ex prisioneros de guerra.

Pasamos la noche medio dormidos e inquietos, echados en el piso desnudo del vagón. Llegó el día: la locomotora humeaba, el maquinista estaba en su puesto, y esperaba con calma olímpica a que la caldera alcanzase el punto de presión necesario. A media mañana la máquina rugió, con una profunda y maravillosa voz metálica, se sacudió, vomitó humo negro, se tendieron las bielas, y las ruedas empezaron a girar. Nos miramos unos a otros, casi desvanecidos. Habíamos resistido, después de todo: habíamos ganado. Después del año de Lager, de sufrimiento y paciencia; después de la oleada de muerte que siguió a la liberación, después del hielo y el hambre, del desprecio y la feroz compañía del griego; después de las enfermedades y las miserias de Katowice; después de los insensatos cambios de lugar que nos habían hecho sentirnos como condenados a gravitar por toda la eternidad atravesando los espacios rusos, como inútiles astros

apagados; después del ocio y la nostalgia amargos de Staryje Doroghi, estábamos saliendo a flote, viajando hacia la superficie, camino a casa. El tiempo, después de dos años de parálisis, había adquirido otra vez vigor y valor, otra vez trabajaba a nuestro favor, y esto ponía fin al torpor del largo estío, a la amenaza del invierno próximo y nos volvía impacientes, ávidos de los días y los kilómetros.

Pero muy pronto, desde las primeras horas de viaje, nos rendimos a la evidencia de que la hora de la impaciencia no había sonado aún: aquel itinerario feliz se presentaba largo, trabajoso y no sin sorpresas: una pequeña odisea ferroviaria dentro de nuestra odisea mayor. Todavía necesitábamos tener paciencia, en dosis impredecibles: otro tipo de paciencia.

Nuestro tren tenía más de medio kilómetro de largo; los vagones estaban en unas condiciones desastrosas y también las vías: la velocidad era irrisoria, no pasaba de los cuarenta o cincuenta kilómetros por hora. La línea era de una sola vía; las estaciones que disponían de una vía muerta lo suficientemente larga para permitir las paradas eran pocas y, con frecuencia, el convoy tenía que ser dividido en dos o tres ramales y empujado a las vías muertas con maniobras complicadísimas y lentísimas para permitir el paso de otros trenes.

No había ninguna autoridad a bordo, a excepción del maquinista y de la escolta, formada por siete soldados de dieciocho años que habían venido desde Austria para acompañarnos. Éstos, aunque armados hasta los dientes, eran criaturas cándidas y bien nacidas, de ánimo ingenuo y blando, vivaces y despreocupados como escolares en vacaciones, absolutamente carentes de autoridad y de sentido práctico. A cada parada del tren los veíamos pasearse por el andén de arriba abajo, con el fusil al hombro y el aire orgulloso y atareado. Se daban mucha importancia, como si escoltasen un transporte de peligrosos bandidos, pero todo era fachada: pronto nos dimos cuenta de que sus inspecciones se detenían cada vez más en los dos vagones de las familias, a mitad del convoy. No les atraían las mujeres jóvenes sino la atmósfera vagamente doméstica que respiraba aquella agitanada morada ambulante, y que tal vez les recordase su casa lejana y su infancia apenas terminada; pero principalmente les encantaban los niños, hasta el punto de que, después de las primeras etapas, eligieron por domicilio diurno los vagones de las familias, y se retiraban al que les estaba reservado sólo para pasar la noche. Eran corteses y serviciales; ayudaban de buena gana a las madres, iban a coger agua y partían la leña para las estufas. Con los niños italianos trabaron una amistad curiosa y desigual. Aprendieron de ellos varios juegos, como el del circuito: es un juego que se hace con bolas, empujándolas a lo largo de un complicado recorrido. En Italia, se

entiende como representación alegórica de la Vuelta ciclista: por eso nos pareció extraño el entusiasmo con que lo asimilaron los jóvenes rusos, en cuyos países las bicicletas son raras y donde no existen las carreras de bicicletas. Pero fuera como fuese, para ellos significó un descubrimiento: a la primera parada de la mañana no era raro ver a los siete rusos bajar de su vagón-yacija, correr a los vagones de las familias, abrir las puertas con autoridad, y hacer bajar a los niños, todavía medio dormidos. Luego se ponían a escarbar vigorosamente el circuito en la tierra con las bayonetas, y se sumergían en el juego de prisa y corriendo, arrodillados en el suelo y con el fusil a la espalda, ansiosos de no perder un minuto hasta que la locomotora diese el silbido de partida.

Llegamos a Bobruisk la noche del 16, la noche del 17 a Ovru; y nos dimos cuenta de que estábamos repitiendo, en viaje de retroceso, las mismas etapas de nuestro viaje hacia el norte, que nos había llevado de merinka a Sluzk y a Staryje Doroghi. Pasábamos las jornadas interminables en parte durmiendo, en parte charlando o contemplando cómo se iba extendiendo ante nosotros la estepa majestuosa y desierta. Desde las primeras jornadas, nuestro optimismo perdió un poco de su esplendor: aquel viaje nuestro que, según todas las apariencias, debía ser el último, había sido organizado por los rusos de la manera más vaga y chapucera que uno pueda imaginar: o mejor, parecía que no había sido organizado en absoluto sino decidido Dios sabe por quién y Dios sabe dónde, de un simple plumazo. En todo el convoy no había más que dos o tres mapas, disputados sin tregua, en los que íbamos señalando con trabajo nuestros problemáticos progresos: que íbamos hacia el sur era indudable, pero con una lentitud e irregularidad exasperantes, con desviaciones y paradas incomprensibles, recorriendo a veces tan sólo unas decenas de kilómetros en veinticuatro horas. Íbamos frecuentemente a preguntarle al maquinista (no hay que decir nada de la escolta, que estaba encantada con el solo hecho de ir en el tren y no le importaba nada saber dónde estábamos ni a dónde íbamos); pero el maquinista, que emergía como una divinidad infernal de su habitáculo candente, abría los brazos, se encogía de hombros, trazaba con la mano un semicírculo de este a oeste, y contestaba siempre lo mismo: «¿Que adónde llegaremos mañana? No lo sé, hijos míos, no lo sé. Iremos por donde encontremos raíles».

Quien entre todos nosotros soportaba peor la incertidumbre y el ocio forzosos era Cesare. Se sentaba en un rincón del coche, hipocondríaco y erizado, como un animal enfermo, y no se dignaba mirar una vez ni al paisaje afuera ni a nosotros que estábamos en el vagón. Pero era una inercia aparente: quien necesita actividad encuentra la ocasión en cualquier parte. Mientras recorríamos un

lugar por el que se diseminaban pueblos pequeños, entre Ovru y Zitomir, le llamó la atención un anillo de cobre que llevaba en el dedo Giacomantonio, su poco recomendable socio de la plaza de Katowice.

—¿Me lo vendes? —le preguntó.

—No —le contestó Giacomantonio, secamente.

—Te doy dos rublos.

—Quiero ocho.

El regateo duró largo rato; parecía claro que ambos encontraban en él una diversión y una agradable gimnasia mental, y que el anillito no era más que un pretexto, un punto de partida para un juego amistoso, para un ejercicio de entrenamiento que los conservase en forma. Pero no era así: Cesare, como de costumbre, había concebido un plan preciso.

Ante nuestro estupor, cedió bastante pronto y compró el anillo —que parecía importarle muchísimo— por cuatro rublos, cantidad enormemente desproporcionada al valor del objeto. Luego, se retiró a su esquina y se dedicó durante toda la tarde a misteriosas prácticas, alejando con regaños rabiosos a quienes le hacían preguntas (y el más insistente era Giacomantonio). Había sacado de su saco trozos de paño de distinta calidad y pulía cuidadosamente el anillo, por dentro y por fuera, echándole aliento de vez en cuando. Luego sacó un paquete de papel de cigarrillos, y siguió minuciosamente su labor con delicadeza extrema, sin tocar ya el metal con los dedos: de vez en cuando levantaba el anillo hasta el ventanuco, lo miraba a la luz y lo observaba dándole vueltas muy despacito, como si se tratase de un diamante.

Por fin ocurrió lo que Cesare estaba esperando: el tren disminuyó la velocidad y se detuvo en la estación de un pueblo ni demasiado grande ni demasiado pequeño; la parada prometía ser breve porque el convoy no había sido dividido y se había quedado en las vías de tránsito. Cesare bajó, y se puso a pasear de arriba abajo por el andén. Llevaba el anillo semiescondido en el pecho, bajo la chaqueta; con aire de conspirador se aproximaba, uno por uno, a los campesinos rusos que estaban por allí esperando, se lo enseñaba a medias y susurraba nervioso: «¡Tovari, zóloto, zóloto!» (oro).

Al principio, los rusos no lo escuchaban. Luego, un viejecillo observó el anillo de cerca, y le preguntó el precio; Cesare, sin dudarlo, dijo «Sto» (cien): precio bastante modesto para un anillo de oro, un robo para uno de cobre. El viejo le ofreció cuarenta, Cesare se hizo el indignado y se volvió a otro. Fue probando con distintos clientes, tirando de largo y viendo quién ofrecía más: y entretanto tendía la oreja al silbido de la locomotora, para concluir el negocio y saltar al tren a la carrera inmediatamente después.

Mientras Cesare le enseñaba el anillo a éste y a aquél, se veía a

los demás confabular en grupitos, sospechosos y nerviosos. Entonces, la locomotora silbó; Cesare le alargó el anillo al último postor, se guardó en el bolsillo cincuenta rublos, y saltó ágilmente al tren que ya estaba en movimiento. El tren avanzó un metro, dos, diez metros; luego disminuyó la velocidad de nuevo y se paró, con gran estridencia de frenos.

Cesare había cerrado las puertas corredizas y espiaba por una rendija, primero triunfante, luego inquieto, por fin aterrorizado. El hombre del anillo estaba enseñando su adquisición a sus paisanos: éstos se lo pasaban de mano en mano, le daban vueltas, y movían la cabeza con aire de duda y desaprobación. Luego vio al incauto comprador, evidentemente arrepentido, alzar la cabeza y ponerse decididamente en marcha a lo largo del convoy, en busca del refugio de Cesare: una busca bien fácil, ya que el nuestro era el único vagón que tenía las puertas cerradas.

El asunto se ponía decididamente mal: el ruso, que no debía de ser un águila, puede que él solo no hubiera logrado identificar el vagón, pero ya dos o tres de sus colegas le estaban señalando enérgicamente la dirección justa. Cesare se apartó bruscamente del respiradero, y recurrió a un remedio extremo: se agazapó en un rincón del coche, y se hizo cubrir a toda prisa con todas las mantas disponibles. En breve desapareció bajo un enorme amasijo de mantas, cobertores, sacos, chaquetas, del cual, aguzando el oído, me pareció oír salir, débiles y sofocadas, blasfemas en aquel contexto, las palabras de una plegaria.

Ya se oía a los rusos vocear bajo el vagón, y dar puñetazos contra la pared, cuando el tren se puso en movimiento con una violenta sacudida. Cesare reapareció, pálido como un muerto, pero se recuperó inmediatamente: «¡Que me busquen ahora!».

A la mañana siguiente, bajo un sol radiante, el tren se paró en Kazátin. Este nombre me sonaba: ¿dónde lo había leído u oído? ¿En los partes de guerra? Pero tenía la impresión de que era un recuerdo más cercano y más actual, como si alguien me hubiese hablado mucho de él hacía poco tiempo: después y no antes de la cesura de Auschwitz, que partía en dos la cadena de mis recuerdos.

Y he aquí que, de pie en el andén, precisamente bajo nuestro vagón, apareció el recuerdo nebuloso hecho persona: Galina, la chica de Katowice, la traductora-bailarina-dactilógrafa de la Kommandantur, Galina de Kazátin. Me bajé a saludarla, lleno de alegría y de asombro por aquel inverosímil encuentro: ¡encontrarme con mi única amiga rusa en aquel país inmenso!

No me pareció muy cambiada: estaba un poco mejor vestida y se protegía del sol con una sombrillita pretenciosa. Yo tampoco había cambiado mucho, al menos exteriormente: un poco menos desnutrido

y miserable que entonces, e igual de andrajoso; pero rico en una nueva riqueza: el tren que estaba a mi espalda, la locomotora lenta pero segura, Italia cada día más cerca. Me deseó un buen regreso: cambiamos pocas palabras apresuradas y embarazadas, en una lengua que no era la suya ni la mía, en la lengua fría del invasor, y nos separamos en seguida porque el tren partía. En el vagón, que corría brincando hacia la frontera, me senté aspirando en mi mano el perfume barato que la suya me había comunicado, alegre de haberla visto de nuevo, triste por el recuerdo de las horas pasadas con ella, de las cosas que no le había dicho, de las ocasiones que no había aprovechado.

Pasamos otra vez por merinka con temor, recuerdo de los días de angustia que habíamos pasado allí hacía pocos meses: pero el tren continuó sin interrupciones y la noche del 19 de septiembre, después de haber atravesado rápidamente la Besarabia, estábamos sobre el Prut, en la frontera. En la oscuridad cerrada, a modo de despedida, la policía fronteriza soviética llevó a cabo una tumultuosa y desordenada inspección del convoy, a la busca (nos dijeron) de rublos, que estaba prohibido exportar; pero los habíamos gastado todos. Pasado el puente, dormimos en la otra ladera, en el tren parado, ansiosos porque la luz del día nos revelase la tierra rumana.

Y fue verdaderamente una revelación dramática. Cuando por la mañana muy temprano abrimos las puertas de par en par, se ofreció a nuestra mirada un paisaje sorprendentemente familiar: se había acabado la estepa desierta, geológica, y teníamos ante nosotros las colinas verdeantes de la Moldavia con caseríos, pajares, hileras de vides; se habían acabado las enigmáticas inscripciones cirílicas y, frente a nuestro mismo vagón, una casucha desvencijada, azulosa de moho, tenía un letrero donde se leía, bien escrito: «Paine, Lapte, Vin, Carnaciuri de Purcel». Y delante de la casucha había una mujer que sacaba a puñados de un canasto que tenía a sus pies una larguísima salchicha que iba midiendo a palmos, como se mide el cordel.

Se veían campesinos como los nuestros, de cara adusta y de frente pálida vestidos de negro, con chaqueta, chaleco y la cadena del reloj sobre la barriga; chicas a pie o en bicicleta, vestidas casi como entre nosotros, que podrían haberse tomado por vénetas y abrucenses. Cabras, ovejas, vacas, cerdos, gallinas: pero, como freno a toda precoz ilusión doméstica, en un paso-nivel estaba parado un camello, que nos devolvía al espacio extraño: un camello consumido, gris, lanoso, cargado de sacos, irradiando altanería y solemnidad tonta con su prehistórico hocico leporino. También de un modo confuso sonaba a nuestros oídos la lengua del lugar: las raíces y las desinencias las conocíamos, pero estaban arracimadas y contaminadas, por su milenaria convivencia, con otras de sonido extranjero y salvaje: un

habla familiar en la música, hermética en el significado.

En la frontera tuvo lugar la ceremonia complicada y penosa del traslado de los destartalados vagones de anchura de eje soviético a otros, igualmente destartalados, de anchura de eje occidental; y poco después entrábamos en la estación de Iasi, donde el convoy fue cansinamente dividido en tres ramales, señal de que la parada iba a durar mucho tiempo.

En Iasi ocurrieron dos sucesos notables: aparecieron de la nada las dos alemanas del bosque y desaparecieron todos los «rumanos» casados. El contrabando de las dos alemanas a través de la frontera soviética debió de ser organizado con gran audacia y habilidad por un grupo de militares italianos. Los detalles nunca los supimos con exactitud, pero corrió la voz de que las dos chicas habían pasado la noche crítica del paso de la frontera escondidas debajo del piso del vagón, aplastadas entre las bielas y las ballestas. Las vimos paseando por el andén a la mañana siguiente, desenvueltas y orgullosas, vestidas con ropas militares soviéticas y todas sucias de fango y grasa. Ahora se sentían seguras ya.

Al mismo tiempo, en los vagones de los «rumanos» estallaron violentos conflictos familiares. Muchos de éstos, que habían pertenecido al cuerpo diplomático o habían sido desmovilizados, o autodesmovilizados de ARMIR, se habían establecido en Rumania y se habían casado con mujeres rumanas. Al terminar la guerra, casi todos habían optado por la repatriación, y los rusos habían organizado para ellos un tren que tendría que haberlos llevado a Odesa, para embarcarse allí; pero en merinka habían sido sumados a nuestro miserable convoy, y habían seguido nuestro destino: no se supo nunca si intencionada o equivocadamente. Las mujeres rumanas estaban furiosas con los maridos italianos: ya estaba bien de sorpresas y de aventuras, de convoyes y de acampadas. Ahora habían vuelto a entrar en territorio rumano, estaban en su casa, querían quedarse allí y no se avenían a razones: algunas discutían y lloraban, otras intentaban arrastrar a tierra a sus maridos, las más enfurecidas arrojaban al suelo desde los vagones los equipajes y los cacharros domésticos, mientras los niños, asustados, corrían dando chillidos por allí cerca. Los rusos de la escolta habían acudido, pero no entendían nada y se quedaban mirando, pasmados e indecisos.

Como la parada en Iasi amenazaba con prolongarse toda la jornada, salimos de la estación y nos fuimos a dar un paseo por las calles desiertas, entre casas bajas color de barro. Un solo tranvía, diminuto y arcaico, iba y venía de un extremo a otro de la ciudad; en una parada estaba el cobrador, que hablaba yiddish y era judío. Con un poco de trabajo logramos entendernos. Me informó de que, por Iasi, habían pasado ya tres convoyes de supervivientes de todas las

razas: franceses, ingleses, griegos, italianos, holandeses, americanos. Había entre ellos muchos judíos necesitados de ayuda: por ello, la comunidad judía local había constituido un centro de asistencia. Si teníamos una o dos horas, nos aconsejaba que fuésemos hasta aquel centro, recibiríamos consejo y ayuda. Y como su tranvía iba a salir, que subiésemos, nos indicaría cuál era la parada donde teníamos que bajar, y de los billetes se encargaría él.

Fuimos Leonardo, el señor Unverdorben y yo: a través de la ciudad apagada llegamos a un edificio miserable, en ruinas, con puertas y ventanas sustituidas por tablas provisionales. En una oficina oscura y polvorienta nos recibieron dos ancianos patriarcas, de aspecto poco más lucido y opulento que el nuestro: pero estaban llenos de afectuosas recomendaciones y de buenas intenciones, nos pidieron que nos sentásemos en las tres sillas de que disponían, nos colmaron de atenciones y nos contaron precipitadamente, en yiddish y en francés, las pruebas terribles a las que ellos y otros pocos más habían sobrevivido. Tenían fáciles las lágrimas y la risa: en el momento de la despedida nos invitaron imperiosamente a un brindis con un terrible alcohol desnaturalizado y nos entregaron una canastilla de uvas para que las repartiésemos con los otros judíos del convoy. Espigaron también, vaciando todos los cajones y sus mismos bolsillos, una suma en «lei» que en aquel momento nos pareció astronómica; pero que, hecho el reparto y considerando la inflación, nos dimos cuenta de que tenía un valor principalmente simbólico.

De Iasi a la línea

A través de los campos todavía estivales, a través de pueblos y aldeas de nombres bárbaros y sonoros (Ciurea, Scantea, Vashlui, Piscu, Braila, Pogoanele) continuamos aún durante varios días hacia el sur, en etapas minúsculas: la noche del 23 de septiembre vimos fulgurar las llamas de los pozos petrolíferos de Ploesti; después de lo cual, nuestro misterioso piloto tomó la dirección oeste y al día siguiente, por la posición del sol nos dimos cuenta de que nuestra ruta se había invertido: estábamos navegando de nuevo hacia el norte. Admiramos, sin saber qué eran, los castillos de Sinaia, residencia real.

En nuestro vagón habíamos agotado el dinero líquido, y vendido o cambiado todo lo que podía tener un valor comercial, por mínimo que fuese. Por lo cual, salvo ocasionales momentos de buena suerte o actos de bandidaje, no se comía más que lo que nos daban los rusos: la situación no era dramática pero sí confusa y enervante.

Nunca estuvo claro quién era quien se ocupaba del aprovisionamiento: muy probablemente eran los mismos rusos de la escolta, que requisaban al azar de los depósitos civiles o militares que se pusiesen a tiro, los géneros alimenticios más dispares, o tal vez los únicos disponibles. Cuando el tren se paraba o se dividía, cada vagón mandaba dos delegados al coche de los rusos, que poco a poco se había transformado en un caótico bazar ambulante; a éstos, los rusos les distribuían fuera de toda norma, los víveres para sus respectivos vagones. Era un juego de azar cotidiano: en cuanto a la cantidad las raciones eran tan pronto escasas, como ciclópicas o nulas; y, en cuanto a la calidad, era imprevisible como todo lo ruso. Estuvieron mandándonos zanahorias, y zanahorias, y más zanahorias, por día sin fin; luego desaparecieron las zanahorias y llegaron las habichuelas. Eran habichuelas secas, duras como el acero: para poderlas guisar teníamos que tenerlas en remojo durante horas en recipientes improvisados, escudillas, latas, botes, colgados del techo del vagón; por las noches, cuando el tren frenaba bruscamente, aquel bosque suspendido se ponía a oscilar con violencia, el agua y las habichuelas llovían sobre los durmientes provocando riñas, risotadas y una barahúnda en la oscuridad. Llegaron patatas, después «kaa», después pepinos, pero sin aceite; luego aceite, media escudilla por cabeza, pero cuando se habían terminado los pepinos; luego pepitas de girasol, un ejercicio de paciencia. Un día nos dieron pan y salchichas en abundancia, y todos respiramos; después, trigo durante toda una semana, como si fuésemos gallinas.

Sólo los vagones-familia llevaban cocinas a bordo: en todos los

demás nos las arreglábamos para guisar afuera, en el suelo, sobre hogueras improvisadas, encendidas apresuradamente apenas se detenía el tren, y desmontadas a media cocción, entre riñas e imprecaciones cuando el tren se ponía de nuevo en movimiento. Guisábamos con la cabeza baja, de prisa, con el oído atento al silbato de la locomotora, la mirada a los vagabundos hambrientos que en seguida llegaban a montones atraídos por el humo, como las moscas por la miel. Guisábamos como nuestros antepasados, sobre tres piedras: y como muchas veces no se encontraban, cada vagón terminó por tener su propio suministro. Hicieron su aparición espetones y otros medios ingeniosos para sostener la comida; reaparecieron las ollas de Cantarella.

Se planteaba imperiosamente el problema de la leña y del agua. La necesidad obliga: las leñeras privadas fueron saqueadas fulmíneamente, robadas las barreras antinieve que en esos países se amontonan a los lados de las vías durante la temporada estival, demolidas las vallas, las traviesas, y en una ocasión (a falta de otra cosa) destruido un vagón de mercancías: y fue providencial en nuestro vagón la presencia del Moro y su célebre segur. En cuanto al agua, en primer lugar se necesitaban recipientes apropiados, y cada vagón tuvo que buscarse un cubo, mediante cambio, hurto o adquisición. Nuestro cubo, que habíamos comprado legalmente, se reveló agujereado a la primera ocasión: lo arreglamos con esparadrapos de la enfermería y milagrosamente, aguantó la cocción hasta el Brennero, donde se despegó.

Generalmente era imposible hacer provisión de agua en las estaciones: delante de la fuente (cuando había) se formaba en pocos segundos una cola interminable, y sólo podían llenarse algunos cubos. Había quienes se deslizaban a hurtadillas hasta el «tender» que contenía la provisión destinada a la locomotora: pero si el maquinista se daba cuenta se ponía furioso y bombardeaba a los temerarios con maldiciones y carbones incandescentes. A pesar de lo cual, a veces se conseguía sacar algún chorro de agua caliente del vientre mismo de la locomotora: era agua viscosa y herrumbrada, con la que no se podía guisar, pero con la que uno se podía lavar.

Lo mejor eran los pozos de campo. El tren se paraba muchas veces entre los campos, ante un semáforo rojo: pocos segundos u horas enteras, era difícil preverlo. Entonces, todos nos quitábamos rápidamente los cinturones de los pantalones, con los cuales, abrochados unos a otros, se hacía una cuerda larga; después de lo cual, el más rápido del vagón salía a la carrera, con la soga y el cubo, en busca de un pozo. El más rápido de mi vagón era yo, y muchas veces llevé a cabo la empresa, pero una vez corrí un grave riesgo de perder el tren. Ya había llenado el cubo y lo estaba subiendo

trabajosamente cuando oí el silbido de la locomotora. Si abandonaba el cubo y los cinturones, preciosa propiedad común, me deshonraría para siempre: tiré con todas mis fuerzas, agarré el cubo, vertí el agua en tierra, y, embarazado por los cinturones arracimados, eché a correr hacia el tren que ya estaba en movimiento. Un segundo de retraso podía ser un mes de retraso: corrí sin tiento, como si me fuera la vida, salté dos setos y una valla y caí sobre los movibles guijarros del balasto en el momento en que el tren me pasaba por delante. Mi vagón había pasado ya: unas manos piadosas se tendieron hacia mí, asieron los cinturones y el cubo; otras manos me cogieron por los cabellos, los hombros, las ropas, y me izaron al último coche, donde yací en el suelo, desvanecido, durante media hora.

El tren seguía avanzando hacia el norte: se adentraba en un valle cada vez más estrecho, cruzó los Alpes Transilvanos por el paso de Predeal el 14 de septiembre, entre severas montañas de soladas, con un frío que pelaba, y bajó hasta Brasov. Allí, desengancharon la locomotora, lo que era garantía de tregua, y empezó a desarrollarse el ceremonial de rigor: gente de aire furtivo y feroz, con hachas en las manos, rondando por la estación y fuera de ella; otros, con cubos, disputándose la poca agua disponible; otros robando paja de los pajares, o comerciando con la gente del lugar; niños que corrían por los alrededores, en busca de jaleo o de pequeños hurtos; mujeres lavando o lavándose en público, haciéndose visitas o dándose noticias de un vagón a otro, reavivando las peleas que habían ido rumiando durante la última etapa, o iniciando otras nuevas. En seguida se encendieron las hogueras y se empezó a guisar.

Al lado de nuestro convoy estaba estacionado un transporte militar soviético cargado de camionetas, carros de combate y tanques de carburante. Estaba vigilado por dos robustas mujeres-soldados, de botas y casco, fusil al hombro y bayoneta en ristre: eran de una edad indefinida y de aspecto seco y antipático, al ver que encendíamos hogueras justamente debajo de sus tanques de gasolina, se indignaron con toda razón por nuestra inconsciencia, y al grito de «nelzjá nelzjá» nos obligaron a apagarlas inmediatamente.

Todo el mundo obedeció, con la excepción de un grupito de alpinos, gente encallecida, supervivientes de la campaña de Rusia, que se habían organizado una oca y se la estaban asando. Se pusieron de acuerdo con pocas palabras mientras las dos mujeres tronaban a sus espaldas; luego, dos de ellos designados por elección, se levantaron con el rostro sereno y decidido de quien se sacrifica conscientemente por el bien común. Se enfrentaron a los soldados y les hablaron bajito. El trato fue sorprendentemente breve: las mujeres depusieron los cascos y las armas y luego los cuatro, serios y compuestos, se alejaron de la estación, se metieron por un callejón y desaparecieron a nuestra

vista. Volvieron un cuarto de hora después, las mujeres adelante, un poco menos secas y ligeramente sofocadas, los hombres detrás, orgullosos y serenos. El asado estaba en su punto: los cuatro se agacharon junto a los demás, la oca se descuartizó y se repartió pacíficamente, y luego, tras la breve tregua, las rusas recogieron sus armas y continuaron la vigilancia.

Desde Brasov, la dirección de la marcha se volvió de nuevo hacia el oeste, hacia la frontera húngara. La lluvia llegó para empeorar la situación: era difícil encender las hogueras, llevábamos puesta una sola prenda empapada, había fango por todas partes. El techo del vagón no era impermeable: sólo unos metros cuadrados del piso podían ser ocupados, sobre los otros el agua caía sin contención. Surgían por ello riñas y altercados interminables en el momento de echarse a dormir.

Viene de antiguo la observación de que en todo grupo humano hay una víctima predestinada: alguien que está destinado al sufrimiento, del que todos se ríen, sobre el que se cuentan chismes tontos y malévolos; sobre el que, con misterioso acuerdo, todos descargan, su malhumor y su deseo de hacer daño. La víctima en nuestro vagón era el Carabinero. Sería difícil decir por qué, si es que existía un porqué: el Carabinero era un joven carabinero abrucense, amable, fino, servicial y de buen aspecto. Y ni siquiera era especialmente obtuso, por el contrario, era más bien puntilloso y sensible, y por ello le hacía sufrir profundamente la situación a que lo sometían los demás militares del vagón. Pero, insisto, era carabinero: y se sabe que entre el Cuerpo (como se le llama por antonomasia) y las demás fuerzas armadas no hay buenas relaciones. A los carabineros se les reprocha, maliciosamente, su excesiva disciplina, su seriedad, su castidad, su honradez; su falta de sentido del humor; su obediencia indiscriminada; sus hábitos, su uniforme. Corren sobre su cuenta leyendas fantásticas, grotescas y tontas, que se trasmiten en los cuarteles de generación en generación: la leyenda del martillo, la leyenda del juramento. No voy a hablar de la primera, demasiado sabida e infame; según la segunda, por lo que me enteré, el joven recluta del Cuerpo debe prestar un secreto y abominable juramento negro, en el cual, entre otras cosas, se obliga solemnemente a «matar a su padre y a su madre»: y todo carabinero, o los ha matado o los matará, porque si no, no pasa de cabo. El pobre infeliz no podía abrir la boca: «Cállate, tú, que has matado a tu padre y a tu madre». Pero nunca se rebeló: encajaba este y otros cien vituperios con la paciencia diamantina de un santo. Un día me llevó aparte, como a neutral que era, y me aseguró «que el asunto del juramento no era verdad».

En medio de la lluvia, que nos ponía coléricos y tristes, viajamos casi sin detenernos por tres regiones, parando sólo unas horas en un

pueblo lleno de barro que tenía el nombre glorioso de Alba Iulia. La noche del 26 de septiembre, después de haber recorrido más de ochocientos kilómetros de tierra rumana, estábamos en la frontera húngara, cerca de Arad, en una aldea llamada Curtici.

Estoy seguro de que los habitantes de Curtici recuerdan todavía el flagelo de nuestro paso: hasta es de suponer que éste haya entrado a formar parte de las tradiciones locales, y que se hable de él por generaciones, junto al fuego, como en otros tiempos se hablaba de Atila y de Tamerlán. También este particular de nuestro viaje está destinado a permanecer oscuro: según todas las evidencias, las autoridades militares o ferroviarias rumanas no querían seguir haciéndose cargo de nosotros, y ya nos habían «descargado», mientras que las húngaras no nos querían aceptar, o no se habían «hecho cargo» de nosotros: de hecho, nos tuvieron en Curtici, a nosotros, al tren y a la escolta, durante siete días extenuantes; y devastamos el pueblo.

Curtici era una aldea agrícola de unos mil habitantes, y tenían bien poca cosa; nosotros éramos mil cuatrocientos, y necesitábamos de todo. En siete días les vaciamos todos los pozos, les agotamos las provisiones de leña, y causamos graves daño a todo cuanto la estación contenía de combustible; de las letrinas y de la estación misma es mejor no hablar. Provocamos un pavoroso aumento en los precios de la leche, el pan, el maíz, la volatería; después de lo cual, cuando se había reducido a cero nuestro poder adquisitivo, ocurrieron hurtos de noche y luego también de día. Las ocas, que por lo que parecía constituían el principal recurso local, al comienzo circulaban libremente por los callejones fangosos en solemnes escuadrillas bien ordenadas, desaparecieron por completo, en parte capturadas, en parte encerradas en las caponeras.

Todas las mañanas abríamos las puertas, con la esperanza absurda de que el tren se hubiese movido inadvertidamente durante nuestro sueño: pero no había cambiado nada, el cielo seguía negro y lluvioso, las casas de adobe siempre ante nuestros ojos, el tren inerte e impotente como un barco encallado; y las ruedas, aquellas ruedas que debían llevarnos a casa, nos agachábamos para examinarlas: no, no se habían movido ni un milímetro, parecían soldadas a las vías, y la lluvia las iba cubriendo de herrumbre. Teníamos frío y hambre, nos sentíamos abandonados y olvidados.

Al sexto día, nervioso y furioso más que ninguno de nosotros, Cesare se plantó. Declaró que ya no podía soportar a Curtici, ni a los rusos, ni al tren, ni a nosotros; que no quería volverse loco ni morirse de hambre o ser acogotado por los curticeses; que uno, cuando está en forma, se las arregla mejor solo. Nos dijo que, si queríamos, podíamos seguirlo: pero las cosas claras, estaba cansado de miserias, estaba dispuesto a correr riesgos, quería cortar por lo sano, hacer unos

cuartos rápidamente y volver a Roma en avión. Ninguno de nosotros se animó a seguirlo, y Cesare se fue: tomó un tren para Bucarest, corrió muchas aventuras y consiguió lo que quería, es decir, volvió a Roma en avión, aunque después de nosotros; pero ésta es otra historia, una historia de «haulte graisse», que no voy a contar, o que contaré en otro lugar, sólo y cuando Cesare me dé permiso.

Si en Rumania había gozado de un delicado placer filológico al degustar nombres como Galati, Alba Iulia, Turnu Severin, al entrar en Hungría nos topamos, por el contrario, con Békéscsaba, al que siguieron Hódmezóvasárhely y Kiskunfélegyháza. La llanura magiar estaba empapada, el cielo plomizo, pero sobre todo nos entristecía la marcha de Cesare. Había dejado entre nosotros un vacío doloroso: en su ausencia nadie sabía de qué hablar, nadie conseguía vencer el aburrimiento del viaje interminable, el cansancio de los diecinueve días de marcha que ahora nos pesaban sobre los hombros. Nos mirábamos unos a los otros con un vago sentimiento de culpa: ¿por qué lo habíamos dejado ir? Pero en Hungría, a pesar de los nombres imposibles, nos sentíamos ya en Europa, bajo el ala de una civilización que era la nuestra, al abrigo de apariciones alarmantes como aquella del camello de Moldavia. El tren apuntaba hacia Budapest, pero no entró; se detuvo en varias ocasiones en Ujpest y en otras escalas periféricas el 6 de octubre, ofreciéndonos visiones espectrales de escombros, barracas provisionales y carreteras desiertas; luego, se adentró de nuevo por la llanura, entre chaparrones y velos de nieblas otoñal.

Se paró en Szób, y era un día de mercado: bajamos todos, para estirar las piernas y gastar el poco dinero que teníamos. Yo no tenía nada, pero estaba hambriento, y cambié la chaqueta de Auschwitz, que había conservado hasta entonces celosamente, por una noble mezcla de queso fermentado y cebollas, cuyo fuerte olor me había atraído. Cuando silbó la máquina y volvimos a subir al vagón, nos contamos y éramos dos más.

Uno era Vincenzo, y nadie se extrañó. Vincenzo era un muchacho difícil: un pastor calabrés de dieciséis años que había llegado a Alemania sabe Dios cómo. Era tan agreste como el Velletrano, pero de manera diferente: tan tímido, reservado y contemplativo como aquél era violento y sediento de sangre. Tenía unos ojos azules maravillosos, como femeninos, y una cara fina, cambiante, lunar: casi nunca hablaba. Era de alma nómada, inquieto, atraído por el bosque en Staryje Doroghi, como por demonios invisibles: y en el tren no tenía una residencia estable en ningún vagón sino que se mudaba de uno a otro. Comprendimos pronto la razón de su inestabilidad: apenas el tren salió de Szób, Vincenzo cayó al suelo, con los ojos en blanco y la mandíbula rígida, como de piedra. Rugía como una fiera y se debatía,

más fuerte que los cuatro alpinos que lo sujetaban: era una crisis epiléptica. Era evidente que había tenido otras, en Staryje Doroghi y antes: pero cada vez, cuando advertía los síntomas premonitorios, Vincenzo, impulsado por su rudeza salvaje, se había refugiado en el bosque, para que nadie se enterase de su enfermedad; o puede ser que ante la enfermedad huyese, como hacen los pájaros ante la tempestad. En el largo viaje, como no podía quedarse en tierra, cuando advertía los síntomas cambiaba de vagón. Se quedó con nosotros unos días luego desapareció y lo encontramos en cuclillas sobre el techo de otro vagón. ¿Por qué? Nos contestó que desde allí se veía mejor el paisaje.

El otro huésped nuevo, por distintas razones, también se reveló un caso difícil. Nadie lo conocía: era un muchacho robusto, descalzo, vestido con chaqueta y pantalones del Ejército Rojo. Hablaba sólo húngaro y ninguno de nosotros lograba entenderlo. El Carabinero nos contó que, mientras estaba comiendo un trozo de pan, el muchacho se le había acercado y le había extendido la mano; él le había dado la mitad de su comida y desde entonces no había conseguido librarse de él: mientras nosotros subíamos apresuradamente a los vagones debió de seguirle sin que nadie lo advirtiese.

Fue bien acogido: una boca más no nos preocupaba. Era un muchacho inteligente y alegre; apenas el tren se había puesto en movimiento se presentó con gran dignidad. Se llamaba Pista y tenía catorce años. ¿Tenía padre y madre? En esto era más difícil hacerse entender; encontré un trocito de lápiz y otro de papel, dibujé un hombre y una mujer, y un niño en medio; señalé al niño diciendo «Pista», y esperé. Pista se puso serio, luego hizo un dibujo de terrible evidencia: una casa, un avión, una bomba que estaba cayendo. Luego tachó la casa, y dibujó al lado un gran montón humeante.

Pero no tenía ganas de tristeza: hizo una bola con aquel papel, pidió otro, y dibujó un tonel, con mucho detalle. El fondo en perspectiva, con todas las duelas, una por una; luego los aros, y el agujero con la espita. Nos miramos sin saber cómo interpretarlo: ¿qué sentido tenía aquel mensaje? Pista se reía, feliz: luego se dibujó a sí mismo, al lado, con un martillo en una mano y una sierra en la otra. ¿No lo entendíamos? Era su oficio, era tonelero.

Todos le cogimos simpatía rápidamente; por otra parte, quería ser útil, barría el piso todas las mañanas, fregaba con entusiasmo las escudillas, iba a coger agua, y era feliz entre sus compatriotas cuando se lo mandaba «de compras» en las distintas paradas. Cuando llegamos al Brennero ya se explicaba en italiano; cantaba bonitas canciones de su tierra, que nadie entendía, luego intentaba explicárnoslas con gestos, haciéndonos reír a todos y riéndose a grandes carcajadas él antes que nadie. Estaba encariñado como un hermano pequeño con el Carabinero, cuyo pecado original fue lavando poco a poco: porque

éste habría matado a su padre y a su madre, pero en el fondo debía de ser un buen chico cuando Pista se había ido tras él. Llenó el hueco que Cesare había dejado. Le preguntamos que por qué se había venido con nosotros, que qué era lo que buscaba en Italia: pero no logramos averiguarlo, en parte por la dificultad para entendernos, pero principalmente porque él mismo no parecía saberlo. Hacía meses que vagabundeaba por las estaciones como un perro perdido: había seguido a la primera criatura humana que lo había mirado con misericordia.

Esperábamos pasar de Hungría a Austria sin complicaciones fronterizas, pero no fue así: la mañana del 7 de octubre, el día vigésimo segundo de la expedición, estábamos en Bratislava, en Checoslovaquia; desde allí se veían los Besquidios, los mismos montes que cruzaban el lúgubre horizonte de Auschwitz. Otra lengua, otra moneda, otro camino: ¿estábamos cerrando un círculo? Katowice estaba a doscientos kilómetros: ¿estábamos recomenzando otro vano y extenuante circuito de Europa? Pero por la noche entramos en tierra alemana: el día 8 habíamos encallado en la estación de mercancías de Leopoldau, una estación periférica de Viena, y casi nos sentíamos en casa.

La periferia de Viena era fea y destartalada como las que nos eran familiares de Milán y Turín y como ellas, en los últimos recuerdos que teníamos, estaba trastornada y destruida por los bombardeos. Los transeúntes eran pocos: mujeres, niños, viejos, ningún hombre. Paradójicamente su lenguaje me sonaba familiar; algunos incluso entendían italiano. Cambiamos al azar el dinero que teníamos por moneda local, pero fue en vano: como en Cracovia, en marzo, todas las tiendas estaban cerradas o vendían sólo artículos racionados. «¿Y qué se podía comprar en Viena sin cartillas?», le pregunté a una chica, que no tenía más de doce años. Iba vestida de harapos pero llevaba zapatos de tacón y estaba muy maquillada: «Überhauptnichts», me contestó con sorna.

Volvimos al tren para pasar la noche durante la cual, con muchas sacudidas y estridencias recorrimos unos pocos kilómetros y nos encontramos en otra estación de carga, Viena-Jedlersdorf. Junto a nosotros emergía de la niebla otro convoy, o mejor dicho, el cadáver atormentado de un convoy: la locomotora estaba en posición vertical, absurda, con el hocico apuntando al cielo como si quisiese subir a él; todos los vagones estaban carbonizados. Nos acercamos empujados por el afán de saqueo y por una curiosidad sarcástica: nos prometíamos una satisfacción maligna al poner las manos sobre las ruinas de algunas cosas alemanas. Pero al sarcasmo respondió el sarcasmo; en un vagón había un montón indefinible de trozos metálicos que debían haber sido parte de instrumentos musicales

quemados, y centenares de ocarinas de barro, únicas supervivientes; en otro, pistolas de ordenanza, fundidas y herrumbrosas; en un tercero, una maraña de sables curvos que el viento y la lluvia habían soldado dentro de sus fundas por todos los siglos futuros: vanidad de vanidades, y el frío sabor de la ruina.

Nos alejamos, y vagando a la ventura nos encontramos en los diques del Danubio. El río iba crecido, turbio, amarillo y henchido de amenazas: en aquel punto su curso es casi rectilíneo. Se veían, uno tras el otro, en una brumosa perspectiva de pesadilla, siete puentes, los siete partidos exactamente en el centro, los siete con sus muñones inmersos en el agua vertiginosa. Mientras volvíamos a nuestra morada ambulante nos alcanzó el chirriar de un tranvía, única cosa viva. Corría alocadamente por los raíles desajustados, a lo largo de las calles desiertas, sin detenerse en las paradas. Divisamos al conductor en su puesto, pálido como un espectro, y detrás de él, delirantes de entusiasmo, a los siete rusos de nuestra escolta, sin ningún otro pasajero: era el primer tranvía de su vida. Mientras los unos sacaban el cuerpo por la ventanilla gritando «hurra, hurra», los otros incitaban y amenazaban al conductor para que fuese más de prisa.

En una gran plaza había mercado; otro mercado espontáneo e ilegal, pero mucho más miserable y furtivo que los polacos que había frecuentado con el griego y con Cesare: a lo que recordaba, y muy de cerca, era otro escenario, la Bolsa de Lager, indeleble en nuestros recuerdos. No había puestos sino gente de pie, con frío, inquieta, en grupos pequeños, pronta a la fuga, con bolsos y maletas en la mano y los bolsillos abultados; lo que cambiaban eran naderías minúsculas, patatas, rebanadas de pan, cigarrillos sueltos, calderillas y gastados trastos de uso doméstico.

Volvimos a nuestros vagones con el corazón agobiado. No habíamos experimentado ningún gozo sino pena, viendo a Viena deshecha y a los alemanes doblegados; no compasión sino una pena más profunda que se confundía con nuestra propia miseria, con la sensación pesada, inminente, de un mal irreparable y definitivo, omnipresente, anidado como una gangrena en las vísceras de Europa y del mundo, simiente de futuros males.

Parecía que el tren no pudiera despegarse de Viena: luego de tres días de paradas y maniobras, el 10 de octubre estábamos en Nussdorf, otro suburbio, hambrientos, mojados y tristes. Pero la mañana del 11, como si hubiese encontrado de repente un rastro perdido, el tren se enderezó decididamente hacia occidente: con rapidez desacostumbrada atravesó St. Pölten, Loosdorf y Amstetten, y por la noche, a lo largo de la carretera que corría paralelamente a la vía, apareció un signo, tan portentoso para nosotros como los pájaros que anuncian a los navegantes la tierra vecina. Era un vehículo que

desconocíamos: un coche militar chato y sin gracia, plano como una caja, que llevaba pintada en un flanco una estrella blanca y no roja: en resumen, un jeep. Lo conducía un negro; uno de sus ocupantes nos hacía señales con los brazos, y gritaba en napolitano: «¡Eh, tíos, nos vamos a casa!».

La línea fronteriza estaba por consiguiente cerca: llegamos a ella por St. Valentin, a pocos kilómetros de Linz. Aquí nos hicieron bajar, nos despedimos de los jóvenes bárbaros de la escolta y del benemérito maquinista, y pasamos a manos de los americanos.

Los campos de tránsito están peor organizados cuanto más corta es la duración media de la estancia en ellos: en St. Valentin las paradas eran de pocas horas, de un día como máximo, y por eso el campo estaba muy sucio y era muy primitivo. No había luz, calefacción ni camas: se dormía sobre el pavimento de madera desnudo, en barracas de una inestabilidad que daba miedo, en medio de un palmo de fango. La única instalación eficaz era la de los baños y la desinfección: bajo esta especie de purificación y de exorcismo el Occidente tomó posesión de nosotros.

De la tarea sacerdotal estaban encargados algunos GI

* gigantescos y taciturnos, desarmados, pero decorados con una miríada de adminículos cuyo significado y utilidad se nos escapaba. Por lo que se refiere al baño, todo fue sobre ruedas: había una veintena de cabinas de madera, con ducha tibia y con toallas de baño, lujo desacostumbrado. Después del baño nos introdujeron en un vasto local de ladrillos, dividido en dos por un cable del que colgaban diez curiosos aparatos, vagamente parecidos a martillos neumáticos: fuera se oía pulsar un compresor. Todos los mil cuatrocientos fuimos agrupados a un lado de la división, hombres y mujeres juntos: y he aquí que aparecen en escena diez funcionarios de aspectos poco terrestre, envueltos en monos blancos, con cascos y máscaras antigás. Cogieron a los primeros del rebaño y, sin cumplidos, les enchufaron los tubos que colgaban del aparato, uno tras otro, por todas las aberturas de la ropa: por el cuello, por la cintura, en los bolsillos, por los pantalones arriba, abajo las faldas. Aquello era una especie de soplillos neumáticos que insuflaban el insecticida: y el insecticida era el DDT, una novedad total para nosotros, como el jeep, la penicilina y la bomba atómica, de la que tuvimos noticias poco después.

Protestando o riendo por las cosquillas, todos nos sometíamos al tratamiento, hasta que le llegó la vez a un oficial de marina y a su novia, que era guapísima. Cuando los encapuchados pusieron sus manos, castas pero rudas, sobre ésta, el oficial se puso enérgicamente en medio. Era un joven fuerte y decidido: ay, de quien se atreviese a

tocar a su mujer.

Aquel perfecto mecanismo se cortó en seco: los encapuchados se consultaron brevemente, con sonidos nasales inarticulados; luego uno de ellos se quitó la máscara y el mono y se plantó delante del oficial con los puños cerrados, en actitud de guardia. Los demás se pusieron en corro ordenadamente, y comenzó un asalto normal de pugilato. Luego de unos minutos de combate silencioso y caballeresco, el oficial cayó a tierra sangrando por la nariz; la muchacha, trastornada y pálida, fue fumigada por todas partes según las prescripciones, pero sin cólera ni afán de represalia, y todo entró en el orden americano.

El despertar

Austria limita con Italia, y St. Valentin no dista de Treviso más de trescientos kilómetros; y sin embargo el 15 de octubre, trigésimo primer día de viaje, atravesábamos una nueva frontera y entrábamos en Munich, presas de un desconsolado cansancio ferroviario, de una náusea radical ante las vías, los precarios sueños sobre el entarimado, el traqueteo, las estaciones; por lo cual los olores familiares, comunes a todos los ferrocarriles del mundo, el agudo olor de las traviesas empapadas, de los frenos calientes, del carbón consumido, nos causaban un malestar profundo. Estábamos cansados de todo, especialmente, cansados de atravesar límites inútiles.

Y, por otra parte, el hecho de sentir por primera vez bajo nuestros pies un trozo de Alemania, no de la Alta Silesia o de Austria, sino de la verdadera Alemania, superponía a nuestro cansancio un estado de ánimo complejo, en el que se mezclaban la impaciencia, la frustración y la tensión. Nos parecía que teníamos algo que contar, cosas enormes que contar a cada uno de los alemanes, y que cada uno de los alemanes tenía que contárnoslas a nosotros: sentíamos la urgencia de echar cuentas, de exigir, de explicar y de comentar, como los jugadores de ajedrez al final de la partida. ¿Sabían «ellos» lo que había ocurrido en Auschwitz, las matanzas silenciosas y cotidianas, a un paso de sus puertas? Si lo sabían ¿cómo podían ir por la calle, volver a sus casas y mirar a sus hijos, cruzar el umbral de una iglesia? Si no lo sabían, tenían que escucharnos religiosamente, enterarse por nosotros, por mí, de todo y rápidamente: sentía el número tatuado sobre mi brazo gritar como una herida.

Vagando por las calles de Munich llenas de ruinas, por los alrededores de la estación donde una vez más nuestro tren yacía encallado, me parecía revolverme entre turbas de deudores insolventes, como si todos me debiesen algo y se negasen a pagármelo. Estaba entre ellos, en el campo de Agramante, entre el pueblo de los Señores: pero los hombres eran pocos, muchos mutilados, muchos vestidos de harapos como yo. Me parecía que todos habrían tenido que interrogarnos, leernos en la cara quiénes éramos, y escuchar con humildad nuestro relato. Pero ninguno nos miraba a los ojos, ninguno aceptó el desafío: eran sordos, ciegos y mudos, pertrechados en sus ruinas como en un reducto de voluntaria ignorancia, todavía fuertes, todavía capaces de odio y de desprecio, prisioneros todavía del viejo complejo de soberbia y de culpa.

Me sorprendí buscando entre ellos, entre aquella multitud anónima de rostros sellados, otros rostros bien definidos, muchos de

los cuales se correspondían con un nombre: de quienes no podían dejar de saber, dejar de recordar, no contestar; de quienes habían ordenado, y obedecido, matado, humillado, corrompido. Una tentativa vana y necia: porque no hubiesen sido ellos sino otros, los pocos justos, quienes habrían contestado en su lugar.

Si en Szób habíamos recogido un huésped, después de Munich nos dimos cuenta de haber recogido una camada entera: nuestros vagones ya no eran sesenta sino sesenta y uno. En la cola iba con nosotros a Italia un nuevo vagón, atestado de jóvenes judíos, muchachos y muchachas, provenientes de todos los países de la Europa oriental. Ninguno parecía tener más de veinte años, pero era gente extremadamente segura y decidida: eran jóvenes sionistas, iban a Israel, pasando por donde podían y abriéndose camino como podían. Un barco los esperaba en Bari: el vagón lo habían comprado y, para engancharlo al nuestro, habían hecho lo más sencillo del mundo, no habían pedido permiso a nadie; lo habían enganchado y basta. Me asombré pero se rieron de mi asombro: «¿Es que Hitler no está muerto?», me dijo su jefe, de intensa mirada de halcón. Se sentían enormemente libres y fuertes, dueños del mundo y de su destino.

Por Garmisch-Partenkirchen llegamos por la noche al campo de descanso de Mittenwald, entre las montañas, en la frontera austriaca, donde reinaba un fabuloso desorden. Pernoctamos allí, y fue nuestra última noche gélida. Al día siguiente el tren bajó a Innsbruck, y allí se llenó de contrabandistas italianos, los cuales, en ausencia de la autoridad constituida, nos llevaron el saludo de la patria y distribuyeron generosamente entre nosotros chocolate, aguardiente y tabaco.

En su subida hacia la frontera italiana, el tren, más cansado que nosotros, se rompió en dos como un cable demasiado tenso: hubo varios heridos y ésta fue nuestra última aventura. Era ya de noche cuando pasamos el Brennero, que habíamos atravesado hacia el exilio hacía veinte meses: los compañeros menos castigados, en alegre tumulto; Leonardo y yo en un silencio pesado de recuerdos. De los seiscientos cincuenta que éramos al salir, volvíamos tres. ¿Y cuánto habíamos perdido en aquellos veinte meses? ¿Qué es lo que íbamos a encontrarnos en casa? ¿Cuánto de nosotros mismos se había gastado, apagado? ¿Volvíamos más ricos o más pobres, más fuertes o más vacíos? No lo sabíamos: pero sabíamos que en el umbral de nuestra casa, para bien o para mal, nos esperaba una prueba y pensábamos en ella con temor. Sentíamos que por las venas nos fluía, junto con la sangre extenuada, el veneno de Auschwitz: ¿dónde íbamos a encontrar la fuerza para volver a vivir, para derribar las barreras, los matorrales que crecen espontáneamente durante todas las ausencias, en torno a toda casa desierta y a todo cubil vacío? Pronto, mañana mismo,

tendríamos que dar la batalla a enemigos desconocidos todavía, de dentro y de fuera de nosotros: ¿con qué armas, con qué energía, con qué voluntad? Nos sentíamos viejos de una vejez secular, oprimidos por un año de recuerdos feroces, vacíos e inermes. Los meses que acababan de transcurrir, a pesar de su dureza, del vagabundaje por los márgenes de la civilización, se nos presentaban ahora como una tregua, un paréntesis de ilimitada disponibilidad, un don providencial pero irrepetible del destino.

Dándole vueltas a estos pensamientos, que nos quitaban el sueño, pasamos la primera noche en Italia, mientras el tren descendía lentamente por el valle del Ádige, desierto y oscuro. El 17 de octubre nos acogió el campo de Pescantina, cerca de Verona, y aquí nos separamos, cada uno hacia su destino: pero hasta la noche del día siguiente no salía un tren en dirección a Turín. En el confuso vértice de millares de prófugos y de supervivientes, vimos a Pista, que ya había encontrado su camino: llevaba el brazalete blanco y amarillo de la Pontificia Opera di Assistenza, y colaboraba, listo y alegre, en la vida del campo. Y hete aquí que, sobresaliendo con toda la cabeza por encima de la multitud, avanzaba hacia nosotros una figura, una cara conocida, el Moro de Verona. Venía a despedirse de Leonardo y de mí: había llegado a casa el primero, porque Avesa, su pueblo, estaba a pocos kilómetros. Y nos bendijo, el viejo blasfemador: elevó sus dedos enormes y nudosos, y nos bendijo con el gesto solemne de los pontífices, deseándonos un buen regreso y la mejor suerte. Le agradecimos la bendición porque la necesitábamos.

Llegué a Turín el 19 de octubre, después de treinta y cinco días de viaje: la casa estaba en pie, toda mi familia viva, nadie me esperaba. Estaba hinchado, barbudo y lacerado, y me costó trabajo que me reconociesen. Encontré a mis amigos llenos de vida, el calor de la comida segura, el concreto trabajo cotidiano, la alegría liberadora de poder contar. Encontré una cama ancha y limpia, que por las noches (instante de terror) cedía blandamente a mi peso. Pero sólo después de muchos meses fue desapareciendo mi costumbre de andar con la mirada fija en el suelo, como buscando algo que comer o meterme en el bolsillo apresuradamente para cambiarlo por pan; y no ha dejado de visitarme, a intervalos unas veces espaciados y otras continuos, un sueño lleno de espanto.

Es un sueño que está dentro de otro sueño, distinto en los detalles, idéntico en la sustancia. Estoy a la mesa con mi familia, o con mis amigos, o trabajando, o en una campiña verde: en un ambiente plácido y distendido, aparentemente lejos de toda tensión y todo dolor; y sin embargo experimento una angustia sutil y profunda, la sensación definida de una amenaza que se aproxima.

Y, efectivamente, al ir avanzando el sueño, poco a poco o brutalmente, cada vez de modo diferente, todo cae y se deshace a mi alrededor, el decorado, las paredes, la gente; y la angustia se hace más intensa y más precisa. Todo se ha vuelto un caos: estoy solo en el centro de una nada gris y turbia, y precisamente sé lo que ello quiere decir, y también sé que lo he sabido siempre: estoy otra vez en el Lager, y nada de lo que había fuera del Lager era verdad. El resto era una vacación breve, un engaño de los sentidos, un sueño: la familia, la naturaleza, las flores, la casa. Ahora este sueño interior al otro, el sueño de paz, se ha terminado, y en el sueño exterior, que prosigue gélido, oigo sonar una voz, muy conocida; una sola palabra, que no es imperiosa sino breve y dicha en voz baja. Es la orden del amanecer en Auschwitz, una palabra extranjera, temida y esperada: a levantarse, «Wstawa».

Turín, diciembre 1961-noviembre 1962

* GI, soldado raso norteamericano (N. del T.)

Table of Contents